



# Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.





✓ ~~274 d 20~~  
~~274 d. 15.~~



REP. S. 1923  
BSS 5562 A.1











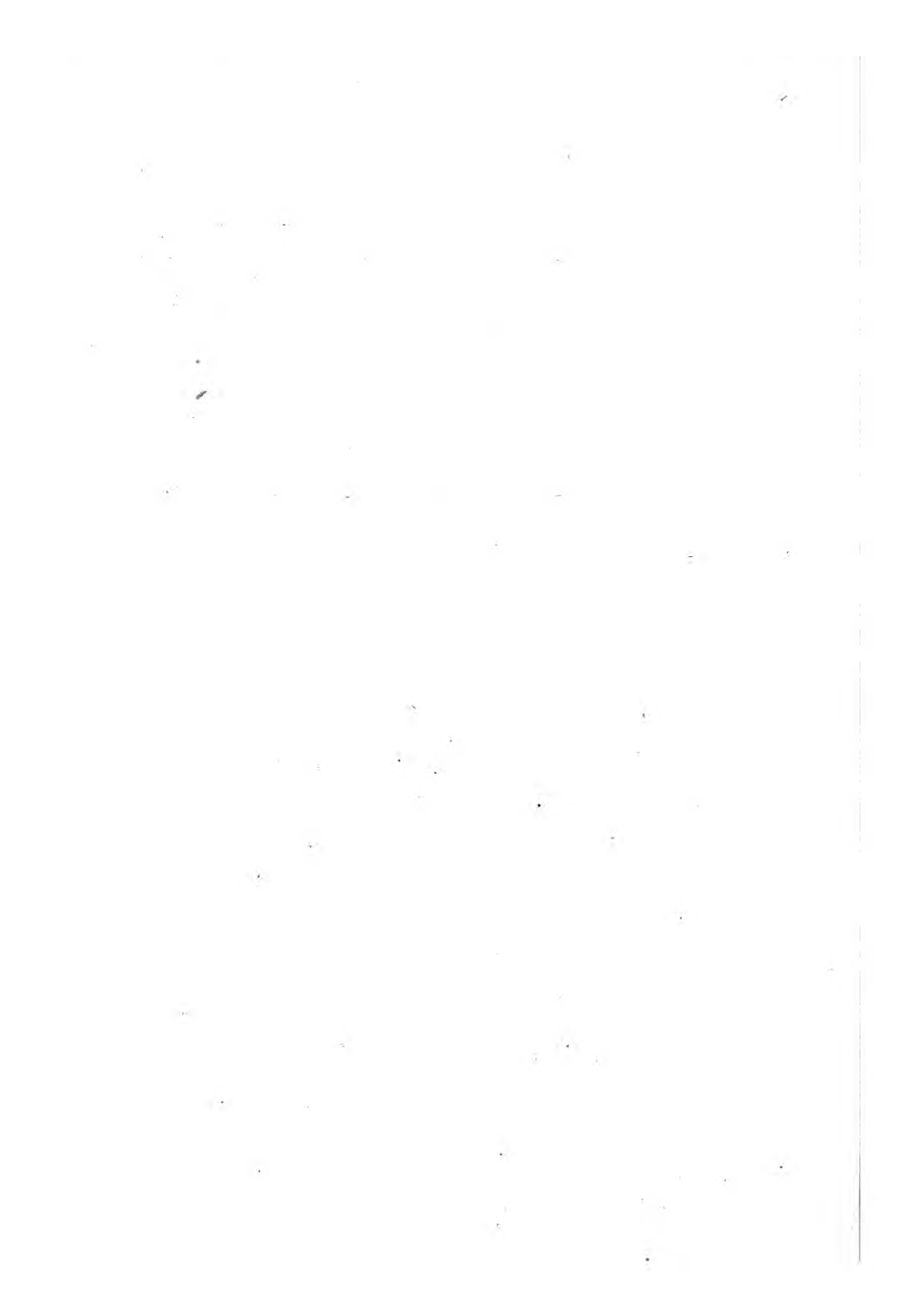




*W. M. Maestri*

HISTORIA DE UN CORAZON.





HISTORIA  
DE  
UN CORAZON.

POR  
EMILIO CASTELAR.

~~~~~  
SEGUNDA EDICION.  
~~~~~

MADRID:  
LIBRERÍA DE LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,  
CALLE DEL CÁRMEN, NÚMERO 13

1880.

~~274 días~~





---

Es propiedad del Editor.

---

---

MADRID, 1880.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>ª</sup>  
(sucesores de Rivadeneira). Duque de Osuna, 3.

---

---

# HISTORIA

DE

# UN CORAZON.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

### UN GRAN CARÁCTER.

Yo le conocí, le admiré en vida y muerte, y le acompañé al cementerio. Jamas se borrarán sus tragedias ni de mi corazon ni de mi memoria. Fué amigo de mi destierro en París. El recuerdo de sus virtudes queda todavía en la sociedad que tuvo la dicha de conocerlo. El secreto de su muerte, pocos, muy pocos, lo saben. Y sin embargo, era un jóven todo corazon. El único holocausto que puedo ofrecer á su amistad es narrar su historia. Oídmela :

Se llamaba Ricardo. Un poco bajo de estatura, tenía la suficiente para no confundirse con los innumerables que no llegan á la talla y no pueden por ende servir á la patria. Su cuerpo era flexible, sus maneras sueltas, su apostura modesta : nada de extraordi-

nario. Mas parecia que la naturaleza concentró todos sus esfuerzos en poner sobre aquel cuerpo algo débil, extraordinaria cabeza, que fuera la revelacion material de grande espíritu. La esfera del cerebro, muy abovedada, como la de todos los caractéres benévolos, podia desafiar la comparacion con las más bellas de las trazadas por Rafael de Urbino, el gran pintor de las cabezas divinas. Su pelo castaño, ligeramente ensortijado, la rodeaba de severa aureola. Era la frente ancha, despejada, espaciosísima, el espejo de un gran pensamiento que, áun oculto por el silencio ó por la indiferencia, irradiaba su luz y su calor. Los ojos, de un azul claro, tenian bondad infinita, profundidad oceánica, cual si dejáran entrever los luminosos abismos del alma, ó expresar vagos ensueños de inspiracion idealista. El óvalo de su rostro, el bozo ligero como una sombra, los labios perfectamente delineados, la nariz apolina, le daban el aire de una de esas estatuas desenterradas de lo antiguo, absorbidas en la contemplacion de un ideal de armonía y de hermosura que derramaba sobre sus frentes la serenidad olímpica de los dioses.

Formas así eran la revelacion, el reflejo de hermosa alma. Entusiasta por naturaleza, consagraba culto religioso á todas las grandes ideas y á todos los grandes sentimientos. Poeta de verdadera inspiracion, su poesía no estaba en el verso, ni en la prosa, ni en

ninguna obra artística; estaba en la vida. Y la poesía para él no se apartaba nunca ni de la verdad ni del bien. Amando la naturaleza y la humanidad, no se gozaba sólo en la contemplación de los cielos y en los paseos por los campos; no se complacía sólo en votos estériles por el bien de sus semejantes, sino en descender á los abismos de la sociedad y combatir allí el mal, y acorrer allí á la desgracia. ¡Cuántas veces decia en sus conversaciones que era no solamente moral, sino hermoso, entrar en esos patios infectos, en esas habitaciones lóbregas y húmedas, donde apenas se puede respirar el aire cargado de mefíticos miasmas; y allí, socorrer á un enfermo, consolar á un moribundo, salvar la vida á un niño y la honra á una jóven, dejar sobre el lodo social la estela del bien, llevándose en cambio sobre la frente la aureola de la caridad! Y con estas ideas austeras no se privaba de ninguno de los goces legítimos de la vida. Él iba á los bailes, á los conciertos, á los teatros, á las fiestas, á las redacciones de los periódicos, donde quiera que sentia latir la vida, como para llevar á todas partes el calor de sus virtudes y el rocío de su palabra. ¡Cuántas veces le sucedia salir de un baile y encaminarse á una buhardilla; llevar en los oidos el eco de la orquesta y correr á oír el lamento del moribundo! Su gran corazón le habia enseñado como por instinto las ciencias necesarias á la vida. En su afan de hacerlo todo, de



alcanzarlo todo, y de hacerlo y alcanzarlo para el bien de los demas, ya se habia hecho discípulo de un cirujano, y se habia ido por los hospitales poniendo vendas y apósitos; ya compañero de un pintor, y se habia ido por las laderas de los montes á contemplar los picos coronados de nieve, á oír los rumores de las selvas realzados por el bramido de las cataratas, á reposar en los bordes de los celestes lagos. Lo extraordinario en aquel carácter era que no mostraba ninguna vocación determinada. Puede decirse que su cualidad culminante estaba en su palabra, en esa chispa eléctrica del alma. Los artistas, los políticos, los hombres de mundo, le buscaban para oír sus inspiraciones, para recoger sus consejos, para ensanchar los horizontes de sus ideas, para iluminar las profundidades de su alma con aquellas ígneas frases, que eran como un grande volcan moral, donde todo se hallaba mezclado, la luz, el fuego, la ardiente lava, el humo; pero todo sublime, todo extraordinario.

---

---

---

## CAPÍTULO II.

### POESÍA EN ACCION.

Á pesar de estas cualidades, Ricardo no escribía una palabra, no decía una frase delante del público. Todo lo guardaba para sus amigos. Las mujeres con especialidad buscaban aquella alma grandiosa, que tenía todas las delicadezas femeniles, unidas á todo el vigor y á toda la energía de los más fuertes varones. La mujer, por su naturaleza nerviosa, se parece á los pájaros, como por su hermosura se parece á las estrellas y á las flores. Y si teneis algun canario, algun ruiseñor en vuestras jaulas ó en vuestros jardines, tocad cualquiera sonata al piano, entonad cualquier melodía, y pronto vuestra inspiracion prenderá en el avecilla, que acompañará vuestra música con sus arpegios. Así las mujeres, cuando oyen hablar de grandes sentimientos, de grandes ideas, se asocian en su alma á todo lo sublime y cantan de manera misteriosa todo lo que los hombres han pensado. He echado

de ver, leyendo las historias de los tiempos primitivos del cristianismo, que es muy superior el número de las mártires al número de los mártires. Naturalmente una palabra como la de Ricardo debía ser un talisman en la sociedad, y lo era, sobre todo para las mujeres.

A estas cualidades del carácter y de la figura se unia la independenciam de inmensa fortuna. Hijo único de rica viuda americana, criado en todos los esplendores del lujo, no tenía necesidad de pensar en los medios de procurarse el sustento diario; tarea que suele absorber la vida de la mayoría de los hombres. Cuando nace un heredero rico con tendencias al mal, su riqueza es causa permanente de corrupcion, que agrava, que exacerba sus vicios. Pero una naturaleza privilegiada, cuando no necesita cuidarse mucho de la tierra cuyo jugo ha de recoger, ni de la direccion que ha de dar á sus raíces, crece y se dilata y se extiende como un árbol gigantesco cuajado de frutas y de flores, ofreciendo asilo á las aves y levantando su copa al cielo. Todos los ocios que le permitia su inmensa fortuna estaban consagrados al cultivo de su alma y al cultivo del alma de sus semejantes. Sin ser ni un misionero ni un moralista, sin darse aires de reformador ni de tribuno, Ricardo trabajaba por el bien de sus semejantes con la misma naturalidad con que cumplia los más elementales deberes de la vida.

---

---

## CAPÍTULO III.

### LÁGRIMAS.

Habia, sin embargo, una sombra en la vida de aquel jóven. Su madre, á quien él idolatraba, le habia enseñado el camino de la virtud y le habia inspirado el goce divino de hacer bien sin esperanza alguna de recompensa y sin ningun interes mundano. Pero su madre, al mismo tiempo, esparcia sobre la vida de su hijo una profunda tristeza, porque, jóven, bella, rica, inteligente, despues de muchos años de viudez, jamas habia abandonado sus lutos, su retiro ni sus tristezas. Parecia que un dolor moral, inmenso, indefinible, desgarraba su pecho, y que un secreto gravísimo pesaba sobre su conciencia. ¡Cuántas veces, á las altas horas de la noche, dejaba el lecho y se paseaba como una sombra por su habitacion, retorciéndose los brazos de dolor y llorando con la más amarga pena! En cuántas ocasiones, sobre todo al llegar aniversarios de dias solemnes, su dolor era una

enfermedad, una fiebre, una epilepsia, algo espantoso y horrible. Ricardo habia estudiado aquel dolor y habia visto que no era producido por la muerte de su padre. Esposa amante, viuda desolada, madre tierna, los años habian dado á la pena de su viudez esa especie de triste pero majestuosa serenidad que toman con el tiempo los recuerdos por los muertos. El dolor de aquella matrona era una batalla diaria, continúa, incesante; era una angustia de todos los dias, algo de horrible desvario. Hermosa debia haber sido aquella mujer cuando, á pesar de su cabellera completamente cana, de su frente arrugada, de sus ojos eternamente encendidos por el dolor, de sus mejillas caldeadas por las lágrimas que le dejaban como las huellas de un hierro candente, conservaba admirable belleza. Vestida de negro con una sencillez que era el extremo de la elegancia, tal vez para ocultar al mundo sus tristezas, parecia la estatua del dolor esculpida para una tumba. ¿Cuál era el misterio de esta eterna pena?

El misterio de la pena que atenaceaba á la viuda de Jura, la bella matrona Carolina, se contenia en tristísima historia, que debe ser minuciosamente conocida como prólogo de la vida de un corazon, que vamos á referir en estas breves páginas. Por razones de conveniencia habíala enlazado su familia con un rico propietario de Nueva-Orleans. Carolina apenas contaba trece años cuando pasó de los juegos de la



infancia al hogar de su esposo. Frances de origen éste, de edad muy desproporcionada á la de su mujer, duro de carácter, ardiente en sus pasiones, celoso hasta el extremo, sintió por aquella niña amor infinito, mezclado con infinito recelo de que alguna vez, por el curso de los años, por la diferencia de las edades, este amor dejase de ser correspondido, y entrara otra pasión más natural en el corazón de la jóven sacrificada estérilmente á las conveniencias de la fortuna ¡Ah! No se pueden violar nunca las leyes de la naturaleza sin tener una desgracia, como no se pueden violar nunca las leyes de la moral sin tener un castigo.

El rico Mr. Jura encerró su mujer en magnífica hacienda, aislándola completamente del mundo. La familia de Carolina, que era del Centro de América originaria, se volvió á sus tierras despues del casamiento, y la jóven se quedó sola, en aquellos inmensos campos, con su marido, si no viejo, de edad madura. Éste, para apartarla del mundo, la rodeó en el campo de lujo oriental y de todas las atenciones y todos los cuidados que su cariño podia inspirarle. Corrieron los años primeros del matrimonio en paz completa. Las tempestades de aquella naturaleza eran las únicas interrupciones á la monotonía y á la uniformidad de la vida. Ricardo vino como ángel del cielo á extender sus alas sobre aquel matrimonio, á colmar

de felicidad á su padre, á dilatar el corazon de su madre. La cuna de su hijo fué para Carolina el universo; los ojos de su hijo fueron para Carolina el cielo; la sonrisa de su hijo fué para Carolina la felicidad entera de la vida.

Quizás en el fondo de su corazon hubieran estallado grandes tempestades á vivir en el mundo. Quizás, á pesar de su aislamiento, allá por las regiones interiores del espíritu pasaban como otras tantas nubes emanadas de los vapores del corazon, lleno de anhelos infinitos á otra vida, incomprendible para su inteligencia, pero radiante en su fantasía; vida vaga como los sueños, pero que no era su vida de todos los dias. Estas ideas no podian tener objeto; estos sueños no podian tener realizacion. En la soledad del campo, en el aislamiento de su existencia, Carolina sólo podia acariciar ilusiones. Su única compañía eran los trabajadores del campo, y los trabajadores del campo eran negros y esclavos, que para una señora patricia, blanca como la nieve, rica, se confundian con las bestias de carga.

Pero entre estos negros habia un mulato originario de Cuba, que no trabajaba en el duro trabajo manual, ni siquiera en los oficios domésticos, sino que era más bien una especie de criado de honor con destino á levantar alguna cortina para que pasasen sus amos, á cerrar ó abrir alguna puerta, á ir en la delantera del



coche con el cochero , á hacer alguna excursion á la ciudad.

Era un jóven como de veinte y cinco años , de elevada estatura , de flexibilidad maravillosa , de agilidad increíble , cuyo color moreno , cuyos vivos ojos , cuyo animado acento , cuyos gruesos labios , cuyas facciones de una regularidad perfecta , cuya voz de una armonía varonil , acusaban el ardor del corazon y la fuerza de carácter , esas cualidades á que la mujer en su debilidad siempre da un doble precio.

A esto se unia una fidelidad tan grande , un cuidado por Carolina de tal suerte exquisito , una especie de humilde fraternidad hácia aquel sér débil unido por cálculos mercantiles á otro sér adusto , que debia naturalmente despertar en el corazon de Carolina hácia él , por una fuerza invencible , sentimientos de amistad , de una amistad que la jóven se explicaba como un premio natural á los excelentes servicios del mulato. Era éste una especie de poeta y de músico original , en cuya rudeza habia el oro nativo de la verdadera inspiracion. Nacido en los trópicos , criado en el seno de aquellos campos tan ardientes , los rayos del sol , las auras cargadas de fuertes aromas , las selvas primitivas , las bandadas de aves multicolores , las legiones de insectos de mil luces y de mil cambiantes , el fuerte huracan resonando en las coronas de las palmas reales , las guirnaldas de flores tendiéndose con

sus gayos matices por las márgenes de los cañaverales de azúcar, el silencio de aquellas noches cargadas de lucientes estrellas, que parecen aproximarse á la tierra para besarla con su luz, toda la grandeza y toda la voluptuosidad de aquella vida calurosa, exuberante, habian dado, como á la caña miel, á la mente del hijo de los bosques inspiracion y poesía.

---

---

## CAPÍTULO IV.

### LAS TENTACIONES.

La naturaleza no puede ser nunca desmentida, no puede ser nunca burlada. El mulato componia en el idioma que Carolina hablára en su cuna versos de inspiracion ardiente. Dejábalos caer algunas veces en casi imperceptibles papeles, con descuido, al pié de las sillas ó de las mesas donde debia sentarse ó debia apoyarse su ama. Todos ellos estaban consagrados á un sér ideal, á un ángel que volaba sobre las palmeras agitándolas con los bordes de su blanca túnica, á una mujer fantástica que los cielos infinitos le mostraban, coronada de estrellas, sobre el éter azul, cuando entornaba á fuerza de sueño los cansados párpados.

Muchas veces aquellos acentos de pasion se exhlaban al són de la música. Espiraba un dia caluroso. Las flores abrian á los primeros besos de la fresca noche sus cálices, y las estrellas dibujaban entre los velos de las sombras sus centelleantes resplandores. Ca-

llaban los ruidos del día en ese silencio profundo que convida á la meditacion. Las flores de la hermosa terraza donde Carolina, bajo bóveda de verdura, solia contemplar estos espectáculos de la naturaleza y oír esta música de los elementos, las flores de la terraza exhalaban esos perfumes que embriagan y que disponen al placer como una inspiracion voluptuosa de la naturaleza en sus misteriosísimas relaciones con el espíritu.

Carolina contemplaba este cuadro y percibía extática estas emanaciones de la creacion. Se hallaba sola casi por milagro, pues nunca la dejaba la sombra de su esposo, que se había convertido para ella casi casi en una especie de carcelero. Cuanto la rodeaba le hacía desear que algún sonido, alguna voz, alguna melodía se levantase del seno de la creacion como para hablar á su alma entristecida y absorta, contemplándose á sí misma en el turbio espejo de la noche.

De pronto oye las cuerdas de una guitarra, que suenan como si fueran las cuerdas mismas de su corazón. Aquella música era como la voz de la naturaleza, pero una voz mágica, una voz incomprensible de encanto y de poesía. Aquella voz semejaba para la solitaria jóven como un alma que bajaba de las estrellas y venía en las ondulaciones de las auras, en el aroma de las flores, á traerle una prenda de amistad. Involuntariamente se movieron sus labios y besaron

aquella melodía celeste. Pero á los arpegios de la guitarra siguió una voz, sí, una voz varonil, que parecia el latido de un corazón en delirio. Todas las pasiones, que habian dormido en el alma de Carolina con el mismo sueño inocente con que dormia su hijo en la cuna, se despertaron al acento de la voz, que era como la expresion de un amor nunca comprendido, nunca inspirado por aquella alma, vírgen todavía de pasiones, á pesar de que la naturaleza la habia hecho madre.

A los arpegios de la guitarra, á las notas largas y sostenidas de la voz, siguió una canción que pintaba el desposorio ideal de dos almas confundiéndose en los espacios como el canto de dos aves, como los rayos de dos astros, como el aroma de dos flores. Carolina tendió involuntariamente los brazos al espeso bosquecillo de donde salia la misteriosa canción, y sintiendo que le flaqueaban las rodillas, que le abandonaba la cabeza, gritó :

—Basta, basta.

—¿Con quién hablas? le preguntó entonces su marido, que acababa de llegar.

—Hablabas maquinalmente, dijo la jóven; sí, maquinalmente.

En efecto, apagadas las últimas notas de la canción, sólo se oía el ruido del viento en los cañaverales. Ninguna sospecha, absolutamente ningun-

na, heria el corazon de Jura. Ricardo vino saltando hasta los piés de sus padres, y las tres almas se confundieron en los santos besos depositados sobre la frente del niño. Pero se veia que el caballero Jura estaba embargado por tenaces pensamientos. En efecto, uno de esos deberes imperiosos de los ciudadanos en América, donde la vida pública tiene tan grande extension por la existencia de todos los derechos, le obligaba á separarse de su hogar tal vez por mucho tiempo. Habia vacilado entre llevarse consigo á Carolina ó dejarla en el campo, en la hacienda. Su amor le aconsejaba el llevársela consigo; pero sus celos, el dejarla sola. Cuando dos pasiones se hallan en abierta lucha, vence siempre la más fuerte. Y los celos eran más fuertes que el amor en el corazon de aquel hombre, que al contraer un matrimonio desproporcionado, habia contraido una gran desconfianza de merecer su ventura, desconfianza que ponía sobre esta ventura una corona de espinas. Dicho sea en honor de la sinceridad y de la inteligencia del caballero Jura, no dudaba de su felicidad á causa de Carolina, sino á causa de sí mismo. No creía merecer su felicidad, y por lo mismo dudaba de ella como se duda de todo aquello que no está asentado en la base incontrastable de la justicia, tan necesaria para las relaciones de la familia como para las relaciones de la sociedad.



---

La pasion más fuerte habia vencido. Jura dejaba á su mujer en la hacienda. Allí no podia, segun su creencia, nacer siquiera en el corazon de Carolina el amor, que se duerme como todas las pasiones cuando no tiene objeto. En gran ciudad, en populosa capital, las distracciones sociales, la necesidad del trato, las fiestas diplomáticas, los paseos, los teatros, los sa-raos, son otras tantas ocasiones ofrecidas al nacimiento ó al desarrollo de una pasion.

---

---

## CAPÍTULO V.

### PELIGROS DE LA SOLEDAD.

Error grave el error de aquel hombre. Quería materialmente tapiar un corazón. Fiaba en las paredes de su palacio más que en los sentimientos de su mujer. Imaginaba que un alma se puede plantar, como un árbol, en mitad de un desierto. Hacía del matrimonio una prisión. Hacía de la vida un estanque. Hacía del hogar una estufa. Y para impedir toda otra pasión, mataba la misma que podía inspirar á su mujer con su solicitud, con su cariño.

Cuando un marido no fia mucho, para conservar la honra, en la pasión que inspira, debe confiar en ese innato sentimiento de pudor y de castidad que tiene la mujer. Digan lo que quieran los detractores del bello sexo, subir, volar, remontarse al cielo, es natural en la vida de la mujer, como cantar, poetizar, idear, es natural en su alma. Todas las ideas de la mujer tienen alas. Para caer, para rodar por el lodo,



necesita hacer un esfuerzo sobre sí misma. El pudor es tan propio de su naturaleza como el sentimiento. Una mujer no cae por no bajar de esa atmósfera de pureza que le es tan natural como á las aves el aire. Además, cuando una mujer es madre, cuando ha sentido su sér dilatarse en otro sér, no cae, por el sentimiento de su propia dignidad y por el culto á la propia conciencia, porque su hijo es su vida, y sabe que al mancharse va también á manchar la vida de su hijo. Por consiguiente, Jura podía llevar á su mujer en medio del mundo, seguro de que las tempestades, en el mundo tan frecuentes, no llegarían nunca hasta las alas de aquel ángel, que podría consumirse en el fuego de una pasión, pero no podía mancharse; que podía caer en el sepulcro, pero no en el cieno.

Aquel hombre, que sólo había tomado precauciones materiales contra su esposa, fué materialmente castigado. Jura partió á Washington dejando á su mujer sola. Repugnaba á Carolina esta soledad, este abandono, y le rogó repetidamente que la llevára consigo. Jura se negó siempre. Por fin llegó el día de la separación, y la despedida fué cruel para Jura por el amor infinito que profesaba á su mujer, para Carolina por confuso y sombrío presentimiento de males terribles. Una sola persona estaba alegre, delirante, en aquella casa; alegre hasta la demencia, sin poder ocultar su idea ni sus sentimientos: el mulato.

Por supersticiones de cuna y de educacion, Jura, que temia de todo el mundo, no podia temer del mulato asechanzas á su honra. La inmensa distancia social que le separaba al criado de la mujer era toda su garantía, é ignoraba que la naturaleza con su igualdad implacable salva de un salto esas distancias. Pero no se puede concebir bien cuánto ciega la educacion sino cuando se está en el medio social que produce esas cegueras. Por un error de su corazon, habia dejado sola á su mujer en el mundo. Tanto valdria encerrarla en un buque combatido por la tempestad. Tanto valdria dejarla que se ahogára con tal que la tripulacion no pusiese sobre ella las manos. Todas las pasiones encuentran su castigo en todos sus excesos.

Una pasion delirante, horrible, se habia apoderado del mulato. Al ver aquella mujer, tan hermosa, entregada á un viejo, la compasion se mezclaba en su pecho al amor. Al verla sola, este amor creció con la esperanza del logro. Sumergido aquel hombre en el seno de la naturaleza, su pasion era sed rabiosa y tenia esa fatalidad implacable, esa fuerza invencible de todas las leyes naturales. Criado á un hombre sólo para obedecer y servir, quitadle completamente la conciencia, y veréis qué torrente despeñado es su voluntad.

---

---

## CAPÍTULO VI.

### DESPRECIOS Y RENCORES.

El disimulo era el carácter del mulato. Desde el momento en que Jura se partió, rodeó el mulato á su ama de esas múltiples atenciones que obligan á grande gratitud. El corazon humano, pero sobre todo el corazon de la mujer, se detiene con extrema complacencia en esas minuciosidades de la vida, que son á veces sus mayores encantos. Un jarro de flores puesto, al amanecer, en la ventana; un vaso de agua traído á tiempo; un ave enjaulada en los arbustos del jardin; una nueva decoracion abierta en aquellos bosques; un nuevo surtidor saltando entre las piedras; un poco de frescura procurada á mediodia, cuando el calor es tan sofocante en las regiones que se acercan al Trópico; la fruta más rica y más gustada, traída casi fuera de sazon, por un prodigio, por un milagro de la voluntad; todo esto naturalmente fijaba las simpatías de Carolina en aquel único sér que en el mun-

do le mostraba algun interes, ese interes que tanto necesitan todos los seres sensibles, todos los seres débiles.

No es posible al corazon humano, mucho ménos al corazon de la mujer, vivir sin tener ó inspirar algun interes, algun afecto. Solamente que el afecto entre personas de distinto sexo, por muy sereno y muy tranquilo que sea, fácilmente se cambia en amor. La mujer no puede tener amigos sin peligro sino cuando su corazon está lleno de una pasion y consagrado á un solo sér. El afecto de Carolina por su esposo era amistad. La pasion no habia, pues, prendido en aquella alma, que pasó del hogar de su padre al hogar de su marido como víctima del deber. Que el mulato le inspirase algun interes, semejante á una mezcla de amistad muy lejana y de agradecimiento moral muy grande, no era cosa extraña. Mas, para que nunca pudiera inspirarle otra pasion, á pesar de las seducciones del jóven sobre un alma solitaria, habia, primero la conciencia, despues la educacion, por último, el amor á su hijo y el respeto á su esposo, respeto tan grande, que á los ojos de cuantos podian rodear á Carolina, hubiera pasado por amor.

Pero, á medida que trascurre el tiempo y que el mulato veia un obstáculo á manifestar su pasion profundísima, en aquella serenidad, en aquella castidad con que la jóven se elevaba á ser una matrona y á



inspirar el respeto que inspiran siempre las grandes virtudes á los mismos empeñados en herirlas ó empañarlas, el amor del mulato crecía con la concentracion, con el silencio, con el misterio. Sus canciones habian aumentado en melodía, en pasion, en fuego.

Un pensamiento delirante, encerrado en verso nervioso y armoniosísimo, tomaba el ritmo de una grande oda en las sonoras cuerdas de su guitarra, el instrumento monótono de las monótonas tristezas del alma.

Pero Carolina, que una noche, en raptó de entusiasmo delirante, pudo oír aquellas canciones como la sombra de sus deseos, como la forma de sus ensueños, como el vagido de un amor al cual instintivamente aspiraba su alma, se repuso bien pronto de esta emocion pasajera, admiró el canto como artista, no sintió su significado como mujer.

Cuando el mulato advirtió esto, cuando pudo persuadirse de que su canto era sólo admirado, y no querido, rompió las cuerdas de su guitarra, y se calló profundamente como si hubiera perdido la voz. Poco á poco todo el interes que tomaba en los primeros dias de sus esperanzas fué convirtiéndose en desvío, en desvío que nacia del deseo de vencer su propia pasion y de no aumentar sus dolores con la vista y la presencia de aquella mujer tan querida. La ingrata hermosura, que nunca le sonreiria amorosa, era para

él un tormento infernal, como todos los tormentos de la desesperacion.

Carolina advirtió el cambio del criado y advirtió tambien la exaltacion á que habia llegado su carácter. Era imposible que aquellos ojos encendidos, aquellos labios vibrantes, aquellos suspiros entrecortados, aquellas palabras medio ahogadas, no dijeran algo, no reveláran algo. Entónces sintió un miedo invencible al horror de esta pasion y al horror de su soledad en el mundo. Su primer pensamiento fué ahuyentarlo; pero tenía contra esta determinacion salvadora várias razones: primera, la moderacion del pobre mulato, que jamas le habia dicho una palabra á pesar de la imprudencia de sus miradas y de sus suspiros; segunda, el temor de que una violencia engendrara otra violencia.

Y sin embargo, escogió el peor de los expedientes: el de burlarse con un gesto de los suspiros y de las miradas, á ver si mataba con el desprecio una insensatez. Este fué error horrible, nacido de un desconocimiento de la naturaleza humana. Miétras el pobre muchacho se creia no comprendido estaba resignado.

No tenía derecho, pobre insectillo, á que la estrella más hermosa del cielo descendiese hasta su abismo. En medio de todo era un consuelo. Cuando se creia, comprendido sí, pero compadecido, casi era feliz. En medio de todo, esto le daba orgullo. Pero

---

comprendido y ridiculizado, esto era insufrible. Aquella pasión que había nacido contra su voluntad; que se había agrandado contra su deseo, en lucha abierta con sus sentimientos; que se le pegaba á los huesos como una atmósfera de fuego y que le partía el corazón como una sierra de acerados dientes; su dolor eterno, su irredimible desgracia; aquella pasión tempestuosísima sólo merecía el menosprecio, sólo inspiraba por toda correspondencia una carcajada, y sólo tomaba por toda categoría el ridículo. El demonio del mal y de la desgracia, que está encerrado en el seno de la vida, no podía inspirar á Carolina peor pensamiento. Era arrojar plomo derretido sobre una herida. Era hurgar á un león hambriento. Era convertir el amigo resignado en implacable enemigo. Era atraerse sobre la frente el golpe rudo de la venganza.

---

---

---

## CAPÍTULO VII.

### EL MULATO.

Para adivinar todas las pasiones del mulato conviene conocer en él educación y vida. No era su alma una de esas almas que fácilmente se pegan á la tierra y se resignan al hado. Entre su cuna y su educación habia completo desnivel; entre su estado y sus aspiraciones, guerra incesante. Hasta la naturaleza, favoreciéndole en su figura, le habia dañado en su corazón. No era uno de esos negros, en los cuales predomina la materia, hijos monstruosos de la tórrida tierra del África. En su cuerpo flexible y elevado como el cuerpo del más aristocrático inglés; en su tez atezada levemente por sol que diríase sol de Andalucía; en sus ojos negros y profundos teñidos siempre por la luz increada del pensamiento; en su ángulo facial y en su frente despejadísima brillaban todas las señales de la inteligencia europea unidas á todo el rigor de la naturaleza africana. El pelo ensortijado, los



labios gruesos denunciaban lo que hoy llaman los naturalistas el atavismo del mulato, es decir, la estirpe negra á que pertenecía por sus abuelos maternos. Pero fuera de esto, su rostro y sus facciones tenían varonil belleza europea, acrecentada por su talento y su apostura.

Él se creía hermoso, hermosísimo. Su orgullo natural tomaba esta fortaleza de su forma para imaginarse desde ella superior á los mismos que le oprimían ó le humillaban. Cuando veía pasar el hijo de un blanco, raquítico, linfático, pálido, aquejado por alguna enfermedad de pulmones ó de nervios, y lo comparaba con su propia estatura, con su abundante sangre, con sus acerados músculos, con sus obedientes nervios, con su fuerza de leon y su agilidad de tigre, por una de esas generalizaciones frecuentes en la vida, apreciaba la raza propia con soberbia, y la creía destinada á regenerar al mundo.

La esclavitud le entristecía siempre, le desesperaba á veces, más por lo humillante que por lo opresora. Él se estimaba descendiente de una raza de reyes en lo pasado, venido para engendrar otra raza de tribunos en lo porvenir. Su vida dramática alentaba estos pensamientos. Fué su madre mulata como él, y como él hermosísima, hija de esos fugaces y frecuentes amores entre las esclavas negras y sus blancos dueños. Como el parto sigue al vientre, engendrada en

la servidumbre, nació y creció en la servidumbre. Jóven estudiante de la Habana vióla en el momento en que su hermosura pasaba de la infancia á la juventud, y se enamoró perdidamente de la pobre esclava. Amigo de la familia á que ésta servia, iba diariamente por consagrar ó recoger miradas y sonrisas. A tener medios, hubiérala redimido, emancipado y casádose con ella. Hijo segundon de ricos, nobles, avaros propietarios, imposible sacarles tanto dinero, y ménos para este objeto.

Mas la juventud todo lo avasalla, nada le arredra. Su amor debia satisfacerse áun á costa de la vida. Corrian de mano en mano á la sazón las obras de Chateaubriand. *La Atala* habia logrado universal popularidad. El jóven estudiante de derecho cambiaba todas las recitaciones de Heinecio por unos cuantos párrafos de los amores de Chactas. La tierra de Cuba convidaba á reproducir aquellas escenas. Él podia irse con su amada mulata por los montes y por las selvas; desposarse delante de Dios; tomar por testigo de su amor á su conciencia; convertir el espacio infinito en templo digno de su felicidad, las flores del campo en tálamo nupcial, los rumores del bosque y los cambiantes de la luz en amistosos testigos y fieles compañeros de su vida; la naturaleza entera, con todas sus fuerzas creadoras y toda su exuberancia, en auxiliar y sosten de aquel matrimonio entregado por

completo á su maternal seno, á su fecunda providencia.

Pensarlo y hacerlo fué obra de un momento. Los jóvenes salieron del ingenio y tomaron el camino de los bosques. Allí, en los primeros trasportes de aquel amor infinito, fué engendrado el mulato. Pero bien pronto las dos familias, la familia del estudiante y la familia de la mulata, se dieron á perseguir, la una al hijo descarriado, la otra á la esclava perdida. Y los dos jóvenes fueron bajo el amparo de la naturaleza y en el seno de su amor felices. Apartada cabaña les sirvió de asilo, amante familia de negros, tambien fugitivos, les sirvió de compañía y auxilio. Una tarde en que á los primeros resplandores de la luna llena, en medio de la selva, se miraban extasiados los dos amantes, y la pobre niña anunciaba que sentía latir un nuevo sér en sus entrañas, noticia recibida con júbilo indecible por el joven, sus perseguidores les sorprendieron y les separaron para siempre. Ni las súplicas, ni el llanto, ni la desesperacion de aquellos dos seres pudieron nada en sus verdugos. El joven estudiante volvióse loco, y loco furioso, á la Habana. Su familia creyó que la razon en realidad la habia perdido el dia de su fuga, y le encerró en apartada estancia de su casa, y allí le tuvo en delirio perpétuo y en rabiosa furia hasta el dia de su muerte. La mulata vivió para el hijo de sus entrañas, nacido tam-

bien esclavo. Su amo tuvo tambien un hijo el dia mismo en que el mulato naciera. Y la madre de éste fué de aquél nodriza. Crecieron ambos en el mismo regazo, y como el niño blanco era el Benjamin de la casa y amaba tiernamente al hermano de leche, participaron ambos de la misma educacion. El mulato aprendió á leer, á contar, á rezar, á sentir necesidades de vida artística, de vida intelectual desde su primera edad. La música, la literatura eran su ocupacion principal, porque su oficio estaba reducido á ser compañero de su hermano de leche, que crecia en su amistad á medida que crecia en años. La imaginacion del mulato se exaltó al contacto de otra imaginacion exaltada. Para mayor exaltacion, entrados ya en los tres lustros, edad de las pasiones por el trópico, su hermano de leche, de quien él era aparentemente ayuda de cámara, y en realidad amigo del alma, devoraba todos los libros de arte, de política, de ciencia social, que producía Europa, y abrigaba ideas de emancipacion humanitaria, así para negros como para blancos. Y de todas estas ideas hacía partícipe al mulato. La vida de ambos corria en estos ensueños y esperanzas sociales, cuando viene terrible accidente á separarlos por fuerza. El amo del mulato, el padre de su jóven amigo, tenía la pasion del juego. Cierta noche se jugó todos sus esclavos domésticos. Ganólos el frances Mr. Jura. Y por estos accidentes



pasó de una á otra familia, de una á otra region, de una á otra hacienda, de la Habana á Nueva-Orleans, donde vivia triste, sin conformidad alguna con su suerte, hasta que la pasion exaltada, furiosa, por Carolina le dominó y decidió de toda su existencia, de todo su porvenir.

El mulato, pues, sólo vivia para el amor, amaba con todo su sér exaltado por el frenesí. Gustábale hasta la esclavitud, porque le tenía cerca de Carolina. Comparaba la figura del esposo con su figura, y los años con su juventud, y la frialdad con su ardor, y la apagada imaginacion con su fantasía, y el carácter adusto con sus trasportes, y el temperamento vulgar con su exaltacion, creyéndose, despues de estos paralelos extremados por el amor propio, completamente seguro de su victoria.

Todo el vigor de su carácter, toda la intensidad de su deseo, concentrábanse en esta pasion de las pasiones, en el amor, tan favorecido por la naturaleza, como que á él fia la perpetuidad de su sér, la duracion de sus especies. Y Carolina era su primer amor. Aquel hombre exaltado agitábase al sacudimiento del deseo, y rompía en su fantasía las vallas que pudieran oponerse á la satisfaccion de este deseo. Miraba sus brazos y los veia fuertes; miraba á Carolina y la veia débil. Acordábase de los bosques, de las selvas, del espacio, que podian guardar á una

vida libre y amorosa, del silencio que podían oponer á un rapto audaz y victorioso. Ella pasaría de un amor aterido como el invierno á un amor fogoso como el trópico, de la amistad á la pasión, de la indiferencia sin goces al placer sin límites.

En estas imaginaciones enardecía su sangre con aspiración casi incontrastable á poseer el objeto de su amor, costára lo que costára. ¿Qué podía perder? ¿El honor? ¿Acaso lo tiene el esclavo? ¿La vida? Y ¿qué precio sin Carolina tenía para él la vida? Por vez primera deseaba y había de cumplirse su deseo. Parecíale incomprensible toda su vida anterior, falta de ese fuego que ahora calcinaba su alma. Parecíale incomprensible el haber existido solamente en sí, para sí, cuando cada sér debe componerse de dos seres para perfeccionarse. Aunque padecía mucho, amaba hasta sus padecimientos. Rendido al sueño después de largos insomnios, solamente se creía feliz cuando soñaba con ella, aunque soñára desvíos y le despertasen angustias.

Tenía tal idea de su amor, que lo imaginaba correspondido desde el punto y hora en que fuera expresado. Pero ¿cómo expresarlo? Hijo de la naturaleza, á pesar de su distinguida educación, no comprendía el mulato cuantas ofensas encerraba su pasión á la virtud y á la sociedad. Para su conciencia el amor era la ley divina, suprema, única. Pero siendo el objeto de

este amor tan elevado, de superioridad tan manifiesta sobre él, no tanto por su posición social como por sus prendas naturales, ¿qué hacer para acercarse hasta ese sol?

Bien es verdad que cada uno de sus actos, cada una de sus palabras rebosaba la idea que le poseía. Cuando en presencia de Carolina se encontraba, sus ojos, fijos en ella, tenían la fijeza misma de su pensamiento. Caíasele sobre el pecho la cabeza como flor agostada. Los labios vibraban con muda interrogación, cómplices de sus indagadores miradas. Su pecho respiraba anheloso como recogiendo el aliento desvanecido en la atmósfera por aquel otro implacable pecho, hondo calabozo de su corazón atormentado. De vez en cuando sus manos se crispaban, se extendían sus brazos como si quisieran coger, abrazar, algo vago en los aires. Y no veía nada, y no contestaba á nadie. Ya estremecimientos de esperanza le sacudían y le daban demencia, delirio de alegría; ya torva desesperación le postraba en desaliento parecido á la muerte. En su lenguaje pintoresco y sembrado de imágenes solía decir á veces: ¡Ah! los ojos de esa mujer son dos emponzoñadas lagunas, que dan terciana, fiebre y frío á un mismo tiempo. Y provenía esto de que su ánimo pasaba á la continua de la confianza al desaliento, de la audacia al terror.

El día funesto en que sarcástica y fría carcajada de

Carolina respondió á una de las recatadas expansiones de su amor, el mulato fué, más que hombre, fiera. Su primer pensamiento se fijó en el deseo y la esperanza de aborrecerla. Buscó ávido todos los defectos imaginables en aquella mujer : la frialdad con que habia cometido el crimen de unirse por interes al hombre á quien no amaba, y el orgullo con que habia cometido otro crimen mayor, burlarse del sér que la amaba tiernamente á ella. Quien le hubiera visto en aquellos momentos, pálido el rostro, torvo el ceño, enrojecidos los ojos, blanquecinos los labios, roto el pecho en suspiros, verdaderas nubes de lágrimas, rígidos los miembros, y el corazon palpitante, convulso, tuviera miedo de aquel desórden de un alma y lo tomára por la furia de la demencia. Fuera de sí, asió un puñal, dudando si lo clavaría en su propio pecho ó en el pecho de la beldad aborrecida. De pronto aquella su imágen idolatrada surgió en la mente y le aplacó la ira. Mas apénas habia pasado tanta hermosura, fugaz como un relámpago, por su retina, sonó en los oidos, como trueno siniestro, la horrible carcajada. Huyendo de esa emocion, salióse al campo, corrió desalado al acaso, cayó mil veces sobre el duro suelo, juró á Dios y se prometió á sí mismo no volver jamas á verla, y morir de hambre, de insomnio, de rabia, de celos, de desesperacion, de todas las enfermedades morales y materiales juntas. Hubiéra-

---

sele tomado en aquella vertiginosa carrera por un baccante de la desesperacion y de la muerte, bien al reves de aquellos que corrian los campos antiguos, ébrios de vino, delirantes de placer, entregados á la exaltacion de sus pasiones y á la alegría de la vida.

Pero el iman de sus deseos le hizo retroceder en su camino y volverse de nuevo allá donde, si veia á Carolina indiferente, ingrata, la veia al ménos. Pero todo su propósito, al tornar tras aquel delirio, redujose á vencer el desvío de Carolina, sin reparar en medios. Una voluptuosidad infinita le abrasaba la sangre. El goce, el goce á toda costa dominaba su corazon y su cerebro, como único pensamiento, como único deseo; en aquella satisfaccion de su deseo veia tambien la satisfaccion de su venganza.

---



---

## CAPÍTULO VIII.

### DESAHOGOS.

Era de noche. El infeliz mulato velaba en su estancia. El silencio profundo de aquella casa, templo del sueño, era sólo interrumpido por su respiracion de fragua; el silencio del campo, á su vez, por las canciones del ruiseñor. El enamorado jóven, presa del inquieto insomnio, desahogaba su pecho escribiendo cartas á su ingrata; cartas que leia para sí, resuelto á entregarlas, y luégo no osaba entregar, rasgándolas con furia. Una decia así :

« Carolina : Te amo. Si te niegas á mi amor, moriré; pero ántes morirás tú. Yo me mataré sobre tu cadáver. Morir sin haberte estrechado contra mi corazon, imposible. Me lanzaré á tus brazos, los abriré, clavaré primero mi puñal en tu corazon, y luégo, sin que me importe cosa el estertor de tu agonía, mis labios en tus labios. Cuando la voluntad haya huido de tu cuerpo al filo de mi acero, serán míos, para siem-

pre míos, tus inertes despojos. Hubiéramos podido vivir juntos. ¿Es imposible? Pues juntos moriremos.»

Pero ¿de qué sirve amenazarla? decía luego para sí. ¿No se reirá de mis amenazas? ¿No me enviará á otra hacienda léjos, muy léjos, como se despide un perro? ¿No hará que me castiguen con tremendos castigos. ¡Y como sepa que el mayor es no verla!... Nada de amenazas. Apelaré al ruego. Tocaré su corazón caritativo. Me compadecerá. Tal vez de la compasión pasará al amor.

«Señora mía: ¿Cómo es posible que ose yo escribirlos? ¿De cuándo acá el rampante león de vuestro escudo se atreve á llamar al sagrado de vuestro pecho?»

¡Oh! ¡Qué frialdad! exclamaba, rasgando este comienzo. Digna sería esa retórica de un escolar, indigna de un amante.

Probemos, probemos otro estilo.

«Carolina: Te amo, te amo con delirio. No te rías de mi amor. Castígalo si quieres con el odio: no lo castigues con el desprecio. Aunque de ninguna suerte debieras castigarlo. Yo no me considero culpado, porque yo no puedo responder de aquello que es fatal, que es necesario. Verte y no amarte, ¡ah! tenlo por imposible. Dominar al corazón, decirle que no te idolatre, tenlo por inútil. Mis ojos te siguen con ménos libertad que el girasol erguido á tu puerta sigue al astro del día. Mi pensamiento va flechado á tu alma como

el ave amante á su nido. Cuando ménos te veo, es cuando estás más presente. Así que te has ido, ya te apareces en todas partes, como que te llevo dentro, dentro de mí, dudando á veces si me has robado el sér, porque donde ántes me encontraba yo, en la conciencia, en la memoria, en el pecho, en la imaginación, ahora sólo encuentro tu imágen.

» ¿Qué culpa tengo yo? Culpa es de Dios, y sólo de Dios, que te crió tan hermosa. Yo he querido olvidarte. Yo me he ahuyentado lo posible de tí. Yo me he ido resuelto á no tornar. Yo he pisoteado mis entrañas en larga, vertiginosa carrera. Y tú me seguías y perseguías á todas partes. Miraba las estrellas, y eran tus ojos. Deteníame á escuchar el rumor de las palmas, y sonaban como el crujir de tus vestidos. Me embebecia un punto en la serenata del ruiseñor, y sus arpegios remedaban tu acento. Y entónces me volvía á tu lado, ya que te veo ménos cuando estás presente.

» Esto no puede durar, no debe durar, no durará. Tanto amor de un lado, tanto desamor de otro, han de producir alguna catástrofe. Yo quisiera morirme, pero no me moriré sino te mato. Sólo cuando te hayas ido de este mundo tú, me iré yo. Miétras tanto, no, no, no. Miétras te quedes aquí, me quedaré yo, como tu castigo, como tu remordimiento; ¡infame! Te has vendido. Por amor á la opulencia, te has entregado á un viejo. Sobre esa flor de tu hermosura,

que necesitaba las caricias de la mariposa, el aguijón de la abeja, el fuego de la primavera, sólo ha caído nieve. Si supieras, si alcanzaras lo que es amor. Si alguna vez tus oídos escucharan los latidos de este corazón mío henchido de pasión, entonces verías el crimen que has cometido sublevándote contra la naturaleza y uniéndote á la muerte.

» Y yo no puedo responder de mí, no puedo. Yo he creído siempre que nada produce inútilmente el universo. Y cuando ha producido este amor, lo necesita. Y cuando lo necesita, habrá de satisfacerse, á despecho mío. En el momento de engendrarnos, engendrónos al uno para el otro. Se ha interpuesto entre estos dos corazones el oro de un avaro, el oro de un jugador, el oro de un negrero. La naturaleza no obedece á las mentiras sociales. Vendrás á mis brazos como va el pájaro á la boca de la serpiente. Concluirás por abrasarte en el continuo relampaguear de mis ojos. Y si tu voluntad es tan fuerte, que se rebela á mi amor, tu cuerpo es bastante débil para caer entre mis brazos. Yo recobraré el goce que me has robado. Tú eres mía delante de Dios. Las leyes de Dios se cumplen con los corazones, como se cumple con las piedras. Yo soy esclavo; por consiguiente, yo no soy libre. Juguete de la fatalidad, debo cumplir sus decretos. Estoy unido á tí como la luna al planeta. Nadie puede separarnos. Serás mía de grado ó por fuerza. Se lo he

jurado á Dios, y cumpliré mi pensamiento. Despues, muramos.

» Si una moral estrecha, si un mundo mezquino, si una sociedad artificiosa, si una ley penal arbitraria, si una justicia de convencion creen criminales afectos que la naturaleza hizo incontrastables, caiga sobre nosotros el castigo. ¿Puede haberle hecho mayor que la muerte? No lo hay. La primera entre todas las penas es la pena capital. Que nos la apliquen. Muramos; pero despues de habernos amado. Yo cumpliré mi destino, que es amarte, que es poseerte. Lo cumpliré á despecho de los hombres y de los dioses. Créelo; siento en mí la fuerza necesaria para cumplirlo, sí, la siento.

ANTONIO.»

Despues de haber escrito esta carta, inspirada por tan horribles ideas, y haberla escrito rasgando el papel con el ímpetu de la pluma, y repitiendo el desorden de su corazon, de su cerebro, deteníase y exclamaba :

—Pero, desdichado, ¿qué hago? ¿Por qué amenazarla? Quise escribir una carta suplicante, y escribo una carta imperiosa. ¿Será verdad que el amor profundo, inextinguible, ni sabe hablar ni sabe escribir? Y amenazarla es tanto como apercibirla contra mí. Perseveremos. Escribamos otra carta tierna, amorosa, suplicante.



Y los fragmentos de la carta anterior, precipitadamente rasgada, corrian al soplo de las auras.

Y seguidamente emborronaba otra.

« Señora, señora mia :

» Perdoneos Dios todo el mal que me habeis hecho. Yo soy inocente. Yo quisiera no amaros; pero no puedo resistir á mi pasion. ¿Resiste el cedro secular al huracan? ¿Qué noche tan hermosa! Y vos dormís miéntras yo velo, y teneis al lado vuestro hijo, que os inspirará dulces ensueños, miéntras yo tengo al lado vuestra imágen, que me enciende la sangre, que me atenacea el corazon. Si á la luz de esa luna melancólica, al soplo de estas auras bien-olientes, al cántico de ese ruiseñor enamorado, os viera venir á mí, envuelta en blancos cendales como una aparicion del sepulcro, á decirme: « te compadezco », ¡oh! moriria de gozo..... »

— Esto es pura moral, decia el pobre Antonio, y rasgaba el último ensayo de sus cartas. No se siente así. Palabras, palabras inútiles. Yo te mostraré, ingrata, mi pasion. Tú la verás salir de madre. Si te abrasa, que te abrase. ¿Por ventura mira la ardiente lava escapada de un volcan si abrasa los pámpanos de la pobre cepa? Satisfaga yo mi pasion, y suceda lo que suceda. Adelante.

Y arrojó la pluma, y se bajó al jardin á recoger el beso de la noche.

---

---

---

## CAPÍTULO IX.

### LA EMBRIAGUEZ.

Amaneció nuevo día sin que el mulato Antonio hubiera cesado ni un momento de dar vueltas por el inmenso jardín de la quinta, absorto, extático en la contemplación de sus pensamientos, que le llevaban á idear innumerables proyectos, á cual más descabellado, más insensato. La cólera se unía en su pecho al amor, y el deseo de satisfacer este amor, á sentimientos reconcentrados de saña y de venganza. Unas veces acariciaba el agudo puñal, que nunca desasía de su cuerpo. Otras veces cogía flores maquinalmente, y las enlazaba en ramilletes artísticamente rematados, y que iba depositando en la marmórea escalera abierta entre el jardín y la habitación de su señora. Aún el sol no asomaba por Oriente, cuando la puerta de esta habitación se abre y Carolina aparece. Estaba hermosísima. Elegante peinador de batista blanca se desprendía de los hombros á las plantas, formando

graciosos pliegues dignos de las túnicas ceñidas por las antiguas griegas. Su rostro pálido resaltaba entre los bucles de la negra, sedosa y desceñida cabellera, que la envolvía como un velo. En sus ojos enardecidos brillaba alguna lágrima fugaz, dando á sus mejillas marchitas el encanto que da tenue gota de rocío á la bellísima rosa.

Carolina, como solitaria en aquella espaciosa quinta, hablaba muchas veces con el mulato, aunque de asuntos vulgares ó indiferentes. La sociedad es tan necesaria á nuestro sér, que la formamos con todos cuantos nos rodean, por invencible y constante inclinacion. Y en toda la quinta, desde que Jura se ahuyentó, no habia persona con quien departir más que el mulato.

—Temprano se levanta la señora, dijo éste corriendo al encuentro de su ama.

—He dormido mal.

—Lo siento.

—Gracias.

—Tal vez anuncios de tempestad.

—No lo creo.

—Digo anuncios de tempestad, porque yo tampoco he dormido.

—¿Y te has pasado la noche en el jardin?

—Sí, señora.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque hoy debes andar durmiéndote por todos los rincones sin ánimo para tus quehaceres.

—No me recuerde la señora mi obligacion cuando sabe que nunca dejo de cumplirla. Una noche en claro no significa para mí un dia en turbio. Si hubiera de dormirme todos los dias siguientes á las noches de insomnio, anduviera dándome de bruces con todos y con todo.

—Mi inquietud no proviene de la tempestad, dijo Carolina, apartando la conversacion del lado á que la dirigia Antonio.

—Pensé que....

—Proviene de no haber tenido ayer carta del amo.

—¡Ah!

Y Antonio se mordió los labios con furia.

—¿Qué le habrá sucedido para no escribir?

—Tal vez alguna distraccion, algun descuido.

—Nada lo distrae de mi cariño y de sus recuerdos. Nunca se olvida de su esposa.

—Ciertamente. Pero en las grandes ciudades hay tentaciones que no tiene el campo.

—¡Antonio! dijo Carolina en són imperiosísimo de reconvencion.

—Si he dicho algo que pudiera molestar á la señora, pídole perdon.

—No ofendas á tu amo ni con el pensamiento.

—La señora ha dado á mis palabras un sentido que no tenían ni por imaginacion en mi ánimo.

—Ni siquiera deben decirse palabras de doble sentido.

—Tiene razon la señora, mucha razon. A veces no sabemos lo que pueden ofender las palabras más insignificantes.

—¡Verdad, verdad!

—Y no solamente las palabras, una sonrisa, una carcajada.....

Carolina palideció.

—Una carcajada, repitió Antonio, premio á sentimientos vivos, profundísimos, ajenos á la voluntad, y tan ajenos, que los ahogariamos si pudiéramos con supremos y violentos esfuerzos.

Y acentuó tanto estas palabras, que palideció aún más Carolina.

—Porque al fin nadie manda en el corazon, nadie; como que el corazon es el escollo contra el cual se estrella la voluntad. No hay deber de amar, ni hay deber de no amar. El amor no tiene libertad. Amamos porque amamos. Dejamos de amar sin motivo, sin causa, porque se ha evaporado el sentimiento.

—¿A qué vienen todas estas reflexiones filosóficas?

—Tiene razon la señora; á nada. Hablaba por hablar. ¿Qué sé yo de amores?



—Mira. Si estás enamorado verdaderamente, si alguna de las esclavas de esta hacienda te gusta, yo te prometo, por tus buenos servicios, por el cuidado que tienes de Ricardo, ser tu madrina de boda, é interceder para que os den el mejor bien de la existencia, para que os den la libertad.

—¡Enamorado de una esclava! No. Yo estoy enamorado, viva, frenéticamente enamorado de una belleza ingrata, superior á mí como el cielo á la tierra. Yo la adoro, yo la idolatro. La muerte recibida de sus manos me parecería dulce. La vida sin ella para nada la quiero. Y aunque nunca me mire, aunque nunca de mi pasión se apiade, aunque ni siquiera me comprenda, yo juro que he de vivir y he de morir por ella, lo juro, invocando lo que más he amado, la santa memoria de mi madre.

—Eso parece una relacion de comedia, dijo Carolina, lanzando á un tiempo miradas de menosprecio y risa de burla sobre la faz del mulato.

Éste se quedó como de piedra al nuevo insulto, y Carolina se entró en su habitacion, cerrando con estrépito la puerta. El infeliz llevó la mano á su puñal con estremecimiento de ira. Sus ojos relampagueaban, sus dientes rechinaban, crispábanse sus manos, sacudíase su cuerpo como si por todos sus nervios entráran manojos de rayos. Despues dió dos ó tres pasos, y cayó desplomado al peso de su intensísimo dolor.

---

Un negro que pasaba por allí le recogió, le alzó, le arrojó algunas gotas de agua, que le volvieron al sentido, y dijo estas palabras :

—Si no supiera que no lo catas, diria, Antonio, que estabas borracho.

El negro se alejó, y Antonio dijo :

—Borracho, sí, de un vino que embriaga hasta el alma; borracho de amor. Pero de hoy en adelante mi embriaguez será de venganza. Yo hubiera querido ser para ella un ángel. Me ha pisado, y seré una víbora. El veneno de mi corazón pasará á su corazón y circulará por sus venas. Ni cielo, ni tierra oponen freno al que está resuelto, completamente resuelto, á morir despues de vengarse. Tiembla por tu honor, y por tu hijo, lo que más quieres en el mundo, mujer sin entrañas, tiembla, tiembla. Ya la vida me pesa. Ya el mundo me parece vacío. Ya no hay esperanza que me sostenga, ni lazo que me ate á este desierto planeta. Desde hoy sólo vivo para la venganza. Tiembla, mujer, tiembla. Mi felicidad dependia de tí; mi venganza depende ¡ay! de mí solo. Tiembla, tiembla.

---

---

## CAPÍTULO X.

### LA NUEVA MAGIA.

Era domingo, día de huelga para Antonio, y en vez de irse con sus compañeros á los bailes, se encaminó solo á Nueva-Orleans, en busca de famoso magnetizador, que enseñaba á dominar materialmente las más rebeldes voluntades. Antonio quiso tener con él entrevista larguísima, y le pagó de antemano á lo príncipe aquella consulta, sacrificando ahorros acumulados para su rescate. Omitirémos de esta consulta particularidades inútiles, é irémos al fondo del asunto.

—En verdad, decia, ¿hay ese mutuo influjo entre dos personas, hay ese flúido que se escapa de nuestros órganos como se escapa la electricidad de una botella de Leyden?

—Vivimos, decia el magnetizador, sometidos al universo. El astro lejano perdido en los confines del espacio, que aparece como muerto resplandor, influ-

ye en nuestro organismo. La luna aviva las mareas del Océano con sus miradas, como hermosa mujer los deseos del corazón humano. La aguja imantada mira al polo, ni más ni menos que la virgen enamorada á su prometido. Los matices de la luz descompuesta por el prisma son como los tonos de la escala música, y los tonos de la escala música tienen relaciones misteriosas con la gran sinfonía compuesta en la inmensidad por los coros de los mundos. La luz es calor, el calor electricidad, la electricidad magnetismo, el magnetismo vida, y la vida amor.—Y nuestro cuerpo, abreviado cósmos, laboratorio continuo de flúidos, ¿no ha de tener sobre otros cuerpos magnética influencia?—Acercad vuestros dedos á la humilde planta llamada sensitiva, y veréis cómo sus hojas se pliegan, se arrugan, se encogen, se esquivan á vuestro tacto. Presentad á esas nerviosas mujeres á quienes ha llamado un naturalista inmortal sensitivas con alma, cristales electrizados, y las veréis moverse, agitarse, como los papelillos atraídos por el ámbar caldeado. El éxtasis del místico; la vision profética de la Sibila encerrada en su gruta de Cúmas; la voz del oráculo consultado por los guerreros en el momento de partirse á la pelea; el milagro del sacerdote en el templo de los dioses; la carrera desenfrenada del baccante poseído por las furias del amor y del vino; la danza religiosa de pueblos orientales que sacuden su

pereza y se entregan con favor exaltado á todos los excesos en torno del carro de sus ídolos; estas facultades sobrenaturales despertadas en muchos seres, que parecen milagrosas, obras son de ese flúido magnético, que despiden los ojos, los nervios de las humanas, y que sostienen á las unas pendientes de las otras, como la gravedad enlaza astros con astros y los sostiene á todos en los espacios infinitos.

—Que me place, doctor. Pero ¿será posible ejercer ese mismo influjo sobre una persona determinada, y á nuestro arbitrio?

—¡Extraña pregunta!

—No me lo parece á mí, porque bien podeis imaginaros que por eso he venido á preguntaros sobre las relaciones universales de las cosas.....

—Bien, y acabo vuestro pensamiento; vendréis á preguntarme fenómenos relativos á las relaciones entre los dos sexos.

—Habeis completado mi pensamiento.

—Como que se ve claramente en vuestros ojos.

—Hablad, hablad.

—No os impacientéis.

—¡Ah! ¡Si padecierais como yo!

—Males de la juventud, que luégo, cuando se llega á la edad madura, sentís que no puedan reproducirse. ¡Cuánto daría yo por uno de esos dolores vuestros, por una de esas enfermedades del corazón, por



uno de esos insomnios de la juventud! Hoy quereis curarlo; mañana su curacion será vuestra irremediable tristeza.

—¡Doctor!

—No me llameis tan siniestramente.

—Soy víctima de horrible impaciencia.

—Moderadla.

—No puedo.

—No querais coger en la primavera los frutos del estío.

—Vuelvo á mi pregunta.

—No responderé si no respondeis á otra mia.

—Hablad.

—¿Estais enamorado?

—Con pasion, con delirio.

—Pero ¿sin esperanza?

—Sin esperanza.

—Y venis aquí á buscar la esperanza, ¿no es verdad?

—Verdad.

—¡Maldita ciencia!

—Doctor, renegais de vos mismo.

—La ciencia conoce lo creado.....

—Justo.

—Pero la ciencia no crea. Aquí tendríamos los ingredientes químicos que componen una fruta. Pero ¿creeis que produciríamos esa fruta? Jamas.

—Yo vengo á pedir os un medio material.

—No. Vos venis á pedirme que yo produzca artificialmente el amor, que sólo puede ser engendrado en el laboratorio del corazon.

—Me desesperais.

—Mas decidme á la postre qué deseais.

—Yo deseo dominar sobre una voluntad indómita.

—¿De mujer, por supuesto?

—De mujer.

—¿A vuestra edad, con vuestra apostura?.....

—Con los medios que vuestra ciencia me procure..... Si no hay en la ciencia recursos, apelaré á mis fuerzas.

—¿Ella es débil, tierna, sensible, nerviosa?

—Sí.

—Bien. Vos sois sanguíneo, nervioso; vos teneis el temperamento de magnetizador.

—Ella se agita al menor cambio de la atmósfera, y siente en sí las atracciones de todos los espíritus y de todos los mundos.

—Ella es extremadamente nerviosa; ella tiene temperamento de magnetizada.

—Justo.

—Teneis la mitad del camino andado.

—Doctor, me abris el cielo de la esperanza.

—¿Hasta ahora su voluntad es rebelde?

—Más que su voluntad, su conciencia.

—Duro es decirlo, amigo, exclamó el doctor con tristeza; pero se vence más fácilmente una conciencia que una voluntad.

—Y si me apurais, doctor, más aún que su conciencia, es rebelde su posición social. Ella nieta de blancos sin mancha, esposa de blanco sin mancha, madre de blanco sin mancha, y yo tocado de una sombra negra.

—De una sombra negra que, dicho sea sin género alguno de lisonja, realza vuestra naturaleza. Se vence difícilmente una voluntad, con más facilidad una conciencia, con rapidez la posición social. ¿Quién resiste á la voz imperiosa de la naturaleza?

—Pero, doctor, dijo el mulato impacientándose, yo no he venido á oír consejos morales, no; los tengo en mi conciencia más á mano, y si no, en la iglesia. Yo he venido á demandar al saber medios materiales de triunfar.

—No os impacientéis, amigo mío.

—Si supierais cuánto padezco, disculpariais mi impaciencia.

—No me vendais.

—¿Y á qué viene esa advertencia?

—¿Pues qué, no es un crimen vender voluntades rebeldes, domeñar la fiereza, la altivez, quizá la castidad de una madre, de una esposa?

—Aquí el criminal soy yo , y yo solamente. El criminal es, mejor dicho, el universo implacable que sobre todos domina, la naturaleza si quereis, el hado, el destino.

—Ya sabeis en qué consistió la perdicion de Mesmer, uno de los primeros encantadores, uno de los primeros magos de esta ciencia, á fines del siglo último, cuando todavía el magnetismo se hallaba en el templo de lo maravilloso, y sostenido, alimentado por el filtro de lo sobrenatural, confundiéndose con la magia, de igual suerte que se confundió la alquimia con la química, la astrología con la astronomía en la Edad Media.

—Acabad. ¿Qué perdió á Mesmer?

—Entre otras muchas causas, la principal fué probar que se podia, por medio del magnetismo, abusar de una mujer sin su voluntad, sin su consentimiento.

—Doctor, ahí está mi conducta; os pareceré un monstruo, lo seré si quereis. Pero yo vengo aquí á mostraros mis enfermedades, mi amor sin límites, y á pedir os medios de satisfacerlo sin freno.

—Francamente, me aterraris.

—¿ Por ventura rehuiréis mi consulta?

—¿ Cómo quereis que yo me asocie á un crimen?

—Por piedad, no me hagais caso. Olvidad cuanto he dicho. La consulta es general, abstracta. No tiene

aplicacion. ¿Me creéis tan malvado? Hay momentos en que el delirio me sobrecoge, y habla el delirio. Éste es uno de esos momentos. No me creáis. Yo quiero sólo magnetizar una mujer. Vos no sabéis realmente para qué ni por qué quiero yo magnetizarla. No me hagais caso. Pero decídmelo, decídmelo pronto. ¿Cómo podré yo magnetizar?

—Podeis llegar, dijo el doctor, más tranquilo con las hipócritas excusas del mulato, podeis llegar hasta substituir vuestra voluntad á su voluntad.

—Hacédmelo bueno, doctor, y teneis mi vida. Pedídmela cuando querais; es vuestra.

—Los dos sexos se buscan, los dos polos de la vida se tocan, los dos gases fundamentales se combinan, las dos fuerzas cósmicas se equilibran, y el temperamento sanguíneo domina al temperamento nervioso como Júpiter á sus satélites. Vos la magnetizaréis.

—¿Cómo!

—Lo primero que necesitais es voluntad firme.

—La tengo incontrastable.

—Voluntad, voluntad.

—La mia es de hierro.

—La voluntad lo domina, lo sojuzga todo. Hay dos mundos, el uno sometido á la necesidad implacable, y el otro á la voluntad libre, como hay el parecer y el sér, el sér y el suceder, la esencia y el



accidente, el fenómeno y la ley del fenómeno, la sustancia y la modificación de la sustancia. La materia no tiene existencia independiente del espíritu; los matices de la luz matices son de la idea; las armonías de los astros cadencia son de la música anotada por nuestra mano; las causas y efectos, series del pensamiento; las formas, vestiduras de nuestro arte; el tiempo eterno y el espacio infinito, formas de nuestra sensibilidad, y el universo, poema de nuestra fantasía.

—Seguid, seguid, dijo extático Antonio.

—Pero hay contradicciones inexplicables, fuerzas que ponen á mis plantas esposas de hierro mientras mis espaldas tienen alas. Aquí, á mis piés, un lecho de barro, allá, en mi frente, un cielo de luz.

—Verdad, verdad.

—Pero ¿qué fuerza tengo yo para someter á mí todos los agentes naturales, para resolver todas las contradicciones, para combinar los contrarios, para ser causa en medio de tantos efectos, para producir mi vida, para encarnar mi esencia, para ceñirme la corona de la creación?

—¿Qué fuerza?

—La voluntad.

—Teneis razon, la voluntad.

—La voluntad, que es fuerza material en el mundo, es carácter moral en el hombre. Pero con el ca-

rácter firme y por motivos de conciencia se llega á imperar en la vida con la misma necesidad y la misma autoridad con que impera la fuerza en el universo. Atracciones y repulsiones dominan en la mecánica celeste ; acciones y reacciones en la química ; movimientos de sístole y diástole en el corazón ; aspiración y expiración en los pulmones ; sangre venosa y sangre arterial en el cuerpo ; electricidad positiva y electricidad negativa en el magnetismo de la naturaleza ; antipatías y simpatías en el magnetismo humano. Hé ahí cómo la fuerza magnética sube desde el mineral hasta el corazón y hasta el cerebro. Pues así como en el universo está Dios, en la vida está la voluntad, sí, la voluntad, siempre la voluntad.

—Yo la tengo completa, dijo Antonio, llevándose la mano al corazón.

—Ése, ése es el órgano de la voluntad, añadió rápidamente el doctor.

—Yo lo poseo por completo. Me obedecerá, exclamó el mulato con perfecta seguridad.

—Así como las formas y los organismos han cambiado en el planeta, pero no ha cambiado la fuerza, que permanece siempre la misma ; así en la humanidad han cambiado las ideas, los conocimientos, los conceptos de los seres y de las cosas, pero no ha cambiado la causa de las causas, no ha cambiado la voluntad. No siempre se ha pensado en el mundo ; pero

¡ah! no lo dudeis, siempre se ha sentido, siempre se ha amado. Así la voluntad tiene la virtud magnética por excelencia.

—Proseguid, proseguid, decia Antonio fuera de sí, absorto en escuchar aquella elocuencia del doctor.

—Despues que esteis seguro de tener la voluntad interior, imperiosa, avasalladora, apelad á los magnetizadores más eficaces, á los ojos. Vuestros ojos son negros, profundos, centellean electricidad, magnetismo; empleadlos con la firme voluntad de ejercer sobre ella incontrastable fascinacion.

—¿La vista tiene virtud bastante?

—¿Lo dudais? Sábese de antiguo la virtud magnética de la vista. Los ojos de Pitágoras sostenian como dos imanes la atencion de sus discípulos con tanto más vigor cuanto más abstrusas é ideales parecian sus explicaciones. Alejandro tenía frente de sí en Arbelas toda el Asia, la region de la autoridad y de las castas, que iba á chocar en suprema batalla con la region del arte y de la democracia. Parmenion le propone, viendo al héroe griego con cincuenta mil hombres y á su enemigo Darío con un millon, que emprenda la batalla por sorpresa y en las sombras de la noche. Pero Alejandro se niega, no sólo porque quiere triunfar á la luz del sol, sino porque sabe cómo la luz de su mirada enardece y fanatiza al soldado. Mario está preso en seguro calabozo. Un asesino

se llega á partirle el corazon. Mírale Mario con sus ojosde águila; el asesino cae de hinojos y suelta el puñal. No de otra suerte el alado pajarillo, que salta de rama en rama, que vuela y juguetea por los aires, que se baña en el éter, que celebra sus amores con arpegios dulcísimos, siempre móvil, siempre agitado por la inquietud de su complexion de artista, se para, se detiene, calla, se petrifica y va á dar en las fauces de la serpiente, atraído, fascinado por los brillantísimos ojos del vistosísimo reptil. Virgilio, el gran cantor de la naturaleza, el poeta inmortal de los campos, ya enseñó tambien la virtud magnética de la vista cuando dijo en este verso :

*Nescio quis tenens oculos mihi fascinat agnus.*

—Y con la voluntad, con la vista, ¿bastará?

—No; usad tambien el verso y el cántico, usadlo. El influjo magnético del canto ha sido consagrado por el sentido comun desde la antigüedad, que le atribuyó la virtud de mover las piedras y amansar las fieras. En mis viajes por España he visto las estancias que habitaba Felipe V en compañía de su imperiosa mujer Isabel de Farnesio, allá en el rústico eden de la Granja. El ánimo del Rey estaba preso en mortal melancolía. No hablaba, no se movia de su sillón ó de su lecho durante meses enteros. Ni siquiera

dejaba que le mudáran la camisa, pegada como la piel á su cuerpo enfermo y malhumorado. Però un acorde suave, una melodía, un cántico, le electrizaban, y conseguian, como corriente galvánica, mover, animar, aquella especie de cadáver.

—¿Y ademas?

—Ademas, ved de qué industria valeros á fin de concentrar por algunos minutos la atencion de la mujer que deseais magnetizar sobre plancha de zinc ó de cobre recientemente electrizada. Los ojos fijos en el disco y la atencion concentrada elevan el flúido nervioso al cerebro, y viene el desfallecimiento de todo el cuerpo, el sueño magnético, la pérdida de la voluntad, y la sustitucion de esa voluntad perdida por vuestra propia voluntad soberana. Entónces arrojadle todo el flúido de vuestros ojos y toda la fuerza de vuestra voluntad. Aquella mujer os seguirá tan fácilmente como las barbillas recortadas de las plumas siguen al ámbar caldeado. Y se verificará la aneurosis, el agotamiento de la fuerza nerviosa en la mujer, y la sustitucion completa de su flúido magnético por vuestro flúido magnético, de su voluntad por vuestra voluntad. No lo dudeis. El universo es uno. El flúido que truena en las nubes, que da su virtud al iman, entrando por nuestro organismo, es flúido electro-nervioso, flúido vital. Este flúido penetra en nosotros y sale de nosotros, engendrando las simpatías y las



---

antipatías. No preguntéis cómo se verifica esto ni por qué. ¿Sabeis la causa de que el pólen confiado por la planta al aire corra á fecundar plantas de la misma estirpe? ¿Sabeis por qué sales de diversas especies, depositadas á un tiempo en la misma agua, se apartan, buscan sus moléculas análogas, y se cristalizan segun las leyes de sus afinidades? No; pero sabeis que la aguja imantada mira al polo; sabeis que la gravedad atrae y suspende los cuerpos y los subordina unos á otros; sabeis las afinidades químicas, y por lo mismo, sabeis que existen los flúidos electro-nerviosos, y que se resuelven, ya en amor, ya en ódio. Seguid mis consejos, seguid las lecciones desprendidas de esta conversacion, y habréis vencido.

El mulato asió las manos del magnetizador, deslizó en ellas un bolsillo, miróle fijamente, y salió de la habitacion misteriosa con el pecho lleno, henchido de esperanzas.

---

---

---

## CAPÍTULO XI.

### SUPERSTICIONES.

A la puerta de limpia choza, por enredaderas ceñida, departian varios negros pertenecientes á la inmensa hacienda de los señores de Jura. En la animacion de los que hablaban, y en la fijeza de los que oian con la boca abierta, indicábase que el asunto llevaba en sí mismo extraordinario interes dramático.

—¿De véras? preguntaba jóven negrita, de color brillantísimo de ébano pulimentado.

—Tan de véras como la muerte, decia una negra anciana, persignándose várias veces con extraña precipitacion.

—¿Y qué será? tornaba á preguntar un mancebo.

—¿Qué quieres que sea? contestaba la anciana con aire de adivina ó de sibila.

—Yo no acierto.....

—Los difuntos que vuelven.

—¡Los difuntos! exclamaban todos los negros, componiendo coro verdaderamente trágico.

—Sí, los difuntos, añadía la vieja, recalcando soberanamente su afirmación.

—¡Qué miedo! gritaban los chicuelos rechinando los dientes, y escondiéndose entre las faldas de las mujeres como si hubieran visto venir los muertos por el horizonte.

—Válganos que es día claro. Si fuera de noche, tía Ana, aquí mismo me enterraban del susto, decía la avisada negrilla.

—Creedme, hijos míos, creedme. Los difuntos vuelven.

—¡Ave María purísima! exclamaban á una, como buenos católicos que eran, los pobrecitos esclavos de aquella hacienda.

—Creed á la tía Ana, que es vieja machucha y sabedora de cosas extrañas, decía otro esclavo á los compañeros que cerca de él se hallaban.

—Como que se unta, le replicaba otro.

—No la insultes, que puede darnos mal de ojo, decía un tercero.

—El amo la prohíbe mirar á los chiquillos, añadía otro de los circunstantes.

—Creed que los difuntos vuelven.

Y la tía Ana miraba con mirada de lechuza á sus interlocutores.

—Yo sudo , y estoy fria como las piedras , decia la muchachuela.

—¿No te has asomado de noche nunca por las bardas de nuestro cementerio ? preguntó la Tia á su interlocutora Panchita.

—Dios me libre..... respondió ésta.

—Pues yo sí , muchas noches , muchísimas.

Los negros hicieron todos un gesto de horror.

—Y he visto salir por los ojos de las calaveras dos llamaradas.....

—¡Ay! ¡Ay! gritaban los oyentes , como si los azotáran.

—Y aquellas dos llamaradas , ó tres á veces , correr por aquí , por allá , como aceite quemado .

—No me lo diga V. , tia Ana , exclamaba Pancha medio desmayada.

—Y son las almas en pena.

—¿Que vienen del otro mundo?

—Justo , hija , del otro mundo.

—¿Y no temió V. que se la lleváran?

—Recé mis oraciones..... y.....

—¿A qué vendrian?

—Por un Padre nuestro.

—Recemos , recemos.

Y los negros se quitaron sus sombreros de palma , y las negras bajaron sus cabezas sobre el pecho , y todos dijeron á media voz un Padre nuestro.

—Lo que sucede ahora, yo, que he visto tanto, no lo habia visto nunca.

—¿De véras?

—Nunca. Yo no duermo.

—Prefiero cien azotes á salir media hora al jardin despues de las doce de la noche, dijo un negro.

—Yo no creo que sean los muertos, añadió otro.

—¿Pues qué? preguntáronle.

—Yo creo que son todos los demonios del infierno.

—Válganos la Vírgen.

—¿Veis con qué serenidad he mirado por las bardas del cementerio? Pues digo, como el chico: así me aspáran, no asomaria la cabeza por la ventana en pasando de las doce.

—Nunca habia sucedido esto en la hacienda, observó Pancha.

—Desde que el señor se fué, anda el diablo suelto, añadió melancólicamente la tia Ana.

—Anteanoche, contaba uno de los negros, salimos, aguardamos. Antes de venir éramos fieras. En cuanto oimos el primer gemido, apretamos á correr, y todavía estamos corriendo.

—El capellan de la ermita se puso á la ventana con la caldera y el hisopo, dijo la tia Ana.

—¡Valiente! exclamó el negro.

—Y se le cayó el hisopo al patio, y él cayó de espaldas.



—Como que vió el monaguillo convertido en perro, dijo Panchita.

—Y en perro rabioso, añadió uno de los negros.

—Y al volver en sí, el pobre monaguillo se encontró perniquebrado al pié de la escalera de caracol, dijo la tia Ana.

—¿Y cómo sucederá eso? preguntaban todos.

—Debió llevárselo en las uñas y soltarlo desde muy alto.

Las negras abrazaron á sus hijos como si temieran que el diablo viniera á llevárselos en sus afiladas garras cual sucedió al infeliz perniquebrado monaguillo.

—Pues otra cosa áun más rara sucede, dijo Panchita.

—¿Qué?

—Que miéntras dura el paseo hace invisible al mulato Antonio.

—¿De véras?

—Él está en la cama. Y si mirais su cama, no le veréis hasta que el diablo haya pasado.

—Pues á mi marido, dijo la tia Ana, lo hace sordo. Por más que le grito, no oye nada.

—Yo sólo oigo entónces los alaridos.

—¡Virgen purísima! decia Panchita miéntras los negros arrojaban al diálogo los siguientes conceptos :

—Es cosa horrible.

- 
- No la han visto igual los nacidos.  
—En noches de luna no pasa nada.  
—En noches oscuras viene.  
—Cada palabra es un lamento.  
—A cada lamento parece que se abre la tierra.  
—Yo la he sentido temblar.  
—Las tablas de mi choza crujian.  
—Yo estaba mareado como si me hubiera bebido un azumbre.
- ¿Y los trompetazos?  
—Despiertan á los muertos.  
—Y aterran á los buhos.  
—Yo los he visto pasar á bandadas.  
—Aunque deseen dispararle un tiro, me han dicho que no arde la pólvora.  
—Como que el diablo la apaga.  
—¿Quién nos socorrerá?  
—¿Si querrá llevársenos á todos?  
—Como al pobre monaguillo.  
—El cura se ha quedado lelo.  
—Y la señora no sabe nada.  
—Se moriria de miedo si se lo dijésemos.  
—¿Y quién ha tenido más valor para observarlo?  
—Yo, dijo resueltamente la tia Ana.  
—Acabad de decir lo que habeis visto.  
—Lo he visto una vez, una sola vez.  
—Veamos.

—Estaba yo sola asomada en la ventana de mi choza á eso de las doce de la noche.

—¿Y qué haciais allí sin dormir?

—Desde que se murió mi netezuelo, paréceme que lo veo, si miro á las estrellas.

—Siga, tia Ana, siga.

—De pronto oigo un gemido largo, largo, largo, tan largo como un trueno.

—Se me erizan los pelos, exclamó Panchita.

—Despues de aquel gemido un sollozo, como si llorára un centenar de mujeres.

—¡Qué miedo! ¿Y qué hacia la pobre Ana entre tanto?

—Estaba atónita, sin movimiento.

—¿Y despues?

—Despues una voz cavernosa decia: fatalidad, fatalidad.

—Me admira que no se muriera la tia Ana.

—Estaba en verdad más muerta que viva.

—Ya lo creo.

—Llamé á mi marido, al tio Joselito. No me oyó.

—Como que el diablo le quitaria el oido, dijo Panchita.

—Quise correr, y no pude andar.

—Lo creo tambien.

—Un ruido de tablas se oyó despues, pero tan

fuerte como si se hubiera caído la casa, tan fuerte como una descarga de artillería.

— ¡Horror de los horrores!

— Las estrellas se apagaron, salieron las lechuzas volando, las chozas saltaban como nosotros cuando nos pica la araña.

— Y la tía Ana firme.

— ¡Oh! me agarré á la ventana.

— ¿Y qué vió?

— Si apénas me acuerdo.....

— Diga, diga.

— Una sombra alta, altísima.

— ¿Más alta que el tejado de la quinta?

— Más alta. Llevaba un cucurucho.....

— ¡Qué miedo!

— Un manto negro que la envolvía.

— ¡Dios mio! gritaba Pancha.

— De los ojos le salían dos llamas como las llamas del cementerio. La boca parecía tan grande como la entrada de una caverna. Tenía dos hileras de dientes que brillaban como dos hileras de linternas. Sacaba una lengua larga y estrecha como la lengua de la víbora. Y al pasar por delante de mi choza y al verme en mi ventana, « Quítate, bruja, me dijo, ó te llevo conmigo á los infiernos. » Y dió un revoloteo, abriendo, como negro abanico, dos alas desmesuradísimas, dos alas de murciélago, capaces de envolver toda la quinta.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo me caí muerta.

—El lance no era para ménos.

—Y á la mañana siguiente me despertó el tío Joselito á duras penas, echándome agua y vinagre á la cara, y poniéndome sinapismos á los piés.

—¿Y qué determinacion tomó usted?

—Contárselo al ama.

—¿Y qué dijo el ama?

—No se lo conté.

—¿Cómo?

—Encontré en el camino á Antonio, al mulato, que es el sabio de la hacienda, como que estudió en la Habana más que un abogado.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que no le dijera nada á la señorita para que no se asustase; pero que de buena me habia librado, porque él oyó tambien los alaridos y estruendos. Abrió la ventana de su cuarto, entró la sombra, se lo llevó en brazos á los aires, dándole bocados con los dientes de fuego, y luégo de haberlo paseado un rato, lo volvió á dejar en la cama todo molido.

En esto apareció el mulato Antonio con aire distraido, como limpiando las plantas, como recogiendo las flores caidas en el suelo.

—Ahí está, preguntádselo, dijo la tia Ana.



---

—Él nos dirá cuanto le ha pasado, añadió la negrita en actitud de dirigirse á Antonio.

—¡Ca! añadió un negro. Es muy señor. Está pagado de que nadie le gana á buen mozo, y apenas habla con nosotros.

—¡Antonio, Antonio! gritó la negra llamándole.

En esto se oye, como el estallido de una bomba, en medio del suelo que el corro ocupaba, la siniestra palabra dicha durante la noche por el fantasma aterrador, la palabra «fatalidad.» Los negros y negrillos echan á correr. La tia Ana y la negrita se meten á una en la choza, atrancando fuertemente la puerta. Hasta los animales domésticos por allí esparcidos parecen tocados del miedo universal. Sólo el tio Joselito, ó más valiente ó ménos ligero, se quedó inmóvil á la puerta, como si estuviera poseido de aquel sueño, objeto constante de las críticas de su costilla la anciana negra. Antonio se dirige á él, y le habla sobre todos estos extrañísimos sucesos.

---

---

---

## CAPÍTULO XII.

### EL NEGRO Y EL MULATO.

— Tio Joselito.....

— Estoy como aquel de quien habla el cura en sus sermones.

— ¿ Como quién ?

— Como aquel santo ó patriarca ó papa que hizo el milagro de volverse estatua de sal.

— Ya, ya.

— Aquí no descansa nadie.

— El miedo los ha trastornado á todos.

— Y confiesa que tienen motivos.

— Lo confieso.

— El dia ménos pensado roban la quinta.

— ¿ Cómo es eso ?

— Antes rondaban los negros, ahora no rondan. Antes se ponian de centinela á las cuatro esquinas de la quinta; ahora, así los maten, no saldrán de su choza.

- Ya veo que deberé velar yo solo, dijo Antonio.
- ¿No tienes miedo despues de lo ocurrido? le preguntó el viejo.
- Mucho miedo.
- ¿Cómo te arriesgas?
- En cumplimiento del deber.
- No hay deber que valga.
- ¿Tal crees?
- Tal creo.
- Pues yo creo todo lo contrario.
- ¿Y qué harás?
- Rondaré yo solo en torno de la escalera que da al cuarto de la señorita.
- ¿Tú solo?
- Yo solo.
- ¿Despues de las aventuras y desventuras que has pasado?
- Despues de todo.
- Corazon de leon, hígados de tigre tienes, Antonio.
- Lo que quieras, Joselito.
- Yo cumplo mis deberes con gentes conocidas, con alimañas que yo veo y palpo. Dime que vaya á la caza del tigre. Iré. Dime que riña con un perro rabioso. Reñiré. Dime que en las correrías para perseguir esclavos fugitivos combata con cien hombres. Combatiré.

—Ya sé que eres valiente.

—Pero no me digas que me entienda con las almas en pena. Me da un dolor de tripas que no veo. Me castañetean los dientes como si estuviera bailando el tango habanero. Se me estremecen piernas y brazos. Ni que me hubieran picado cien tarántulas haría tantos gestos. Me muero, Antoñito, me muero.

Y el pobre viejo casi, casi lloraba.

—Pues yo padezco mucho, tío Joselito; pero me quedo en mi puesto.

—Ya viene la noche.

—Y noche oscura, Joselito, porque el tiempo está revuelto.

—No se verán en el jardín las manos. Y todos los diablos del infierno vendrán en esta noche.....

—¿Y seréis capaces de dejar sola á la señorita, y expuesta á que la sombra entre en su cuarto?

—¿Y qué vamos á hacer?

—Defenderla, dijo Antonio con vigor.

—Podríamos defenderla de un león; pero ¿quién la defiende de un alma en pena?

—Los valientes.

—No hay valor para eso. Entra la sombra por las paredes, te coge por el cabello cuando más descansado estás, te sube á los aires, te arroja de las alturas, y pataplum, te estrella como una rana.

—Pues se necesita que esta noche rondemos. Yo

mandaré una partida de negros, que estará en vela.

—Llámalos. Persuádelos si puedes.

Antonio dió várias palmadas y aparecieron algunos negros recelosos y conturbados.

—Muchachos, no hay remedio.

—¿Qué?

—Se necesita velar esta noche por la tranquilidad de la señorita.

Los negros permanecieron mudos y espantados. La virtud nativa de su fidelidad luchaba en ellos con el orror y el miedo.

—Muchachos, ¿seréis cobardes?

—No; velarémos á tu lado.

—Pues á disponeros, que la noche avanza, grita resueltamente Antonio.

Los negros le siguen persignándose.

—¿Qué sucede? pregunta la tia Ana entreabriendo la puerta, vencido el miedo por la curiosidad.

—Sucede que van á rondar esta noche los muchachos más valientes á las órdenes de Antonio.

—Ese Antonio es el mismo diablo, dice Panchita saliendo de la choza con ánimo.

—Siempre fué valiente.

—¿Y tú qué piensas hacer? pregunta con avidez Ana á su marido.

—¿Yo? Quedarme en casa.



—Cobardon.

—Ya sabes que tengo muertos muchos tigres.

—¿Y cómo sabré yo mañana tempranito lo ocurrido?

—Que te lo cuente el mismo demonio. Pues no faltaba más sino que por tu maldita curiosidad me expusiera yo á un viaje á los infiernos.

—¿Qué dirá la señorita?

—La señorita no sabe nada de lo que sucede.

—No dejes de ir, Joselito.

—¿Estás loca?

—No dejes de ir.

—No chochees, no chochees. Ya sabes que estoy sordo.

---

---

---

## CAPÍTULO XIII.

### LA RONDA.

Caían las doce del reloj altísimo de la quinta. Las familias de la gran hacienda se habían recogido. Carolina, que se acostaba temprano siempre, en aquel momento concluía de conciliar el sueño. Entre tantas agitaciones, permanecía serena; entre tantos y tan intensos terrores, indiferente y tranquila. Sus gentes le habían ocultado con sigilo el drama sangriento que todas las noches se representaba en los alrededores de su habitación. Temían con verdadera delicadeza darle un disgusto, apenar sus días con la inquietud, ennegrecer sus noches con el insomnio. Nadie osaba contarle que aquellos pacíficos jardines, aquellas cuidadas plantaciones, asilo ántes de uniforme quietud, habíanse trocado en teatro de nocturnas apariciones y de sombríos fantasmas. Los pobres negros, en su natural ignorancia, atribuían todos estos hechos, que los aterraban, á lo sobrenatural, á lo maravilloso. El

hombre de la naturaleza debia saber mejor que nadie el enlace de los efectos con las causas que á cada paso le enseña la creacion, con la cual vive en amistad perpétua. Debia saber que las leyes naturales se cumplen sin excepcion alguna, y no admiten el milagro. Pero la naturaleza, que es una en la inteligencia del sabio, es otra y muy distinta en el sentimiento del salvaje. Miéntras el astrónomo calcula con matemática exactitud, por el estudio del movimiento de los astros, la hora y el minuto de los eclipses, el indio, perdido en las selvas, cree que el eclipse significa la ira de sus dioses, resueltos á velarle la faz para no ver ellos mismos los tremendos castigos aparejados sobre los hombres en los decretos de su justicia. Si observáran los pobres negros aquellas apariciones, en vez de lo sobrenatural verian algo bien humano; en vez de penas de las almas del otro mundo vieran pasiones, y pasiones exaltadas de este nuestro bajo mundo. Alguien tenía interes en ahuyentar las gentes de los alrededores de la casa. Alguien maquinaba aquellas groseras aventuras. A poco que hubieran meditado, hubieran venido en conocimiento del motor misterioso de todos estos hechos. Pero decidle á un negro, sumido en la ignorancia, encorvado al peso del trabajo, de sangre ardorosa, de fantasía exaltada, que busque pacientemente el natural enlace de los efectos con las causas. Lo sobrenatural se lo explica todo.

Lo sobrenatural se lo revela todo. Lo sobrenatural está en armonía con su alma, ignorante del código bajo cuyas leyes vive y se desarrolla la naturaleza.

Así es que en cuanto Antonio los congregó, mirábanse unos á otros espantados los negros de la ronda, y sacudíanse como azogados. La noche era oscura, oscurísima. Pardas nubes se condensaban en la atmósfera, dándole como la solidez de las losas de plomo. Pesaba, pues, horriblemente. A esta pesadez de la atmósfera se unia calor excesivo, como el calor que produce un grande intensísimo incendio. Allá á lo léjos, de vez en cuando, por los bordes del horizonte, centelleaba algun relámpago, aumentando la torva tristeza de esta noche siniestra. El silencio era profundo. Solamente lo interrumpian el canto del sapo y el chillido del ave nocturna. La naturaleza parecia participar en este momento de todo el terror de las almas.

Los negros salian unos con palos, otros con chuzos, todos con algunas armas. Eran de veinte á treinta y no metian ningun ruido; con tan exquisito cuidado ahogaban hasta el aliento en sus pechos. Pero los unos se apoyaban en los otros, como si todos estuvieran unidos por su mutuo é intenso miedo. Andaban sobre la tierra con la ligereza de las aves sobre los árboles. A cada relámpago que atravesaba la oscuridad, creian ver algo extraño. Los árboles apa-

recian á su vista conturbada como otros tantos fantasmas. La luz lejana de cualquier choza, como el ojo avizor del diablo, que los miraba fijamente y se reía de ellos. Sobre el menor bulto descargaban sus chuzos y sus palos, hiriendo, ya un jarrón, ya una estatua, ya un banco. El uno decía que le habían pellizcado; el otro juraba que había sentido sendos bofetones en ambas mejillas; el de más allá, cierto roce de alas sedosas, frías, sobre la frente caldeada por la superstición y por el terror. Si esto sentían, imagínese el lector las visiones extrañísimas que en sus retinas se dibujarían. Cada girasol se les presentaba como un esqueleto; cada arbusto como un murciélago gigantesco rematado en deforme, aunque humano rostro. El aire estaba tan caliente porque lo había caldeado la fragua misma del infierno. El miedo era horrible.

Llegan por fin delante de la habitación de Carolina. Antonio los distribuye con cierto arte por grupos, encargándoles que hagan centinela, mientras él se pasea de un lado á otro lado. La oscuridad se espesaba y disminuían los relámpagos. Algunas gotas gruesas caían, que al tocar en la tierra calcinada engendraban una especie de vapor sofocante como el vapor de la cal recién remojada. El ruido causado por las gotas de lluvia en las anchas hojas de aquellas plantas, ruido tan natural, y al cual están de tal manera acos-



tumbrados los oídos, que no pueden con ningún otro confundirlo, parecían los pasos de los seres sobrenaturales que todas las noches atravesaban los espacios del jardín. En esto, como si bajara de los aires, suena la siniestra, la horrible frase siguiente, producto de cavernosa voz, dicha con amenazador acento :

—Cobardes. No me veréis. Yo os llevaré ahora mismo al infierno.

El terror fué general. Los pobres negros al pronto saltaron como si les hubieran picado las plantas de los pies áspides de víboras. Después cada grupo descargó sus palos y chuzos sobre las espaldas del grupo vecino. La oscuridad, el miedo, les hizo creer que los golpes descargados por unos sobre otros eran golpes caídos desde las nubes sobre todos. Cuando en tal pelea se hallaban empeñados, horrible calavera destellando fosfóricos resplandores de sus huecos ojos aparece sobre un arbusto. A esta prueba ya no resistieron. Arrojaron todos los palos, corrieron tropezando unos con otros, dispersáronse buscando la choza más próxima, y cada cual, encerrado como conejo en madriguera, cubrióse con paja la cabeza para no ver tanto horror ni ser de los demonios visto.

Entre tanto Antonio, solo ya, descolgaba su calavera del arbusto, la metía en seguro escondite, frotábase ambas manos, y decía :

—¡Lo que puede un ventrilocuo! Les he aterrado de véras. Miéntras vivan no se acercan por aquí á estas horas. Todo favorece mis proyectos.

---

---

---

## CAPÍTULO XIV.

### LOS MONÓLOGOS DE ANTONIO.

Antonio se quedó á velar bajo las ventanas del cuarto de su ama. Ya nadie podia extrañarlo en la vastísima quinta. El más valeroso de todos sus habitantes no tenía miedo ; el más solícito no esquivaba los peligros ; el más inteligente no admitia las supersticiones ; el mejor educado no se doblegaba ante nada. Podia , pues , discurrir sin recelo propio , sin sospecha de sus compañeros , sin murmuraciones de nadie , por los alrededores del sitio donde dormia la mujer que era su pena y su tormento , para acechar la coyuntura de interesarla por un rasgo de valor , decidirla por una súplica del corazon , ó mancharla con un atentado , que él creia nacido de su exaltada pasion , y excusable por tantos y tan repetidos desdenes.

Para su empeño de auxiliarse con los socorros de la magia moderna , del magnetismo ; ya que en la antigua magia no creia su ilustracion , en la correspon-

dencia de Carolina no confiaba su despecho, en el propio mérito no pensaba su orgullo, ahogado por la servidumbre; habia menester lanzar en los aires una gran cantidad de flúido magnético, en los nervios una agitacion continúa, en los ánimos una inquietud devoradora, que coadyuvasen á sus proyectos y conspiráran á sus peligrosas experiencias.

Sin contar con esto, conveníale, para conmover aquel corazon incommovible: para llamar hácia sí aquella mirada que no bajaba hasta los abismos donde se resolvía su sueño; para despertar aquella naturaleza dormida en su fidelidad de esposa y su amor de madre, revelarle que entre tantos peligros un solo sér habia sereno, que entre tantos horrores un solo centinela habia vigilante; que entre tantos criados un solo siervo habia solícito, pronto á derramar su sangre, á dar su vida y su alma por aquella mujer, la cual, en cambio, solamente guardaba para él crueles desprecios y continuo olvido.

Con esta conducta pensaba Antonio atraerse aquel corazon, moverlo, si no á corresponderle, á interesarse por quien así le sacrificaba su reposo. La mujer, pensaba él, no puede vivir sin amor. Nace su amor de su debilidad misma. Reconociéndose débil; necesita la mujer completarse, completar su existencia para vivir segura en mundo donde se agita tal número de fuerzas. Como la luna sigue á su planeta, sigue la

mujer al hombre. El amor es de necesidad tan grande en su corazón, como la atracción en el cósmos. Ríngense los astros por la gravedad, y los corazones por el amor. El hombre ama á la mujer, porque el alma de la mujer tiene todo aquello que falta en el alma del hombre, desde la sensibilidad exquisita, llevada á la delicadeza y á la ternura, hasta la imaginación exaltadísima, llevada á presentir, á profetizar, como que la mujer es y será perpétuamente la sibila de la naturaleza, la musa del arte, la diosa del hogar.

— Imposible, decía el mulato, que Carolina ame á su marido. Su matrimonio es un matrimonio legal; no es la confusión de dos almas que en el amor se juntan y forman una sola alma. Para que este desposorio de dos personalidades en una sola personalidad pueda verificarse, necesita que se unan, no solamente las ideas, los afectos, las inteligencias, sino también la sangre, la vida, la edad, las pasiones, en mutua exaltación. Carolina ha sido vendida á Jura, y no casada con Jura. El interés ha quedado fuera del alma, y no ha podido sustituir á la naturaleza. Bajo la amistad fría que hoy siente por su esposo arde un amor apasionado, como bajo la nieve del alto volcán arde el fuego. Imposible que haya nacido para vivir perpétuamente en esta jaula de oro, sin envidiar el cielo azul, infinito; sin suspirar por el aire libre; sin ex-



perimentar el deseo de otra vida mejor, más ferviente; sin que vea el nido ú oiga el arpegio del verdadero amor convidándola á las necesarias, á las inevitables expansiones de la naturaleza. La pasión, que hay escondida en esa alma, sólo necesita un objeto que la despierte. ¿No puedo ser yo ese objeto? se preguntaba á sí mismo Antonio. ¿No soy yo la juventud como ella es la juventud, la pasión como ella es la pasión, el amor como ella es el amor, y además la fuerza en todas partes necesaria á la debilidad de la mujer, más necesaria en estos climas, donde hay mucha vida por lo mismo que hay mucho combate y mucha muerte? Pero ¿y el deber? ¿No se levanta entre ella y yo el deber? ¿No es de otro esposa? ¿No voy con mi amor á mancharla, con mi amor á corromperla? Ante esta reflexión deteníase Antonio, como herido de un argumento incontestable. Pero á seguida sacaba reflexiones contrarias, inspiradas por su triste situación social, por su servidumbre. Esto de la libertad, decía, es puro sofisma de filósofos vulgares, de políticos calculadores, de demócratas rancios. Carolina ¡oh! no es libre para amar á su marido: aunque quiera amarlo, no puede amarlo. Si yo logro conmoverla, interesarla, hierla en sus sentimientos, aunque no quiera, tiene que amarme á mí. Como el cuerpo busca su centro de gravedad, el corazón busca al corazón, el instinto orgánico busca el amor verdadero, y la embria-

guez de los sentidos adormece en sueño profundísimo la razón y la conciencia.

No, no hay libertad, decía Antonio. ¡ Buena farsa esta de la libertad! ¿ No se dice que en virtud de esa facultad soberana puedo yo suspender, contrariar las leyes del universo? Pues no puedo nada. Desde el nacer la fatalidad me encadena. No puedo dejar de ser hijo de mi madre. Vine á la vida sin que nadie me consultára. Tampoco me consultaron, tampoco, en qué entrañas debí venir. Y el asunto no es tan despreciable, porque si me hubiesen consultado, yo eligiera el seno de una reina en vez de elegir el seno de una esclava, y yo viniera príncipe heredero de imperios y de coronas, en vez de venir esclavo heredero de hierros y de cadenas. No, no hay libertad. Yo no puedo dejar de respirar el aire, ni dejar de encender la sangre, ni dejar de consumir el oxígeno de la atmósfera, ni dejar de exhalar el carbónico. Inmediatamente que contrarío alguna de estas leyes necesarias, inevitables, fatales, viene con su aguijón el dolor á obligarme, á constreñirme para que entre en el orden universal. Pues si no puedo dejar de respirar el oxígeno del aire, tampoco puedo dejar de desear el amor de Carolina, tampoco. Me es aún más doloroso contrariar esta ley de mis sentimientos que contrariar las leyes de la respiración. Me ahogo más pronto si quiero separarme de ella; me falta la luz de los ojos, me

falta el aire del pecho , me falta la sangre del corazon, me muero , me muero; el dolor me obliga, me constriñe, me fuerza á obedecer ciegamente el régimen universal dentro de la naturaleza. No puedo vivir léjos de la atmósfera , no puedo vivir tampoco léjos del amor; mi propio sér se rebela contra mí. Soy tan esclavo de las leyes del universo como soy esclavo de las leyes de la sociedad. No soy libre, no es ningun hombre libre, porque no hay libertad. La misma fuerza que impulsa al aerolito á caer sobre el suelo, me impulsa á mí á caer en brazos de Carolina. Ni la estrella fugaz puede dejar de encenderse y brillar en el momento mismo en que penetró nuestra atmósfera, ni yo puedo dejar de sentir, de apasionarme, en el momento mismo en que me encuentro bajo el mirar magnético de mi amada. No hay más que un sér, del cual todos los seres son representaciones fugaces; no hay más que un universo, del cual todos somos órganos ó partes; no hay más que una ley rigiendo así los orbes como los hombres, los sentimientos del corazon como los fenómenos del mundo físico, la naturaleza como el alma, la idea como la luz, el organismo zoológico como la máquina celeste, esclavos, esclavos todos del destino. Y mi destino es amar á esa mujer. Carolina, serás mia, serás esclava de tu esclavo.

---

---

---

## CAPÍTULO XV.

### PERVERSION.

Con su perversa ley moral, con sus ideas extraviadas, con su conciencia pervertida, no podía sustraerse en verdad Antonio á su pasión. Le dominaba como puede dominar una ley física. No comprendía, no, hasta qué punto la ley moral es imperiosa, la razón luminosísima, la conciencia potente, la voluntad fuerte. Sus cadenas le habían profundamente entrado dentro del alma, y como se veía esclavo del mundo político, se juzgaba esclavo también del mundo moral, y se creía con escasos medios de vencerse á sí mismo, cuando nada puede sobreponerse, en aquello que es interior, íntimo, propio, al esfuerzo avasallador de la libertad, y ninguna voz puede levantarse más alta, ni aún el estruendo de todas las pasiones, más alta que la voz austerísima de la conciencia, jamás acallada, jamás enmudecida en el género humano. Pero ¡cuántas veces nace una falsa religión ó una

falsa filosofía, del medio que nos rodea, y no del alma que perpétuamente nos ilumina! Antonio, sin libertad civil, sin libertad política, por las cuales habia tanto suspirado, negaba ahora, extraviándose en la sirte de sus pasiones, el fundamento de todas las libertades deseables, negaba la libertad moral, aquella que podia encontrar demostrada, áun bajo el yugo de la servidumbre, en todos sus pensamientos, en todos sus actos, como superior á la fuerza de las coacciones materiales. Pero tal es el destino del hombre: negar con sofismas del interes consejos de la conciencia; acallar con acentos tumultuosos de las pasiones ideas de la razon; caer en el lodo de la tierra, cuando, si buscára dentro de sí una fuerza superior, que dentro de sí indudablemente tiene, se encontraria suspendido de la inmensidad de los cielos. No, no se justifica ningun acto moral con la negacion de la libertad moral. El hombre es responsable, porque el hombre es libre. De los mismos argumentos que Antonio empleaba para convencerse de la servidumbre de su voluntad dedúcese el libre albedrío de su sér. Si no podia dejar de amar á Carolina, podia dejar de manifestar aquella pasion y áun combatirla, vencerla, aniquilarla, por un esfuerzo de su voluntad. La lucha misma en que estaba empeñado mostraba que su conciencia, que su razon, querian vencerla; pero no queria, no, su voluntad. Esclavo en el mundo, dueño de



---

sí mismo en el espíritu, no habia remedio, en él estaba su bien ó su mal moral. Él podia vencerse, él podia dominarse. La falsa filosofía con que perturbaba su raciocinio no llegaba, no, hasta el cielo puro, límpido, más digno santuario de Dios que los mismos espacios infinitos, no llegaba hasta el cielo inmortal de su conciencia. Veámoslo, pues, veámoslo arrastrado á perder á Carolina y á perderse á sí mismo por el vapor de tantas ideas, contrarias á su propia conciencia y nacidas todas del continuo torbellino de sus insensatas pasiones. Sigamos, pues, á Antonio en la funesta órbita que va á recorrer su existencia.

---

---

---

## CAPÍTULO XVI.

### EL RAMILLETE.

Toda la noche consumió Antonio entregado á sus reflexiones. Al amanecer oyó ruido en el cuarto de Carolina, y vió abrirse uno de los ventanillos que le daban luz. Pero no salió Carolina al jardín; se fué á misa, á la capilla del palacio..... Ya lo adivinó Antonio, y aunque de grado fuera donde se encontraba Carolina, ansioso por verla, no se atrevió, porque nada justificaba allí su presencia. Consagróse, pues, á tejer un ramillete con que obsequiarla en cuanto apareciese, como todas las mañanas, á tomar allí su desayuno.

En aquel ramillete queria Antonio escribir una carta á su amada. Cogió, pues, primero algunas ramas de sauce, el árbol de la muerte, el árbol del destierro, por las lágrimas de los antiguos profetas regado, símbolo inmortal de la melancolía. Después recogió algunas lilas, que en el lenguaje convencional de

las flores quieren decir las primeras emociones del amor, esas emociones semejantes al primer latido de la savia en la yema de las plantas aterida por los frios del invierno, al primer matiz del alba en los bordes del horizonte cubierto por las sombras de la noche. Junto á las lilas puso varios tulipanes, emblemas de una declaracion de amor violento. Junto al tulipan, el rosáceo oxiacanto, que quiere decir lo más hermoso del alma, lo más caro al corazon, lo más necesario á la vida, lo más indispensable al amor; la esperanza, la dulcísima esperanza, sobre la cual se posan todas las galas, todas las bellezas de la continúa, de la eterna primavera de las ilusiones. Junto á estas ramitas del espinoso arbusto acertó á colocar ramas tambien de aquel otro arbusto, en el que vieron los antiguos la expresion de la inmortalidad; de aquel arbusto con que los poetas ceñian sus liras y los vencedores sus sienes; de aquel arbusto que coronó á la diosa del amor despues de haber surgido del seno de las aguas; de aquel arbusto que brota en las colinas de nuestras regiones meridionales y que llena de suave olor el ambiente, en fin, del gracioso mirto, significativo del amor tambien; pero no del amor naciente como la lila, no del amor violento como el tulipan, sino del amor eterno, del amor inextinguible, del amor infinito.

Volvióse en seguida á ver la flor que más cuadra-

ba á sus pensamientos, y se encontró con esa trepadora que teje guirnaldas en torno de todos los arbustos, y los festonea de hojas lucientes, de cálices amorosos; con la humilde madreselva, que significa, que dice lazos eternos.

Sus ojos se posaron luégo sobre las rosas. Gotas de rocío brillaban todavía en los lánguidos pétalos, que resaltaban sobre el verde follaje con el matiz mismo de la aurora en el cielo azul. Comenzaba á despertarse la mariposa y á zumbiar la abeja, miéntras la alondra volvía á su nido, despues de haber henchido el amanecer con melancólicas plegarias. La diosa de las flores, erguida sobre su ramo, alegre como la sonrisa de purpurinos labios, casta como el rubor, encendida como el carmin que sube á la mejilla de la vírgen enamorada despues de un coloquio de amores; aromática como el aliento de la mujer amada; mecida por las auras, que parecen un suspiro, significaba la pasion creadora, la pasion de los sentidos y del alma, la pasion universal.

Y luégo cogió aquella planta á que los antiguos atribuian virtudes mágicas, y que los druidas cortaban con hoces de oro para ofrecerla en sacrificios á la madre tierra; cortó la verbena, que significa encanto.

Y á estas flores añadió, como para expresar la belleza de Carolina, la reseda, la embriaguez del amor;

---

el heliotropo, la tristeza de su alma; las hojas del tejo; la modestia de su amada, la humilde violeta; el amor vivo y exaltado, el clavel; la benevolencia, el jacinto; el entusiasmo, la menta; el consuelo, las amapolas; y atándolas con un lazo, las dejó sobre la mesa de mármol, bajo las bóvedas de un cenador de jazmines, donde precisamente habia de ir Carolina.

¿Se fijaria en lo que el ramo significaba? ¿Veria en aquellas flores las letras de otros tantos pensamientos? ¿Adivinaria el sentido de cada una de ellas, y el secreto que las habia agrupado? ¡Ah, no! exclamaba Antonio. Su alma no será la abeja que se acerca al cáliz de las flores y saca su jugo y lo convierte en miel; pasará sobre ellas como pasan las mariposas; podrá mirarlas como un adorno más para su hermosura, y despues de haberlas olido indiferente, las dejará caer olvidadas y marchitas.

---



---

## CAPÍTULO XVII.

### EL TERROR DE CAROLINA.

Áun no habia depositado Antonio el ramo sobre la mesa, cuando apareció Carolina.

—¡Y me lo habias ocultado! exclamó sin dar aún los buenos dias.

—¿Qué, señora?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Señora.....

—Yo nada he oido.

—Como la señora no se explique.....

—Acabo de ver al cura acardenalado.

—¡Lástima grande!

—Al monaguillo herido.

—¡Pobre muchacho!

—A los muchachos todos aterrados.

—Es verdad.....

—Y hace ya muchas noches que esto sucede.

—No se asuste la señora.

- ¡Que no me asuste !
- Perdone la señora, mas la reitero mi encargo de no asustarse.
- ¿Cómo no, si toda la hacienda está aterrada?
- Se aterran de poca cosa.
- ¡De poca cosa, y cuentan y no acaban !
- Enemigos invisibles no son de temer.
- Yo creo precisamente lo contrario.
- No me atrevo á objetar nada á la señora.
- Yo creo lo contrario, repito.
- No lo comprendo.
- Pues fácil es de comprender.
- Si la señora se explica.....
- Me explicaré.
- Escucho á la señora.
- El enemigo invisible.....
- Perdone la señora que la interrumpa ; no existe.
- ¿No existe?
- Repito que no á la señora.
- ¡No existe, y ha herido á unos, y ha dispersado á otros, y ha puesto espanto en el alma de todos !
- Perdon. Me explicaré claramente con permiso de la señora. Yo no digo que el enemigo no exista; digo que no existe el enemigo invisible.
- Ahora soy yo quien no entiende.
- Digo que ese enemigo debe ser visible, palpable.

—Lo será, mas tiene mucho arte para disfrazarse.

—No hay arte que resista al valor decidido y resuelto.

—¿Quién lo tiene?

—Perdone la señora; mas si no fuese jactancia, diría que yo.

—¿Tú?

—Yo, señora, yo.

—Ya me lo han asegurado; pero me resistía á creer que pudieses pelear con un enemigo que los ojos no ven, que las manos no alcanzan, que se esquivo á todo encuentro, que se desvanece como sombra.

—Pero ¿qué no haría yo en defensa de la señora, por la paz de su alma, por la tranquilidad de su hijo y por la conservacion de su vida y de la vida de su hijo?

Aquella exaltacion vivamente interesó á Carolina. Parecíale que le quedaba algun refugio, algun seguro en el mundo contra tantos peligros y tantas zozobras como la cercaban.

—¡Dios mio, qué será esto! decia Carolina en actitud de interrogar al cielo.

—Algo extraño es, dijo Antonio.

—Algo terrible, añadió Carolina.

—Si no terrible, original, dijo el mulato.

—Se cuentan miles de fenómenos extraños.

—Que muchos de ellos son verdaderamente fábulas y consejas.

—Se dice que los aires se han llenado de alaridos.

—Cierto.

—Que palabras siniestras y voces amenazadoras han sucedido al extraño estruendo.

—Verdad.

—Que fosfóricos relámpagos han iluminado todo el parque.

—Sí, sí.

—Que las sedosas alas de monstruos bien extraños, parecidos á murciélagos, han rozado la frente de los pobres negros de la ronda.

—No hay en eso exageracion.

—Que los árboles han producido, á guisa de extraña fruta, calaveras iluminadas por los reflejos siniestros de los fuegos fatuos.

—Sí, sí.

—Que luégo estos genios del mal han golpeado fuertemente á cuantos han querido seguirles en su camino ó cerrarles el paso.

—Todo eso es completamente exacto, señora.

—¿Y no te aterrás?

—No.

—¿Y no has sentido los escalofríos del miedo?

—Si los he sentido, los he ahogado.

—Fuerte eres.

—Sólo tengo fortaleza para cumplir mi deber, para defenderos, para defender á vuestro hijo.

Carolina volvió á sentirse conmovida. Tanto valor la entusiasmaba, y la interesaba tanto interes.

—¿Quién se hubiera atrevido á velar el sueño de la señora? ¿Quién se hubiera acordado de que esos fantasmas podían despertar á Ricardo? ¿Quién hubiera interpuesto su pecho entre nuestros invisibles enemigos y el corazón de mi ama? Este pobre mulato, hijo de la noche como los negros, y del día como los blancos; siervo y forzado en esta hacienda, pero esclavo de vos, señora.

—Esclavo de mi esposo, dijo Carolina.

Esta palabra hirió en mitad del corazón á Antonio. Un rugido como de tigre partió su pecho. Los ojos pasaron de una expresión inefable de ternura á una expresión salvaje de terror. Parecía en aquel momento, por la agilidad de su cuerpo, y por lo amenazador de su actitud, y por lo siniestro de su mirada, y por el hervor de sus pulmones, un tigre ó un león. Carolina conoció que algo doloroso pasaba en aquel corazón; que algo terrible surgía en aquella mente; y sin embargo, parecía hermoso. El rostro del mulato se había encendido, los labios vibraban, los ojos resplandecían con el centelleo de la tempestad; había mucho en él, mucho de trágico y de trágicamente hermoso.

—¿Tienes algo? Antonio.

—Nada, señora, contestó éste, calmado por aquella



pregunta, que denotaba algun interes, algun cuidado.

—Creí que te habia asaltado alguna de las visiones de estas últimas noches.

—Todo está luminoso en torno mio; todo tiene singular encanto. Y eso que no he dormido en toda la noche.

—¿Qué has hecho?

—He recorrido los alrededores, he escudriñado los escondites, he tenido atenta la oreja y casi pegada á la puerta para oír si el niño lloraba, ó si alguno de los siniestros terrores que á todos nos perseguian turbaban vuestro sueño.

—Gracias, Antonio.

—¿Qué ha dicho la señora?

—Gracias.

—Repetídmelo por piedad.

—Que estoy agradecida.

—¿Sueño?

—Te digo lo que siento.

—Gratitud para el pobre esclavo, gratitud para este gusano de la tierra.

—Todos son esclavos, todos tenian el deber de velar por mí, todos han huido.

—El puro instinto animal de la conservacion ha podido más en ellos que el impulso del deber.

—Y en tí no; debo, pues, hallarme agradecida á tí.

—Yo, yo..... Antonio balbuceaba; no sabía qué decir.

—En esta soledad en que me encuentro, tú eres una providencia.

—Yo, yo..... balbuceó de nuevo Antonio.

—Sí, una providencia.

El pobre mulato tuvo que agarrarse á un árbol para no caerse: tanta era su dicha.

—En cuanto venga mi marido, haré que premie largamente tus servicios.

El rostro de Antonio se demudó á esta promesa.

—Y voy á escribirle que venga.

—¿Para qué molestarle?

—Imposible. Tantas cosas extrañas, y en su ausencia.....

—Los intereses de la patria le reclaman.

—Y tambien su familia, que es la patria del alma.

—Lo necesita la nacion.

—Tambien su esposa.

—Sus conciudadanos exigen su ausencia.

—Pero su hijo exige su presencia.

—¿A qué molestarle?

—Nada importante debe pasar en una casa que el amo no vea; nada en su ausencia que el amo no sepa.

—La señora se mostraria egoista llamándole.

—Y criminal si no le llamase.

—Nada ha sucedido á presencia de la señora.

—Pero ha sucedido todo á presencia de la familia.

—Aguarde la señora al ménos á ver si se repite.

—¿Y lo puedes dudar?

—Nada sabemos y nada podemos afirmar.

—En todo esto debe haber algun oculto intento.

—No lo dudo.

—Y como debe haber oculto intento, no cesará hasta que el intento se haya consumado, ó se haya la trama descubierto.

—Y bien.....

—Para conjurar el intento ó para descubrir la trama se necesita la presencia de mi esposo.

—Yo juro.....

—¿Qué?

—Yo juro por la memoria de mi madre, que todo aquel que intente, hombre ó demonio, acercarse á la señora, tendrá ántes que pasar sobre el cadáver del esclavo.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—Por consiguiente, la señora puede dormir tranquila.....

—Imposible.

—Y dejar al amo que desempeñe el mandato de sus conciudadanos y cumpla con sus deberes de patriota.

—Ocultarle lo que sucede sería un crimen. Decír-

selo y empeñarse en que no viniera, una completa imposibilidad.

—Mire la señora. Yo no duermo. Yo velo continuamente. Yo acecho el menor bulto. Yo atiendo al menor ruido. No se mueve la hoja de un árbol sin que yo la oiga. No pasa un ave nocturna sin que yo la vea. Mi fidelidad me obliga á multiplicarme como una legion para estar á un mismo tiempo en todas partes.

—Gracias, Antonio, dijo Carolina profundamente conmovida.

—¡Gracias! ¿Por qué la señora me da gracias? No las merezco. Yo no puedo hacer sino lo que hago. Aunque quisiera otra cosa, una fuerza superior á mi voluntad obligaríame á velar miétras vos dormís, á vigilar miétras os hallais entregada al reposo.

—Un premio, una recompensa.....

—No me habéis de eso. La libertad, que es la única recompensa del esclavo, no la quiero, la detesto. Me he convencido de que no es el mayor bien del mundo. Quiero la servidumbre, la quiero, la amo exaltadamente. Se ha elevado á la categoría de una religion en mi pecho. Quiero servirlos. Quiero servir á vuestro hijo.

—Y quieres servir á mi esposo, ¿no es verdad? A toda, á toda la familia.

—Fuera de esta hacienda no podría vivir. Me gustan hasta sus penas. Me encantan hasta sus noches

de terror y de zozobra. Pensar que puedo ser útil; pensar que puedo morir por mis señores, por estos seres casi sobrenaturales para mí, á quienes amo, á quienes venero como á dioses.

—Eres un buen esclavo, Antonio.

—Sí, esclavo hasta la muerte. Me encanta esa palabra. Esclavo para defenderos de toda asechanza, esclavo para serviros en toda ocasion, esclavo para vivir sólo por esta familia y por esta familia morir, que me sería hasta dulce, hasta voluptuosamente amable la muerte.

Carolina sentíase atraída involuntariamente hácia aquel abismo de exaltada pasion. Habia tanta verdad y tanto entusiasmo, que era imposible no tener alguna simpatía por aquel hermoso y generosísimo jóven, dispuesto á todos los sacrificios, segun sus dichos, por un sentimiento purísimo de fidelidad. Luégo era imposible, completamente imposible, que la elocuencia de la palabra, la magia de la voz, el magnetismo de la mirada, la majestad y la propiedad de la accion, el acento vigoroso con que acentuaba sus frases, la viril confianza en sus fuerzas, el brillo relampagueante de sus ojos, no ejercieran algun imperio sobre aquella mujer, de sangre ardiente, de corazon febril, de fantasía exaltada, contra cuyas asechanzas sólo podia oponer, como frágil valladar, su carácter y su fidelidad de esposa.



Y en esta situación, en este agitadísimo estado del ánimo, se le ocurrió á Carolina una pregunta peligrosísima.

—Antonio, tú debes amar con mucha exaltación todo cuanto ames.

—No me pregunte eso la señora. Quien no se haya asomado á un corazón como el mio no sabe lo que es amor. Yo sólo tengo un pensamiento en el alma, un latido en el corazón, un retrato en la retina, una palabra en los labios, un ensueño en la noche, una luz en el día, una inspiración á mis cánticos, un consuelo á mis penas, un bálsamo á mis heridas, un dolor y una alegría: el sér que amo, que adoro, que idolatro, pareciéndome pequeño el universo junto á mi corazón. Para mí el amor se confunde con la muerte; y se confunde con la muerte, no sólo por su grandeza moral, no sólo por su uniformidad majestuosa, no sólo por su virtud purificante como la virtud del fuego, sino también por su perennidad. Pensamiento que ha entrado en mi cerebro, afecto que ha entrado en mi pecho, no saldrán jamás. Pasará más fácilmente el cielo con sus astros que mi amor con sus recuerdos, con sus esperanzas, con sus afectos, con su exaltación, con su vida. Yo sabría comunicar este fuego á la mujer amada, enrojecerla en esta fragua, exaltarla hasta el cielo de estas infinitas tempestades de mis sentidos y de mi alma. Porque si hay en mi amor muchas pe-

nas, hasta esas penas me son gratas y amables, y ya no podria vivir mi corazon sin esa corona de espinas. Yo me iria fuera del mundo con la mujer que amo. Respiraria con ella mejor en el vacío que sin ella en este puro aire. Yo he nacido exclusivamente para amar. No sé pensar, ni sentir, ni hacer ninguna otra cosa. El amor, el amor es toda mi alma, toda mi existencia, todo mi universo, todo mi Dios.....

Carolina quiso poner un término al largo discurso de su esclavo, porque creyó descubrir en sus palabras exaltacion que rayaba en extravío, y dijo :

—Ya adivino el premio á tu felicidad. Dime la mujer á quien amas así, dímelo, y si por ventura fuera una esclava mia, os casaré y os emanciparé.

Antonio se quedó mudo, inmóvil como una estatua. Aquella salida de Carolina fué otro golpe mortal á su corazon. En el primer arrebató sufrió un vahido, y quiso expresar, áun á riesgo de todo, el objeto de su pasion. Luégo se detuvo, se dominó, y mudando de conversacion, dijo :

—¿Quiere la señora que le sirva el desayuno?

—Sírvelo.

—¿Té, café, chocolate?

—Chocolate.

—¿Espeso, á la española?

—Claro, muy claro, á la mejicana.

—Mire la señora qué ramo tan caprichoso.

—Es verdad. Pero me gusta la coleccion de tantas flores diversas , y huele á gloria. Como que mi marido es un gran botánico, y reúne las flores de todos los climas.

Cuantas veces traia á la conversacion Carolina el nombre de su esposo, mudaba de conversacion el pobre Antonio. En esto acertó á pasar la esclava Panchita, que llevaba en la mano vistosa jaula con pintarrachado guacamayo.

Carolina quiso dar una sopa de chocolate al pájaro, y detuvo á la esclava.

—Yo creo que tambien está asustado.

—Como tú, ¿no es verdad, Panchita?

—Como todos, si la señora consiente.

—¿Hay mucho miedo?

—¡Ave María Purísima! é hizo el signo de la cruz.

—¿Has visto algo? preguntó Carolina.

—Señora, de noche tengo tamaños ojos abiertos, y de dia me caigo á pedazos, me duermo de pié, no sé lo que me pasa.

—Así no vamos á poder vivir, añadió Carolina.

—Sólo hay aquí un valiente.

—¿Quién? preguntó Carolina sabiendo de antemano la respuesta.

—Antonio.

El mulato se inclinó reverentemente al cumplido.

- Me ha contado el tío Joselito lo increíble.
- ¿Qué te ha contado?
- Que anoche tomaron cuerpo los diablos.
- Carolina temblaba como una azogada.
- Que dieron voces.
- ¡Dios mío!
- Que hablaron.
- Jesús nos valga.
- Y todos corrieron, quién al establo, quién á la cabaña.
- El caso no era para menos.
- Y uno solo se quedó plantado como un árbol.
- ¿Antonio?
- Antonio, exclamó Panchita, mirando al valeroso siervo con arrobamiento.
- El tío Joselito está maravillado.
- ¿Qué dice?
- Pues dice que él es valiente.
- Como que ha matado más de un tigre.
- Que él tiene su alma en su almario.
- Como que vuestro amo le ha confiado la custodia de la hacienda siempre.
- Que quiere combatir con piratas, con ladrones, con asesinos, con chacales, con panteras, con tigres, con serpientes de cascabel..... pero con esas almas del purgatorio..... ¡cá!
- ¿Ha corrido mucho?

— Como un ciervo. Pero dice que Antonio es el hombre más sereno del mundo. En cuanto oyeron la voz, todos echaron á correr. Y Antonio se quedó tranquilo como un poste. Los negros le creen superior á los mismos blancos.

Carolina miró á Antonio. Una satisfaccion indecible, contenida por verdadera modestia, brillaba en su varonil semblante. Los ojos tenian algo de inspirado. Carolina, que pocas veces se habia ántes fijado en el pobre mulato, vió en él entónces, en aquel momento, el tipo acabado de la hermosura masculina, y sobre esta hermosura centellear un alma, no solamente grande por su fuerza, por su energía, por su valor moral, sino espléndida tambien por su clara inteligencia. Y concluido el desayuno, se fué hácia sus habitaciones con el ramo trenzado por Antonio en las manos, pensando en el valor y en la energía de Antonio.

---



---

---

## CAPÍTULO XVIII.

### EL MAGNETISMO.

Era una noche primaveral, tibia, voluptuosa. El cielo brillaba con claridad dulcísima. Los arreboles últimos del crepúsculo se desvanecían poco á poco en tintas lilas y matices rosáceos al borde occidental del horizonte. Algunas estrellas brillaban acá y allá como puntos de luz incierta, como reflejos fugaces de la retina de ángeles que miráran un momento á la tierra y se volvieran de nuevo á los cielos. La luna llena, en cuyos resplandores los astros se apagaban, subía majestuosamente, como un sol de plata, hácia el zenit. Sus blanquecinos resplandores envolvían en gasas ligeras todos los objetos, argentados por sus rayos con suaves franjas de pálida claridad. Las flores, que se abren al beso de la luna como el galán de noche, llenaban los giros suavísimos del aire con sus embriagadores y sensuales aromas. El ruiseñor, escondido en la enramada, daba una serenata á los

cielos con sus arpegios, que crecían, que tomaban acentos más inspirados á medida que la hermosura de la naturaleza crecía también y se aumentaba con los encantos de la noche. Lo infinito es visible en noches así; el espacio se extiende, se dilata, se pierde en la inmensidad, océano sin fondo y sin riberas; la luz corre, como un pensamiento del Creador, por toda la creación; el sonido llena de melodías nuestra atmósfera, agitada en ondas sonoras y armoniosas como un lago rizado; el amor, el amor lo engendra todo, lo vivifica todo, lo sostiene todo, lo anima todo, lo reproduce todo, lo refunde todo, lo renueva todo con su inmortal calor. Así el alma se baña en lo infinito, vuela con sus alas de ideas, recorre los archipiélagos de mundos, se posa en esas alas de luz llamadas estrellas, como la mariposa ó la abeja sobre la flor; y henchida del deseo, del anhelo de amar, ve el amor en la cohesión que reúne las moléculas para formar los cuerpos, el amor en la atracción que agrupa y sostiene los astros, el amor en el movimiento universal de todos los globos y en la sinfonía incommunicable de todas las esferas.

Así como hay un éter luminoso que llega por los ojos hasta la inteligencia, hay un éter magnético que llega por los nervios hasta el corazón. Y ese éter que proviene sin duda de la mutua irradiación de unos astros sobre otros astros, de los besos que se dan en la

inmensidad las estrellas y los planetas , todos gigantes imanes , oponiéndose y buscándose para completarse , como se oponen , y se diferencian , y se buscan , y se completan los dos sexos , ese éter magnético arranca lágrimas á los ojos , suspiros al pecho de los enamorados , y auras y brisas al aire , y gotas de rocío á la tierra , suspiros tambien , lágrimas tambien del universal amor.

Imaginaos á Carolina , jóven de diez y ocho años , bellísima , casada é ignorando el amor , madre por la naturaleza y vírgen del alma , en esta noche , á las puertas de sus régias habitaciones , sobre la terraza espaciosa , bajo dosel de enredaderas cargadas por flores bien olientes , á la luz de la luna , que se repetia en las aguas , en los surtidores , en los estanques , y que dibujaba los contornos , así de los humildes arbustos como de las altas palmas , oyendo el cántico del ruiseñor que saluda á su nido y que requiere de amor á su extática compañera , aspirando el aroma esparcido por las tibias primaverales auras , en comunicacion completa con todos estos magnéticos efluvios de la naturaleza , que derraman voluptuosidad por los nervios y que encienden la sangre en las venas ; imagináosla allí , en aquella soledad tan poblada , y tendréis una idea de los ensueños que debian caer desde la exaltada fantasía sobre el agitado corazon de aquella inocente y acechada mujer.

Carolina está triste, á pesar de que la naturaleza entera parece convidarla al placer y á la alegría. En medio de aquella fiesta del universo siente que algo le falta, algo á su fantasía para salir de ensueños vagos, algo á su corazon para llenarse y henchirse, algo á su inteligencia, que aspira instintivamente á conocer un secreto, un misterio no revelado todavía á su uniforme y monótona existencia. La luna que mira á la tierra, el agua que refleja la luna, el aura que acaricia la flor, y la flor que deposita en el aura sus esencias; el cielo inundado de resplandores, y el ancho rio á lo léjos, que parece un cielo engarzado en los campos; el coro que los ruiseñores componen, todas estas armonías despiertan en su alma el deseo vago, incierto, indefinible, pero por lo mismo avasallador de la voluntad y de los sentidos.

Esta mujer ha contrariado el destino, y será desgraciada como todas aquellas que se rebelan contra la naturaleza. Su hermosa cabeza, sus profundos ojos, su aliento embriagador, su apuesta figura, la sonrisa de sus labios, la luz y el calor de su mirar, habian sido creados para algun sér jóven como ella, hermoso como ella, amante como ella, capaz de comprenderla y de completarla. Por desoir la voz de la naturaleza y escuchar el ruido metálico del interes; por satisfacer las ambiciones de despiadados parientes, capaces de consumir sacrificios humanos cuando inmolaban así

á su codicia un corazon virginal ; por llevar un rayo de sol de estío al invierno de una vida vieja y gastada, como la vida del rico propietario Jura, Carolina habia contraido un matrimonio que no era el matrimonio de su alma , y estaba destinada á hundirse, á desaparecer, á ahogarse en un océano de lágrimas, en que el verdadero amor brillase, aunque sólo fuera por un momento, á sus cegados ojos.

En aquella hora y en aquel momento debia amar, como amaba la hermosa hija de las regiones donde el azahar huele y la naranja de oro luce entre el oscuro follaje ; debia amar con el amor de Julieta, con ese amor que no se acuerda ni de lo pasado ni de lo porvenir ; que se concentra en un solo sér y que se consagra á un solo culto ; que se aparta del todo y se encierra en su egoismo , teniendo toda su luz en los ojos, toda su atmósfera en los suspiros, todo su universo en los brazos del jóven amante, que se parece á un dios, y á cuyo lado es deseable y grata hasta la muerte : amor de los sentidos y del alma, amor del corazon y del pensamiento, amor en el tiempo y en la eternidad, amor que suprime toda la creacion y sólo se ve á sí mismo hasta en lo infinito.

El alma humana está habitada de pasiones como el planeta de seres. La pasion por excelencia en el corazon de la mujer es el amor. Y el amor ha de ser profundo , verdadero , nativo , para que sea resorte de



la vida, y auxilie y colabore al verdadero cumplimiento, á la realizacion verdadera de los fines humanos. Peligroso es que el hombre se equivoque ó se engañe en sus amores ; peligrosísimo que se equivoque ó que se engañe la mujer. Al fin tiene el hombre otras pasiones para su alma tempestuosa, más ocupacion para su vida, miéntas que la mujer sólo tiene el amor. Amante, esposa, madre, hé ahí la trilogia de su vida ; y esa trilogia se resuelve, se identifica en una sola pasion, en el amor. El cuidado de los intereses de la familia, el trabajo diario y continuo fuera del hogar, las pasiones de la vida pública, pueden llenar el corazon del hombre, aunque le falte el aire vital del amor ; pero no llenan, no, el corazon de la mujer, adscrita por su ministerio al hogar, al santuario del corazon. Si el amor no la acompaña allí, si no es su ángel custodio, si no la sostiene, si no la ampara, tenedla por el sér más infeliz del universo.

Hemos convenido en llamar al corazon el órgano del amor, como al cerebro el órgano del pensamiento, sin duda porque el amor agita la vida con sus palpitaciones violentas, enciende la sangre y colora las mejillas con sus rubores sublimes. En el hombre, en el hombre educado sobre todo, la inteligencia es la facultad de las facultades ; en la mujer es la facultad de las facultades la sensibilidad. La mujer piensa con el corazon. Los más grandes errores, las

supersticiones más crasas se arraigan en su alma, porque han sido errores, supersticiones, creencias de los seres amados, de sus padres, de sus hermanos, de sus amantes. Pero en cambio de esto, su sensibilidad es también la fuente maravillosa de sus cualidades cuasi divinas, de su fe, de su ternura, de su delicadeza, de su ardiente caridad, de sus inagotables virtudes. Así la mujer es eminentemente artista y eminentemente religiosa, porque débil y amante, necesita del arte como de un refugio contra la realidad, y necesita de la religión como de un consuelo inmortal, como de una esperanza infinita que contraste y alivie sus acerbos dolores. Pero su deseo, por más alas que tenga, no se remonta muy alto; su ideal no está muy lejos, su cielo no está muy apartado, no, están en otro corazón, en el corazón amado y amante. Así la mujer es como la naturaleza: cuando os perdeis en las sirtes de la ambición, cuando os engolfáis en el mar del pensamiento, cuando os sumís en la indagación ó en el trabajo, viene ella á recordaros que no habéis nacido para saber, sino para vivir. Por eso toda esposa de artista es y debe ser celosa del libro, de la pluma, de la paleta de su amado, y pugna para que prefiera al laurel venenoso, á la espinosa corona de la gloria, la hiedra modesta y tierna de los amantes brazos.

Ved, al contrario, la mujer unida á un hombre á quien estima, pero á quien no ama. Su vida estará

exenta de cuidados, de dolores, de celos, pero tambien de alegrías y de esperanzas. Un dia se parecerá á otro dia como se parecen las tinieblas. El hastío se apoderará de ella; el disgusto de lo presente, la desesperacion de lo porvenir, el desencanto, la tisis del alma, el suicidio de la esperanza encerrada en el pecho y cancerándola como el feto muerto cancera las entrañas. El deseo vuela, choca con la realidad, como el ave prisionera con los hierros de su cárcel, y vuelve á caer yerto sobre el alma. El amor así no crea, no produce; asesina. Aquella ceguera sublime que oculta los defectos, que templea los obstáculos de la realidad, se convierte en una vista clara de las faltas propias á la persona que teneis constantemente á vuestro lado, sucediendo al vértigo de la pasion el frio análisis del raciocinio. Porque en el amor, creedlo, ama más, mucho más, aquel que ménos calcula, que ménos preve, que ménos raciocina, que está más dispuesto á sacrificar el porvenir entero, la eternidad si fuera preciso, á un instante junto al objeto amado.

Buscad la razon de todas las cosas; quizá la encontraréis. Pero no busqueis la razon del amor, porque la razon del amor no se encuentra nunca. Se ama porque se ama. No exijais que os ame quien no puede amaros. La estimacion se gana con actos, con servicios, desplegando grandes cualidades; el amor se inspira como algo de sobrenatural, como algo de divino.

El problema de la vida consiste todo entero en esta sencilla regla : marido, ama con pasion á la mujer á quien has de amar por deber; esposa, ama con pasion al hombre á quien has de amar por necesidad. El divorcio entre el amor y el deber, entre la más santa de las pasiones y la conciencia, ¡ qué ponzoña para la vida, qué tortura para el corazon, qué noche del alma!

Las pasiones son como esos cometas cuyas órbitas ningun astrónomo ha calculado. No saben de dónde vienen, ni saben adónde van. No os llevan, no os conducen, no os guian; os arrastran. Para moderarlas por la pasion se necesita que os pongais en condiciones de moderarlas. Querer suscitar por artificios una pasion, es como querer producir en la retorta del químico el sér que solamente se engendra en las entrañas de la naturaleza. Pero querer aprisionar una pasion que ha brotado natural, legítimamente, es como querer aprisionar el astro que pasa por el espacio en una jaula de cazar pájaros. Una jóven casada con un viejo dificilmente podrá evitar que nazca otra pasion en su pecho, otra pasion que sería santa si pudiera ser legítima. No os pongais jamas, mujeres, en esta lucha entre la naturaleza y la sociedad, porque, ó seréis vencidas á costa de vuestra conciencia y de vuestro honor, ó seréis vencedoras á costa de vuestra paz y de vuestra felicidad.

Tomar la vida con tales peligros equivale á preferir el huracan al aire, el incendio al calor, la inundacion al riego, el diluvio á la lluvia, el terremoto á la solidez del suelo. Ya empeñados en las batallas de las pasiones, no hay más remedio que sujetarlas al raciocinio y someter el corazon á la conciencia. En la vida proponeos ántes ser hombres que ser héroes. Contentaos con un equilibrio de facultades medianas, si grandes cualidades han de ir unidas á irremediables defectos. No aspireis á la superioridad, si esta superioridad ha de ser á costa de que por algun lado seais inferior al resto de vuestros semejantes. Vale más ser un hombre de bien que ser un genio. Vale más para la mujer vivir en la prosaica realidad, como una buena madre ó una buena esposa, que vivir en la poesía de las hijas del rey Lear, las ingratas, ó en el teatro de la amante de Antony, la adúltera, ó en las escenas de la esposa de Macbeth, la asesina. No hay poesía como la virtud. Pero no os coloquéis jamas en aquellas situaciones en que la virtud es difícil. El que lucha una ó dos veces en la vida, está seguro de vencer. El que lucha todos los dias, seguro de ser vencido. Todo se puede sobrellevar en el matrimonio, con verdadero amor. Como que hasta las penas del amor gustan. Sin amor, la más leve contrariedad se eleva á la categoría de un verdadero infortunio.

Dios mio, ¡cuán fecundo es el dolor! ¿Creeis que



os enseñan los secretos de la vida humana aquellos que más han vivido? ¿Creeis que os revelarán los secretos del amor aquellos que más hayan gozado? No, saben más los que más han padecido. El poeta florentino, que no gozó jamás de la paz doméstica, del amor desinteresado y puro, puso en Beatrice, vestida del resplandor de las estrellas, extática en la contemplación del ideal divino, el tipo perfectísimo del amor puro. Pero un dolor continuo concluye, ó por matar, ó por corromper. El infierno sólo es tan horrible, porque el infierno es el sepulcro de la esperanza. Una alegría saludable es como un aire puro, como una luz suave. Mas ya que hayamos de padecer, padezcamos por algo grande, por algo sublime, por el ideal, y no por nuestros vicios ó por nuestros errores. Y en cuanto al premio, en el proceder bien no busquemos jamás el aplauso de los hombres, busquemos la satisfacción de la conciencia.

Estas reflexiones, recogidas al vuelo, y mal expresadas, nacen unas del pensamiento íntimo, otras de la situación especial de Carolina. En aquella noche mágica, á la vista del cielo, al beso de la luna, al suspiro del aura, habia sentido el vacío infinito de su corazón. Todo en el universo era amor, todo, ménos el santuario verdadero del amor, ménos el pecho de una mujer jóven y hermosa. Así es que para huir de sí misma, para huir de sus ideas y de sus sentimientos,

se anegaba en la contemplacion de la noche. Y á medida que más en la contemplacion de la noche se anegaba, más cerca se veia del pensamiento que la atormentaba, más cerca del amor. La luna caia sobre los árboles como un rocío de luz; el céfiro jugueteaba convirtiendo en arpas eólicas las cañas suavemente mecidas; las plantas enviaban al céfiro en sus aromas nubes de incienso. ¡Cuánto placer en la mezcla del tibio calor que subia de la tierra y del fresco que bajaba de los aires! ¡Cuánta luz, cuántos matices de la luz en el rielar de los rayos de la luna sobre la tranquila superficie de los estanques, en las ondas fugaces y juguetonas de los arroyos, en los líquidos cristales de los surtidores! Sublime silencio aquél, sólo interrumpido por el cántico del gran poeta de los bosques, del gran artista de la naturaleza, del inspirado rruiseñor. Cielos y tierra, luna y sombras, rio y estanque, todo hablaba de la idea á que Carolina queria sustraerse, aunque en vano, pues igualmente la sometian á ella su corazon y el universo. Si fuera de sí salia su pensamiento, se encontraba con el amor: si en el silencio íntimo de su sér se replegaba, encontrábase con la necesidad de amar. No tenía refugio.

Lo que más en esta especie de enfermedad moral la desconsolaba, era que no podia apartar de la memoria el recuerdo, ni del pensamiento la idea, ni de los

ojos la imágen de su esclavo, la imágen de su mulato. Sublévase su orgullo contra aquella imposicion de su naturaleza. Pero en cuanto entornaba los párpados y se daba en cuerpo y alma á sus ensueños, surgia en la mente Antonio, su hermosa figura, sus ojos fascinadores, sus palabras enrojecidas en la exaltacion del sentimiento, su juventud, sus pasiones, su valor, que servia á la solitaria débil mujer, en aquellos trágicos momentos, de verdadero escudo. Bien quisiera conjurar esta continúa evocacion de su fantasía poniendo junto á la imágen de Antonio la imágen de su esposo; pero la estimacion fria no podrá vencer jamas á las pasiones exaltadas, ni el afecto fraternal que le inspirára siempre su marido al dolor intenso que comenzaba á inspirarle su esclavo. Para huir de esta idea paseábanse sus ojos por el campo; sus ideas, como legiones de mariposas, por los astros; pero su propio corazon le hablaba de amor, la naturaleza entera la sumergia en extraña voluptuosidad.

Al fin, olvidada de todo, se dejó llevar en brazos de sus ensueños, de sus ilusiones, de sus esperanzas; creyendo sin duda que no faltaba á Dios, que no faltaba á su esposo, que no se faltaba á sí misma, que no manchaba ni su conciencia ni su vida en no pasando del vago idealismo á la impura realidad. Los jazmineros llovian hojas perfumadas sobre su cabellera, y las flores todas elevaban esencias embriagadoras has-

ta el cerebro. Rodeábala de una aureola mística la luna, y sumergíala en éxtasis y en arrobamiento el cántico del ruiseñor. La misma savia que corría por los campos vivificados al tibio soplo de la primavera, corría por su corazón, henchido de vagos sentimientos.

A esta conjuración de la naturaleza interior y de la naturaleza exterior vino á unirse la conjuración del arte. En la naturaleza tiene la idea una vaguedad infinita como la niebla; pero en el arte la idea se concreta, se materializa, viva, palpitante, en aquellas bellísimas formas. La naturaleza es un mundo anterior á nosotros, anterior á nuestro espíritu, inaccesible á los mandatos de nuestra voluntad; y el arte es un mundo nuestro, un mundo todo del espíritu, en que somos la criatura y el creador. El susurro del arroyo, el rumor de las selvas, el mugido de las ondas, el suspiro de la brisa, las sonatas mismas de las aves, no compondrán jamás melodías ni armonías como las melodías y como las armonías de la música. Para expresar el sentimiento vago, que se escapa al análisis, que apenas puede encerrarse en la palabra humana, que tiene aspiración á lo infinito, que se levanta como una plegaria de nuestro pecho, no hay arte que iguale á la música. Por eso la música es el arte por excelencia del amor y de sus ensueños; el arte por excelencia de la religión y de sus aspiraciones; como todas

las que vienen á ser en su conjunto el cielo inmortal del humano espíritu.

En el estado semi-magnético en que se encontraba Carolina, una nota, una melodía, una cadencia, el eco de un cantar, hubiérale parecido como el lenguaje de su propia alma. Mas apénas este vago deseo se despertó en su sér, como si otro sér lo hubiera sabido, como si á álguien se lo hubiera confiado, suenan las cuerdas del instrumento por excelencia de las serenatas, suena la guitarra, que parece compuesta con las cuerdas mismas de nuestro propio corazon. El arte por excelencia del sentimiento se apoderó por completo del corazon de aquella mujer esencialmente sensible.

Al eco de la cadencia, sus ideas se suspendieron y una conmocion profundísima la poseyó con absoluto dominio. Aquellos sonidos fugaces, que salian de las cuerdas y se disipaban en los aires, sin dejar ni la huella que deja el resplandor del aerolito, llevábanse en su corriente al alma de Carolina. Abierta su imaginacion á todos las emociones, inmediatamente penetraron como una nube de flechas de amor aquellas notas en lo más íntimo, en lo más profundo de su agitado sér. Olvidada de todo, balanceaba su cabeza al compas de la música, como se balanceaban las flores al suspiro del aura. Seguia muda, pero fielmente, la melodía, como si en vez de provenir de algun ob-



jeto externo proviniera de su propia mente. La música, por lo mismo que resulta de las combinaciones del tiempo, es arte subjetivo, individual por excelencia, como el tiempo es la forma más íntima de la sensibilidad. Así es que mientras las demás artes subyugan el espíritu á lo que ellas quieren representar ó expresar, la música se subyuga al espíritu, y toda melodía parece nacer como un manantial, de los recónditos senos de nuestro íntimo sér. Así es que Carolina veía en los rayos de la luna, por una especie de vision magnética, su propia vaga alma entonando aquellas severas y melancólicas cadencias de puro y divino amor.

En esto la voz melodiosa y fuerte á un mismo tiempo de Antonio, voz inspirada por una emoción vivísima, expresiva de un amor profundo, rociada de lágrimas, vino á completar el efecto de la guitarra, entonando esta voluptuosa canción :

Quisiera ser aire  
Cuando suspiras,  
Lágrimas cuando lloras,  
Luz cuando miras.

Y la guitarra seguía sonando más melodiosamente aún, y Antonio diciendo con mayor tristeza todavía:

Yo no tengo quien me llore,  
Más que la triste campana :

---

En muriéndome esta noche,  
Me entierran por la mañana.

Y la guitarra no sólo se dolía, lloraba, materialmente lloraba, y Antonio decía:

Suspiros que de mí salgan,  
Y otros que de tí vendrán,  
Si en el camino se encuentran,  
¡Qué de cosas se dirán!

Y la guitarra ya no lloraba solamente, sollozaba con amargo sollozo, y Antonio decía:

Tú eres mi primer amor,  
Tú me enseñaste á querer;  
No me enseñes á olvidar,  
Que no lo quiero aprender.

Y seguía el respunteo de la guitarra expresando todas las emociones del alma enamorada, y Antonio diciendo en melancólico cantar:

Pecho de amor herido  
Tarde se alivia,  
Si no da los remedios  
Quien dió la vida.

Y la guitarra tocaba un tono más bajo, como si quisiera expresar algo misterioso, algo secreto, y Antonio decía:

¿ De qué sirve que yo quiera  
Disimular mi dolor,  
Si en los ojos y el semblante  
Llevo escrita mi pasión?

Y la guitarra continuaba larga, melancólicamente, como si gozara en perpetuar por sublime unísona cadencia la expresión monótona, uniforme de aquel amor sublime, y Antonio diciendo:

Si tuviera figura  
Mi pensamiento,  
Siempre te lo encontraras  
En tu aposento.

Y levantando más la voz, y con la voz el acompañamiento hasta tocar en los límites de lo posible, decía fuertemente:

Por tí me olvidé de Dios,  
Por tí la gloria perdí,  
Y ahora me voy á quedar  
Sin Dios, sin gloria y sin tí.

—¡Qué bellas son esas canciones! exclamó Carolina extática, arrobada, fuera de sí.

—Más bellos son aún los sentimientos que expresan, dijo Antonio, dejando á un lado su guitarra y yendo al encuentro de su señora.

—Tienes razón. La poesía, como la música, es amor.

—Es amor la poesía, la música y la vida.

—Pero ningun arte, ninguno ha llegado á expresar la pasion como la música andaluza, como la cancion andaluza. En su tristeza infinita se ve, se siente, que aquel pueblo español, el pueblo de nuestros padres, poeta por excelencia, ha comprendido que el amor verdadero se confunde con la muerte.

Antonio observaba con placer la súbita trasfiguracion de Carolina. Antes esquivaba toda conversacion de amor, toda conversacion que pudiera dar muestra de pasion. Ahora, en este momento supremo, hablaba de lo mismo que ántes queria esquivar, de lo mismo que ántes apartaba con cuidado, con esmero, de sus labios. Para sostenerla en aquella idea, para hablarla de amor sin que pareciese que él mismo hablaba, sino que otro hablaba en él, díjole á Carolina estas palabras:

—Yo me he criado entre libros españoles. Yo sé de memoria muchos trozos de poesía española. Mi educacion fué toda entera de arte, de literatura, como para atormentarme más, y hacerme padecer más en este bajo mundo, iluminado por tan sublime ideal.

—Recita, recita algunos versos, dijo Carolina.

—Oidme, señora, oidme: es una comedia de Calderon. El teatro representa un jardin y un bosque. Por sus umbrías alamedas discurre una hermosísima mujer. Arrobadada, extática en la contemplacion de la

naturaleza, oye de pronto una música, que suena suavemente, y un coro que canta :

UNA VOZ.

¿Cuál es la gloria mejor  
De esta vida?

CORO DE VÁRIAS VOCES.

Amor, amor.

UNA VOZ.

No hay sujeto en quien no imprima  
El fuego de amor su llama,  
Pues vive más donde ama  
El hombre, que donde anima.  
Amor solamente estima  
Cuanto tener vida sabe,  
El tronco, la flor y el ave.  
Luego es la gloria mayor  
De esta vida.....

CORO.

Amor, amor.

—Es verdad, tiene razon el poeta, la armonía universal de todos los seres no se explica, el coro de los mundos no se comprende, el universo mismo, la última comunicacion de la criatura con Dios, sino por el amor, que es fuego y luz en las estrellas, alma en los cuerpos, vida en las almas.

—En cuanto oye, proseguia Antonio, estas reve-



laciones de las misteriosas voces, la hermosa jóven se pára, se suspende, reflexiona, y dice estas palabras entre asombrada é inquieta :

Pesada imaginacion,  
Al parecer lisonjera,  
¿Cuándo te he dado ocasion  
Para que de esta manera  
Aflijas mi corazon?  
¿Cuál es la causa, en rigor,  
Deste fuego, deste ardor,  
Que en mí por instantes crece?  
¿Qué dolor el que padece  
Mi sentido?

CORO (*dentro*).

Amor, amor.

ELLA.

Aquel ruiñeñor amante  
Es quien respuesta me da,  
Enamorando constante  
A su consorte, que está  
Un ramo más adelante.  
Calla, ruiñeñor, no aquí  
Imaginar me hagas ya,  
Por las quejas que te oí,  
Cómo un hombre sentirá,  
Si siente un pájaro así.  
Mas no, una vid fué lasciva,  
Que, buscando, fugitiva,  
Va el tronco donde se enlaza,  
Siendo el verdor con que abraza  
El peso con que derriba.

No así con verdes abrazos  
 Me hagas pensar en quien amas,  
 Vid; que dudaré en tus lazos,  
 Si así abrazan unas ramas,  
 Cómo enraman unos brazos.  
 Y si no es la vid, será  
 Aquel girasol que está  
 Viendo cara cara al sol,  
 Tras cuyo hermoso arrebol  
 Siempre moviéndose va.  
 No sigas, no, tus enojos,  
 Flor, con marchitos despojos;  
 ¿Qué pensarán mis congojas,  
 Si así lloran unas hojas,  
 Cómo lloran unos ojos?  
 Cesa, amante ruiñeñor;  
 Desúnete, vid frondosa;  
 Párate, inconstante flor;  
 Ó decid, ¿qué venenosa  
 Fuerza usais?

CORO (*dentro*).

Amor, amor.

—¡Divino poeta! ¡Cómo canta la relacion misteriosa del alma con la naturaleza y con el arte! ¡Cómo el lenguaje de todas las cosas creadas se armoniza con el lenguaje íntimo del alma, que se despierta del profundo ensueño de no sentir, casi de no ser, y se eleva por su propia inspiracion al amor, creyéndolo inspiracion del universo! ¡Desgraciada! El cielo está en tí misma, el amor de las plantas y de las aves en tí, en tu espíritu, que es como el aire, como la at-

mósfera del mundo. ¡Cuántas veces habrás oído indiferente la serenata del ruiseñor á su amada! ¡Cuántas veces habrás visto, sin fijarte en ello, al girasol buscando anheloso el beso immaculado de la luz! ¿Cuántas veces habrás roto en tus paseos, en tus carreras por el campo, los lazos de la vid con el árbol, sin pensar en que rompías lazos de amor entre dos seres! Mas entónces no estabas enamorada como ahora. Entónces no tenías esa luz interior que ahora tienes, y no mirabas el mundo como ahora lo miras, al divino destello de esa luz sobrehumana. Amas todas las cosas, porque tú, tú amas tambien.

Antonio, cuando oyó aquellas exaltadas palabras de Carolina, se acordó de las frases del magnetizador; se acordó de la virtud que, segun él decia, guarda para producir el flúido magnético en la atmósfera embalsamada, las flores olientes, el acorde de la música, el estro de la poesía, y luégo la concentracion suprema, casi sobrenatural, del espíritu en un solo punto; luégo la mirada fija, la mirada luminosa, que fluye pasion, como los astros luz, y cautiva, encadena, domina, subyuga.

Mas conoció que necesitaba aún producir más exaltacion en el ánimo ya exaltado de Carolina para llegar á dominarla por completo, á hacerla suya, á herirla en lo más profundo de su espíritu, hasta recoger y tomar y apropiarse su voluntad y su conciencia.

—Oid, señora, oid estos versos de un amador rendido que en las églogas de Garcilaso se queja amargamente de los desdenes de su amada :

¡Oh más dura que el mármol á mis quejas,  
 Y al encendido fuego en que me quemo,  
 Más helada que nieve, Galatea!  
 Estoy muriendo y áun la vida temo;  
 Témodla con razon, pues tú me dejas,  
 Que no hay sin tí el vivir para qué sea.  
 Vergüenza há que me vea  
 Ninguno en tal estado,  
 De tí desamparado,  
 Y áun de mí mismo yo me corro agora.  
 ¿De un alma te desdeñas ser señora,  
 Donde siempre moraste, no pudiendo  
 Della saber un hora?  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

. . . . .

Y tú de esta mi vida ya olvidada,  
 Sin mostrar un pequeño sentimiento  
 De que por tí Sileno triste muera,  
 Dejas llevar desconocida al viento  
 El amor y la fe, que ser guardada  
 Eternamente sólo á mí debiera.  
 ¡Oh Dios! ¿por qué siquiera,  
 Pues ves desde tu altura  
 Esta falsa perjura  
 Causar la muerte de un estrecho amigo,  
 No recibe del cielo algun castigo?  
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,  
 ¿Qué hará al enemigo?  
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
 Por tí el silencio de la selva umbrosa,  
 Por tí la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba;  
Por tí la verde hierba,  
El fresco viento,  
El blanco lirio y colorada rosa,  
Yo, dulce primavera, deseaba;  
¡Ay, cuánto me engañaba!  
¡Ay, cuán diferente era,  
Y cuán de otra manera,  
Lo que en tu falso pecho se escondía!  
Bien claro con su voz me lo decía  
La siniestra corneja, repitiendo  
La desventura mía:  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,  
Reputándolo yo por desvarío,  
Vi mi mal entre sueños, desdichado!  
Soñaba que en el tiempo del estío  
Llevaba, por pasar allí la siesta,  
A beber en el Tajo mi ganado;  
Y despues de llegado,  
Sin saber de cuál arte,  
Por desusada parte  
Y por nuevo camino el agua se iba;  
Ardiendo yo con la calor estiva,  
El curso enajenado iba siguiendo  
Del agua fugitiva:  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?  
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?  
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?  
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?  
¿Cuál es el cuello que como en cadena  
De tus hermosos brazos añudaste?  
No hay corazón que baste,  
Aunque fuese de piedra,  
Viendo mi amada hiedra,  
De mí arrancada,



En otro muro asida,  
Y mi parra en otro olmo entretejida,  
Que no se esté en llanto deshaciendo  
Hasta acabar la vida:  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Todos estos versos embelesadores los había dicho Antonio con los ojos fijos en Carolina, fascinada ya por aquel mirar imperioso y dulce á un mismo tiempo. Jamás la pobre avecilla, mirada por la serpiente, quedó tan inmóvil sobre su rama como Carolina en su sitio, bajo el dosel de jazmines, sobre el rústico sofá, todo circuido de flores, é inundado por los rayos de la luna. El aliento de Antonio llegaba hasta los labios de Carolina, y Carolina lo aspiraba con placer, como bebía con éxtasis la luz de su mirada. En esto Antonio alzó sus brazos, como si quisiera recoger el flúido magnético esparcido en los aires, los dirigió con frenesí hácia Carolina como si quisiera agolpar sobre su cerebro todo el flúido recogido, y la hermosa mujer dobló la cabeza lánguidamente sobre el pecho, se quedó en sueño voluptuoso dormida, á merced completamente de su imperioso magnetizador.

Antonio no podía dar crédito á sus propios ojos. Parecíale imposible que tan pronto y con tanta facilidad aquella altiva mujer se hubiera sometido á su imperio. El sueño era dulce, dulcísimo. El rostro tenía reflejos de ventura inefable. Los largos párpados

---

apénas se hallaban entornados. La respiracion parecia tan serena como la respiracion de un niño hondamente dormido. Antonio no se cansaba de contemplarla, arrobado. Los rizos de su larga cabellera, entre los cuales flotaban algunas frescas rosas, caian sobre los hombros, mal envueltos entre las gasas de su traje blanco, iluminado por el resplandor de la luna. Antonio se arrodilló á sus plantas, cogió una de aquellas manos, la estrechó convulso, la llevó primero al corazon, despues á los ojos, que deslizaron sobre ella algunas lágrimas, y luégo á los labios para imprimir en ella con delirio un ardiente beso.

---

---

---

## CAPÍTULO XIX.

### LA MAYOR VICTORIA.

Habia llegado Antonio al momento supremo de su existencia. La mujer altiva que tanto le hiciera padecer en el mundo estaba allí, rendida, inerte, á su arbitrio. El primer sentimiento del mulato fué un sentimiento de feroz alegría. Imaginaos el tigre que persigue codiciada presa, y que la tiene palpitante entre sus garras despues de sangriento combate y de vertiginosa carrera. Su primer impulso es devorarla. Así le faltó tiempo á Antonio para imprimir sus labios en los labios de la mujer amada. El beso aquel debió resonar con resonancia indecible. Era el triunfo de un combate de muchos años, el término de una batalla infinita. Por ese solo beso hubiera dado la vida, el alma, su existencia en el tiempo y su existencia en la eternidad. Pero en cuanto hubo apurado aquel ósculo, sintió que algo faltaba á su dicha. Un

remordimiento horrible le asaltó la conciencia, que se estremeció como si fulgurantes chispas le atravesáran y le hirieran. Comprendió súbitamente que el amor no compartido deja de ser amor. ¿Qué podía procurarle aquel instante? Un placer fugaz seguido de una pena eterna, la vergüenza á sus propios ojos, las justas reconvenciones de Carolina, el ódio eterno. ¿Y en qué momento iba á perpetrar este crimen horrible? En el momento mismo en que aquella mujer se habia mostrado más conmovida, en el momento mismo en que ella habia descendido del castillo de su orgullo, y él habia entrevisto el cielo de consoladora esperanza. Indigno era de su pasión, de su carácter, el atentado del ladrón cuando podia aspirar á la gloria del amante.

La misma hermosura de Carolina, la inocencia que se reflejaba en su frente, la respiración regular de su pecho, la vaga sonrisa de sus labios, el perfume de su aliento, el color de sus mejillas, la transparencia de su semblante, dormido en apacible sueño, donde se reflejaba toda la nitidez de aquella alma purísima, aplacaron á Antonio y le movieron á respetarla con religioso respeto. A lo único que se atrevió aquel hombre impetuoso, en cuyas pasiones habia algo del aliento de los trópicos, fué á contemplar extático á la mujer querida, y á considerar cómo se encontraba á su arbitrio, cómo tenía en el pecho de su esclavo de-

positada su voluntad soberana y enajenado su altivo carácter.

Mas esta misma contemplacion duró muy poco tiempo. Temió que un largo sueño la hiciera daño, y con maternales cuidados procuró, siguiendo las reglas más usuales de los magnetizadores, conjurar el sueño. Y ántes de que Carolina estuviera despierta, esquivó su presencia, esquivando al mismo tiempo las interrogaciones imprudentes sobre aquel extraño sueño. Y se fué por el bosque, entonando al són de la guitarra la serenata de Schubert, que remeda el cántico y el eco, que parece dos almas buscándose anhelantes en la inmensidad.

---



---

---

## CAPÍTULO XX.

### EL DESPERTAR.

Carolina se despertó. Su cabeza estaba pesada, su corazón dolorido. El sueño le parecía mentira. No se daba razón de todo cuanto había pasado en aquellos instantes. El eco de la guitarra, que sonaba á lo lejos, por un momento la distrajo. Entónces el recuerdo de Antonio brotó en su memoria; la imágen de Antonio se dibujó en sus ojos. Y sintió que durante aquel sueño había soñado con Antonio también. Al convencerse de esto, se levantó como si la hubieran herido. Se llevó las manos á la frente, y quiso ahuyentar sus pensamientos; de la frente llevó las manos al corazón, y quiso acallararlo, oprimirlo, ahogarlo. Avergonzábale de sí misma. Evocaba todo el orgullo de su raza. Medía toda la distancia que hay entre una señora y un esclavo. Realzaba su honor y la necesidad que tenía de exaltar su honor. Corría á la habitación de su hijo, y se inclinaba sobre su lecho, y

cubria de besos sus mejillas, como queriendo decirle que tendria en ella siempre una madre honrada, una madre digna. Reíase con una carcajada baja y convulsa de sus insensatos temores. La duda, el recelo, parecíanle ofensas incomprensibles del aturdimiento á su corazon, dueño de sí mismo; á su conciencia, clara y limpia como la luz. Pero despues de todas estas reflexiones hechas por su maduro juicio, tras todos estos escudos forjados por su conciencia, áun brillaban los ojos de Antonio, áun veia á su lado la sombra de Antonio. Al persuadirse de esto, sentia una grande contrariedad. Y para defenderse de esta idea fija, abandonaba el cuarto de su hijo, corria al piano, lo tocaba con violencia, queriendo aturdirse con el ruido, y sobre todo ahogar el eco de la serenata lejana, que resonaba sublimemente, acompañada por los solemnes rumores de la noche.

Viendo que el piano era rebelde á sus deseos, que no la distraia de sus pensamientos, iba á la biblioteca, cogia un libro, se sentaba al pié de su velador y lo abria maquinalmente. La maldita casualidad la trasladaba á los climas de Italia al amanecer del dia en que se despedian Julieta y Romeo desde su poético balcon. Las estrellas iban desapareciendo, la alborada brotando, huia la noche cara á los amantes, y se compenetraban y se confundian el cántico de la alondra, profeta de la luz, que bajaba como suave

bendicion de los cielos, y el cántico del ruiseñor, poeta de la noche, que subia á los cielos como una plegaria de amor.

Estas escenas, estos cuadros volvieron á exaltar sus recuerdos. Se le cayó el libro de las manos, se distrajo, se absorbió en un solo pensamiento. Antonio apareció de nuevo á sus ojos, Antonio ocupó de nuevo todo su corazon. Veíalo cuidadoso en medio del general descuido, solícito entre la indiferencia general, vigilante cuando todos dormian, valeroso cuando todos temblaban, inmóvil en medio de la fuga á que apelaban todas las demas gentes de la casa; artista, músico, poeta, contrastando con la prosa general. Y despues su imaginacion, de una gran fuerza representativa, le ofrecia en relieve la imágen de Antonio, la alta y erguida estatura, el continente airoso y apuesto, el ardiente color moreno, los ojos negros como los abismos, el lustroso cabello, que rodeaba de una aureola como de azabaches su espaciosa frente, realzada por el vivísimo reflejo de las ideas.

Péro á los pocos minutos se acordó Carolina de que habia vuelto á perderse en la contemplacion del mísero esclavo, y volvió á darse una palmada en la frente como para ahuyentar su idea. Y recogió el libro, que se le habia deslizado de las manos y se le habia caido sobre el pavimento. Lo abrió maquinal-

mente de nuevo, lo llevó á sus ojos, y se encontró con la imágen de Ofelia.

A medida que leía, los objetos se presentaban como en relieve á sus ojos; el sauce lloroso al borde del arroyo profundo; la pobre vírgen, vestida de blanco y coronada de flores, con la rubia cabellera y la voz divina dadas al viento; las guirnaldas, en las que la ortiga se mezcla con la margarita, ceñidas todas en torno de aquella fantástica figura, indecisa como la niebla; las coronas que penden de los árboles á guisa de mortuorias ofrendas; la caída en el seno del tranquilo rio, sobre cuya superficie la mantienen por algunos momentos sus blancas vestiduras como á una flor acuática; las últimas canciones que á los cielos se alzan y en los cielos se pierden, miéntras su cuerpo se sumerge y se entierra en el hondo cieno.

Al llegar aquí suspende su lectura. Un pensamiento horrible le atenacea el pecho, le muerde el corazón, le conturba el ánimo. Aquella niña hermosa, venida de regiones más limpias y serenas que nuestras bajas regiones; enamorada, más que de un hombre, de un alma; tierna y dulce como las baladas del Norte; que aparece hija de los amores de un rayo de luna con una niebla del lago, ha muerto, no entre flores, ha muerto en el cieno; pero en el cieno habrá quedado solamente su frágil vestidura de carne, su cuerpo mortal, sus despojos; el alma habrá nacido de

nuevo como la mariposa en primavera, se habrá elevado á las alturas, y habrá ido á perderse en el seno de Dios, mientras ella, ¡ella! conturbada ya por tristes pensamientos de adúltera, se perderá con cuerpo y alma en el profundo cieno. Arrastrada por estos pensamientos, descendia hasta lo profundo de su sér á investigar el estado de su alma, y encontraba que, si bien no habia faltado, ni en pensamiento siquiera, á su esposo, un principio, un asomo de pasion peligrósimo, un gérmen, asomaba en su pecho por Antonio.

—¡Maldicion, maldicion! dijo entónces. Necesito preservarme de caer, y de caer tan bajo. ¿Quién me defenderá? ¿Mi propia conciencia? Pero ¡ah! que los vapores del corazon oscurecen la conciencia, como los vapores de la tierra oscurecen el cielo. ¿Mi propia voluntad? Pero ¡ah! que la voluntad es frágil, sobre todo cuando está expuesta á la alta temperatura de una pasion. ¿Mi propio honor? Pero ¡ah! que el placer llega á contar con lo que no puede contar jamas, con la ignorancia del mundo. No hay defensa posible, no la hay, contra las pasiones, si todo se reduce al puro deseo de defenderse. Es necesario no reducirse solamente á pensar, es necesario vivir, es necesario obrar : la accion, la accion, siempre la accion. Pero yo sola no puedo defenderme. Necesito de un auxilio, y de un auxilio poderoso. ¿Dónde está ese



auxilio? En donde es natural que esté, en el corazón de mi marido. Es necesario que venga, y que venga pronto. La audacia de ese joven se ha atrevido á mi debilidad, y mi altivo corazón ha mirado un momento su miseria, porque estoy sola en el mundo y necesito auxilio. Voy á escribirle que venga, y que venga inmediatamente, á mi esposo.

---

---

## CAPÍTULO XXI.

### LA ESPOSA.

Carolina escribió la siguiente carta en aquella misma noche, impaciente por hallar una defensa segura contra las asechanzas redobladas de su propio corazón:

«Amigo mio : Hoy debo escribirte más largamente, mucho más largamente que otros días. Yo te aseguro que al recibir esta carta no has de fruncir el ceño como tantas otras veces, y no has de regañarme luego por mi concisión. Voy á ser larga, muy larga, hasta difusa. Como que mi carta encierra una petición á que has de acceder, y un deseo que has de cumplir, por tí, por mí, por nuestro hijo. Desde que nos casamos, vivimos siempre juntos, sin separarnos más que por breves instantes. Cuando tenías que ir á alguna parte, que recorrer alguna hacienda, que departir con los mayores de trabajos ó con los administradores de fincas, yo iba siempre contigo, y encontraba solaz en

compartir tus atenciones y en participar de tus trabajos. Yo no comprendía que nada en el mundo llegara á separarnos, y estaba habituada á vivir á tu lado en tales términos, que no puedo, no, adquirir el hábito de esta soledad, explicable para mí, para tu familia; incomprendible para los desconocedores de tu cariño hácia mí, de tu inquebrantable fidelidad, de tu amor intensísimo por nuestro adorado Ricardo.

»¿No temes que pudiera tomarse por un abandono de los deberes para tu familia el excesivo cumplimiento de los deberes con tu patria? El niño pregunta todos los dias cuándo viene papá, y yo no sé en verdad qué responderle. ¿Es justo que nos tengas confinados aquí solos sin tí? Yo sé bien que ningun recelo puede asaltarte respecto á mi cariño, ningun temor tampoco por mi honra, conociéndome como me conoces y estimándome como me estimas. Yo estoy sola, es verdad, pero circuida de criados fidelísimos, de esclavos obedientes, y sin recibir jamas ninguna visita, con el aislamiento que tú has querido poner como base de nuestra uniforme y tranquila existencia. Me bastan por toda compañía las aves de mi jardin, los libros de mi biblioteca, los acordes de mi piano, y sobre todo, los besos de mi hijo. Pero no es bien que un esposo, en esta confianza, en esta seguridad, deje por tanto tiempo solos á su mujer jóven, á su hijo niño. El mundo tiene muchos escollos ocultos, y nosotros,

---

contra estos escollos y en defensa de nuestra debilidad, sólo tenemos nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros esposos. Te llamo. Vén.

» Estos dias ha pasado un accidente que nos tiene á todos consternados, y que yo no queria revelarte por no afligirte. Esta casa continuaba siendo, como tú la dejaste, asilo de la paz. Mas una de estas noches aparecen por sus alrededores legion siniestra de fantasmas, que las gentes toman por legion de diablos en carne y hueso, con todos los instintos y todos los reflejos del infierno. Ya comprenderás las cosas extrañas que estos pobres negros, asaltados por el miedo á lo sobrenatural, narrarán de sus entrevistas con los espíritus infernales, con las almas en pena, que pasan esparciendo miedo y dando alaridos.

» Hasta mí no han llegado. Yo no he visto ninguno. Yo no los he oido siquiera. Se conoce que respetan mi autoridad de ama de la casa y la inocencia de mi hijo. Ni tú ni yo creemos que los espíritus infernales vengan del otro mundo á perturbar á éste. Me has pegado tu aficion á las ciencias naturales y físicas, y aunque aquello que en tí es sabiduría, competencia, sea en mí puro diletantismo, comprendo bastante el universo para saber que se rige por leyes inalterables. No son espíritus infernales ciertamente los que vienen, aunque lo parecen; pero deben ser malhechores, ladrones, asesinos, gentes que acechan

nuestra casa y que husmean nuestro dinero. Por consecuencia, en estos peligros el amo debe estar entre sus criados, el padre junto á su hijo, el marido con su mujer. Vén, amigo mio, vén.

» No puedes imaginarte el terror que reina en esta hacienda. La tia Ana, á la hora del rancho, cuenta á los negros que han sucedido todos los horrores con que en su miedo ha soñado. El gran cazador, el tio Joselito, no quiere nada con duendes y demonios y aparecidos. Imposible organizar una ronda. Salen dando diente con diente, poseidos del mayor terror, y toman por apariciones en la realidad las apariciones en su terror. Aún la rama de un árbol no se ha movido á su lado, aún el vuelo de cualquier pajaraco nocturno, de esos mismos que ven con indiferencia completa, no ha pasado sobre sus cabezas, cuando echan á correr con tal ceguera en la vista y tal celeridad en los piés, que se derrumban, se hieren, se destrozan, y alguno yace hoy mortalmente herido por su insensata fuga.

» Sólo hay un esclavo que haya resistido al terror universal, el pobre Antonio. No puedes imaginarte fidelidad mayor ni más exquisita. Su selecta educación se conoce hasta en las minuciosidades de su proceder. Cuida el jardin como un siervo, juega con Ricardo como un niño, vela por mis menores atenciones como una mujer, y ronda las cercanías, y persigue á



los fantasmas, y lucha por la tranquilidad de nuestro sueño como el más fuerte, como el más valeroso, como el más heroico de los hombres. Yo creo, firmemente lo creo, que por tantos servicios merecia de tí la emancipacion, y hasta un pequeño peculio para que se casase.....»

Al llegar aquí, al escribir estas palabras, Carolina se detuvo como paralizada por alguna fuerza superior. Su corazon dió un vuelco. Sus ojos se arrasaron en lágrimas. Estremeciéronse todos sus nervios. Un temblor tan grande la sobrecogió, que no pudo poner ni una palabra más en el papel. Temiendo verter una lágrima ó echar un borron, acusadores de la fuerza de sus emociones, se levantó y comenzó á dar paseos repetidos por la sala, diciendo ; ¿qué me importa á mí que se case ó no se case Antonio? Estoy ofendida contigo, corazon mio, ofendidísima. Te desprecio. Si pudiera, me lo arrancaria con fuerza del pecho y lo entregaria á los perros con placer. No puedo imaginar, no, que te enamores tú, tú, que tienes pura y antigua sangre española sin ninguna extraña mezcla, de un mísero mulato. Te mando, corazon mio, que escribas esas palabras con serenidad completa, con posesion plena de tí mismo, como debe escribirlas una mujer severa, una madre amante, una esposa casta. ¡Qué tonta soy! ¿A qué tanto empeño por conseguir resultados tan escasos? ¿Habia de estar enamorada

yo, yo, de Antonio, de mi criado, de un mulato? Me habrían cambiado. Creería que uno de esos genios del infierno, soñados por nuestros pobres negros, había venido á robarme durante el sueño mi alma y mi conciencia, y traerme otra alma infernal, ajena á mí, distinta de la mia, en guerra con mis inclinaciones y con mi carácter. ¿Yó soy yo? Pues vamos á escribir las palabras que me dictaba mi conciencia, aunque sea pasando sobre el cadáver de mi corazón. ¡Tonta de mí! Y dando una carcajada histérica, se asentó al velador, cogió la pluma con furia, como si cogiera algún instrumento cortante, y escribió con la mayor seguridad estas palabras tras el concepto: «para que se case y sea feliz con la esposa de su predilección.»

Y después de haber meditado algunos momentos aquella frase, dijo: ¡Infeliz! hace mucho tiempo sé que la mujer de su predilección soy yo. Eso lo sé. Lo que sé también es que él no debe ser el hombre de mi predilección; lo que sé también es que el hombre de mi predilección debe ser mi marido. Y continuó escribiendo su carta.

«Muchas veces me has dicho, querido amigo mío, que Antonio era esclavo único en los Estados- Unidos. Muchas veces me has dicho que se necesitaba subir hasta la antigua Roma para encontrar algo que se le pareciese en aquellos esclavos griegos, artistas,

literatos, que eran maestros ó secretarios de los patricios romanos. En estos últimos dias ha mostrado que, si tiene en su inteligencia cultura europea para ilustrar nuestra casa, tiene en su carácter energía salvaje para defenderla. Tanto mérito exige de nosotros un rasgo de verdadera abnegacion, y debemos, en mi sentir, emanciparlo. Tú pensarás luégo, y decidirás lo más saludable, lo más conveniente, lo mejor á nuestros intereses, que será fielmente cumplido, pues ya sabes que tu esposa te oye como á un oráculo y te obedece como á un Dios.

» Todo anda, á pesar de estas perturbaciones, en órden. La cosecha promete ser buena. El rio comienza ya sus avenidas y sus inundaciones. Dicen que la presente estacion es aquí muy malsana, y yo me encuentro bien, bien, bien. Tus plantas, más cuidadas que mis joyas. Hay un mar de flores. Son el encanto y el recreo de mi vida. Tus colecciones de animalejos, lo mismo los vivos que los disecados, perfectamente. El niño, cada dia más hermoso y más bueno. Yo me paso las horas muertas contemplando aquellos ojos, donde se encierra todo un cielo. Por las noches le hago balbucear en mi lengua, en la lengua de mis abuelos, esta oracion primitiva, pero que tiene para mí un perfume de santidad indecible:

Con Dios me acuesto,  
Con Dios me levanto,

La Virgen María  
Y el Espíritu Santo.

»Luégo reza una Salve por sus padres. La Virgen María nos lo conserve con salud, nos lo crie con robustez, nos lo prospere en virtudes y en honor. Es la única aspiracion de tu amante esposa,

CAROLINA.»

---

---

---

## CAPÍTULO XXII.

### REFLEXIONES.

Cerró Carolina su carta para el correo del día siguiente, la guardó en su joyero, y se fué á acostar; pero no pudo, no, dormir. Su situación era verdaderamente trágica. De un convento de la América del Sur habia pasado á una ciudad de la América del Norte. Apénas habia vivido en la ciudad, cuando sus padres, sin contar con su corazón apénas, sin temor á contrariar la naturaleza, casáronla con un viejo. Desde la capilla donde se verificó su matrimonio pasó á la quinta donde se albergaba su existencia. Allí tenía todos los refinamientos del lujo; pero no tenía más que dos distracciones: la contemplación de sus inmensos jardines, la contemplación de la naturaleza, y la lectura de cuantos libros se publicaban en las cuatro lenguas que poseia admirablemente: en español, en frances, en inglés y en italiano. Estas lecturas eran única distracción para ella, que no tenía ni



amigos, ni amigas, ni sociedad de ninguna clase. Si Carolina se hubiera casado con un jóven de su predileccion, perdidamente enamorada, todavía en la prolongacion de esta soledad habria sus peligros. Habiéndose casado obediente y resignada, sin comprender la inmensidad de su sacrificio, sin adivinar los dolores de su porvenir, aquella situacion era por todo extremo intolerable. En tal estado, un hombre extraordinario se aparece á sus ojos, extraordinario por la hermosura física, extraordinario por la educacion y por la inteligencia, reuniendo en sí á la belleza del blanco la fuerza del negro, y á la cultura del europeo la energía del salvaje. La virtud debe fundarse en la naturaleza. Contrariarla y luégo pedirla virtud es problema de resolucion muy difícil. Carolina habia comenzado por desoir y desdeñar aquel hombre, y habia concluido por tener hácia aquel hombre un vivísimo interes, en que se negaba ella misma á reconocer el amor. Su conciencia y su voluntad mantenian con gran brío el combate con el corazon, y conjuraban aquella pasion naciente. El mundo la hubiera auxiliado si ella viviera en el mundo. La idea de que la sociedad no supiera, no sospechára siquiera que allá en lo íntimo de su sér habia pasion por un mulato, la auxiliára, la sostuvo en su terrible guerra. Pero allí, en la soledad, sólo se alimentaba su alma de aquellos libros de Byron, de Chateaubriand, de Es-

---

pronceda, de Hugo Físcolo, de Bernardino de Saint Pierre, que eran como la exaltacion de la naturaleza y del amor. Algunas veces entornaba los ojos á la realidad, y en magnética soñolencia creia verse con Antonio, como Chactas y Atala por las selvas de la Irlanda, como Pablo y Virginia por los valles de la isla de Francia. Todo eran asechanzas contra la virtud de aquella mujer, que sólo tenía para defenderse de sus enemigos interiores y exteriores su propia conciencia. Así es que la mejor de las resoluciones le pareció: 1.º, llamar á su lado el marido amante; 2.º, ahuyentar de su lado al esclavo peligroso. Hasta aquel momento Carolina luchaba con valor y hasta con éxito. Así es que no habia podido dormir en la noche anterior al envío de la carta, en la noche posterior al terrible sueño magnético. Vistióse muy temprano, arreglóse á la ligera, salió al jardin, y encontró arreglando las flores y haciendo los consabidos ramilletes al fiel esclavo.

---

---

---

## CAPÍTULO XXIII.

### UN POCO DE POLÍTICA.

—Buenos dias, Antonio.

—Buenos dias dé Dios á la señora.

—¿Ha ocurrido algo esta noche?

—Nada.

—Me alegro.

—Yo más, porque veo renacer la calma en las gentes.

—Tanto mejor.

—Supongo que la señora habrá desistido de la idea de llamar al señor.

—Todo lo contrario.

—¿Lo llama la señora? preguntó Antonio con tristeza.

—Lo llamo.

—¿Por esa no-nada?

—¿No-nada, el escándalo, el terror, el infierno desatado entre nosotros?

—Mire la señora cómo todo se ha ido calmando.

—Pero no se ha calmado mi inquietud.

—Pues ayer la señora no pensó en mandar venir al señor.

—Lo he pensado esta noche.

—¿Esta noche? preguntó Antonio con asombro.

—Justamente.

—La noche más serena.

—No para mí, que apenas he dormido.

—Pues yo vi á la señora tranquilamente dormida en el cenador de los jazmines, á la luz de la luna.

—Me dormí, es verdad; pero soñé cosas horribles.

—¿Cosas horribles?

—Espantosas, aterradoras.

—Sería efecto de un poco de electricidad que hubiese en la atmósfera.

—Yo no sé decir qué sería. Sólo sé que me desperté del sofá con la cabeza pesadísima, y que me acosté luégo en la cama con el ánimo lacerado é inquieto.

—Pues el señor difícilmente podrá venir.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los periódicos.

—¿Por qué periódicos?

—Por los periódicos de Washington recibidos esta mañana.

—¿Has leído algo relativo á Mr. Jura?

- 
- Relativo á él no.
- Pues entónces.....
- Pero relativo á su fraccion en el Senado.
- Da lo mismo.
- Se prepara una batalla parlamentaria grande.
- ¿Por qué causa?
- Hay dos asuntos.
- Algo de eso me decia.
- Extraño es, porque nunca le habla á la señora de política.
- Si no me lo decia claramente, me lo indicaba.
- Eso es otra cosa.
- Ya lo conoces, Antonio.
- Y los votos se buscan con empeño decidido y se cuentan con los dedos.
- Pasa eso muchas veces.
- La enemiga entre el Sur y el Norte es suceso imposible.
- É inmenso el entusiasmo del Sur.
- La señora no lo comprende.
- No, porque yo soy partidaria del Norte. ¿Y tú?
- Yo no puedo decir á la señora lo que soy, porque aquí, como ese pavo real tiene en la cola cien ojos, cada rama de los árboles tiene cien oidos.
- Aquí estamos solos y puedes decirme tu opinion.
- Yo sólo puedo decirle á la señora que soy parti-



dario de que haya un solo esclavo, yo, y de que haya una sola posesora de este esclavo, vos, señora.

—¡Antonio! dijo Carolina casi montando en cólera. Como vuelvas á esos atrevimientos, te mando dar de latigazos.

—Perdóneme la señora, perdóneme por Dios. Figúrese que no he dicho nada. Por Dios, perdóneme la señora. Lo decia todo en el mejor sentido posible. ¿No me será permitido ser lo que soy, esclavo de mi señora?

—Esclavo de tu señor.

—Si la señora me lo permite, volverémos á hablar de las causas que impiden el regreso del amo.

—Habla.

—¿Eso interesa sobre todo á la señora?

—Eso.

—Pues una ley y un nombramiento favorables al Sur le retienen precisamente ahora en su puesto.

—¿Y no podrá venir ni por un dia?

—No, porque en el intermedio del viaje podria votarse una y otra cosa, y podria perderse.

—Caso grave.

—Y si se perdiera por su ausencia, no podria vivir en la Luisiana.

—¿Lo crees así?

—Lo creo profundamente.

—¿Tan léjos llevan sus pasiones políticas?

—Tan léjos.....

—¿Tan exacerbadas están las pasiones?

—Como en ninguna parte de la tierra.

—Desgraciados pueblos en verdad.

—Tan desgraciados, que no hay quien no presienta aquí una tremenda catástrofe.

—¿Y qué le pasaría al señor si por su ausencia se perdiese la ley ó el nombramiento?

—La señora tiene demasiado talento para no comprenderlo.

—¿Alguna gran desgracia?

—No podría vivir, no ya en la Luisiana, en ningún estado del Sur.

—¿Verdaderamente?

—Los Estados del Sur libran todo su porvenir en la conservacion de la esclavitud.

—¡Terrible desgracia!

—Y toman medidas en todas las épocas críticas para que esta cuestion no se suscite.

—La suscitará algun dia la Providencia.

—Pues bien; si el amo viniera, si por su culpa el predominio que hoy tiene el Sur sobre el Norte se perdiera, si el resultado de leyes importantes se malograra.....

—No podría vivir aquí.

—La señora lo ha dicho. No podría vivir aquí.

—¿Tan grandes cóleras se despertarian contra él?

— Horribles. Lo asesinarían en las calles.

— ¡Dios mío, qué angustia!

— Ya ve la señora cuán difícil es la venida del amo.

— Sin embargo, yo insisto.

— La señora me permitirá decirle que no debe insistir.

— Yo no puedo estar ya más tiempo en esta peligrosa situación.

— ¡Peligrosa! Pues ¿quién se atrevería á faltarle á la señora, que no muriese en el acto?

— ¡Ah!

— ¿A quién, á quién teme la señora?

— Antonio, me temo á mí misma.

El pecho de Antonio respiraba aquellas palabras con una alegría, con un placer inexplicables, como que aquellas palabras eran por sí solas una revelación.

— ¿Qué, qué? ¿Qué ha dicho la señora?

Las mejillas de Carolina tomaron el color de encendido carmin. Sus manos trémulas tendieron las cartas á Antonio, diciéndole con imperio que las llevara al correo. Y como si buscara algún asilo, empezó á llamar con amorosas voces á su hijo, que acudió desalado hácia sus brazos.

---

---

## CAPÍTULO XXIV.

### EL ESOSO.

En efecto, Antonio estaba enterado de cuanto acontecia al caballero Jura. Imposible separarse ni por un dia de la capital política de la Union. Así es que la carta de Carolina le hirió profundamente. Sus amigos y compañeros notaban por aquel entónces en su carácter y en su conversacion señales de profundísima melancolía y de continúa inquietud. Experimentado conocedor del mundo, un tanto misántropo, desconfiadísimo, receloso, conociendo que su matrimonio con una mujer jóven y hermosa estaba rodeado de sirtes, temblando siempre por su intranquilidad y por su honra, las noticias de la tranquilidad de su casa, de los aparecidos y de los duendes habian llegado hasta él, y no habian llegado por las cartas de Carolina. Hasta que recibió la ántes mencionada, nada le habia dicho su esposa de los terrores sembra-

dos en su hacienda. Rico, pensó si sería una conjuración contra sus arcas; esposo enamorado, concluyó por creer que era una asechanza á su honor. Carolina, á pesar de su retiro y de su alejamiento del mundo, no podia estar tan oculta que no llegase á todas partes la fama de su hermosura. Algunos calaveras de Nueva-Orleans, algunos de esos parásitos de la juventud dorada, acaso habian tramado alguna calaverada ruidosa. Así es que el pobre Jura no descansaba, no dormia, se iba quedando escuálido de puro ayuno, porque habia perdido las ganas de comer. El mismo silencio de Carolina aumentaba sus inquietudes y sus desgarradoras sospechas. ¿Cómo, enterándose toda la casa, ella no se ha enterado? ¿Cómo, diciéndoselo todo el mundo, ella nada le ha dicho? Este pensamiento era hiel en su pan, insomnio en sus noches, sombra de la triste existencia que arrastraba en Washington.

De pronto recibe la carta de Carolina. Su mujer le ruega, le insta para que corra á su lado. No puede. Los deberes imperiosos de la política le tienen amarrado á su silla de senador de la Luisiana. ¿Qué hacer? ¿Retendrá allí á Carolina? Pero si la rodean tantos peligros.....

La hará ir á Wasingthon; pero allí, en un hotel, recibiendo por su alta posicion tantas gentes, rodeada de una sociedad elegante, era más fácil la asechan-



za, más terrible el tropiezo y la caída. No sabía qué hacer. La incertidumbre lo mataba.

Leyó y releyó la carta. Y entonces su instinto le llevó como de la mano á reconocer dónde realmente se ocultaba el mayor peligro. ¡Qué interés tan grande el interés de Carolina por Antonio! Mas no le inquietaba esto. No era capaz de concebir, de imaginar ni por un momento que se enamorase su esposa de un sér tan inferior á ella; de un mulato. En sus aristocráticas ideas, en su desprecio por las razas inferiores, por las razas malditas, Antonio era como un animal, tan alejado, si no por su organismo, por su condicion social, de la verdadera naturaleza humana, como cualquier orangutan, como cualquier individuo de la de los monos.

Tales ideas tenía de la naturaleza humana, que, á creer á su esposa capaz, no ya de amar á Antonio, sino de mirarle con algun interés, con alguna consideracion, sería capaz de matarla como á una perra hidrófoba, cuando la amaba como á una diosa inmortal. Pero si no infería á su mujer tal agravio, cavilando, cavilando, pensaba que aquel maldito de Antonio podia llegar á enamorarse de ella, y á mancharla, si no con el aliento, que jamas llegaria hasta su atmósfera, con la idea, con la imaginacion, con el deseo.

Y luégo de caer en la cuenta de que esto podia su-

ceder, se exaltaba hasta el enfurecimiento. Una de las manías capitales de este hombre era el estudio de la Historia Natural. Tenía la idea de que el hombre no pasaba de ser un animal como los demas animales, con los mismos instintos, sólo que algo más perfeccionado por el estudio y por la educacion. Y este hombre, que reconocia, no ya el parentesco, la identidad de la especie humana con las demas especies zoológicas, que sólo en grados de organismo y en matices de instinto se diferencian en su sentir, luégo proclamaba, como un brahaman asiático, la inferioridad física, intelectual, moral, social del esclavo respecto á su amo.

Y llevado de estas ideas, no pensaba, no sentia si Carolina sería capaz de enamorarse de Antonio; tal idea no entraba en su pensamiento. Pero sí reconocia, en cambio, que Antonio pudiera enamorarse de Carolina. Pasóse la mano por la frente cuando la idea le sobrevino, y un sudor copioso la inundaba, y una congoja infinita inundaba su pecho y su garganta. «¡Y será capaz de cualquier atentado horrible! decia. Estos malditos mulatos son como monos, de sensuales y de voluptuosos. Es necesario separarlo de allí. Todo me induce á creer que piensa algo; que medita algo; que se confabula para algo con los suyos. Esas rondas continuas, ese valor heroico, ese cuidado extremo, ese afan por su ama, todo eso re-

vela claramente cuáles son sus ideas, cuáles son sus tentaciones. ¡Loco de mí! ¿Cómo no se me ocurrió esto? ¡Quién lo habia de pensar! ¡Quién habia de creer que una criatura inferior osase penetrar en el cielo, en un cielo donde para él no puede haber ni áun atmósfera! ¡Oh! Es necesario tomar una resolucion suprema, pensaba Mr. Jura, y esta resolucion ha de ser tan suprema como haya podido ser infame su intento, y tan radical como lo grave del daño y lo urgente del remedio. ¿Qué haré?—Y Jura meditó un instante, como buscando una solucion radical y extrema.—¡Ah! Ya caigo, dijo despues de algunos minutos ; ya caigo. La resolucion será decisiva. Voy ahora mismo á dar las órdenes. »

---

---

---

## CAPÍTULO XXV.

### LA CARTA DEL ESPOSO.

Carolina mia :

« Recibo tu carta, y con ella recibo golpe de muerte. Llámame tú, no ir yo; mediar entre nosotros dos este espacio, y padecer tú sin que corra á auxiliarte; sucede, y no lo creo : tan opuesto es á los impulsos de mi corazón, á los mandatos de mi voluntad, á las voces de mi conciencia. Pues imagínate que me dijeras por telégrafo ahora mismo : ha muerto nuestro hijo, yo estoy espirando ; necesito verte y bendecirte ántes de morir, vén pronto; no iria, no, en estos supremos instantes; no iria aunque me costase la vida. Deberes tenemos con la familia, deberes estrechos, para mí dulcísimos, que os amo tanto; pero no pueden tener el imperio de los deberes sociales, á cuyo cumplimiento se libra la suerte de tantas familias en lo presente, la suerte de tantas generaciones en lo ve-

nidero, la salud de la patria. Nuestra sociedad está fundada en la esclavitud, es ésa su piedra angular. Mientras el esclavo subsista, subsistirá con el esclavo nuestra propiedad interior, y subsistirá el lazo de union de un Estado con otros Estados, componiendo esta maravilla de los Estados-Unidos. El dia que se acabase la esclavitud, con la esclavitud se acabaria la patria. Y hay aquí, en el Norte, gentes plebeyas, demagógicas, incapaces de comprender la justicia; deseosas de arruinarnos y perdernos; que predicán á una, con verdadera insolencia, la abolicion de la esclavitud. Es necesario evitar á toda costa su ascension al poder, que sería comienzo de la guerra mayor de todos los siglos y del rompimiento definitivo entre las dos porciones de la Union. Los tenemos vencidos, no se levantarán, no; se encuentran bajo nuestras plantas; pero es á precio de una incesante vigilancia, que no se deje sorprender ni un minuto. Ejerciendo esa vigilancia estoy ahora, salvando nuestra sociedad de asechanzas malditas, reduciendo nuestros enemigos á sus libros, á sus periódicos, que jamas atravesarán las fronteras de nuestros feraces y prósperos Estados. Déjame, pues, cumplir con un deber que me han impuesto mis padres, y en cuyo ejercicio se halla vinculada tambien la fortuna de nuestros hijos.

» Veo los extraños sucesos que ahí òcurren, y me



---

admiro de ellos. He escrito al Gobernador del Estado para que preste mano fuerte á nuestro administrador, á fin de perseguirlos, ó precaverlos, ó castigarlos. Comprendo el estupor de los pobres negros y su creencia en el advenimiento de seres sobrenaturales. Tanto mejor. Conviene tenerlos en esa saludable ignorancia. No saben esos infelices cuánto perderian si, despertándose del sueño de la materia bruta, aspirasen á su libertad y recibiesen á cambio de ella nuestros dias de zozobra, nuestros sueños de inquietud, nuestros dolores sin motivo, nuestros deseos sin objeto, el desnivel entre los medios y los fines de la civilizacion presente, los males todos de esta edad funestísima. Conviene mantenerlos en el paraíso de su ignorancia. Pero nosotros, que hemos gustado la manzana de la filosofía, nosotros sabemos que ni los diablos tienen licencia para venir á la tierra, ni los muertos dejan entre nosotros más alma que sus dispersos átomos. Y de aquí deducimos que los muertos son ladrones de nuestro honor, ó ladrones de nuestro dinero. Necesitamos descubrirlos. El Gobernador guardará todas las grandes avenidas de la quinta con esmero; celará sus alrededores con cuidado, impidiendo por medio de su policía que ni vivos ni muertos se acerquen á nuestra casa. Y cuando haya hecho esto, si los muertos reaparecen, será señal de que están dentro de nuestra misma hacienda, y

entonces será preciso cogerlos y mandarlos de nuevo á la eternidad. No temas, pues, no temas; que yo desde aquí velo por tí, Carolina mia, en todo cuanto lo permite la distancia; por tí, felicidad de toda mi existencia, amor de mis amores.

» Una cosa hay en tu carta que verdaderamente me desasosiega, y faltaria por completo á mi deber y á tu cariño si no te la dijese: el excesivo interes que tomas por un esclavo, por Antonio. Es impropio de almas nobles como las nuestras, de caractéres patrios por la cuna y por la raza, consagrar epístolas enteras, que debian tener mejor empleo, á las necesidades y á los intereses de un esclavo. Tú ya sabes que mi manía es el estudio fisiológico de las especies y de las razas. Pues bien; una de las cualidades que más me gustan de esta raza sajona, á la cual ni yo, puro frances, ni tú, pura española, pertenecemos, es el profundo menosprecio por las razas inferiores. No temas, no, que ninguno de ellos se compadezca del indio. Solamente se relacionan con él por medio de la persecucion y del exterminio. Pues deja tú, mirando este ejemplo, los instintos democráticos, por no decir plebeyos, de nuestra raza, defecto verdaderamente horrible, y piensa en que á tu orgullo no cuadra, ni á tu cuna, ni á tu posicion social, ese cuidado por un mulato, por un descendiente de los negros.

» Yo estoy al cabo de los estudios modernos sobre

---

el origen de las especies. Yo no admito la identidad de la raza blanca con la raza negra, ni con la raza intermedia á que pertenecen los mulatos. Yo creo que somos los blancos, no una variedad de la especie humana, no una raza, sino un género aparte, en el cual no debe entrar el resto, que llamamos, por un abuso de lenguaje y por un hábito inveterado, género humano. Para mí hay tanta diferencia del blanco al negro como del negro al orangutan ó al mono, quizá más diferencia. Por eso les tengo un desprecio tan profundo, por eso les considero destinados perpétuamente á servir, á ser, ó salvajes en África, ó esclavos en nuestro clima; jamás nuestros iguales, ni siquiera nuestros semejantes. De las páginas del Evangelio se deduce, contra el sentir de los utopistas modernos, que siempre habrá pobres entre nosotros, y de las páginas de la *Biblia* se deduce que siempre habrá esclavos. Y esta pobreza, esta esclavitud, no se hallan fundadas en desigualdades sociales : se hallan fundadas en algo más alto, en irremediables desigualdades naturales. No creo en la unidad fundamental de nuestra especie. Es una idea mística completamente contrariada por la ciencia; es una ilusión caritativa completamente desconocida por los hechos; es el producto de cerebros perturbados por los vapores que se levantan de corazones enfermos. No creo, no, en la unidad fundamental de la especie humana.

» Tenemos analogías con ellos. ¿Pues no las hemos de tener? Como tenemos analogías con los monos. ¿Pues no las hemos de tener? Como que descendemos de mamíferos velludos, que se han ido perfeccionando por ese instinto moral á enlazarse, á unirse con seres superiores en el amor universal. Nosotros descendemos del cuadrumano, como el cuadrumano descende del marsupial, como el marsupial descende del anfibio, como el anfibio descende del pez, como los vertebrados descenden de seres acuáticos, en los cuales se encontraba como un gérmen el corazón y el cerebro, que en nosotros se encuentran completamente perfeccionados. Pero así como el reconocimiento de mi parentesco estrecho con mamíferos, con reptiles, con peces, no importa nada para que me coma mi hermano el buey, mi primo el cerdo, mi tatarabuela venerable la merluza, mi estrecha relación fisiológica con el negro no obsta para que yo me aproveche del negro y lo someta á servirme de instrumento, ni más ni ménos que me sirven carneros, pavos, bueyes, lechones, todos mis próximos parientes en la naturaleza, de nutritivo alimento. A esto nos hallamos condenados en el planeta, á la guerra de cada especie contra todas, por el vellocino de oro de la vida.

» El mulato es, entre el negro y el blanco, lo que es el mono entre los mamíferos y el hombre, lo que es el marsupial entre el reptil y el mamífero, lo que es



el anfibio entre el reptil y el pez, lo que es la ascidia entre los vertebrados y los invertebrados, el anillo de enlace de las especies, el término conjuntivo de las razas. Pero delante del negro, como delante del mulato, yo tengo el mismo orgullo aristocrático que delante del mamífero, del marsupial, del reptil, del invertebrado, que todos tienen algun estrecho parentesco por su organismo con mi organismo, y por su vida con mi vida. Yo, sin embargo, habia destinado nuestro mulato, por su fuerza, por su energía, por su virilidad, por su hermosura, á lo que se destinan los caballos en las yeguas, á mejorar la especie negra y á producir hermosos tipos, que fueran otros tantos seres progresivos. Pero el mulato se ha dado á la poesía, al arte, á la ciencia, á la botánica, á todo cuanto es enervante y contrario á la generacion.

» Y no puedes imaginar lo que ese muchacho me ha costado de penas, de trabajos, de desvelos, para trasportarlo desde su ingenio de la Habana hasta nuestra hacienda de Nueva-Orleans. Yo hice nuestra inmensa fortuna, esta fortuna colossal, cuya parte minima está en América, cuya parte mayor está en el banco de Lóndres, yo la hice en el peligrosísimo comercio de carne humana. Ya sabes lo que es el mundo : fomenta el comercio de carne de vaca, y prohíbe el comercio de carne de negro. Habia yo desembarcado una negrada en las costas de la isla, habia recibido



por ella un subido precio, y luégo habia ganado á un amigo todos los esclavos de su ingenio. Entre esos esclavos hallábase el mulato. No quise volverlo á vender en la Habana, porque era una alhaja; no quise trasportarlo en ningun buque regular, ni bajo ninguna bandera reconocida, porque hubiera recobrado su libertad y perdido su valor. En el buque de la trata embaulé á todos los negros, y me dí á la peligrosísima aventura de traerlos á la Luisiana como género de contrabando, á pesar de los cruceros de Inglaterra y de las aduanas del Norte. Y mis negros con su mulato entraron en la hacienda donde vivimos, y forman la parte esencial de nuestros útiles de trabajo.

» Ahora bien, yo te pregunto con verdadera insistencia : ¿crees que puedo desprenderme así, emancipándolo, sin ninguna compensacion, de semejante alhaja? Contéstame con la mano puesta sobre el corazon. Eso es un despilfarro, y de los despilfarros debe huirse como de la enfermedad, como de la muerte, pues por el agujero más pequeño que abras á tu fortuna se va toda entera con una celeridad increíble. Yo convengo contigo en que no podemos ni debemos retener á Antonio por más tiempo á nuestro lado. Es pura y simplemente imposible. Advierto en él, y todo cuanto me dices lo justifica, síntomas de extravío mental. La educacion cultísima que por su desgracia

ha recibido, y el estado infeliz en que se encuentra, tienen como desmontado y perdido su cerebro.

» Ya hace tiempo que lo noto, y lo hubiera despedido á no ser por lo mucho que entretiene y distrae á nuestro Ricardito. Pero ahí no puede continuar. Y fuera de ahí, en otra hacienda que nosotros no habitemos, es inútil, completamente inútil. Antonio, á pesar de su mérito, de su ilustracion, de sus conocimientos, no pasa de un buen esclavo doméstico, cual tú recuerdas perfectamente; un esclavo de origen griego en la ciudad de Roma. En otra hacienda, donde para nada servirían sus dotes de esclavo doméstico, romperíase contra la rudeza del trabajo manual, romperíase completamente su culta naturaleza. Por consiguiente, para salir nosotros de Antonio, y sacar á Antonio de nuestra casa, no queda más que un remedio: venderlo. Te he escrito hoy, más que una carta, un libro. Necesito hablar contigo, ya que no puedo verte. Necesito decirte cuáles son los sentimientos que atraviesan por mi pecho, y cuáles las ideas que atraviesan por mi cerebro. Necesito estar á tu lado con mi recuerdo, ya que no puedo estar materialmente á tu lado con mi presencia. Necesito en estas largas cartas consagrarte todo el tiempo que me dejan libres mis graves ocupaciones políticas. Así es que tengo la mesa llena de cartas, de papeles, de cuentas, de consultas, de facturas, de libros, de ar-

tículos, de folletos, y todo lo desprecio, todo lo olvidado, todo lo dejo aparte para consagrarme exclusivamente á pensar en tí, á hablar contigo, á escribirte estas cartas largas, débil muestra del inmenso, del infinito, del sobrenatural amor que me inspiras, y que, léjos de disminuirse, crece y crece con el tiempo.

» Por eso hoy no quiero escribir á nadie más. Sería profanar el recuerdo que me deja una larga conversacion con mi idolatrada Carolina. Y como no quiero escribir á nadie más, no le escribo al administrador de la finca. Dale las órdenes para que venda á Antonio. Dile que ponga un pomposo anuncio. Dile que lo mida á conciencia y ponga los piés y pulgadas que tiene de estatura. Dile que encarezca la belleza de escultura de sus formas, la inteligencia de sus ojos, la robustez de su cuerpo, la feliz edad y la perfecta salud. Dile que cuente sus bellas cualidades para acompañar á una señora, para entretener á un niño, para servir á una familia. Dile que no se olvide, no, de sus conocimientos en lenguas y en literatura, cosa que parecerá extraño, y que, sin embargo, es conveniente. Y para que veas tú hasta qué extremo valdrá nuestro siervo, dile al administrador que te entregue, en cuanto lo reciba, su importe, y cómprate en memoria mia, en memoria del amor que te profesa tu esposo, una buena alhaja. ¡ Cuánto me acuerdo de Ricardo! ¡ Qué deseos tengo de volverlo á ver! ¡ Hijo

---

mio, hijo mio! tu padre te idolatra, te idolatra como á tu hermosa madre! No quisiera separarme ni un momento de vosotros. Prolongo la carta para prolongar la vida con el pensamiento á vuestro lado. ¡Cuán inoportuno es todo aquello que me rodea! El nido de mi corazon está á la sombra querida de esos árboles.»  
Adios, adios; te bendice, te besa tu

Esposo.

---

---

---

## CAPÍTULO XXVI.

### AMOR Ó AMISTAD.

El efecto que esta carta produjera en el corazón de Carolina no es para dicho. En primer lugar, estaba sembrada, como las conversaciones de Jura, toda ella, desde el principio al fin, con esas ideas repugnantes á toda conciencia, contrarias á humanos afectos, adquiridas por una educación viciosísima, por un comercio infame, por una vida tormentosa. El corazón generosísimo de la joven se sublevaba contra este menosprecio de semejantes suyos, que creía ella hijos de Dios, hermanos por la naturaleza, llamados á ser inmortales en otro mundo mejor, como los demás cristianos, según la gracia divina y las propias obras. Toda su educación, todas sus costumbres, todas sus ideas, todos sus hábitos diferían esencialmente del carácter moral de su esposo, á quien había querido fraternalmente, más por una imposición del deber y por un consejo de la conciencia, que por un arranque



---

del alma y por un impulso del corazón. Cuando los afectos no unen, que es el gran lazo del matrimonio, unen la mutua estimación y la afinidad de ideas. ¿Qué iba á ser de aquellos dos esposos, si por revelaciones contenidas en esta carta, como la revelación de la trata, á la cual debiera Jura su fortuna, Carolina perdía hácia su esposo toda estima, y por las perversas ideas esclavistas, todo respeto? Absorta leía el triste papel, y lo releía, sin poder salir de su asombro y de su terror. Casi nunca Jura la hablaba de política. Mucho ménos la escribía de esta árida materia. Se necesitaba la narración de sucesos tan extraordinarios, la demanda de reposo, la angustia de Carolina, para que se decidiese á romper su reserva. Nunca la hubiera roto. Carolina veía que su esposo la superaba en edad; veía que debiera estar unida á él por respeto más que por cariño, como hija más que como mujer; pero el honor de que le consideraba revestido, las virtudes que le atribuía, el amor ardiente de que le era deudora, reteníanla en el cumplimiento de su deber, y ya que no correspondiera con amor, correspondía con fidelidad á la ternura de su esposo, y velando por sí, por su virtud propia, velaba también por la honra de Jura. ¿Por qué habia venido esta carta, esta triste carta, á hacer más difícil su deber, más penoso su matrimonio, más despreciable á sus ojos el padre de su hijo? Ya no le quedaban en el mundo más que

dos fortalezas contra las asechanzas del mal. Era la una su propia conciencia, que le recordaba el deber imperioso de mantener su alma limpia de todo mal pensamiento, y su cuerpo limpio tambien de toda sombra, de toda mancha. Era el otro, fuerte tambien, el porvenir, el nombre, la educacion, el honor, la suerte de aquel ángel, que aliviaba todas sus penas : de su hijo.

Pero sin que Carolina se hubiese dado cuenta de ello, crecia su afecto por Antonio, y se acercaba á tomar el carácter de una verdadera pasion, en la misma proporcion que decrecia y se amenguaba su cariño por el caballero Jura. La naturaleza no reconoce esas distinciones aristocráticas tan arraigadas por las costumbres ó por la educacion social en ciertos corazones. La naturaleza es imperiosa, avasalladora, absoluta. Una jóven hermosa, inteligente, apasionada, se encontraba sola bajo el mismo techo que un jóven hermoso, apasionado, inteligente. Aunque entre ellos se levantára un muro más alto, ¿qué altura no salva el amor? Aunque el abismo fuese más grande, más hondo, ¿sobre qué profundidad no se sostiene con sus potentes alas el amor? Además, Antonio se habia convencido de que la obra de atraerse á Carolina no era obra de arranques violentos ni de palabras audaces, sino obra de reflexion, de paciencia, de tiempo. Si los dos jóvenes se encontráran libres é iguales, ya

hubieran corrido á abrazarse y á perderse en las delicias del amor. Pero un esclavo tenía que ganar primero el corazon de una patricia, y despues de ganar el corazon, la conciencia, que le acusaba diciéndole perpétuamente cómo pertenecía en cuerpo y alma por su matrimonio, bendecido con el nacimiento de un hijo, á otro hombre. Así es que con un gran conocimiento de la naturaleza humana, trató Antonio de herir ménos la conciencia de Carolina, y cautivar más su corazon, diciéndoselo todo con los ojos y nada con los labios; redoblando cuidados y atenciones; ya con largas horas consagradas á la distraccion del niño, ya con lectura de versos, ya con ramilletes de flores, ya con serenatas, ya con noticias de libros amenos y regalos de aves raras, Antonio interesaba el corazon de Carolina, hasta el punto de que el trato continuo con el esclavo, su único amigo, su único solaz, su única distraccion, hubiera venido á ser una necesidad de su alma.

¡Y súbitamente la privan de su esclavo! ¡Y súbitamente la condenan á una separacion! ¡Y súbitamente la revelan, con la amenaza de esta separacion, toda la necesidad que su alma tenía del auxilio, del apoyo de aquel hombre! ¡Y súbitamente vienen todas estas revelaciones, que la enternecen, que la afligen, que la interesan por Antonio, á mezclarse con las revelaciones que le hacen odioso, y si no odioso, des-

preciable, su propio marido. La tragedia espantosa que se habia tejido en aquel corazon apenado llegaba á sus trances supremos, á sus situaciones más difíciles. ¿Cómo lucharía, ni cómo vencería contra este horrible torbellino de males? ¿Qué defensa tenía su frágil corazon? Deseaba Carolina morir. ¡La muerte! la muerte era para ella el único natural desenlace á esta horrorosa tragedia. Ni siquiera la incitaban á vivir los ojos, las miradas, las sonrisas, las gracias, los encantos de su hijo, que á medida que crecía en dias, crecía en bondades y en hermosura.

Pero lo que más la desesperaba de todo cuanto sucedía era la orden estúpida de vender á Antonio. No dudaba, no, Carolina, de la necesidad de alejarlo. Ella la conocía, ella la demandaba con verdadero imperio, ella exigía esta separación inmediata; pero venderlo como se vende una bestia, arrancarlo súbitamente de una casa donde no se arrancaba ni un árbol; exponerlo á la codicia pública, y cotizarlo como la más vil de las mercancías; promulgar por pregon y anuncio público sus prendas, sus cualidades, sus ventajas naturales, á guisa de caballo; conducirlo al mercado como se conduce á las bestias; y allí entregarlo, no al mejor, sino al más espléndido de todos los compradores, era para Carolina una serie de pecados contra Dios, de crímenes contra la sociedad, que no podía resignarse á ellos su voluntad, ni ménos su con-



ciencia. Por una reaccion natural, miéntras sólo experimentaba hácia Jura desvío, sólo experimentaba hácia Antonio compasion. Y todo efecto muy exaltado, todo efecto muy perseverante de una mujer hácia un hombre, concluye por resolverse en amor. Lo cierto es que entónces Carolina hubiera hecho los mayores sacrificios para impedir aquel atentado al hombre que tanto la amaba. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo salir de esta angustiosa situacion? Carolina conocia el carácter inflexible de Jura. Bastaba que una idea se hubiera posesionado de su cerebro para que no abandonára ni un momento esa idea. Y al mismo tiempo Antonio, naturaleza ardiente, apasionada, entusiasta, llena de tempestades como el trópico, debia exaltarse quizá hasta el crimen. Despues de estas reflexiones, otras reflexiones se agolparon á la mente de aquella desgraciada mujer. Quizá habia dudado de ella su marido. Quizá habia imaginado que era capaz de faltarle. Quizá expulsaba á Antonio de la hacienda, lo vendia en pública subasta por culpa de ella, por culpa del mismo interes tomado por el mulato. Puede decirse que aquel dolor era el primer gran dolor moral sentido por Carolina. Puede decirse que aquel momento era el momento más terrible y más trágico de su existencia. Las lágrimas cayeron á torrentes de sus ojos, y surcaron sus mejillas hasta dejar tintas rojizas sobre una palidez cadavérica. Quiso sobrepo-



nerse á la fuerza del dolor, y apenas pudo; pero llamó con fuerza al timbre, y apareció Antonio.

—¿Qué manda la señora?

—Antonio.....

La voz se anudó en la garganta de Carolina.

—¿La señora está mala?

—No, no tengo nada.

—¿Parece que haya llorado?

—No, no.

—Perdóneme la señora; pero lo jurára.

—Me he conmovido un poco.

—¿De qué?

—De una carta de Washington.

—¿El señor no viene?

—No.

—Ya lo habia dicho; pero puede venir.

—Imposible.

—¿Y por eso la señora se aflige?

—Aquí tan sola.....

Y un sollozo se escapó de su pecho. Antonio se conmovió tan profundamente, que estuvo á punto de echarse á llorar.

—Sola. Ya se ve. En vano me apuro por distraer á la señora. Los esclavos no acompañamos ni siquiera como acompaña un perro. Los esclavos, aunque seamos quinientos, como en esta hacienda, tenemos el triste privilegio de no ser personas.

El pobre Antonio no podia imaginar que la soledad llorada por Carolina era la soledad en que él iba á dejarla.

—Antonio, díjole su ama reprimiéndose, dile al administrador que venga, y vuelve con Ricardo al jardin.

A los pocos minutos se presentó el administrador, y se retiró Antonio.

—¿Ha tenido V. carta del señor? le preguntó Carolina.

—No he tenido, y me extraña.

—Ya me dice que no le escribiría á V. hoy.

—En efecto, no me ha escrito.

—Como á veces suele arrepentirse de sus propósitos.....

—Es verdad, y diciéndole á V. que no va á escribirme á mí, me escribe hasta dos y tres cartas.

—Hoy ha cumplido su propósito.

—Cuando yo vi que escribía á V. una carta tan abultada, dije para mí: «Pues hoy no tengo carta yo.»

—¿Le ha dicho á V. algo de la venta de esclavos?

—No me ha dicho nada.

—Creí.....

—La venta de esclavos sería hoy una locura. Desde que la trata se reprime con tanto furor, los esclavos han subido verdaderamente de precio; y no conviene vender cuando, si tenemos las haciendas bien

dotadas, tambien tenemos los estrictamente necesarios, los estrictamente indispensables para las haciendas y para nuestra cosecha de algodón.

—Mr. Jura ha sido siempre muy opuesto á la venta de esclavos.

—Siempre. Como que ningun propietario los tiene mejores, ni de campo, ni de hogar.

—Antonio, por ejemplo, dijo Carolina.

—Antonio no tiene precio.

—Es el mejor esclavo de la contornada.

—No se encuentra otro.

—Ni tan inteligente ni tan fiel.

—Si viera V. cuántas veces le han prometido á Mr. Jura por él montes y morenas.

—¿Y no ha querido venderlo?

—No, señora.

—Como que es su brazo derecho.

—Nadie sabe tanta botánica como él. Nadie es mejor naturalista.

—Nadie cuidaria como él de los jardines.

—Nadie.

—Ni del vino.

—Es verdad.

—Ni tendria más celo y cuidado por la casa.

—Mas ¿por ventura ha pensado el señor en vender á Antonio?

—Carolina se estremeció.

—Eso iba á preguntar á V., si habia recibido alguna carta en este sentido.

. . . . .  
. . . . .

—No he recibido nada.

—Basta.

—Ni creo que Mr. Jura piense en tamaña insensatez.

—¿Y cree V. que sería fácil moverle á la emancipacion de algunos siervos?

—Muy difícil.

—¿Por qué?

—Por la misma razon que no vende.

—¿Por el mero lucro?

—Por eso.

—Maldito interés.

—Las señoras creen que todas las fuentes de riqueza que no manan del puro sentimiento son venenosas.

—Á lo ménos debian cegarse.

—No debe pensar V. en la emancipacion de los siervos.

—Yo no digo, ni se me pasa por la mente, que emancipe á todos.

—Pues ni siquiera algunos, señora.

—¿Hasta tal extremo se lleva el rigor?

—No ; la necesidad.

—¿Y en qué puede perturbar á una fortuna tan considerable la renta de algunos humildes siervos?

—Las grandes fortunas se conservan por los mismos medios con que se han adquirido.

—¿Por mezquindades?

—No; por economía, por arreglos, por prevision.

—Pues un favor tengo que pedir á usted.

—¿Un favor?

—Sí, un favor.

—La señora no pide; la señora manda.

—Nosotras no mandamos nunca. Casi, casi como la mujer romana, estamos condenadas á perpétua tutela.

—Permítame V. decirle que las señoras son mejores para administrar nuestros corazones que para dirigir nuestras haciendas.

—Tiene V. razon. Yo de mí sé decir que pronto arruinaria estas haciendas.

—¿Por qué?

—Porque pronto, muy pronto emanciparia todos sus siervos.

—Error grande para los intereses de V., y grande para los intereses de ellos.

—Para los míos, convengo; para los suyos, niego.

—Sí, porque los esclavos emancipados en masa son inhábiles para el trabajo, inclinados á la vagancia, capaces de todos los crímenes, incapaces de autoridad y de disciplina social.



—Siempre oigo las mismas razones en contra de la abolición de la servidumbre, y siempre las veo desmentidas por la misma experiencia.

—Estas regiones arderían, y más valiera ver pasar sobre ellas el fuego del cielo que el decreto de abolición.

—¿Y creéis que no vendrá?

—Jamás.

—Pues yo, poseedora de tantos esclavos, creo lo contrario.

—No lo diga V. á nadie en Nueva-Orleans.

—A nadie veo.

—Si lo oyeran, se perdería V. y perdería á su esposo.

—Yo soy de naciones donde la esclavitud ha sido completamente abolida.

—Pues aquí la esclavitud es más que una creencia social; es una religión.

—¿Una religión? Comprendo que lo sea todo ménos una religión, á no ser por una de esas extravagancias; semejantes á las referidas de Rusia, donde diz que hay sectas adoradoras del diablo.

—Usted comprende que el hombre pide al cielo una sanción divina para sus ideas.

—La pedirá para sus ideas, y la encontrará si son justas. No la encontrará jamás para sus intereses, sobre todo cuando sus intereses son contrarios á la moral, á la religión, al derecho.

—Pero mantener aquí la esclavitud es mantener la familia, mantener la propiedad, mantener el Estado. Por consecuencia, mantener aquí la esclavitud es mantener la religion.

—¡Nombre sacratísimo, profanado por las pasiones humanas para sus fines bastardos!

—La *Biblia* admite la esclavitud, la reglamenta, la santifica.

—Yo creo que en la parte puramente humana de sus libros, en aquella que se refiere al orden de una sociedad sujeta á ciertas limitaciones históricas.

—Toda ella es de revelacion divina.

—Pero el espíritu de la *Biblia* no es el espíritu del Evangelio. El Dios del Sinaí ha sido aplacado por el Dios del Calvario.

—Que vino á confirmar la ley.

—Que vino á destruirla en todo cuanto no estuviera conforme con su ardiente espíritu de caridad. Por eso su Dios no nació entre los conquistadores, sino entre los conquistados; no vivió entre los opresores, sino entre los oprimidos; no predicó á los patricios de Roma, sino á las tribus del desierto; no fué hijo de Césares, sino hijo de jornalero; no empleó la espada, que anudaba cadenas, sino la palabra, que las rompía; no confirmó las castas artificiales de la sociedad, sino la igualdad inmortal de la naturaleza; no murió en el trono, sino en la cruz, en el patíbulo

donde por espacio de tantos siglos habia corrido la sangre de innumerables siervos. La religion cristiana es una religion de verdadera igualdad. Desde el momento mismo en que la Vírgen Madre siente al Hijo del hombre en sus entrañas, prorumpe en cántico, que anuncia su venida para derribar á los soberbios y exaltar á los humildes. Y en nombre de esta religion de paz, en nombre de esta religion de humanidad, en nombre de esta religion de justicia, no se puede oprimir al esclavo sino desconociendo y falseando su inmortal espíritu.

—Pero yo tengo contra toda esa espléndida elocuencia de V. un argumento.

—¿Qué argumento? Veamos.

—Va V. á horrorizarse.

—Ningun sofisma me horroriza ni me extraña allí donde vive el sofisma de la esclavitud.

—Cristo era blanco, y en toda su doctrina se refirió á los blancos.

—Pues tambien era asiático, ¿y por qué ha llegado su idea hasta el Asia? Pues tambien era judío, y ha salido su redencion de Judea. Pues tambien fué inmolado por Roma, y puso en Roma el centro de su Iglesia.

—Yo no puedo disputar con V., señora.

—¿Por qué no?

—Porque V. me vence.

—No; quien vence es el sentido moral á la educacion.

—Es la elocuencia, robustecida por la lectura, al pobre cajero entregado por completo á su libro de cuentas.

—De todos modos, esto empezó por pedirnos un favor.

—Es verdad, y nos hemos alejado de nuestro objeto. Mande V. y obedeceré.

—Deseo que si recibe V. órden de vender algun esclavo, no lo venda sin contar ántes conmigo.

—Será V., no diré complacida, diré obedecida.

---

---

---

## CAPÍTULO XXVII.

### OTRA CARTA.

En su alojamiento de Washington leía el senador de la Luisiana con verdadera ansiedad la siguiente carta :

« Amado Jura : Te escribo profundamente conmovida. Nunca creí, nunca, que á un ruego mio vehementemente contestáras con una negativa tuya descarnada y fria. Mi corazon es afectuoso, y mis afectos son claros, límpidos, porque nada tienen que ocultar, ni por nada pueden avergonzarse. Yo pertenezco á razas que tratan á sus criados como á individuos de la propia familia, y que, sin consentirles jamas la familiaridad, y ménos el desacato, les consienten la confianza y el cariño. Yo envidio mucho á esta raza anglosajona por su sentimiento de libertad, por su respeto á las leyes, por su energía; pero la arguye mi conciencia de raza orgullosa y aristocrática. En el seno de nuestra raza latina, lo mismo la de Europa que la



de América, late ese principio de igualdad, quizá menos liberal, pero más humano que todos los principios sajones. Y un criado es para nosotros, es entre nosotros un individuo de la familia, que comparte nuestras penas con nuestras alegrías, y que toma como suyos propios nuestros intereses.

»En la categoría de estos criados se ha puesto Antonio por su solicitud en cuidar á tu mujer y á tu hijo. No soy, no seré insensible á estas muestras de afecto. Se las agradecemos al perro que viene meneando la cola á lamer nuestras plantas, se las agradecemos al pájaro que pia en la jaula y bate sus alas al acercarnos, ¿y no habíamos de agradecerélas al hombre?»

Al llegar aquí, el respetable senador interrumpe su lectura y exclama:

—Imposible fijarles en la cabeza á estas criollas una teoría racional; imposible. ¿Pues no se empeñan fuertemente en que el negro y el mulato han de ser como los demás seres humanos? ¿De dónde, de dónde se habrán sacado tan extraña teoría? Así degeneran las razas. Así de estos sentimientos de compasión se cae en sentimientos de amor, y de estos sentimientos de amor provienen luego razas malditas, mezcladas.....

Al decir esto, un sudor frío cubrió la frente de Jura. Pasóse la mano con precipitación, como si quisiera alejar un pensamiento asesino, y dijo:

—¡Vaya! soy verdaderamente caviloso. ¿Pues no ando tras ideas peligrosísimas? ¿Sería posible? ¿Mi mujer, la madre de mi hijo? ¡Ella, que tiene en sus venas la pura sangre española, perteneciente por los cuatro costados á la raza de los héroes, de los conquistadores, habria de faltarme hasta enamorarse de un mulato y mezclar su sangre con esa impura sangre! Estas son cavilidades mías, en que yo, yo me ofendo á mí mismo, ofendiéndola á ella, que es inmaculada en alma y en cuerpo, amante conmigo hasta convertir su amor en verdadero culto. No, no lo creo. Ahuyentemos estos fatales pensamientos. Pero esa idea de la igualdad humana es una idea perturbadora. Con ella sólo se consigue fomentar en los que están abajo deseos inquietos, perturbadores de toda sociedad y de todo gobierno.

Pero prosigamos en la lectura de la carta.

«Puedo decirte, debo decirte que ignoro lo que hubiera pasado por nosotros sin la presencia de Antonio en esta quinta. Tu empeño de sumirme siempre en la soledad es un empeño funesto, funestísimo. La vida necesita alguna expansion; el alma, algun recreo: la amistad, el arte, las conversaciones. Aquí no tengo otra persona con quien departir un momento más que Antonio.»

—Persona, dijo Jura; y le llama persona, y lo escribe, y me lo escribe á mí. Esta Carolina se ha

vuelto loca. Un mulato, un hijo de negros, un esclavo, no es persona : es como los instrumentos de labranza, es cosa. Esta diferencia de educacion, estas contradicciones en las ideas, pueden traer mañana otras contradicciones en los sentimientos, en los afectos, en la vida. Esto de que mis principios no la hayan educado, de que mis intereses no la hayan atraído, de que mis ideas no la hayan cautivado, esto es horrible, horrible, horrible. De aquí puede provenir mañana algo más que una separacion de las almas. El marido y la mujer deben pensar lo mismo; que tras el divorcio de las almas puede venir el divorcio de los cuerpos.

«Tú sabes cuán esmerada es la educacion de nuestro esclavo. Tú sabes que la marca de la servidumbre no llega, no, á su alma. Tú sabes que reúne, á los vehementes sentimientos naturales en su raza, elevacion de ideas. Tú sabes que posee várias ciencias, y que en su conversacion pintoresca é inspirada es un verdadero artista.»

—¡Hola, hola! ¿Conque todas estas cualidades descubres tú en el mulato? Hay en la mano una seguridad tan grande, en la letra un dibujo tan firme, en el trazado de los renglones unas líneas tan rectas, que no revelan ningun remordimiento. Pero esta misma serenidad me asusta. Carolina corre peligro, mucho peligro, y no lo sabe. Carolina está al borde

oscuro de un abismo, y no lo ve. Yo debo irme, yo necesito irme. ¡Oh maldita política, cómo me atas aquí! ¡Oh esclavitud, cómo me tienes aquí esclavo!

Al fijar su atención el caballero Jura en otra frase de la carta, se quedó lívido como la muerte; sus ojos se desencajaron como si lo hubieran estrangulado; un temblor violento se apoderó de todo su cuerpo, y necesitó triunfar de sí mismo para no caerse al pié de la silla donde leía la carta. La frase era la siguiente:

« Antonio es verdaderamente un sér superior. Cualquiera de las más altas patricias podía darse por honrada con poseer la mano y el corazón de ese hombre.»

—¿No lo digo? Todas las repugnancias están vencidas por esa infame perversión de la naturaleza. Honor, honor mio, ¿qué va á ser de tí? Cuando esta mujer empieza por creer á Antonio digno de un corazón como el suyo, ¿no concluirá por entregarle su propio corazón? Cuando no conoce el abismo que entre los dos ha puesto la naturaleza, ¿conocerá el abismo que ha puesto la sociedad? Cuando nada le dice su sangre, ¿le dirá algo su conciencia? ¡Oh! No es posible. Yo no puedo permanecer aquí.

Después de estas reflexiones de marido celoso, comenzaron á asaltarle sus reflexiones, no ménos graves, de naturalista, y de naturalista á la moderna. La ley del amor se le presentó al pensamiento con

toda su fuerza, arrastrando á los sexos, como la ley de gravedad universal arrastra los mundos, y la ley de afinidades químicas combina las sustancias. Por exaltado que estuviera su corazón, por desconcertado su cerebro, por heridos sus sentimientos, no dejaba nunca de pensar en lo que era la ocupación de toda su vida, en los estudios de la naturaleza.

—¿Si habrá tenido esa Carolina algún abuelo negro? Pero si no hay un rasgo en su fisonomía ni una señal en su organismo de semejante abolengo. Y una gota de sangre negra que haya en las venas esparce su sombra por todo el cuerpo. La prosapia de las especies se conoce en seguida. La plumilla verde que tienen las aves en su nido, pluma es de sus abuelos extintos, como el plumaje hermosísimo que toman en el estío es su rozagante y brillantísima vestidura nupcial. ¿Habrá la savia de la primavera difundirse por las venas de Carolina, como por la corteza de los árboles, como por la garganta de las aves, y engendrado en ella alguna pasión? Y proseguía su lectura.

«Antonio cuida de tus plantas y de tus animalejos como un botánico y como un naturalista. En cuanto amanece ya está en el jardín, y en cuanto entra en el jardín ya se conoce la dirección de su clara inteligencia, el contacto de sus manos habilísimas. De seguida teje alguna guirnalda, compone algún ramillete, que está sobre la mesa de mimbres del cenador de



jazmines en que yo me desayuno. Así que las niñeras han aderezado á Ricardo, él lo toma por su cuenta; lo conduce por las sombras, le caza pájaros en sus innumerables trampas, que luégo le hace soltar, para que aprenda prácticamente el amor al bien y el amor á la libertad; le guia tras las flores más bellas y tras las mariposas más pintadas; le enseña las costumbres de los insectos, revelándole á un tiempo las maravillas de la naturaleza y los secretos de Dios. En las horas de calor viene á la terraza, cuando yo se lo ordeno, abre un libro, y lee, traduciéndolos á mi lengua española de corrido y en voz alta, mis escritores favoritos, así franceses como ingleses. Por las noches convertimos nuestras largas veladas en conciertos, entonando las mejores arias italianas, las más bellas canciones andaluzas como un tenor consumado. Luégo, en las horas en que hay, ó terrores, ó supersticiones, ó peligros, ronda en torno de nuestras habitaciones y vela nuestro sueño. ¿Dónde encontrarás otro servidor como este servidor, otro esclavo como este esclavo, tan humilde y al mismo tiempo tan digno, cuidadoso de cuanto amas en el mundo, solícito en velar por tu familia, por tu honor y por tu hacienda?»

En cuanto leyó esto, suspendió su lectura y dijo:

— Me parece que estoy leyendo una página de Historia Natural. Ese maldito mulato, tan conocedor de

las especies zoológicas, ha imitado sus seducciones, y ha aprendido en su vida la fascinación del amor. No de otra suerte en el mundo de las aves, por la primavera, el amante solicita á su amada. Vístese del plumaje más deslumbrador, colora su cresta y enciende sus ojos, ejercita sus órganos vocales, ejecuta seductoras sonatas, danza sobre la rama henchida de savia ó adornada de flores, juguetea con sus alas en el aire y forma esplendentes círculos, finge ser su sosten, su escudo, hasta que arrebatada á la hembra y la convierte en su cautiva. Por este camino pronto será mi señora esclava de mi esclavo. No diré que haya caído en sus brazos, no; pero sí diré que corre peligro de tropezar y de caer. Honor mio, honor mio, debo salvarte. Y seguía leyendo la carta.

« Y en pago de tantos servicios me propones que lo vendamos. ¡Dios mio! que lo vendamos. Yo había olvidado que se compran y se venden los esclavos. Tengo tan grande horror al mal, que hago lo posible por olvidarme de su existencia. Así no me parece el mundo un lugar tan abominable, y no me entran ganas de dejarlo y de irme pronto por la puerta del sepulcro á otro mundo mejor. »

— ¡Qué frases! decía Jura. Estas acusan la exaltación del cerebro, el incendio en la sangre, fuertes latidos del corazón, estado patológico afectivo, amor sensual, amor sensual. Estoy perdido, completamen-

te perdido. Honor, honor mio, es necesario, es indispensable salvarte.

Y continuó leyendo.

« Como yo veía nuestra casa verdaderamente patriarcal, las faenas continuas, la alegría de los negros, la bondad de todos cuantos me rodeaban, yo olvidaba que los negros se compran y se venden, que la codicia los arranca á su patria y á su raza, que los conduce al mercado como en mi tierra se conduce á los bueyes ó los cerdos; que los tasa, que los separa de sus hijos y de sus padres, que los pregona y los anuncia como pudiera pregonar ó anunciar un caballo; que de unas manos pasaban á otras manos, tal vez habituadas al látigo; que se da por ellos dinero, y desde aquel momento se convierten, hermanos nuestros, imágen de Dios como nosotros, con alma y conciencia, en vil instrumento, en algo inferior á las bestias. Yo te aseguro habia olvidado todas estas infamias.»

— ¡ Oh ! ¡ Qué atrevimiento ! ¡ En plena Luisiana escribir esto á un senador que trabaja aquí con todas sus fuerzas por el mantenimiento de la esclavitud, de esa institucion necesaria para mantener tambien y vivificar nuestra sociedad ! Si una autoridad de nuestro Estado cogiese esta carta, ahorca á mi mujer de una soga de algodón regado por el sudor negro, sin que le valiera para nada mi inviolabilidad parlamen-

taria. Y si al fin estas ideas perversas provinieran de la conciencia, santo y bueno. Pero provienen de que ese maldito mulato le ha inspirado un amor desdichadísimo, amor que late secretamente en su pecho, sin que ella misma tenga ni noticia ni conciencia. Honor mio, honor mio, es necesario que tomes una resolución suprema; estás perdido, absolutamente perdido.

«No, no he dado oídos á tu carta. Creo que volverás en tí pronto, y te arrepentirás de tamaña crueldad. Emancipémoslo, casémoslo.»

—Al leer esta segunda palabra respiro un poco, exclamó Jura. Si le amára, no se atrevería á escribir así. El corazón enamorado prefiere ver la persona que ama en manos de un sepulturero que en brazos de un rival. Pero me parece que en esta palabra «casémoslo» no hay la misma seguridad que en las otras palabras. Me parece que ha temblado el pulso y se ha resistido la pluma. Me parece que si esto no es un borron, es una lágrima. Me parece que la tinta está más descolorida. Me parece que este renglon se ha escrito entre lágrimas. ¡Oh furia, oh furia!—Y sin continuar leyendo, rasgó en pedazos aquella carta que tanto le habia hecho padecer, cogió febrilmente la pluma y escribió la siguiente carta:

«Apreciado administrador: En cuanto reciba usted esta carta, en el momento mismo de recibirla, cogerá

---

usted á Antonio, lo llevará al mercado, y lo venderá por cualquier precio. Esta orden no admite ni demora ni excusa. Al dia siguiente de recibirla me pondréis este telégrama : « Está V. servido. » Suyo afectísimo,

JURA. »

Luégo que hubo escrito esta carta, rasgando materialmente la tenue hoja de papel, quiso recoger los fragmentos de la carta de Carolina, y no pudo sacar nada de ellos en limpio. Una vez leia ternura, otras amor, otras felicidad, otras juramento. Pero no sacaba nada en limpio de los fragmentos que en raptó de celos furioso habia desgarrado. Y en tal angustia quiso coger la pluma para contestar á Carolina, y no pudo. Del fondo de su pecho salió un amarguísimo sollozo, y se cubrió con ambas manos el rostro.

---



---

---

## CAPÍTULO XXVIII.

### CONVERSACIONES LITERARIAS.

El jardín que rodeaba la quinta de Jura era uno de los más hermosos y de los más sanos de toda la Luisiana. Aunque no distaba mucho de las orillas del río Missisipi, alzabase en esbelta colina, para evitar el doble peligro de aquellos territorios: la inundación y las emanaciones mefíticas. Grupos de toda suerte de árboles, plantas de todos los climas, lo embellecían con la vária forma de sus ramas, de sus hojas, y lo saneaban con sus emanaciones de oxígeno y con sus esencias y aromas. Allí se cimbreaba la palmera, erguida y resonante; allí elevaba á los cielos su cúspide la deliciosa auracaria; allí abría, entre las hojas de color metálico, sus cogollos blancos y olientes la magnolia; allí el plátano tendía su majestuosa sombra y mostraba sus áureos frutos parecidos á gigantesca espigas; allí se combinaban con las plantas de las Indias Orientales nuestro melancólico cipres y

nuestro mirto , de suerte que en algunos momentos hubierais creído hallaros en las orillas del Amazonas, entregados á la exuberante naturaleza; y á los pocos pasos, en los bosques de Colonna, donde cantaban los ruiseñores de la Ática su inmortal elegía por las desgracias de Edipo. Dicen cuantos las han visto que es imposible describir el efecto de estas plantas destacándose en el azul oscuro de los cielos y jugueteando con los reflejos y cambiante de la excesiva luz. Además , habian sido dispuestas de suerte que la ley primera de la hermosura, la ley de la variedad, se cumpliera en todas sus partes por los espacios de aquel jardín dilatadísimo. Al lado de un torrente, con más ó ménos artificio , habíase extendido un lago tranquilo; al lado de colinas donde los árboles se erguian, valles hondísimos donde los prados se dilataban; al lado de una porcion de edificios á la italiana, la soledad de un bosque de América; al lado de inmortales estatuas, los juguetones surtidores, presentándose siempre de esta manera bruscos, pero tambien artísticos contrastes. Allí podiais entregaros, visitando la variedad riquísima de animales y la ciencia maravillosa del cultivo, á todos los goces de la agricultura; y perdiéndoos en los bosques sombríos y espesos, á la religiosa contemplacion de la naturaleza.

Por aquellas alamedas , á la grata sombra del plátano, respirando el aire primaveral, cargado con las

brisas del mar y las emanaciones del río, departían frecuentemente Antonio y Carolina, de artes, de ciencias, de literatura; conversaciones sabrosísimas, principal y grata distracción de su existencia. En una de estas mañanas el aire era tan puro, el cielo tan azul, la luz tan clara, el ambiente tan delicioso, la brisa tan grata, que, á pesar de haber entrado el día, Carolina se encontraba sentada en un banco de mármol, con un libro en la mano, cuando se presenta el mulato, que traía de la mano á Ricardo. La madre se baja á besar á su hijo y acariciarlo; el libro se le cae, Antonio lo recoge, y ve que era el *Don Carlos* de Schiller.

— Magnífico drama, dice.

— Pero, aunque tomado de la historia, poco fiel á la verdad histórica. La edad provecta y el genio sombrío que le da á Felipe II no son del tiempo en que se enlazó con Isabel de Valois. Entónces Felipe II era jóven, apuesto, hermoso; y su hijo, que el poeta describe como un héroe y un sabio, deforme, contrahecho, asaltado por toda suerte de malas pasiones, inquieto y tornadizo, medio loco por carácter y por nacimiento, como una gran parte de su familia; imposibilitado por sus enfermedades para cautivar un corazón como el corazón de una reina, su madrastra; enfermedades agravadas con la caída en las escaleras de su colegio de Alcalá, que acabaron por ablandar

aquella perdida mollera, aquella espina dorsal, y por agriar aquel perverso carácter.

—Esta es la verdad histórica, replicó Antonio; y sin embargo, la vence la verdad poética. Del D. Carlos histórico separará la vista el mundo como la separa de un cadáver corroído por los gusanos, exhalando el hedor de la putrefacción; y la fijará eternamente en el D. Carlos que han encerrado Schiller y Quintana en el mármol de su arte. Don Carlos de Austria é Isabel de Valois marchan juntos por el mundo apoyados uno en otro, confundidas sus almas y sus alientos, como Francesca de Rimini y su amador, esculpidos en el bronce de los tercetos del Dante. Para el mundo el rey Felipe ha libado en los labios de Isabel la felicidad que el cielo reservára á su hijo. Sus archivos podrán decir toda la verdad histórica; pero los archivos no vivirán más que el buril con que inmortales escultores han grabado la imágen de D. Carlos en la conciencia humana. El hijo, que Felipe mató, vive lleno de luz en el arte, en un templo más duradero que las piedras del Escorial. El amor que Felipe ha gustado será en todos los siglos un amor ilegítimo. Isabel es una flor que su mano huesosa arrancó del tallo donde la habia erguido alegre primavera; es una estrella que su aliento letal borró del cielo.

Don Carlos tiene un proceso que nadie lee. Pero

muchedumbres ébrias de entusiasmo le ven pasar ante sus ojos como un cumplido caballero, como un amante tierno, como una esperanza malograda de la libertad y de la patria, como el defensor generoso de mil víctimas, como el Isaac sacrificado, no á la voluntad de Dios, sino á las implacables furias del infierno. Bien podrán aglomerar manuscrito sobre manuscrito, prueba sobre prueba; que no lograrán matar al D. Carlos vivificado por la poesía. No sé qué crítica histórica ha borrado á Numa de las llanuras de Roma, y todas las generaciones siguen buscando la caverna donde resonaba la voz de su Egeria. No sé qué autor ha pretendido ver sólo una leyenda en la vida de Guillermo Tell, semejante á otra leyenda que los dinamarqueses salvajes del siglo x contaban á sus hijos en las grutas de hielo. Y todavía, cuando bogais por el lago de los Cuatro Cantones, la figura que precede vuestra barca, la sombra que se dibuja entre las selvas, la voz que se levanta de los abismos, la vibración que suena en las peñas, es la figura, la sombra, la voz, el eco de aquel cazador inmortal, que vivirá tanto como las montañas y la libertad de Suiza. Sea cualquiera la realidad histórica, en las leyendas y en la música D. Carlos vive, y nadie podrá secar las lágrimas que el mundo vierte en holocausto de sus desgracias. ¿ Y por qué vive? Por su muerte.— Ved ahí la justicia de Dios centelleando en la historia. La ti-



ranía es impotente. Cuando cree castigar, inmortaliza; cuando cree matar, vivifica.

— Todo cuanto dices, Antonio, es verdad y está muy bien dicho.

— Gracias. ¡ Como que la leyenda ha eclipsado á la historia!

— Pero yo creo que no se debian escribir ni dramas ni novelas históricas falseando la historia.

— Una es la verdad literaria; otra es la verdad real.

— Cierto.

— Por lo mismo el poeta puede tomarse algunas libertades.....

— Mas ¿ qué necesidad tiene de ir al mundo real de la historia, cuando le queda por suyo el cielo entero de la idealidad artística?

— Creen, y creen con razon, que los personajes históricos interesan más que los personajes fantásticos.

— Yo aplaudo esto y lo comprendo; la tragedia antigua está tomada del poema épico ó de la historia. Pero la tragedia antigua no falsea los caracteres, no disfraza los personajes, no contradice la historia.

— Es verdad.

— Yo creo que hay asuntos históricos superiores en animacion é interes á lōs asuntos de pura fantasía.

— Es verdad.

— La historia italiana se halla sembrada de este género de sucesos.

— Y la historia española también : los amores de D. Alonso XI, las terribles tragedias de su hijo don Pedro el Cruel, los últimos días de los reyes de Granada, las escenas de los Trastamaras y sus descendientes ; todo eso, siendo esencialmente histórico, es también esencialmente poético.

— Yo recuerdo entre los episodios que recogí en mi viaje por Italia, yo recuerdo el episodio de Blanca Capello, cuya hermosura es proverbial desde hace tres siglos. He visto su retrato en Florencia, y al verlo, he comprendido el daño hecho por tan hermosos ojos.

Blanca era hija de un noble veneciano, que la celebraba como el noble Consejo de los Diez á la aristocracia. Jamas en la sombría calle donde estaba su palacio se vió aparecer la faz de aquella hermosa enterrada viva. Jamas las serenatas consagradas en su obsequio desde las negras góndolas alcanzaron que una ventana se abriera ni que se dibujára una sombra por las galerías de mármol. Un oscuro jóven florentino fué á Venecia y logró robar á Blanca. Venecia se conmovió y estuvo á punto de declarar la guerra á la ciudad que guardaba aquel tesoro. Toda la aristocracia veneciana se creyó herida en la honra de los Capellos.

Innumerables asesinos fueron enviados por doquier,

como verdugos ambulantes, para castigar en los dos jóvenes su pasión con la muerte. Francisco de Médicis, duque de Toscana, quiso conocer á la rara perseguida beldad. Un día, paseándose por la calle Larga de Florencia, donde sabía que moraba Blanca, la vió y se enamoró de ella. En el siglo XVI la moral no andaba muy robusta por Italia. Los historiadores del tiempo dicen, con un candor casi infantil, que Francisco de Médicis, Blanca y su marido formaban (lo diré en italiano) un *triangolo equilatero*. El marido de Blanca era muy pendenciero, y una noche fué asesinado. La Gran Duquesa odiaba á su rival. Cierta día que la encontró en el puente de la Trinidad, quiso arrojarla al Arno. Naturalmente, no lo hizo por temor al escándalo; pero habiendo sido reprendida por su esposo, al volver al palacio Pitti murió de dolor. Francisco de Médicis y Blanca, viudos ya, se casaron á los tres meses. Faltábales un heredero para completar su ventura. No lo obtuvo Blanca de la naturaleza, y lo buscó en la intriga. El hermano de Francisco, heredero eventual del trono á falta de heredero directo, celaba á la Duquesa. El día del parto se constituyó en su habitación con un breviario en la mano. Rogóle Blanca, por medio de un gentil-hombre, que se marchára. «Haga su oficio la Duquesa; que yo hago el mio.» En esto Blanca empezó á dar gritos y muestras de dolores terribles. El médico vino. El prín-

cipe heredero salió á su encuentro y le abrazó fuertemente. Al abrazo, el niño que traía el médico bajo el ropon comenzó á llorar. «Hé aquí, exclamó el príncipe, hé aquí el hijo que traían á mi hermano.» Blanca no perdonó nunca aquella afrenta. Un día que su cuñado debía ir á comer con ella, le aderezó su plato favorito con veneno. El Príncipe no quiso comer de aquel plato. «Pues si tú no quieres, yo me lo comeré», dijo el Gran Duque, y se sirvió la mitad del plato. Blanca comprendió que todo acababa para ella en el mundo, y se sirvió la otra mitad. Los dos murieron el diez y nueve de Octubre de mil quinientos ochenta y siete.

—Pues un suceso, en algunos puntos parecido, cuentan las sesiones de los tribunales de Lóndres, dijo Antonio. Un comerciante de Manchester vió con dolor que su sobrina única se casára con un pintor, y la desheredó. La jóven pidió perdon, y el tio lo negó. Perdon al ménos para un inocente que llevaba en sus entrañas, y el tio se enterneció. A los tres meses moría el comerciante, dejando todas sus riquezas al futuro hijo de sus sobrinos. Fuéronse éstos de viaje. Los ingleses celebran las bodas y lloran las muertes viajando. Dieron un paseo por el lago de Ginebra y naufragó el vapor en que iban. Diez personas se ahogaron, y entre ellas, la mujer del pintor. Éste perdió de un golpe mujer y fortuna. Una diabólica idea le

vino en miéntes. Fuése á ver á una gitana y le rogó que fingiera ser su mujer. En seguida la instruyó para que fingiese un parto. Compraron por doscientas libras esterlinas á un gitano un hijo que debia parir por aquellos dias su mujer. La trama se urdió tan admirablemente, que el médico se engañó. El niño fué declarado hijo de Eduardo y María, sobrinos del comerciante de Manchester. La herencia llegó á sus manos. Pero á los pocos dias el gitano pidió á los tribunales su hijo, diciendo que el supuesto matrimonio no lo necesitaba, puesto que habia obtenido su objeto. Y gitana y pintor gimen hoy en la cárcel.

—Hé ahí, dijo Carolina, cómo el mundo real, el mundo de los tribunales, ofrece los mismos ejemplos, sirve de teatro á las mismas tragedias que el mundo de la historia. Por eso no hay necesidad de profanar los cadáveres reales para encontrar eternas tragedias vivientes. Ofrécelas á todas horas y en todas partes la imaginacion. El dolor es el eterno protagonista del arte y de la historia. Las lágrimas tienen dentro de sí, esas lágrimas, que toman al caer la forma esférica, como los mundos en el espacio, tienen dentro de sí una esencia inmortal de poesía. Con tal que una obra de arte sea bella, me da lo mismo que sea real ó que sea fingida su idea.

—Ciertamente, ciertamente. Diferencia grande hay de las tristes historias reales que hemos contado, á



la hermosa balada de aquel gran poeta del Norte, que decia: «La madre está á la ventana, y en el duro lecho el hijo.—¿No quieres levantarte, le decia, para ver la procesion?—Estoy enfermo, madre mia, muy enfermo. Pienso en mi novia, que se ha muerto, y este pensamiento me desgarrá el corazon.—Levántate, é irémos al santuario, y la Madre de Dios curará tu corazon dolorido.

»Los estandartes flotan al viento, los cánticos sagrados resuenan por doquier, y á orillas del Rhin, en la santa Colonia, pasa la procesion. La madre y el hijo la siguen cantando en coro: «Gloria á tí, María.»

»La Vírgen lleva su más espléndido manto. Los enfermos llegan en tropel á sus plantas. Unos le presentan piés; otros, ojos; otros, manos de cera. El que presenta, si está cojo, un pié, anda. El que presenta, si está ciego, sus ojos, ve. Muchos van saltando delante de la milagrosa imágen, cuando ántes no podian ni moverse en su lecho. Otros van tocando el violin armonioso en la orquesta, cuando ántes no podian ni siquiera mover un dedo. La madre tomó un cirio bendito, derritió la cera, formó un corazon, y dijo al dolorido mozo: «Lleva esta ofrenda á la Madre de Dios, y te curará.» El mozo tomó suspirando el corazon, lo llevó delante de la imágen; torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos, y estas palabras de su corazon: «Gloriosísima María, sierva inmaculada y Madre de

Dios, Reina del cielo, oye mi queja. Yo vivia con mi madre en Colonia, la ciudad de las cien iglesias. Y cerca de nuestra casa vivia Margarita, que acaba de morir últimamente. María, te traigo un corazon de cera; cúrame la herida de mi corazon. Cúrame, sí, mi corazon dolorido, y yo cantaré tarde y mañana: Gloria á tí, María.»

» El hijo dormia y le velaba su madre. La divina María, la Madre de Dios, entró, apoyó ligeramente su mano sobre el corazon, sonrió dulcemente y desapareció. La madre del pobre mozo dormia cabeceando sobre su silla. Y en sueños lo vió todo. Salió de su soñolencia, y los perros comenzaban á aullar. Su hijo estaba allí, frio, inmóvil, muerto, sobre el jergon. El sonrosado crepúsculo de la mañana se dibujaba sobre sus pálidas mejillas. La madre juntó las manos, cayó de rodillas y murmuró: «Gloria á tí, María.»

Antonio, enfermo del corazon, recitó con tal uncion, con tal verdad, esta preciosa balada, que Carolina, enferma del corazon tambien, se llevó la mano involuntariamente al pecho, y uno y otro se miraron, y uno y otro se comprendieron quizá, aunque nada se habian dicho al traves del espeso velo de sus lágrimas. Carolina quiso distraer el pensamiento de aquella emocion, y volviéndose hácia su esclavo, le dijo :

—¿Te gusta la literatura alemana?

—Más que ninguna otra, le contestó Antonio.

—Pues tiene, dijo Carolina, la literatura francesa, como el pueblo frances, un carácter de universalidad que la lleva á empaparse en el espíritu de las demas literaturas. Si ha ejercido un grande influjo sobre los diversos pueblos, en cambio sobre ella han ejercido influjo igual los diversos pueblos. Durante el siglo XVI, Italia; durante el siglo XVII, España; durante el siglo XVIII, Inglaterra; durante el siglo XIX, Alemania, han dominado imperiosamente en el espíritu literario de Francia. Pero no vayamos á caer en el antiguo acreditado error de presentar estas influencias de unos pueblos sobre otros como títulos nobiliarios, ni aspiraciones á buscar los heráldicos blasones de la antigüedad para la literatura, como si el espíritu humano fuera algun orgulloso hidalgo; el espíritu humano, que es como el sol luminoso, y como el sol universal. Las ideas se comunican, se cambian, se metamorfosean en esta grande química de la civilizacion, sin que muchas veces podamos conocer su origen.—¿Quién sabe de qué ola ha venido el vapor para henchir la nube que luégo calma la sed de la tierra?—¿Quién sabe de dónde ha nacido la electricidad que luégo truena en los cielos y abrasa los aires?— Las grandes inspiraciones van, como las semillas de ciertas misteriosas plantas, en las alas del viento. Dejemos en la esfera de la conciencia ese sistema de

importacion y exportacion que va siendo ya viejo hasta para el comercio. Hermanos en un mismo espíritu, hijos de un mismo padre, destinados á un mismo fin, produccion y consumo, todos para todos, la hacienda espiritual de todos es la santa é igualitaria comunion de las ideas. Nada importa que Cervántes fuera español. Lo que importa es que su histórica sublime carcajada derribára á un tiempo en todas partes los ídolos de la Edad Media. Nada importa que Rafael fuera italiano. Lo que importa es que su pincel haya trazado en la conciencia humana el ideal de la forma perfecta. Nada importa que Descártes fuera frances. Lo que importa es que haya sentado la ciencia en el espíritu humano, en la base inquebrantable, eterna, que nadie puede remover, de la interior evidencia. Todos somos habitantes de la tierra, hijos de la humanidad, padres de los siglos futuros.

—Pero es indudable, añadió Antonio, que en todo genio hay tres caractéres : el general humano, el particular nacional y el particularísimo individual. Todo genio pertenece, por lo que tiene de más universal, á la humanidad ; por lo que tiene de más general, á la nacion en que ha nacido, y por lo que tiene de más individual, á sí mismo. Por eso no me extraña que todos cuantos han estudiado la Estética hayan concluido ó en algunos momentos hayan pensado que la Estética era la ciencia universal. En ninguna se ve tan

clara la ecuacion de lo subjetivo y de lo objetivo. En ninguna se compenetran en tan completa armonía la naturaleza y el espíritu. Ninguna, en fin, abraza los mundos existentes con tan completa universalidad. Es una ciencia que empieza, y sin embargo, es ya una ciencia epflogo, una ciencia universal.

—Abismos insondables los abismos del genio, dijo Carolina; quizá entre los hombres no hay ninguno que merezca tanto ese dictado como Shakespeare. Por lo extraordinario, por lo maravillosísimo, por lo misterioso, hasta por lo desigual, presenta el poeta inglés todos los caractéres de esos espíritus; mundos errantes, cuya órbita es incalculable. De aquí nacen los caractéres diversos y á veces contradictorios con que Shakespeare se ha presentado á las diversas épocas de la historia. Arrojadlo en medio de aquel mundo del siglo último, uniforme, organizado tan cuidadosamente, cuya sociedad, sujeta á leyes de una etiqueta interminable, cuya literatura, sujeta á códigos académicos de un rigor inflexible, se asemejan á los ordenados, pálidos y majestuosos jardines de Versálles; arrojadlo allí y parecerá un monstruo, un titan bárbaro, deforme, el feo cíclope que persigue á Galatea.

—Es verdad, dijo Antonio, pero ponedlo en medio de esta sociedad agitada que nosotros habitamos. El viento de la revolucion ha pasado sobre ella, suscitan-



do un continuo oleaje. Las armonías del derecho y de la autoridad se han roto. Los antiguos códigos políticos y los antiguos códigos literarios se han perdido. En todas partes ruinas calcinadas por el incendio ó enrojecidas por la sangre. El rumor del combate se mezcla con el rumor de la tempestad. Entre tantas catástrofes un genio original, profundo, que despide á un tiempo la luz, la lava y el candor fecundante de un volcan, debe brillar como la columna de fuego á los ojos de los hijos de Israel, errantes en pos de la tierra prometida á su esperanza. La ausencia de progenitores engrandece á Shakespeare en una sociedad eminentemente igualitaria. El menosprecio de toda ley le diviniza en una sociedad que ha roto con todas sus antiguas leyes. Su profundo conocimiento del hombre le alza sobre todos los poetas á los ojos de una sociedad absorta en sondear los abismos del espíritu humano. Ese hijo del siglo xvi parece de nuestra misma edad, segun ha expresado los dolores de un siglo desgarrado en su creencia por la duda, y desgarrado en sus acciones y en sus obras por la incertidumbre.

—Lo más grande que tiene Shakespeare, dijo Carolina, es su carácter. Homero es el poeta heroico; Virgilio, el poeta natural; Dante, el poeta divino; Calderon, el poeta teológico; Shakespeare es el poeta humano. Con tal de representar la humanidad, impórtale

poco recoger en las alas de su genio las inmundicias y los errores y los crímenes. Los celos, las venganzas, los incestos, las ambiciones, las concupiscencias todas y todas las gulas entran en sus dramas, como en la sociedad, al lado de la virtud, del sacrificio, de la abnegacion, del amor casto, de la fe, de la idealidad, de la esperanza, formando un mundo que toca por su base en el infierno, y por su cúspide en el cielo del espíritu. Su lenguaje es lo mismo, exactamente lo mismo que su espíritu; su lenguaje tiene todos los tonos, todas las melodías, todas las discordancias, todos los vagidos, todos los gritos, todos los aullidos, todos los rumores, todas las tempestades, todas las músicas. Si pudiéramos tener un oído gigante que aplicar á la tierra, y pudiéramos recoger los rumores que de la tierra se levantan, los compases del baile al lado de los gemidos del entierro, la canción del amor junto al estridente grillo del presidiario, acaso tendríamos el lenguaje de Shakespeare, la estridente sinfonía de sus diálogos.

— Cervántes y Shakespeare, si no murieron en un día, murieron con pocos días de diferencia. Se puede decir que en aquel momento supremo uno y otro habían terminado sus respectivas obras, decía Antonio : Cervántes debía señalar el tránsito de la desordenada sociedad feudal á la ordenada sociedad moderna. Él debía señalar que era imposible la rea-

---

paricion de aquel individualismo aislado, bizarro, nacido al pié de los castillos, que se burlaba igualmente de las costumbres y de las leyes, y que ponía su ideal como la luz única y como la estrella única de la vida sobre todas las cosas, desafiando é hiriendo al que no reconociese su para él incontestable superioridad. Shakespeare tiene un carácter más afirmativo; representa el advenimiento de la idea filosófica al arte. Las guerras de religion se sostienen todavía en su tiempo, y acaso alcanzan el mayor apogeo con fuerzas como la armada Invencible; pero los motivos de las guerras de religion son ya motivos políticos. La Reforma, queriendo exaltar la fe más aún que el catolicismo, ha matado la fe. El criterio individual sustituye, con especialidad en los pueblos protestantes, á los dogmas universales en que se confundian las muchedumbres. La duda, la indagacion impuesta con todos sus torcedores y todos sus tormentos, comienzan el análisis del espíritu humano, que es como el análisis del cuerpo humano, como la ciencia anatómica, una terrible operacion de cirugía. Bacon tomará la conciencia, el conocimiento, y querrá señalarle sus límites, bañado por la luz en las altas cimas de la filosofia. Pero Shakespeare tomará el corazon chorreando sangre y lo analizará vivo y palpitante. Pocos hombres han sido capaces de esos dichos terribles, que caen como hiel de su pluma.

Muchos de esos dichos son toda una revelacion psicológica. Sorprenden el alma en uno de sus misterios. Al oírle laten las sienas como si las hiriera un rayo. Por ejemplo, Lady Macbeth sale lavándose las manos, atenaceada por sus remordimientos, y dice en voz baja y apagada, como si no quisiera ser oída ni de sí misma : « Parece imposible que el cuerpo de aquel viejo tuviera tanta sangre. » Las Euménides del teatro antiguo jamas llegarán á producir el escalofrío trágico que producen esas terribles palabras.

— Entre sus dramas, observó Carolina, ninguno tan extraño como el *Hamlet*. Yo lo vi en París cuando yo viajaba, ántes de casarme, con mi familia por Europa. Imposible parecia que en la ciudad de los grandes actores se representára tan detestablemente el magnífico drama. Sucedia esto porque el arte olvidaba en Francia todo ideal. Los actores representan bien las farsas cuyo objeto es provocar la risa; las fáciles comedias de costumbres, las zarzuelas mal olientes al sentido moral; pero desde el punto en que se encuentran frente á frente de uno de esos dramas grandiosos, donde se desentrañan los secretos de la vida humana, sus fuerzas desfallecen, y merced á este desfallecimiento, el drama se convierte en parodia. Agréguese á esto la infeliz idea de entregar el papel de protagonista á una mujer. La sombría verdad del drama desaparece. La terrible tempestad de las pa-



siones viriles se convierte en una tempestad de teatro. El trueno de la duda se amortigua en una voz de tiple. La inverosimilitud más engañosa asesina toda ilusión artística. Y en los instantes más solemnes responde á los varoniles acentos de la inteligencia en erupción el gallo de falsete. Imagínate una tiple cantando el papel de Guillermo Tell, y aún no tendrás idea de lo desagradable, por no decir de lo repugnante, que es ver á una mujer desempeñando el papel de Hamlet. Y cuenta que no se podía dudar del gran talento artístico de la actriz. Pero, por grande que el talento sea, no debe nunca apartarse, salir de las leyes naturales en que Dios lo ha engarzado. Violando las leyes naturales, se cae en lo monstruoso, en lo extraño, en lo repugnante, en lo ridículo. Imagínate un gastador con su gran barba representando el tierno papel de Julieta. La magnífica escena del balcon, las invocaciones á las sombras, el temor á la luz, la duda de si el canto que oye es el canto del ruiseñor, el poeta de la noche, ó el canto de la alondra, la profetisa del día, toda esta balada de amor, todo este coloquio de los dos amantes provocará la risa, porque será, no solo ridículo, sino tambien grotesco. El talento de la actriz, cuyo nombre no recuerdo ni quiero recordar, no pudo vencer este obstáculo. Hamlet así llega á convertirse en un sér repugnante. No hablo de los demas actores. Lo mejor es olvidarlos.



Ninguno comprendió su papel, absolutamente ninguno. Solamente la actriz que representaba el papel de la Reina, de la madre de Hamlet, tuvo algunos relámpagos de verdadera inspiración.

—Pero ¡qué drama! ¿No es verdad? — dijo Antonio.— Bien pudieran representarlo en un desvan los más detestables actores del mundo, que siempre resultaría sublime. Su mérito no está en el desarrollo de la acción, en el nudo del argumento; su mérito está en la idea. Shakespeare no tiene la milagrosa inventiva de Lope para producir un argumento, ni el arte de Calderon para enredarlo; pero nadie, ni en el teatro antiguo ni en el teatro moderno, le ha ganado en el secreto de revelar y desarrollar un carácter. Ninguno de los creados por este potente genio, tan oscuro, tan indescifrable como el carácter de Hamlet. Este joven es el metafísico desgarrado por las crueles batallas del pensamiento, que mientras llama á las sombras é interroga la boca abierta de los sepulcros y se golpea la frente para sacar una centella de verdad á la conciencia, olvida la acción, perdiéndose en la incertidumbre. La duda es toda la metafísica de Hamlet, la vacilación es toda su vida. Profundo conocimiento, en verdad, de todo el vario tejido del destino humano. Á la duda en la inteligencia ha de seguir por necesidad la vacilación en la vida. Y sin embargo, Hamlet va á ejercer el ministerio que más

necesita apoyarse en verdades claras y absolutas, el ministerio de representante de la suprema justicia, para vengar la muerte de un hombre y castigar la usurpacion de un trono. Su padre ha perecido á manos de su mismo hermano. Este infame, no contento con el repudio y el fratricidio, comete el incesto de casarse con la viuda de su víctima. Hé aquí la situacion terrible de Hamlet. Su padre, su rey, ha muerto asesinado. La corona, que le pertenece de derecho, descansa en las sienes del fratricida. La madre, á quien ama con delirio, comparte el lecho del asesino de su marido, y comparte la corona del usurpador de la autoridad de su hijo. Nada más claro para provocar un gran juicio y merecer un gran castigo. Pero el alma de Hamlet es un caos. Las ideas batallan como en un aquelarre de brujas, dentro de su desorganizado cerebro. Se necesita que bajo el sombrío cielo de Dinamarca, por las almenas de las fortalezas, á las orillas de esos mares del Norte generadores de las nieblas, anduviera errante la sombra misma de su padre, con su armadura de guerrero, con su blanco cetro de rey. Hasta tal momento, Hamlet se deshace en imprecaciones, pide al cielo la muerte, habla del suicidio, desea que su carne se eleve en vapor ó se caiga en rocío, por no ver en brazos de otro hombre aquella mujer á quien su padre queria tanto, que se alarmaba hasta de que la brisa del mar tocase su rostro.

«¡Oh fragilidad! Tienes nombre de mujer.» Pero en la explanada del castillo, á media noche, miéntras los reyes de Dinamarca danzan y cantan, los pálidos rayos de la luna se reflejan en la armadura de la sombra del rey difunto, que pide á su hijo venganza. Parece que desde el momento en que tal alucinacion le ha convencido del crimen de su padrastro y del propio ministerio de juez, no habria lugar á vacilaciones nuevas en los propósitos de Hamlet. Pero dejaria de ser Shakespeare, como es, un gran filósofo, si no sostuviera este carácter vacilante hasta el fin. La sombra ha podido decidirle, y en efecto, lo ha decidido. Pero la sombra no ha podido arrancarle su carácter, el tentar más pruebas, el escoger mas largos caminos y el atropellar en estas vacilaciones muchos inocentes, y herirse á sí mismo en los obstáculos que él mismo se suscita. Su locura fingida es la nube en que se envuelve para huir su propia responsabilidad, como si fuera posible engañar la conciencia. Así apela á unos cómicos para que, representando en presencia de los reyes alguna escena semejante á la acaecida en la muerte de su padre, obliguen á su tio á revelar el remordimiento. Un cómico, un pobre cómico lamentando los males de la triste Hecuba, será más juez supremo que él, Hamlet, débil, vacilante, con la cabeza caida sobre el pecho, los brazos desmayados, sin atreverse á la accion, á pesar de oir en el espíritu

la voz de su conciencia y en los aires la voz de su padre. Así es que en vez de asentar su planta sobre la realidad de la vida, lucha con los sueños de la muerte. Ser ó no ser : hé aquí todo el problema humano y todo el problema divino. Morir es dormir. Pero durmiendo se sueña. Y no podemos saber cuáles serán los ensueños de la muerte. No podemos saber qué elemento agitará la vida cuando sobre la frente pálida y fria no se agite el torbellino del pensamiento. Ese mundo de allende la tumba no ha enviado ninguno de los suyos á darnos de él noticia. ¿Y no lo buscamos cuando con el cortante filo de una hoja de acero bien templada podemos abrirnos de par en par sus puertas? La muerte es noche. Y delante de esta noche se hiela el espíritu, y prefiere los males que le atormentan aquí á los males futuros de la tumba. Es casi imposible seguir el remolino de ideas sombrías y dispares y contradictorias en que Hamlet se pierde. Pero en esta incertidumbre hiere todo cuanto le sale al paso, todo, ménos el que debiera ser objeto principal de su castigo ; hiere á Polonio, y al herir á Polonio, mata á su hija, la única mujer que ha amado en el mundo, á Ofelia.

— Hay quien dice , añadió Carolina, que Ofelia es un sér sin nervios ni sangre. Y sin embargo, yo no conozco un sér más real que esa pobre niña blanca, **blonda**, enamorada de aquel loco, herida brutalmente

en el corazón por sus desprecios y por sus crímenes; que pierde la razón, y en su delirio, muestra los tesoros de sentimientos profundos y de sueños voluptuosos que guardaba en su alma de virgen; con la balada por toda queja, el canto por todo desahogo, las flores por todo adorno, cayendo desde las ramas de un sauce, el árbol de los sepulcros, sobre el río, para desaparecer en la eternidad, como una de esas ninfas de la antigua Germania, hijas de las nieblas que vuelan en las ondulaciones del aire y van sembrando blanca nieve en su camino, como para hermosear y purificar á la tierra.

— Pero el acto por excelencia del Hamlet, dijo Antonio, es el acto del cementerio. Esta torva elegía del espíritu humano en delirio tiene allí su verdadero teatro. Entre las tumbas, entre los huesos, entre las calaveras, entre la tierra removida y húmeda, que parece empapada en el pus de la corrupción, marcha fácilmente, como en su esfera, esa sombra engendrada por la fiebre, que se llama Hamlet; visión del dolor, visión terrible, la cual llena todo el apocalipsis de la duda. El diálogo de los sepultureros pasará siempre por un modelo de gracia siniestra y de extravagancia sublime. Hoffman, Juan Pablo Richter, Edgardo Poe, encuentran aquí la noble progenitura de sus obras. Todo es fantástico y todo es real. Las oposiciones entre el mundo de las



ideas y el mundo de los hechos se acaban en la vasta mente de este genio singular, que os lleva al espectáculo de la vida ó de la muerte, de la luz ó de las sombras, segun los caprichos de su voladora fantasía. Sí. La habitacion que dura más no es un palacio, aunque se fabrique de granito en fundamento de pedernales. El palacio se pudre en las olas del tiempo, como la frágil nave en las olas del mar. La habitacion más duradera, la habitacion eterna, es la sepultura. Cuando Hamlet aparece, el sepulturero, que saca tierra mezclada con huesos y con calaveras, está cantando una cancion de amor. Yo no conozco nada más siniestro que esta escena, yo no conozco un contraste más artístico. A cada estrofa la piqueta suena en el hueco de la tumba. Los huesos salen mezclados con la tierra, y el sepulturero los aparta con el pié. Esos huesos han tenido médula, y por esa médula ha pasado el amor, la idea, la inspiracion, el sentimiento religioso, la fe, la esperanza, todo lo que nosotros creemos con razon eterno, inmortal. Y los huesos que han sostenido la combustion de la vida, la luz del pensamiento, el fuego del amor, suenan ahora huecos, están ahora frios, y tal vez servirán para hacer fichas ó para hacer botones. Detras de toda mejilla sonrosada está un esqueleto. En las trasformaciones sucesivas de las sustancias, los átomos de esos grandes hombres que han tenido suspensa de

su palabra y de su pluma la tierra, caen sobre el suelo, forman el húmedo barro, y luégo, de un cráneo que ha irradiado ideas eternas, hace un vaso el alfarero, y de unos brazos que han sostenido el mundo, una paletada de yeso el albañil, una paletada de yeso que apenas basta á sostener un ladrillo. Job, el gran profeta de la muerte, no ha podido jamas tener acentos más terribles.

—Un drama así, decia Carolina, no puede concluir sino donde ha comenzado, en la muerte. Hamlet encuentra por fin la decision suprema en el fondo de su incierto carácter; hiere, mata á su padraastro. Pero necesita ver su amigo Laertes muerto por el florete envenenado que el Rey guardaba para él; necesita ver su madre espirante por la bebida envenenada que el Rey guardaba para él. En este momento solo se decide á hacer justicia. Y como siempre, su accion es un vértigo. Luégo muere. Yo tengo tal entusiasmo por esta tragedia, que pensé en traducirla y darla á la escena de mi patria.

—¿Por qué no lo hicisteis, siendo como es de mala fe completa la traduccion de Moratin?

—No lo hice, porque entre nosotros todavía parece, si no ridículo, extraño que una mujer se consagre á los trabajos de la inteligencia ó del arte.

—Hay muchos que creen á la mujer de una extrema inferioridad intelectual respecto al hombre, y que

por lo mismo quisieran reducirla al costurero, á la cocina. Sin embargo, la mujer ejerce el ministerio más intelectual de la sociedad, aquel que deposita los primeros gérmenes morales de que resultarán más tarde las acciones y las obras de toda la vida; la mujer ejerce un ministerio que tiene algo de sacerdocio, de profecía, de medicina, de arte: el santo misterio de la maternidad.

— Es verdad, dijo Carolina; desde el momento en que la mujer es madre, aprende por la revelacion del amor ideas y ciencias que ántes ignoraba. Inclineda sobre la cuna, suspensa de unos labios, mirándose siempre en unos ojuelos, oyendo los latidos de un corazon, sabe que su vida es una cadena interminable de vidas, y se reduce á cuidar á sus hijos, despreciando todo lo que ántes la halagára, como la nerviosa é inquieta ave, á cuyas alas era estrecho el firmamento, las pliega inmóvil sobre el pequeño nido en que reposan sus polluelos. La madre sabe por instinto la química de los alimentos más saludables á su hijo, la higiene de los preservativos para conservar su frágil salud, el arte de las canciones que han de halagar su oido, la teología necesaria para abrir en su corazon el amor á Dios, la elocuencia para persuadir con mágico encanto la naciente voluntad al bien, la moral para perfumar desde el borde mismo de la cuna, con los aromas de la virtud, la vida entera; el conoci-

miento profundo de la sociedad para saber dónde están los escollos, dónde los abismos, dónde los horrores del vicio : revelaciones divinas del amor. Con razon ha dicho el más grande entre todos los poetas españoles : « Si el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo. »

—Pero el instinto maternal, con ser divino, añadió Antonio, no basta. Así como Dios nos ha dado la voluntad para que seamos artífices de nuestra vida, nos ha dado la conciencia para que nos iluminemos en esta obra de arte. Y la conciencia se aumenta con la reflexion. Y la reflexion se aumenta con los datos procurados por la ciencia. El hombre no pasa de un salto del principio á la madurez de la vida; pasa por grados. La ciencia tiene tambien sus grados, su serie, su ley de desarrollo. Es primero sentimiento, despues nocion, por último idea. Y los horizontes del sentimiento no tienen una llave más mágica que el amor de una madre.

—Nada se perderia, observó Carolina, en que una madre aprovechase las ocasiones más frecuentes de la vida para enseñar á sus hijos, á fragmentos, los secretos más necesarios de la ciencia. Cuando los tiene en torno de la mesa y levanta la tapadera, por ejemplo, de la sopera, y en ella ve burbujitas de agua, podria decirles que de esta misma suerte se forman en la inmensidad de la atmósfera las nubes.

Cuando saliera al campo haríales notar que en el campo se respira mejor porque las plantas despiden el principio vital que hay en el aire: el oxígeno. Cuando encendieran una luz, podría enseñarles qué gas tiene el poder de alimentar la combustion; y cuando empañáran con el aliento un cristal, qué gas despiden nuestros pulmones, y cómo ese gas, que para nosotros sería la muerte, para las plantas es la vida, que lo recogen y lo trasforman, al beso de la luz, en vital incienso de oxígeno. Al volver del paseo en esas tardes de primavera, cuando las sombras bajan y las estrellas aparecen brillantes en el cielo, podría enseñarles los planetas, sus dimensiones, la duracion de sus dias y de sus noches, los satélites que los acompañan, la posicion que ocupan en la inmensidad del espacio; todas esas maravillas, que si en las tablas de Newthou y de Laplace son los cálculos sublimes de lo infinito, en los labios de una mujer son los cantos bellísimos de una epopeya universal. Ningun maestro podría aclarar mejor los misterios de la electricidad, las contradicciones y las armonías que resultan de sus dos flúidos. Los pétalos de una flor, las trasformaciones de los insectos, la larva de los gusanos de seda, la mariposa que vuela sobre la pradera, los nidos, todo esto podría dar asunto á lecciones elocuentísimas, que destilarian la miel de la ciencia acomodada al entendimiento de los niños.



—Ciertamente, dijo Antonio. En la infancia hay cierta crueldad que nace del desconocimiento de la vida. ¿No habeis visto los niños deshojar las flores, arrancar los nidos á las pobres aves sin cuidarse de sus tristezas? Cuando una madre les dijera cómo esasavecillas sirven á la obra universal de la creacion; cómo forman el coro de las armonías terrestres; cómo trabajan para conservar la vida de todos, inspiraríanles sentimientos de amistad y al par sentimientos religiosos, porque de las maravillas de la creacion se levanta siempre el espíritu en rápido vuelo á contemplar extático la inagotable bondad del Creador.

Cuando los dos interlocutores se encontraban en este punto de su conversacion aparece el administrador, que, dirigiéndose á Carolina con una profunda reverencia, le dice:

—Señora, tengo algo que participar á V.

—Pues vamos á mi gabinete, contesta Carolina, profundamente conturbada, porque presiente la causa de que su administrador la distraiga de aquella conversacion sabrosísima. Miéntas tanto Antonio coge á Ricardo y se da con él á perseguir las mariposas, á rodar bolas de cristal por el suelo, á saltar, á todos los juegos de la infancia.

---

---

## CAPÍTULO XXIX.

### LA FATALIDAD.

—Me parece adivinar lo que viene V. á decirme.

—Acabo de recibir terminantes órdenes de vender en público mercado el esclavo Antonio.

—¿Sin apelacion?

—Sin apelacion.

Carolina necesitó apoyarse en el borde de un velador que á su lado tenía, para no caerse, como herida por esta funestísima noticia.

—¿Y no crée V. que haya medio alguno de evitar esta verdadera desgracia para la casa?

—No hay ninguno.

—¡Dios mio, qué insistencia!

—No puedo comprenderla.

—Antonio es el servidor más útil de la familia.

—No le darán al señor su precio; no le pagarán lo que vale.

Carolina se estremeció nuevamente al oír esta frase brutal.

—Falta irreparable, dijo; Ricardo no tendrá ya quien cuide de él como solícita nodriza; quien le cele como perro fiel; quien le instruya como sabio maestro.

Y nubes de lágrimas erraban por la retina de la desgraciada señora.

—Estoy verdaderamente extático en vista de la resolución brusca y definitiva tomada con prontitud increíble é impuesta con imperio incontrastable.

—¿Qué hacer?

Y los ojos de Carolina interrogaban anhelosamente los ojos del administrador.

Éste se detuvo como quien medita, y en aquellos momentos de pausa hubiera podido oírse la respiración de la jóven, los latidos de su corazón.

—Nada hay que hacer.

—¿Nada?

—Nada sino cumplir las órdenes; nada sino acatar la voluntad de quien manda y ordena en virtud de un derecho innegable.

—¿Innegable?

—Usted ménos que nadie puede negarlo.

—Pues lo niego.

—¿Niega V. el derecho que tiene su esposo á disponer de sus bienes?

—Líbreme Dios de negar eso. Lo reconozco, lo

confieso, y soy la primera en acatar una autoridad que acepté para toda mi vida desde el día mismo de mi casamiento.

—¿Qué niega V. entónces?

—Niego que ningun hombre pueda ser propiedad de otro hombre. Mi corazon se subleva contra esa protervia.

—Que está en las leyes.

—¡Malditas leyes!

—En leyes sostenidas vigorosamente por el Estado.

—¡Infame Estado!

—¿Cuál será la ley para V., señora?

—La ley de la naturaleza.

—¿Y el legislador?

—Dios mismo.

—¿Y el Estado?.....

—No tiene derecho contra el derecho.

—¿Hay en el esclavo derecho?

—Como en todos los hombres.

—No discutamos esto, señora.

—Tiene V. razon. ¡Inútiles consideraciones! No hay fuerza contra la fuerza del destino. Inútil que proteste la conciencia contra las brutalidades del hecho y contra la arbitrariedad de los hombres.

—Inútil.

—¡Pobre Antonio!

Y Carolina tuvo que ahogar un sollozo.

—Es su condicion.....

—Va á recibir un golpe mortal.

—¿Mortal?

—Yo me desprenderia dificilmente de un perro ó de un caballo. Comprenda V. cuánto sentiré separarme de un servidor tan fiel.

—Lo comprendo.

—Ademas del viaje de mi marido, ésta es la segunda contrariedad que experimento despues de mi boda.

—¿Dos? ¡Bah! Bien poca cosa.

—No importa la magnitud de los sucesos; lo que importa es la magnitud del dolor. Y puedo decir á usted que ambas contrariedades las he sentido como las más amargas penas.

—Es bien extraño todo cuanto sucede.

—Es inexplicable.

—Y creedme, vuestro esposo me hablaba siempre de los méritos de Antonio con verdadero entusiasmo.

—Como que Antonio le auxiliaba en sus estudios. Como que Antonio le componia el jardin, convirtiéndole por su industria en el mejor de todos los jardines de los Estados del Sur. Como que Antonio disponia y arreglaba su gabinete de Historia Natural. Como que Antonio cuidaba de sus estufas con tal cuidado, que nuestras colecciones de plantas várias y raras son las



mejores de América. Como que Antonio ha sido siempre el númen de la familia.

El administrador comprendía los méritos del mulato; pero no comprendía el entusiasmo de Carolina por estos méritos.

—Y ahora, decía ésta, en premio de sus aptitudes y de sus desvelos, mano aleve le arrancará de esta tierra con ménos cuidado y ménos piedad que si arrancára una planta; lo apreciará y lo tasará como se aprecia y se tasa un caballo; pregonará las bellezas de su cuerpo y las virtudes de su alma en públicos anuncios, para aumentar más el precio de la mercancía y satisfacer el anhelo de la codicia; lo llevará á un bazar donde puedan todos cerciorarse de sus ventajas y discutir su valor en venta, hasta que acaso caiga en manos de comerciante implacable, que, viendo su robustez, su fuerza, y no necesitando ni de su corazon, ni de su inteligencia, lo ate al yugo, lo condene al trabajo material, lo azote con el látigo, lo prive del necesario alimento, lo mate de fatiga, de desesperacion, sobre esta tierra maldita, manchada con crímenes que piden al cielo justicia y venganza.

—¡Señora! gritó el administrador aterrado de la trágica actitud que tomaba Carolina, cuyos hermosísimos ojos despedían centellas de cólera.

—Diez y nueve siglos de cristianismo, y el hombre es aún mercancía para el hombre.

—Y estos señores son muy cristianos.

—¡Cristianos!

—Más que cristianos todavía.

—¿Más que cristianos?

—Los descendientes de raza española ó de raza francesa todos son católicos.

—Pues no tienen ni un resplandor del Evangelio en su inteligencia, ni un átomo de la doctrina de Cristo en su corazón.

—Todos presentan ofrendas múltiples en los altares.

—Quizá para que Dios, la Virgen, los santos aumenten el precio de sus mercancías, el valor en venta de sus hermanos en Cristo, de sus pobres siervos.

—Y es natural que pidan esto.

—Lo natural sería que ofreciesen las cadenas del esclavo, rotas, deshechas, en holocausto á Dios sobre los altares de la patria.

—Eso es bueno para las novelas.

—¿Para las novelas?

—Señora, lo repito, para las novelas.

—¿Creeis novela, por ventura, la historia?

—¿Ha sucedido eso?

—Ha sucedido.

—Pues no lo creería.

—Así es el hombre. Cree que no puede pasar por la humanidad, por la naturaleza ó por la historia lo

que no pasa por su corazon individual ó por su conciencia propia; cada sér se convierte en el número y en la medida de todas las cosas. Eso que V. cree inverosímil ha sucedido en otras naciones.

—Podrá haber sucedido; pero es increíble que suceda.

—En aquellos pueblos de origen español que el americano del Norte suele despreciar y creer condenados á inferioridad perpétua; allí, donde llegó más tarde que aquí la luz y el calor de las nuevas ideas, no hay un esclavo; sus cadenas se han fundido al fuego de los corazones libres, y muchos propietarios no han querido indemnizacion alguna por este sublime sacrificio de sus bárbaros derechos.

—Pues aquí ántes se dejarían arrancar la tierra que la esclavitud, ántes la piel de los huesos que el látigo de las manos.

—¿Y no os asusta el castigo que puede venir sobre todos?

—A nosotros nos han enseñado que esta division de castas es obra de la justicia divina; que los blancos provienen de la luz, y los negros de las tinieblas; que nosotros hemos nacido para mandar, y ellos para servir; nosotros para azotar, y ellos para ser azotados; nosotros para el goce, y ellos para la pena.

—¡Ah! Yo veo venir sobre esta conciencia manchada con esas ideas, sobre esta tierra podrida con

esos crímenes, sobre esta generacion perversa, la cólera de Dios, que destroce, tale, quemee, inmoles; y luégo purifique en el dolor, en el fuego, en el tormento, en la guerra, en la matanza, en el humo del holocausto las venideras generaciones, libres por una expiacion horrorosa de este inexpiable pecado.

—Pues vuelva V. los ojos á las maravillas que la rodean. Los campos de algodón se extienden hasta perderse de vista. Las cañas, henchidas con las mieles del azúcar, suenan blandamente. Las palmas sombrean vuestro jardín entrelazándose en las inmensas hojas del plátano. A la hermosura de la naturaleza se une la utilidad de la industria. Llegan á nuestros muelles, lo mismo á los muelles del río que á los muelles del mar, embarcaciones de todas las latitudes á traernos su oro, á llevarse nuestros productos; y todo, todo esto es obra de la esclavitud.

—Sea en buen hora. Pero ciego será quien no vea extenderse como una tromba asoladora por todas estas tierras, por todas ellas, la calamidad de revoluciones y de batallas sin número.

—¿Tan criminales nos cree V., que no encuentra en sus presentimientos medio alguno para conjurar esta calamidad, tan claramente descubierta por su conciencia?

—No es tan criminal ciertamente el individuo como la sociedad. El medio en que se nace, la educa-

cion que se recibe, la historia que se lee, los intereses que se palpan, las ideas que en la conversacion general se respiran, las costumbres que se adquieren al nacer y se trasmiten ciegamente, explican los errores y las culpas individuales, aunque el hombre tenga razon bastante para ver con mayor claridad, y voluntad bastante para amar con mayor pureza que ven y aman su sociedad y su tiempo. Pero ¡ah! estas sociedades que hacen justicia de las injusticias, ley de la violencia, derecho de la iniquidad, autoridad de la sinrazon; estas sociedades enfermas, ó perecen sobre la inmundicia de sus vicios, ó se regeneran y se purifican por el dolor y por el martirio.

—¿Tan criminales nos cree V.? vuelvo á preguntarle.

—Creo vuestras leyes, vuestras instituciones criminales, criminalísimas. La llaga de la esclavitud ha venido del crimen de los crímenes; ha venido de la trata.

—Señora.....

Y el administrador quiso interrumpir á Carolina, sin duda para recordarle que quien hablaba así era esposa de un negrero.

—Sí, del crimen de los crímenes.

Carolina acentuó tanto esta afirmacion, que su interlocutor no se atrevió á contradecirla, ni se atrevió á recordarle que su hijo llevaba esa criminal sangre en las venas.



—¿ Hay algo más horrible?

—Pero..... balbuceó el administrador.

—No, no hay nada, se respondió á sí misma Carolina.

—En Africa.....

Y el administrador sólo se atrevia á decir palabras sueltas.

—¿ En Africa decís ?

—Sí, en Africa suelen maltratarlos más que nosotros.

—Imaginemos que los matan, como dicen.

—¿ Le parece á V. poco ?

—Pues no los hacen tan desgraciados como los hacen los negreros.

—Usted en su exaltacion exagera mucho.

—Digo la verdad, la verdad completa.

—Pregúnteles V. á los negros si quieren morir.

—No interroguemos al instinto, que ama ante todo la vida. Pero dígame : si le condenáran á V. á trabajos forzados en el campo ó á ignominia perpétua en la sociedad; si le quitáran de las manos todo cuanto produce y trabaja, para repartírselo aquellos que nada han trabajado; si le condenáran á ver su esposa y sus hijos tasados, vendidos en pública almoneda, pasando en cuerpo y en alma á propiedad de seres, ó enemigos ó extraños, ¿ no preferiria morir ántes mil veces?

El administrador hizo una especie de inclinacion

de cabeza, que era como un signo involuntario de asentimiento, arrancado por la elocuencia de Carolina.

Ésta, movida por su victoria moral, se dejó arrastrar en alas de su sentimiento.

—Sí, sí, la trata, dijo, es el mayor de los crímenes. Las cazas de hombres, semejantes á las cazas de las fieras, no existirían en África si no las agujonease el interés y el lucro de los tratantes. Aquellos régulos bárbaros, aquellos jefes idólatras son movidos, excitados á tanta barbarie por los que se llaman á sí mismos civilizados y cristianos. En el mundo no hay sér con ménos conciencia que el tratante de negros, ni siquiera la asidia, la pulpa donde comienza á dibujarse el mundo orgánico. Tiene más corazón que el negrero de los mares el tigre de las selvas. Al fin el tigre no caza á sus semejantes los tigres, no vive de la carne y de la sangre de su propia especie. Triste es que el mundo se halle condenado á esta guerra sin tregua, en que unos animales no pueden vivir sin el exterminio de otros animales. Triste es que la sangre hirviente empape todo el planeta, y que la urdimbre de la vida se teja con fibras de carne viva. Pero toda especie, aún las más carniceras, atacan á especies inferiores. El negrero recoge los pobres, los infelices, niños, mujeres, hombres, vomitados dentro de su barca por la codicia para que sirvan de pasto á la codicia.

Allí, sin compasión por sus dolores, sin piedad de sus lágrimas, los hacina en las bodegas, como pudiera hacinar barriles de pesca. Las evaporaciones del sudor y las evaporaciones de las lágrimas, los suspiros del corazón desgarrado y los eructos del estómago enfermo, el orin y el excremento forman pronto una atmósfera viciosa, irrespirable, que abrasa sus pulmones como una plancha hirviente, que llena de dolores y de enfermedades sus cuerpos, atenaceándolos con el escorbuto, con la epilepsia, con la fiebre. Cuando ya no ofrecen esperanzas á la codicia los arrojan al mar, ó muertos ó medio muertos, y dan ese festin de carne y sangre humana á los tiburones, más compasivos con el negro que los infames negreros. Y de esta suerte se alimentan en las regiones más feraces de América, en las más luminosas, en las destinadas á ser templo de la libertad, el ingenio, de donde toda vida moral está ausente, y el mercado de negros, en que están presentes los crímenes más indignos de la conciencia del hombre y más atentatorios á la justicia de Dios.

—Hay mucho de novelesco en todo eso.

—¿De novelesco?

—Sí, hay mucho de novelesco.

—¡Novelesco! Excede la realidad á cuanto pueda describirse.

—Es pintar como querer.

- 
- No hay pincel capaz de trazar tantas infamias.  
—El negro es sufrido.  
—Y no puede sufrir esos tratos.  
—¿Quién sabe?  
—Más de la mitad muere.  
—¿Quién los ha contado?  
—No os fieis de eso. Lo que no cuente la ciencia de los hombres, lo contará la justicia de los cielos.  
—Que lo consiente.  
—Porque respeta hasta en el mal ;ay! la libertad humana.  
—Yo he oido tantas cosas, que ya, ya.....  
—Pues si ha oido V. mucho, oiga tambien esto. Y Carolina cogió un libro y leyó lo siguiente: « En cierta ocasion un siniestro buque de la trata iba perseguido por varios cruceros ingleses. A pesar de ser la infame nave muy velera, no podia esquivarse á sus perseguidores, que le cerraban el arribo á las playas de la Habana. Comprendiendo el capitan que no le era dado ni descargar su cargamento, ni libertarse de la humana justicia, depuso sus negros, merced á las sombras de la noche, en uno de esos esponjosos islotes, por las ondas estriados y por la tempestad combatidos, donde no brota ninguna vegetacion que no sea algun depósito de helechos y de algas marinas. Cuando ya hubo dejado allí sus negros, zarpó el buque negrero y los abandonó sin alimento alguno, sin

auxilio, á su suerte. Desatóse una de esas horribles tormentas, frecuentísimas en nuestros climas intertropicales. El viento rugia, las olas se encrespaban, encendíanse los mares en relámpagos, culebreaba el rayo por los cuatro puntos del horizonte, y el huracán agitaba la isla como pudiera agitar un corpulento árbol. Los pobres negros no tenían refugio en la tierra, cerrada para ellos, ni en el cielo, inclemente y tempestuoso. El mar les cercaba con sus amenazas de muerte, y les abría por toda esperanza sus abismos insondables. Aquellas rocas agrietadas, cortantes como largas filas de cuchillos, era el único punto que les quedaba en el universo, la única raíz de su combatida existencia. Pero aquella roca aparecía más terrible que el potro del tormento. Su vidrioso suelo, cortante como afilado por las aguas, les abría las desnudas carnes, les causaba heridas, que el viento tempestuoso y la humedad salina recrudecían y enconaban. Parecía el estrecho islote un lugar de expiación y de martirio, como que estaba compuesto de ágrío conjunto de escollos; en aquella hora suprema, angustiosa, combatidos todos por el huracán, y zozobrantes entre el férvido oleaje, los negros no sabían adónde volver los ojos. Gritaban y nadie les respondía. Alzaban al cielo sus brazos suplicantes, y sólo encontraban el cielo sordo á sus clamores; la nube tonante, el viento desatado, el siniestro relámpago, el



chasquido del rayo. La tempestad se aplacó ; pero ninguna señal de vida , ninguna , vino á interrumpir aquella soledad de muerte. Por todas partes el cielo y el mar como la losa y el fondo del sepulcro, ó el islote pardo y carcomido como una mortaja. Sólo de vez en cuando se veia palpitar el tiburón, ó cruzar por los aires el ave carnífera , avisador por su instinto de que allí apercibia la infamia de los hombres ración abundante á su voracidad.

» No era ciertamente aquélla la isla próspera y fructífera de Robinson. Allí no habia bosques donde buscar grata sombra , ni tierra donde construir amigra cabaña, ni animales con cuya inmolacion procurarse alimentos, ni ramas secas con que encender y alimentar el fuego reparador. No habia más que las rocas peladas, escuetas, metálicas, con algunas algas desparramadas por las inhospitalarias piedras, algas que las olas traian y las olas se llevaban. Los pobres negros sólo recibian de la naturaleza inclemente el azote del viento y de la lluvia. Sus cuerpos mojados, ataridos, magullados aún por la larga estancia en el fondo del infierno flotante que se llama barco de la trata, no podian tenderse sobre el suelo afilado sin que sintiesen acerbos dolores , como si por cada poro de sus cuerpos les entrara una aguda espina. El sueño les rendia y no podian dormir. El cansancio les acosaba y no podian descansar. Agarrados á sus ro-

cas entre la tormenta del mar y la tempestad del cielo, á cada minuto creían recibir la muerte. Por fin vino el hambre, el hambre aterradora, y con el hambre la sed. Ningun alimento posible para mantenerse, ninguna fuente para refrigerarse, la soledad entre los dos abismos: el tormento primero, luégo la muerte. Los más jóvenes caían desmayados, exánimes, después de haber intentado varias veces beber el agua del mar, que sólo servía para acrecentar su sed, bebiéndose al cabo la sangre sorbida de sus éncías, chupada en sus propias venas, que les agravaba la pena y les traía más pronto la muerte. Algunos, ciegos de debilidad, se arrastraban por el suelo, dando alaridos, palpaban á tientas, y si cogían un cadáver, por yerto que estuviese, clavábanle con avidéz los dientes para satisfacer su voraz hambre. Otros se volvían súbitamente locos, y su locura les daba alguna fuerza para correr, para saltar furiosos hasta que caían en las aguas, y los destrozaban y se los repartían anhelantes los mudos tiburones. Eran más de ciento, y todos, todos murieron entre los dolores más horribles, entre las maldiciones más espantosas, forzados en su agonia á comer carne humana y á beber humana sangre, hasta que se extendió sobre todos el silencio de la eternidad.

» A los dos ó tres días, cuando ya estaban muertos, bien muertos, varias familias de los ingenios más ri-

cos que en aquellas playas se levantan quisieron dar un placentero paseo por el Océano. Multitud de jóvenes de ambos sexos jugaban, cantaban, seguían el compás de armoniosa orquesta sobre cubierta, bajo toldo de seda rosa, entre guirnaldas de flores tropicales, apurando á la salud de todos copas rebosantes de aromático y alegre vino andaluz. De pronto ven sobre los escollos tendidos aquellos cadáveres, unos mordidos por otros, éstos desgarrados por las aves de rapiña, aquéllos con los dientes clavados en la espalda de un compañero, los de más allá removidos como leños por las olas, algunos á medio devorar por los tiburones, flotando todavía sobre las aguas; todos con el dolor de la mas horrible agonía pintado en sus terroíficos semblantes; y dijeron los jóvenes: «¡Lástima de negrada! ¡Qué bien nos hubiera venido para nuestros ingenios! Vira, vira, piloto, que huele mal.» Ni un sentimiento de pena por la desgracia, ni una palabra de compasión para la humanidad. Y el cielo resplandecía, y las ondas se rizaban, y la luz se repetía en los cristales de las aguas, y las brisas cargadas de aromas convidaban á las fiestas de la vida, y en aquella inmensidad sólo se escuchaba como cántico funeral de cien criaturas humanas, como responso, como tañido de campanas fúnebres, como oración cristiana, el choque de las copas, el acento de los báquicos cantares, la cadencia de la voluptuosa música.....»

Habia leído con tal entonación Carolina estas páginas, que el terror trágico llegó hasta el alma empedernida del administrador, y medio conturbado pidió permiso para retirarse. La joven señora comprendió que era inútil prolongar consideraciones prontamente olvidadas por aquellas inteligencias fanatizadas por el sofisma, y se contentó con arrojar el volumen sobre la mesa y decir: «Pues aún hay algo más terrible que el barco de la trata, y es el mercado de esclavos.»

---

---

---

## CAPÍTULO XXX.

### LA ORACION.

En cuanto el administrador se perdió de vista, dejóse caer Carolina sobre el sillón que tenía más cerca, y cubriéndose con ambas manos el rostro, intentó estancar en los ojos las amargas lágrimas que á borbotones bajaban por sus pálidas mejillas. Pero conociendo lo vano del intento, á pesar de lo grande del esfuerzo, dió rienda suelta á su lloro, y se dejó arrastrar por aquella desatada corriente de amarguísima pena.

Muchas, muchas ideas la asaltaban; muchas, muchas ideas iban contenidas en tan triste lluvia, como el rayo en la tempestad. No podía ocultárselo á sí misma. La naturaleza había triunfado de la conciencia. La ley eterna se había sobrepuesto á las leyes sociales. Sin quererlo, sin saberlo, sin darse ella misma cuenta, por una serie de inspiraciones bebidas todos los días en cada suceso de su vida corriente,



Carolina sentia por Antonio algo que no habia sentido por ningun otro sér sobre la tierra. Su voluntad estaba pura, su cuerpo immaculado, pero su corazon cautivo. Los esfuerzos que empleaba para quebrantar aquellas cadenas volvian á precipitarla en la desesperacion y en el desaliento, convencida de no conseguirlo. Gozábbase en buscar á Antonio con cualquier pretexto, en departir con él largamente sobre cualquier tema, en volver á su lado apénas se habia ido. A esto le llamaba su corazon, como para encubrir el abismo, afecto amistoso, admiracion por el talento, necesidad de alguna platónica compañía en aquel apartado retiro, fraternidad estrechísima de dos almas. Pero realmente era amor, amor, amor. Ni un pensamiento impuro cruzaba por su mente, como que una pasion purísima latia en todo su sér. Las dos almas se atraian, se adivinaban, y ninguna de las dos osaba traspasar el límite que separa la amistad del amor; porque sobre los llamamientos del corazon estaba en Carolina la conciencia y en Antonio el respeto. Pero el amor habia brotado en uno y otro pecho, confundiendo en una sola ambas almas.

El caballero Jura adivinó esto á tan larga distancia, entre las grandes fatigas de la política, á pesar del sentimiento aristocrático que le hacía imaginar á su esposa incapaz de descender hasta un mulato; y si no lo adivinó todo, lo temió, lo temió intensamen-

te. Su mujer, que no tenía ninguna acción de que arrepentirse, ningún pensamiento que le echára en rostro la conciencia amando á Antonio, sin comprender ni la intensidad de su propia pasión, ni los peligros que la cercaban, airóse vivamente contra él. En su dolor, atribuyó la venta de Antonio á desconfianza de su virtud. El orgullo de la esposa que nunca ha faltado se irguió en ella, y comenzó á reconvenir al viejo, egoísta, avaro, negrero, comerciante de carne humana, á quien se había unido por obedecer mandatos de su familia, y que ni siquiera comprendía el tesoro de sus méritos. ¡Ella, pura, casta, madre tierna de su hijo, esposa fidelísima, sin ninguna mancha en su conciencia ni en su vida, se veía desconocida, maltratada, injuriada por un hombre que ella no creía digno de su virtud y de su mérito; por un hombre á quien solamente la ligaba un vínculo ante la naturaleza, aunque la ligáran muchos ante la sociedad: el vínculo sagrado de ser padre de su hijo!

Contra todas las asechanzas del corazón, contra todo el vocerío de sus pasiones, tenía, además de su pura conciencia, Carolina otro escudo, el escudo de aquella hermosa criatura, Ricardo, lleno de bondad y de precoces talentos, rebosando alegría, sonrosado y sano como un ángel, hijo de sus entrañas, consuelo de sus dolores, poesía del alma, regocijo del hogar, esperanza de la vida, por cuya educación y por

cuyo honor debía velar religiosamente como una sacerdotisa por su Dios. Así, en los momentos más peligrosos, cuando comparaba la soledad de su sér con las pasiones y las venturas que lo hubieran colmado, á unirse con amante de su eleccion, el único antídoto á tristes pensamientos era su niño, aquella mirada de luz, aquella sonrisa de cielo, aquella frente, paraíso de inocencia, aquellas palabras y aquellos dichos en que latía ya una grande alma. A esta consideracion, «soy madre», serenábase su conciencia, volvian á replegarse sobre su corazon las nubes de dolor, amaba el mundo y la existencia, sentia el ángel de la esperanza batiendo las luminosas alas en el camino de lo porvenir. La tierra entera y el cielo infinito se sonrosaban á la mirada de su adorado hijo.

Pero en otros momentos la savia de la vida discurría con fuerza y con calor por sus venas. Sentia el corazon la necesidad de amar y de ser amado, con ese abandono de los pocos años. Recobraba la naturaleza su imperio, y subia sobre todas las ideas de la razon, sobre todas las inspiraciones de la conciencia, sobre la vida entera, el arrebatador sentimiento, la necesidad de ser comprendida por un jóven á quien ella adivinára tambien, y atraída, arrastrada á la felicidad por la pasion de las pasiones, por el amor. Entónces, aunque entornára los ojos, aunque cerrase los párpados, aunque huyera voluntariamente de

aquella imágen y de aquel recuerdo, la figura de Antonio, rodeada de todos sus prestigios, jóven, hermoso, valiente, artista, entusiasta, se dibujaba en todos los objetos, y poseia en absoluto su corazon y su conciencia. La idea errante se gozaba en fingir la felicidad que hubiera alcanzado de encontrarlo, de conocerlo, ántes del infausto matrimonio. ¿Qué le importaba el mundo? ¿Qué le importaba el menosprecio de la sociedad por los mulatos? Pues si los celos y recelos de un esposo no querido la habian separado del mundo y de la sociedad, ¿con qué mayor razon el amor intensísimo, infinito, compartido por ambos, capaz de poblar con sus ilusiones el desierto y convertir la cabaña, más suntuosa al corazon que el frio palacio de mármol, en templo divino de armonía y de luz? En estas imaginaciones, salvando siempre el obstáculo del matrimonio, diciéndose á sí misma que sólo se ponía en tal caso, poniéndose ántes en el de hallarse libre y soltera; en estas imaginaciones ideaba un valle ameno, en el desierto, á orillas de los grandes rios americanos, cercada de todos los esplendores del universo, viviendo para el amor y para la virtud, en compañía tan sólo de su esposo, del esposo de su alma. ¡Qué vida tan grata! ¡Qué ventura tan grande! ¡Qué intensa felicidad! ¡Qué mutuo abandono de un alma en otra alma! ¡Qué confluencia de dos vidas! ¡Aquello, aquello hu-



biera indudablemente sido el cielo encerrado en la tierra!

Entónces, cuando tantas ideas se arremolinaban por su mente, y tantas pasiones por su corazón, y entre aquellas ideas y aquellas pasiones sólo veía una imagen, la imagen de Antonio, defendíase con furia de los ideales halagos, de la atracción incontestable que sobre ella ejercía el mulato, é invocaba en propia defensa su honor, su conciencia, el nombre ilustre de sus padres, el orgullo de su patricia raza, la religión aprendida en la cuna, el hijo de sus entrañas y la providencia de Dios. En algunos momentos triunfaba de sí misma, con el doble auxilio de su nativa pureza y de su clara conciencia. Pero en el momento en que su esposo ordenaba el envío de Antonio al mercado, exacerbóse su pasión por el joven siervo, su repugnancia al viejo patricio. Un hombre, á los ojos de Dios y á los ojos de la conciencia humana lleno de crímenes, vendía en pública almoneda, sin compasión ni remordimientos, al joven esclavo, honradísimo, inteligente, hermoso, que era como el alma de aquellos sus jardines, como la providencia de la pobre mujer y de su hijo, como la poesía, por su conversación y por sus conocimientos, del solitario hogar. Carolina sentía que el afecto por el esclavo tomaba en su pecho la exaltación de las grandes pasiones. Se imaginaba la casa huérfana de sus cuida-



dos, el jardín privado de su cultivo, el amante hijo falto de sus lecciones, ella misma sin su conversacion, sin su trato, y le parecia imposible, completamente imposible la existencia. Sus ojos se fijaban en la imágen de Antonio, sus labios murmuraban aquel nombre querido, su corazon latia por él fuertemente, su alma entera se escapaba de sí como fugitiva, y se iba á perder en el alma del esclavo, víctima de tantas injusticias.

Carolina conocia que estaba sin defensa, á merced de aquel hombre, tal vez próxima á desprenderse del cielo puro de la conciencia en los abismos de sus brazos; y cayó de rodillas, y se arrastró á los piés de un crucifijo, y plegó sus manos, y clavó sus ojos en el rostro dolorido del Salvador, y gritó: «Perdon, perdon y misericordia.» El amor que sentia la llevaba á espaciarse en lo infinito. Dios, sólo Dios podia calmar el dolor de su alma, henchir el abismo de su corazon, elevarla desde los estrechos límites de la tierra á una transfiguracion casi divina. Si el astro vuela en lo infinito, con mayor razon se espaciará en lo infinito este abreviado universo del corazon humano, que rompe el límite y se eleva, como la llama, á lo ideal, á lo eterno. Quedábale, pues, una esperanza en su desesperacion, una luz en su noche, un puerto en su borrasca, un escudo en su combate, un auxilio en su agonía: la religion. Carolina la vió cuando brillaba

en los ojos amorosos, en las palabras fervientes de su madre; y la vió cuando abria sus alas de ángel custodio sobre el breve mundo de la cuna; y la vió cuando le ofrecia el encanto de sus lujosas ceremonias perfumadas por el incienso, realzadas por las notas del órgano; y la vió cuando al conjuro de la oracion se convertia el universo en templo y el corazon en santuario de aspiraciones infinitas; y la vió hasta en el dia aquel de su sacrificio, exigido por su familia con imperio, aceptado por su voluntad con resignacion, y en que no hubiera podido someterse á la coyunda que la unia eternamente con su esposo, si no la hubiera alentado la religion cristiana con su incomunicable sonrisa, y sostenido con su benéfica providencia.

¡Cuán grande es la naturaleza humana, hasta en sus mayores contradicciones! Si tropieza, si cae, si lo finito la reduce á su imperio, entónces, entónces brota en ella lo infinito, el manantial de divinas esencias, oculto en las profundidades más recónditas de nuestro sér. Como por el trabajo se va á la perfeccion, por la duda á la ciencia, por el dolor se va á Dios. Las lágrimas de Carolina se evaporaron de su rostro; los ojos volvieron á su pristina luz; serenóse su frente; levantóse de su altar, y al volverse vió á Antonio, que cruzados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, la miraba con triste y extática mirada. Ca-

---

rolina no supo qué decir, no supo qué hacer. De la actitud en que se encontraba Antonio dedujo el estado de su alma, el conocimiento ya adquirido de la suerte que le reservaba su bárbaro dueño. Muchas veces habia visto á Antonio, y nunca le habia inspirado interes tan vivo como en aquel momento. Así es que, olvidada completamente de la actitud imperiosa y soberana que siempre tenía ante él, se acercó adonde estaba inmóvil, le miró con ternura y lanzó un suspiro, que vino á reanimar como celeste soplo la triste faz del esclavo.

---

---

## CAPÍTULO XXXI.

### LAS RECONVENCIONES.

—¿Orabais? preguntó Antonio.

—Oraba.

—¿Creeis en Dios?

—He creido siempre.

—Y yo tambien.

—¿Por qué me diriges esa extraña pregunta?

—Porque necesito afirmarme en la fe.

—¿No ves brillar á Dios en esa luz, en ese cielo, en el infinito universo?

—Veo su hermosura.

—¿Y necesitas ver más?

—Necesitaria ver su justicia.

—Pues qué, ¿las injusticias de los hombres te harian dudar de la justicia de Dios?

—En algunos momentos lo veo en las leyes de la moral como en las leyes de la naturaleza; lo oigo en las voces de la conciencia como en las armonías del

universo; lo siento en los afectos del corazón como en las inspiraciones de la fe; lo pienso en la razón de las cosas como en mi propio pensamiento.

— ¡Antonio!

— Pero otras veces creo, como ahora, que un hado ciego preside á los humanos destinos; que un genio en delirio se asienta sobre la cúspide del universo; que el mal es nuestro legislador y nuestro soberano.

— ¡Horror!

— Horror de ideas, no tan grande señora, no tan grande como el horror de mi suerte.

— Lo sé todo.

— ¿Lo sabeis todo?

— Sí, sí, todo, Antonio.

— ¿Y podeis comprenderlo?

— No, no.

— ¡Dios mio, Dios mio! Si somos juguete de un hado perverso, ¿por qué no quitas del mundo toda señal de bien y de justicia?— Y si eres, si existes, ¿por qué no te revelas á la mente en toda tu verdad y tu pureza?

— Perdónalo, Dios mio. En el abismo adonde rueda hay tinieblas tan espesas que ni siquiera se ve tu amor y tu justicia.

— Señora, señora.....

— ¡Antonio!

— Vos sabeis lo que he sido para esta casa, vos



solamente. De dia un centinela, de noche un sereno, siempre un perro. Esclavo era vuestro; más esclavo, ántes que todo, de vuestro corazon.

—Es verdad.

—Yo, desde el dia en que se fué aquel hombre, vuestro esposo, yo sólo he pensado en servirlos como serviria una máquina, y en cuidar de los objetos sagrados á su corazon como no cuidaria él mismo.

—Verdad, verdad.

—Yo, cada vez que veo á Ricardito.....

Y Antonio se echó á llorar como un niño.

—¡Oh!

Carolina quiso proferir una palabra, y sólo acertó á dar un grito.

—Cada vez que veo á Ricardito, se me van tras él ojos y corazon.....

Y no podia hablar.

—Si fuera hijo mio no le querria tanto como le quiero.

—Sosiégate, Antonio, sosiégate.

—Aquí está mi mundo y mi cielo.

—¡Ah!

—Aquí está cuanto amo en la tierra.

—¡Dios mio!

—Aquí están las raíces de mi vida.

—Calla, calla.

—Aquí me estaria perpétuamente mirando una

estrella que sólo hay en estos cielos, oliendo una flor que sólo brota en estos jardines; aquí me estaria, no importándome cosa, con tal de estar, volverme el perro que guarda la casa, ó el pavimento que pisan las plantas de sus amos.

— ¡Ay! Se me parte el alma.

— Muerto, enterrado, tan bien me hallaria como en el cielo. El rayo de una mirada traspasaria la tierra de mi sepultura. El aroma de su aliento volveria el calor á mis helados huesos.

— Vuelve en tí, Antonio; hay algo de vago, de extraño en tus palabras.

— ¡De extraño! Todo es natural. ¿Habeis visto el furor del águila cuando le tocan el nido? ¿Habeis visto al tigre ó al leon cuando amenazan sus madrigueras? Yo vivo aquí; el universo entero se encierra para mi alma en este breve espacio. Fuera de aquí, no hay en el mundo ni tierra, ni cielo, ni aire, ni luz para mí.

— La tierra es grande..... balbuceó Carolina para decir algo.

— Vos tampoco adivináis, señora, todo mi dolor. Vos no comprendéis tampoco lo que pasa por mi corazón. Me van á separar de estos queridos lugares. Me van á vender en el mercado de Nueva Orleans. Van á ponerme una argolla al cuello, una cadena al pié. Van á encerrarme, como si fuera criminal, en el

fondo oscuro de una cárcel. Van á sacarme á pública licitacion. Van á medirme, á registrarme, como se mide y se registra á un caballo. Éste preguntará por mi edad, aquél por mis fuerzas, y el de más allá por mis habilidades. Abriráme uno la boca para ver si tengo los dientes enteros y fuertes, y si puedo servir mucho tiempo de rueda para una máquina, de acémila para un ingenio, de instrumento material para los lucros de otro. Otro me hará correr; esotro saltar. Me vende vuestro esposo, me vende por algunos dollars, ¡él, que es tan rico! Y yo, que sufriria cien ventas, cien, para venir aquí, no sufro una, ni una sola para salir de aquí. Me resistiré hasta el momento último. Pelearé como una fiera. Me defenderé con todas mis armas, con mis manos, con mis piés, con mis dientes, á bocados, más mortales que las mordeduras del perro hidrófobo. Y cuando no pueda más, ¡ah! moriré. Hé aquí la gran defensa del esclavo : la muerte. Sí, en la muerte está la libertad. Sobre el cadáver sólo tiene derecho nuestra madre tierra, que lo recoge y lo devora, sin distinguir, en su santa igualdad, los átomos de un monarca y los átomos de un esclavo. Estoy resuelto : ántes que salir de aquí, ántes que dejar estos alrededores, ántes que abandonar mis plantas, ántes que no ver á Ricardo y no ver á mi señora, ántes que este dolor, que este vacío, la muerte. Prefiero que me arranquen la carne de los

huesos ó la piel de la carne. Méenos dolor sentiria. No, no me iré, no..... no. No me arrancarán de aquí sino á pedazos.

Y miéntras Antonio decia estas palabras, Carolina lloraba.

—¿Qué veo? ¿Llorais?

—No puedo ni debo ocultártelo. Lloro.

—¿Llorais por mí?

—Lloro por tí.

Antonio levantó ambos brazos al cielo en trasporte de júbilo.

—Lloro por tus desgracias, dijo Carolina, rectificando su anterior declaracion.

Pero Antonio no la oyó, no pudo oirla en el trasporte de su alegría. Alzados ambos brazos al cielo, echada la cabeza á la espalda, extáticos los ojos, centelleante de alegría el varonil rostro, los labios vibrando, su gallardo cuerpo sacudido por el latigazo de las grandes emociones, que hieren como un rayo, parecia la estatua de la fuerza, embriagada de victoria, miéntras que Carolina, envuelta en su blanco peinador, destrenzado el cabello, pálido el semblante, llorosos los ojos, trémula toda, más hermosa que nunca en su dolor, parecia la estatua de la ternura, abandonada, como Ariadna, á la tristeza de su soledad y de su pena.

—¡Llorar por mí, llorar por mí! Que esta palabra

no pase nunca de mi oído. Que este instante no se pierda en el tiempo. Que la eternidad entera se compendie en esa frase. Ya puedo morirme. Ella, ella ha llorado por mí. Cada una de sus lágrimas forma un mundo más luminoso y más bello que los astros diseminados en el espacio. Cada una de sus lágrimas podría redimir hasta el infierno. Después de haber escuchado esto, después de haber sabido esto, que una lágrima sola, que una lágrima suya ha descendido hasta mí, ha llegado desde el cielo de sus ojos hasta el fondo de este abismo, ya puede sucederme lo que quiera, en la seguridad de que ningún dolor será bastante á dejarme un dejo capaz de borrar la miel de esta palabra.

—Antonio, dijo Carolina, no me has comprendido.

—¿Que no os he comprendido? ¿Por ventura necesito yo interrogar vuestro corazón para comprenderos? Me basta con recurrir al mío propio. Yo sé lo que sentís, yo sé lo que padecéis, yo sé lo que esperáis, porque, Carolina, yo os amo, y os amo con esperanza.

Carolina, al oír estas palabras, dió un grito de horror. La sangre se le agolpó al rostro, que pasó de una palidez mortal á un grana encendido. Sus lágrimas se evaporaron como si les hubiera aproximado una brasa. Irguióse su cuerpo con altivez y sacudióse su cabeza con orgullo, como una diosa, que dejára la



figura humana para tomar otra más propia de su naturaleza y de su estirpe. Sus ojos, ántes melancólicos, fulminaron rayos de ira. Asió con fuerza, con vigor el brazo de Antonio, como para sacarlo de aquel magnetismo, y le dijo :

—Esclavo, has faltado indignamente á tu ama, de pensamiento, de palabra.

Antonio no contestó, embelesado en mirar la hermosura que habia adquirido aquella hermosísima mujer en su transfiguracion maravillosa.

—Esclavo, que te atreves á eso, mereces ser vendido.

—Señora, ¿qué decis?

Y un rugido de ira partió del pecho inflamado de aquel hombre.

—Mereces ser vendido, ya que injurias con atrevimiento á tu señora, ya que pones torpes esperanzas sobre su honor y su conciencia.

—Perdon, señora, perdon.

—Véte de mi presencia.

—Un instante no más.....

—Ni un segundo.

—Dejadme.....

—Lo mando.

—Por piedad.

—No hay piedad.

—¿Vos tambien seriais capaz de venderme?

— De matarte.

— Matadme en buen hora.

Antonio se acercó á Carolina.

— Apártate.

— Matadme.

— Apártate, Antonio, ó hago que vengan los negros y te echen á latigazos.

— ¿Qué decis?

— Que jamas vuelvas á verme.

Y Carolina abrió con furia la puerta de su gabinete, se encerró en él, dirigiendo un gesto de reconvencion desdeñosa al infeliz Antonio, que se arrojaba á sus plantas, y que al verse despreciado, comenzó á errar por aquellas estancias y á balbucear palabras incoherentes, pareciendo, en lo agitado de su respiracion, en lo crispado de sus nervios, en lo incierto de sus movimientos, un leon herido.

---

---

## CAPÍTULO XXXII.

### LA INOCENCIA.

La habitacion de Carolina denotaba el carácter de la hermosísima, inteligente, artística dama. Tapicería de damasco blanco, orlada por sencillos juncos de oro, cubria las paredes; un fresco, en el cual resaltaban escenas de la naturaleza, como el advenimiento de la primavera, en gusto pompeyano, la bóveda; un mosaico, imitando los mejores tiempos romanos, el pavimento. En el centro se elevaba perfecta copia en mármol de la Vénus de Milo, que parecia extender sobre todos los objetos reflejos purísimos de su castidad y de su hermosura. Sobre el blanco damasco resaltaban cuadros de los primeros maestros: un paisaje de Claudio Lorena, que representaba el anocheecer en los bosques; unos Apóstoles de Fra Bartolomeo, que hubiera podido creer suyos, por la valentía del dibujo y la sublimidad de la expresion, el mismo Miguel Ángel; un retrato de Rembrandt, prodigio

de luz y de color; una Virgen de Murillo, que retrataba el cielo y la bienaventuranza en el éxtasis de su divina mirada. Almohadones de damasco, blanco tambien, rodeaban la sala, y cortinas de enredaderas cargadas de flores, con claros para dejar ver el campo y el cielo, ornaban las ventanas por fuera, mientras que por dentro ornábanles redes de seda tan ligeras y tan aéreas como encajes. Tres puertas habia en aquella lujosa estancia. La de entrada; la puerta de la derecha, que daba al dormitorio de Carolina, detras del cual se encontraba aparte el dormitorio de Ricardo; la de enfrente, que daba á la biblioteca especial de la señora; en tanto que por la izquierda se abrian grandes ventanas para dejar amplitud al aire y á la luz.

En el momento de entrar Carolina, despues de haber despedido al audaz Antonio, acababa de anochecer, y las bujías, ya encendidas, derramaban por todos aquellos espacios torrentes de luz deslumbradora. La pobre jóven, herida en lo más hondo de su alma, se arrojó sobre uno de los almohadones, sin ánimo, sin fuerzas, víctima de pena, tan superior á su sensibilidad, que ni siquiera despedia lágrimas. Todo el horror de la tristísima situacion se dibujó ante sus ojos caldeados por la fiebre: su propia pasion por Antonio, la audacia del siervo que habia creido ser amado, la necesidad de una separacion definitiva entre am-

bos, el horror de que esta separacion, aunque necesaria, aunque indispensable, dolorosísima, se verificára por la venta en el mercado de esclavos. Entre estas encontradas corrientes, el corazon de Carolina era arrastrado como por una tromba, y su cabeza herida como de un vértigo, y sus facultades todas asaltadas por una especie de fiebre que la hacía creerse próxima á la demencia.

En esto, abrióse la puerta y apareció Ricardo, que venía á recogerse. El niño tenía á la sazón, por 1850, siete años. Aunque de edad tan corta comenzaba á dar señales de precoz inteligencia y de amor profundo á su cariñosa madre. La presencia del hijo de sus entrañas serenó un momento la afliccion de Carolina. ¿Habeis visto en deshecha tempestad brillar á deshora por algun lado un fragmento del cielo, un reflejo del iris? Pues de la misma suerte brillaba aquel niño en la tempestuosísima vida de la esposa infeliz, que sólo tenía á su dolor intenso el dulce lenitivo de ser madre afortunada.

Ricardo corrió hácia ella, se echó en su regazo, encaramóse á coger con ambas manecitas la cara de su madre y la llenó de besos fervientes. Carolina estrechó á su hijo con tal furia contra su pecho, que parecia querer ahogarlo. Las dos hermosísimas cabezas de niño y madre se juntaban como dos rosas sobre el mismo tallo; sus alientos se confundian; sus



ojos se miraban mutuamente y volvian á mirarse; un diluvio de besos acompañaban á las miradas de cariño, á las ternezas de palabra, á los efusivos abrazos:

—¡Cuánto te quiero, hijo mio, consuelo mio, esperanza de tu madre, ángel de Dios!

—Y yo, mamá, mamá mia, te adoro.

—Deja, deja que te dé cien besos.

—Y yo á tí.

—Deja que te mire ántes de acostarte.

—Voy á darte, mamá, un beso aquí.

Y la besaba en la mejilla.

—Voy á darte otro beso aquí.

Y la besaba en la mejilla opuesta.

—Voy á darte otro beso aquí.

Y la besaba en la frente.

—Voy á darte mil besos aquí.

Y la besaba profusamente en los ojos; besos á que respondia Carolina con otros tantos.

—Mira, te he traído esta rosa.

—Gracias, hijo mio.

—Mira, estoy arreglando para mañana mi borreguito.

—¿De véras?

—Lo lavarán. Estará blanco. Y le pondrémos lazos celestes.

—¡Qué bonito estará!

—Y un collar de campanillas.

- 
- ¡Qué ruido hará!
- Y en el collar una flor preciosa.
- Lindísimo.
- Y yo iré con un vestido de San Juanito á la procesion de la aldea.
- ¿De San Juanito?
- Sí.
- ¿Cómo es ese vestido?
- Mira, de una piel preciosa me hacen un pellico.
- ¿De véras?
- Y me ponen unas sandalias.....
- ¿De véras?
- Y me dejan muy rizado el cabello.
- ¡Qué hermoso estarás!
- Y me dan una crucecita plateada.
- Bien, bien.
- Y luégo mi corderito me seguirá.
- Como siempre.
- Y cátrate á Ricardin de San Juanito hecho y derecho.
- ¡Ángel mio!
- Pues todo lo han arreglado.....
- ¿Entre quién?
- Entre Antonio y Panchita.
- ¿De véras?
- Antonio lo ha cortado.....
- Bien.

—Y Panchita lo ha cosido.

—¿Te lo has probado?

—¡Vaya! me han desnudado.

—¡Oh!

—Dicen que debo ir los brazos desnudos, las piernas desnudas, los piés sin medias, y escotado, muy escotado, como una señorita.

Carolina se sonrió dulcemente.

—Cuando yo ande, el borreguito irá á mi lado; y cuando yo me siente, el borreguito estará entre mis brazos.....

—Pobre borrego, lo vas á atormentar.

—No lo creas. Lo quiero más.....!

—Así, hijo mio, así. Debe el niño bueno querer á todos los seres.

—Yo los quiero á todos.

—¡Querido ángel mio!

—Quiero á las palomas, quiero á las mariposas, quiero á los pájaros.

—Así debes ser, Ricardito mio. Todas las criaturas son, como tú, como papá, como mamá, hijas de Dios.

—¿Los esclavos tambien?

—Los esclavos tambien.

—El administrador dice que no.

—El administrador no sabe lo que se dice.

—Pues cuenta una historia que te voy á contar.

—¿A ver?

—Dice que el patriarca Noé tenía tres hijos, y que el segundo de estos tres hijos se burló del patriarca, y que el patriarca y Dios le condenaron por esta burla á ser él y sus hijos y sus nietos esclavos de sus hermanos, y que Antonio y Panchita son nietos del hijo malo del patriarca. ¿No es verdad que es muy malo burlarse de los padres y de los mayores?

—Muy malo.

—Pero Antonio y Panchita son tan buenos.....

—Que no merecen el castigo dicho por el administrador.

—No, mamá.

—Pues cuando te vuelva á contar eso el administrador, respóndele tú lo que va á decirte tu madre. Podrán haber caido tales maldiciones sobre los hijos de los antiguos patriarcas. Pero toda maldicion se ha borrado, porque Dios mandó su propio Hijo á rescatar la culpa de los hombres y á conjurar la cólera de los cielos. Y el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro Redentor, padeció, lloró, tuvo sed y tuvo hambre. Su palabra, que habia creado el espíritu, se extinguió en los labios; sus ojos, que habian encendido la luz sobre el caos, se apagaron; su aliento creador, que habia dado vida á todas las criaturas, se disipó en la muerte; y el que formára del barro de la tierra á los hombres, murió en la cruz, en el patíbulo del esclavo, á manos de los hombres. Desde entónces, desde

aquel día supremo, no hay ni señores ni esclavos, ni elegidos ni malditos, no hay en la tierra más que hijos de Dios, todos hijos de Dios, todos redimidos de la culpa por la intercesion de Cristo, y todos herederos de la gloria eterna.

—¿Yo soy igual á Antonio?

—Igual á Antonio.

—¿Pero tú no eres igual á Panchita?

—Igual, hijo mio, igual. A los ojos de Dios el alma no tiene color. Si Panchita es mejor que yo, Panchita será tambien superior á mí. En Cristo somos todos hermanos. Y cada cual se salva segun la gracia de Dios y sus propias obras, lo mismo tú que Antonio, lo mismo Panchita que tu madre.

En esto se oyó, al traves de las enredaderas, una cancion de Antonio.

—¡Mamá! dijo Ricardo, tan por extremo compungido, que distrajo la atencion de Carolina.

—¿Qué tienes?

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Por qué haces esos pucheros?

—Porque Antonio me ha dicho que ya no le veré más.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí, mamá.

—¿Y lloraba?

—Lloraba mucho.



—¡Pobre Antonio!

—Yo le quiero.

—Ya lo sé.

—Yo le he dicho que te pediría á tí, ántes de acostarme, que no se fuese.

—¡Á mí!

—Á tí, mamá, mamá mia.

—Yo no puedo nada en esta casa.

—Que no se vaya Antonio.

Y los pucheros de Ricardo se elevaron á sollozos.

—Que no se vaya Antonio.

Y no cesaba de llorar y repetir la misma cantinela.

—Ya verémos mañana.

—Yo quiero que no se vaya.

Y lloraba.

—Lo que tú tienes, Ricardo, es sueño.

—Prométeme que no se irá Antonio.

—Ya harémos lo posible. Vamos á acostarte.

El niño se serenó con esta promesa indirecta.

—¿Llamo á Panchita?

—No, te acostaré yo misma. Toma esa vela.

Y Ricardo tomó una palmatoria de plata que estaba sobre la mesa.

—Á dormir, á dormir.

—Lo que tú quieras, mamá. Pero que no se vaya Antonio.

—Vamos á dormir.

Y Carolina cogió la palmatoria en una mano, el bracito de su hijo en la otra, abrió la puerta de su dormitorio, pasó por él rápidamente, entró en el dormitorio de su hijo, dejó la vela sobre la mesa de noche, y se puso á desnudar á Ricardo, dando á cada momento un beso en sus sonrosadas carnecitas.

El niño miró atentamente á su madre y le dijo :

— Mamá, parece que hayas llorado.

— Hijo mio, reza.

Ricardito se puso de rodillas sobre la cama ántes de envolverse en las sábanas, plegó sus manecitas y clavó los ojos en una magnífica copia de la Virgen de la Silla, de Rafael, que á su frente pendia.

— Reza por tu padre.

Y el niño rezó.

— Reza por tu madre, hijo mio.

Y rezó el niño con más fervor.

— Reza por todos los desgraciados.

Y continuó el niño rezando.

— Vamos, acuéstate.

— Espera, mamá. Voy á rezar para que Antonio no se vaya.

Y aquél fué el rezo más ferviente de todos los rezos de Ricardo.

— ¡ Inocente ! exclamó Carolina.

— Buenas noches, mamá.

— Buenas noches, hijo mio, le respondió Carolina, cubriendo de besos las mejillas de su hijo.

Y el niño se durmió dulcemente.

Largo rato, despues que el niño se habia dormido, estuvo Carolina contemplándolo. No se cansaba de mirar la paz en el rostro, la serenidad en el sueño, el color en las mejillas, la tersura en la frente, los cabellos ensortijados, las carnes apretadas y sonrosadísimas, la respiracion tranquila, y el aroma de inocencia, de candor, que en torno suyo despedia aquel pedazo de su corazon, manantial purísimo de sus únicas alegrías, ángel de sus consuelos. El espíritu de Carolina se concentró en la idea suprema de la educacion de su hijo. Como el ave, inspirada por el oráculo divino del amor, recoge las hojas secas, la goma derretida, el filamento de las plantas, las plumas arrojadas en los corrales; las lanillas caidas de los vellores en los apriscos; y valiéndose de sus patitas, de su pico, arregla, construye, cincela primero, y amolda luégo con el pecho, con el vientre, los nidos al huevo y á los polluelos que del huevo saldrán, mostrando ciencia instintiva de física, de mecánica, de arquitectura, de escultura, para formar el santuario de su corazon, el hogar de su familia, el templo de lo porvenir, la madre, la madre aprenderá todas las artes, todas las ciencias en las revelaciones de su corazon

transfigurado, y abrirá al hijo querido los caminos de la vida.

Ella, la madre, sabrá higiene que lo preserve, medicina que lo cure, moral que lo verifique, el arte de esas canciones melancólicas que lo arrullen y lo adormezcan, la historia en cuentos que lo distraigan y lo ilustren, la teología natural, que habla de Dios y de su amor infinito; la elocuencia no aprendida, que despierta ideas y sentimientos; la prevision elevada á veces al carácter sublime de una verdadera profecía, la plegaria religiosa, apropiada á cada acto de la vida, como jamas la supieron los santos en sus éxtasis; la ciencia toda necesaria á iluminar los albores primeros de la vida.

Así es que cerró los ojos Carolina y se puso á pensar en su hijo, exclusivamente en su hijo; en el gozo divino que difundió por sus venas al palpitar dentro de sus entrañas, en el dolor sagrado que le impuso á la hora suprema de venir al mundo, en la lactancia con que lo alimentó, no queriendo que ninguna mujer compartiese con ella este divino ministerio; en las angustias de las enfermedades frecuentísimas por edad tan tierna, en las palabras primeras que gorjeára su garganta, en la curiosidad con que miraba todos los objetos y en la avidez con que les tendia las manos, en la sonrisa de preferencia y en la mirada de amor

que siempre consagraba á su madre, en cuyo seno únicamente queria reposar y dormirse.

Deteníase Carolina con amor á recordar el instante en que su hijo naciera, instante que comparaba con la Noche Buena de su hogar y con los santos placeres de su inocencia. Así, como en su niñez, al són de rabeles y zampoñas, al toque alegre de las campanas que repicaban á media noche, entre cánticos sencillos y religiosos, el niño venía como un Dios, saludado por las estrellas del cielo y por las alimañas del establo, bendecido por los ángeles y por los pastores; en aquella noche del nacimiento de su hijo, en aquella noche, en que el gozo moral hubiérala acabado sin la providencialísima compensacion del dolor físico; en aquella noche, al oír su primer vagido, al verle en la primera expansion de la vida, al tocar su cuerpecito desnudo con las manos trémulas, al estrecharlo por vez primera contra su seno, y posar en su frente los labios, habia sentido tambien que aquel niño era el enviado del cielo á su vida, el reflejo de lo divino en su hogar: Dios, Dios mismo revelándose en la inspiracion casta del amor más puro y en el verbo divino de aquella querida criatura.

Desde entónces sólo pensó en su crianza, en su educacion, en su cultura. Rodeóle de juegos, de juguetes, de chucherías, que él destrozaba para satisfacer las instintivas necesidades de análisis congéni-



tas al espíritu humano hasta en sus comienzos. Entrególo todo entero á los abrazos de la naturaleza, á la vida física, para que fuese en lo porvenir, por su robustez, por su fuerza, por su connaturalizacion sencilla con los elementos, digno ciudadano del universo. Así que los primeros latidos del sentimiento resonaron en su corazón, le enseñó á querer; así que las primeras palabras, albores de la idea, vagaron por sus labios, le enseñó á orar; pulir su cuerpo, iluminar su alma eran los propósitos casi exclusivos de la existencia de Carolina; existencia compendiada, resumida en su hijo.

Pero en aquel momento supremo comenzaba una crisis suprema también. El ministerio de la madre en la educación no se acaba nunca, porque la mujer es siempre la escultora divina del alma. Pero en cuanto el niño crece, tiene sobre él más imperio, más influencia, más poder, y por lo mismo más derechos, el padre. Halo llevado la madre en su seno, halo tenido en su regazo, lo ha vivificado con su sangre en las entrañas, lo ha nutrido con la leche de sus pechos, y después le ha puesto las cuerdas del sentimiento en el arpa del corazón, y los espejismos del arte en los celajes infinitos de la fantasía. Merced á la inspiración de la madre, es bueno, es caritativo, es artista, es poeta, es humano; comparte todos los dolores, se compadece de todas las debilidades, sueña, idea, ama, tiene ima-

ginacion y sentimiento. Pero el hombre no ha de vivir solamente en la naturaleza como un rey en su palacio, ha de luchar con la naturaleza; el hombre no ha de vivir con los demas hombres como un fraile en su convento; ha de sentir la emulacion de las competencias humanas, y ha de abrazar la ruda pena del trabajo; el hombre no ha de encontrar una sociedad completamente apropiada á su genio y á su espíritu, puesto que la sociedad será mantenida por una generacion y renovada por otra en esta serie de acciones y reacciones que forman el tejido de la historia humana; y necesitará, para llevar su contingente de esfuerzos á la obra del progreso universal, ser tambien ciudadano. Y en este momento comienza la educacion del padre, cuando el niño se apercibe á entrar en el período de la pubertad. La madre lo ha hecho religioso y moral, deberá hacerlo el padre fuerte y trabajador; la madre le ha dado el sentimiento, y el padre le dará la idea; la madre lo ha educado para las satisfacciones y para los cariños, el padre deberá educarlo para las tristes asperezas y para los combates sangrientos de la vida.

Y hé aquí por qué el matrimonio debe ser eterno, indisoluble, extenderse á más allá de la muerte, y los esposos deben jurar amarse hasta la eternidad, porque sólo unidos en sentimientos, sólo unidos en ideas, sólo unidos en vida y en muerte podrán formar el

alma entera, el alma completa, de sentimiento y de idea, de amor y de combate, de poesía y de realidad, de familia y de sociedad; para el hogar, para el taller, para el comicio, para el mundo; alma múltiple, vária, infinita, como la necesitan para ser felices en sí mismos, útiles á sus semejantes, bienhechores para el mundo, todos, todos los hijos.

Pero ¡ah! que Carolina veía los peligros abriendo sus bocas de abismo al pié del lecho de su hijo; veía las tempestades arremolinar nubes de muerte en torno de su frente, porque las ideas de su madre eran unas, y otras las ideas de su padre; porque éste se habia caído para siempre del corazón de su esposa; porque tras las últimas cartas y los últimos sucesos el divorcio entre aquellas dos almas estaba completamente consumado, y la ruina moral de aquel hogar estaba hecha; y todos los fragmentos, todos, de estas ruinas, ya irreparables, iban á caer sobre el lecho de su hijo é iban á aplastar su corazón de niño y su ventura en el mundo. Así es que alzó los brazos al cielo primero, los tendió luégo sobre el cuerpo de Ricardo, lo abrazó con el terror con que pudiera abrazarlo en grande, en terrible naufragio, é inundó de lágrimas su rostro. El niño dió un gemido como si se despertára; mas súbitamente su madre volvió en sí, entonó una canción melancólica, y se quedó profundamente dormido en la inocencia el hijo de sus entrañas.

---

---

---

## CAPÍTULO XXXIII.

### LA TEMPESTAD.

La noche era calurosísima. Carolina abandonó la habitación de su hijo con alguna tranquilidad, y se fué á respirar en atmósfera más fresca á la magnífica galería de mármoles que daba sobre el frente principal de los jardines. Allí no encontró alivio al calor sofocante. La tierra parecía un horno, el cielo inmensa condensacion de las nubes de humo exhaladas por el horno. Los nervios de la jóven vibraban, no sólo á las emociones de aquellos angustiosos dias, sino tambien á la sacudida de las corrientes eléctricas, diseminadas por los aires. La agitacion de su alma se completaba con la extraña, con la violenta, con la terrible agitacion de su cuerpo. No se doblega una caña al viento, como se doblegaba Carolina al impulso de su dolor tenaz é intenso. Las nubes de tal suerte estaban bajas, que caian con terrible pesadumbre sobre su cerebro. En su retina, caldeada por

la fiebre, se dibujaban aquellos nubarrones como aves de rapiña gigantescas, venidas de los abismos infinitos á devorar sus sesos. De vez en cuando un relámpago de intensidad extraordinaria atravesaba el cielo; un ruidoso trueno rodaba por sus abismos, y al centelleo del relámpago y al estampido del trueno, terribles sacudimientos conmovian todos los nervios de Carolina con profundísima conmocion.

Rápidamente se habian condensado aquellos océanos de vapor tempestuoso, en cuyos senos chispeaba y rugia el rayo. Estaban los cielos negros como el fondo de una tumba, y por sus espesas tinieblas culebreaban los relámpagos, en tal número é intensidad, que parecian cataratas de fuego. La siniestra claridad, semejante á un dia rápido y pálido, brillaba un momento, y cuando se habia apagado sonaba la voz terrible de la tempestad, repercutida por el suelo caldeado y por las nubes llenas de llamaradas horribles. En todos lados, por todos los bordes del horizonte, culebreaban las centellas; y dos ó tres terribles truenos se encontraban como las olas en los remolinos, formando un coro verdaderamente infernal. Las gotas que llovian las nubes, y los granizos que daban sobre los cristales y los árboles, venian á acrecentar lo terrible del estruendo. Carolina estaba agitada como diz que se agita la aguja magnética al aproximarse á una montaña saturada de chispas eléc-



tricas, pues el aire parecia campo inmenso de batalla, donde las nubes armadas de sus rayos, como los dioses antiguos, mantenian entre sí una terrible lucha, agitando profundamente desde los senos del mar hasta los senos de la tierra.

¿Qué relacion verdaderamente misteriosa hay entre el espíritu y la naturaleza? Tempestades en el cielo y tempestades en el alma; gotas ardientes de lluvia eléctrica y lágrimas ardientes de dolor infinito; el relámpago en los aires y el sentimiento en el pecho; el rayo atravesando la bóveda celeste y la idea hiriendo el cerebro; en el universo y en el espíritu, en el horizonte visible y en el alma invisible, los mismos dolores, las mismas tempestades, los mismos lamentos, como si el mundo externo fuera el organismo del espíritu.

Sólo habia una diferencia, y era que las tempestades de la naturaleza serian pasajeras, y las tempestades del corazon iban á ser eternas; que la naturaleza necesita las tormentas, porque purifican la atmósfera y restablecen la armonía de sus corrientes, miéntras que los dolores morales destruyen, matan. Así es que Carolina se retorcia al choque del relámpago y al choque de la idea; se aterraba al estampido del trueno y al estampido del remordimiento; se sumergia en aquel baño de fuego, y se sumergia tambien hasta ahogarse en océanos de lágrimas. Tierra

y cielo, pensamiento y memoria, pasado, presente, porvenir, todo, todo estaba para ella, para su corazón, todo erizado de agudísimas espinas. No veía ni un claro en el cielo, ni un claro en su conciencia. Convertía los ojos á todas partes, y en todas partes encontraba algo que la reconviniere, algo que la maldijera, la sacudida de sus internos terrores, el reflejo de sus remordimientos.

¿Por qué había roto, pobre alma, la ley de la naturaleza? El amor es el principio universal, porque el amor refunde los contrarios, la ternura y la fuerza, la satisfacción y el deseo, la muerte y la inmortalidad. El amor junta lo que parecía separado; completa lo que parecía incompleto; enciende la luz de la idea divina en la inteligencia oscura, y el fuego de la pasión voraz en el pecho ántes helado. Todo el que ama se consume en el amor como el cirio en la llama, y desea instintivamente morir por el objeto amado. No es posible analizar el amor. Se siente y no se comprende. Es una luz en cuyo seno hay un misterio. El alma que analiza el amor corre el peligro de Psíquis, la cual encendió su lámpara para ver al bien amado que venía de noche á enamorarla en las tinieblas, y el bien amado se le disipa, se le desvanece, se le evapora, castigo de su curiosidad, en los giros del aire como un aroma, y como un resplandor en los arreboles del cielo, dejándola viuda y solitaria sobre

la tierra. Es necesario cumplir religiosa y desinteresadamente esta ley que perpetúa las especies, engendrando nuevos seres, y que devora con sus angustias, con sus celos, con sus deseos sin satisfaccion posible, con su sed eterna, los seres vivientes; que trae á unos á la cuna, y lleva á otros al sepulcro; que consume y aviva, que crea y mata. ¡Pobre Carolina, víctima inocente del destino! Casada ántes de amar, y amando, despues de haberse casado, á otro hombre que no era su marido; viviente demostracion de que el interes no puede sustituir al amor, como el análisis no puede crear de nuevo la fe perdida, ni su brillo, ni su calor, ni su divina fecundidad. Contradiendo á la naturaleza, figurándose que toda la vida podia concentrarse en la amistad tranquila de los primeros dias de su matrimonio, Carolina se entregó á un hombre á quien no amaba, y ahora, en el desierto de su vida, en el hielo de su hogar entreveia el amor como si, condenada al fuego del infierno, viese desde sus profundos abismos, para mayor desesperacion, un lejano confin del paraíso, un espejismo del cielo, un albor de la bienaventuranza.

Así es que la tempestad de aquellos momentos supremos correspondia á la tempestad de su espíritu, tempestad igualmente intensa que la del cielo, y mucho más duradera. Pero el ruido del trueno era tan fuerte, el centelleo del relámpago tan frecuente, el

bramar del aire electrizado en las ramas del bosque tan extraño, que el pensamiento de Carolina se dejó arrastrar por los sacudimientos de la tempestad. Si la seguridad de que los pararrayos preservaban de todo peligro su habitación no la serenase, tendría miedo, no por ella en verdad, sino por su hijo. Cuando todavía no acababa esta idea de cruzar por su mente, un relámpago intensísimo inunda en siniestra claridad los cielos; con el centelleo del relámpago coincide el culebrear de un rayo, que baja como voraz serpiente de fuego sobre los techos; con el culebrear del rayo, el estampido seco de un trueno semejante á varias descargas de artillería; con este espantoso estruendo, el sacudimiento de todo el palacio, que parecía un buque en alta mar zozobrando; y á los pocos momentos, no repuesta aún Carolina del estremecimiento que en su cuerpo y del terror que en su alma había despertado la descarga eléctrica, aparece Panchita, medio exánime, con ojos y ademanes de demente, sin poder proferir una palabra, hasta que por un esfuerzo sobrehumano dice: «Fuego, rayo, rayo, Ricardito se abrasa.»

Oír esto Carolina y lanzarse al cuarto de su hijo es obra de un minuto. Pero las llamas salen por la puerta y la asfixian, y cae sin sentido como herida de un rayo. Mas su voluntad es superior á su naturaleza, y arrastrándose por el suelo, en medio de los estreme-

cimientos de una convulsion espantosa, grita con fuerte voz : « ¡ Socorro, socorro ! » Apénas el viento ha recogido estas palabras, cuando aparece Antonio, mira á Carolina, le coge la mano, se la aprieta con furor y exclama : « Voy á morir por vuestro hijo. »

La presencia de Antonio devuelve el ánimo á Carolina, que se levanta, se queda como petrificada, y mira con terror las puertas del dormitorio por donde habia penetrado el esclavo. En efecto, salta éste entre las llamas como si volára, corre al lecho rodeado de humo, arranca de allí á Ricardo, abre una ventana, lánzase con el niño al jardin, vuelve á entrar por la puerta de la galería, y lo deposita en brazos de su madre, sano y salvo. Carolina se adelanta fuera de sí á recoger á su hijo, que Antonio viene besando, y en aquel momento los rostros de ambos jóvenes se tocan y se confunden sobre el rostro del niño. En su expansion Carolina tiende sus brazos á Antonio para darle gracias por haber salvado á su hijo; pero el mulato le dice que no se contenta con salvar al niño, que desea salvar tambien los objetos pertenecientes al niño, y caros á la memoria de sus padres.

En vano pugna por retenerlo junto á sí Carolina. El amante quiere probar que le importa poco la vida cuando se trata de arriesgarla y áun de perderla por su amada. El amor le sostiene, le alienta, le vuelve invulnerable, incombustible, inmortal como á



los caballeros milagrosos de la Edad Media. Y en efecto, sereno en medio de las llamas, desafiando la muerte, entre nubes de humo, donde la respiracion es imposible, Antonio salva todos los objetos que el fuego no habia aún consumido.

Una interrupcion en el pararrayos que avecinaba la cámara de Ricardo habia atraido á su habitacion la descarga eléctrica. La camita de cristal de roca, verdadero prodigio de arte, en que dormia, y las cubiertas de seda le preservaron del rayo.

Pero las llamas estaban á punto de consumirlo, el humo á punto de asfixiarlo, cuando le salvó la mano poderosa de Antonio. Los tapices de las paredes, los cuadros, los pabellones, todo ardió. Pero las joyas de Ricardo, su rico ajuar, esto se salvó, merced á la serenidad, al valor, á la firmeza del esclavo. Despues de haber salvado todos estos objetos con una felicidad increíble, se dió á extinguir las llamas, sin que ninguno de los esclavos se atreviera á los riesgos á que él se atreviera, ni llegára á los sitios á que él llegaba.

Largas horas duró aquella lucha titánica con los elementos. Aquí una nube de humo le cortaba la respiracion, allí una llamarada le abrasaba las carnes, allá un objeto desprendido le amenaza el cráneo, acullá el suelo candente le quemaba las plantas de los piés. Pero aquel hijo de las selvas americanas,

---

aquel agilísimo cazador, aquel gran gimnasta, parecía estar en el fuego como en su elemento, por haber sido forjado en el bronce en que forja naturaleza los seres fuertes. La servidumbre entera, que le auxiliaba de lejos, repetía sus alabanzas y admiraba el prodigio de su valor y de su esfuerzo. Por fin, luego que hubo salvado á Ricardo de aquella segura muerte, á Carolina de aquella segura desgracia, á la quinta de aquel seguro incendio, luchando horas y horas con las llamas, al dejarlo todo concluido, todo en su puesto, la sensibilidad se sobrepuso á la fuerza, y una especie de ataque epiléptico le sobrecogió con furia en la habitacion misma de Carolina. Ésta hizo que pusieran al salvador de su hijo en su propio lecho para cuidarlo ella misma, y mandó á Panchita que se quedara con ella á velarlo. Y ama y esclava velaron aquella noche al esclavo, con gran extrañeza del administrador, que no comprendía, aun después de lo sucedido, tantas deferencias á un siervo y á un mulato.

---

---

---

## CAPÍTULO XXXIV.

¡IMPLACABLE!

El afecto que hasta entónces habia sentido Carolina por Antonio se convirtió en una verdadera pasión. La pobre jóven comprendió que con su esposo la ligaba el deber, y con el mulato la ligaba el corazón. Al sentir esta verdad tristísima, sufrió su cabeza un vahido, como si al borde oscuro de insondable abismo se acercára. Comprendió que sola, abandonada por tan largo tiempo de su esposo, y por una pasión exaltadísima acometida en su virtud y en su conciencia, no podia ménos que luchar sin esperanza y sin éxito. Separarse de Antonio, separarse inmediatamente, era necesario. A medida que más exaltadamente le amaba, más comprendia la necesidad de esta separacion. Pero Antonio la habia cuidado como una providencia, Antonio la habia sostenido como un ángel custodio, y Antonio habia salvado de las llamas al amor de sus amores, á su hijo.

¿Qué hubiera sido de su existencia sin el hijo de sus entrañas? En vez de aquel sér sonrosado, hermoso, en cuyos ojos bebía la luz, en cuya sonrisa la miel única de su vida, hubiérase encontrado con un cadáver carbonizado por el incendio. Y solamente á Antonio le debía la vida de su hijo; á Antonio, que arriesgaba su existencia por ella y por Ricardo. Al contacto de este pensamiento, latían sus sienes, henchidas de ideas; latía su corazón, de sentimientos henchido; enardecíanse las venas como si fueran venas de un volcán, y murmuraba entre dientes no serle, no, posible la victoria sobre Antonio, sobre su avasalladora naturaleza, sobre sus fascinantes pasiones. El celo que había mostrado el mulato siempre por ella, el culto religioso, el amor apasionado, su último sacrificio por el amenazado niño, dándole segunda vez la vida, en virtud de un milagro de heroísmo, todo esto, á la verdad, rompía los diques de su voluntad y la arrastraba en la corriente impetuosa de una pasión que rayaba en demencia.

—Seré débil, decía, seré criminal, pero yo no puedo resistir á ese hombre. Quizá mi voluntad sea cómplice de mi culpa. Quizá, mandando sobre mí con verdadero imperio, podría vencerme y salvarme. Pero mi voluntad no quiere ser ni redimida ni salvada. En esta deshecha tormenta sólo me queda, como luminaria próxima á extinguirse, la vacilante luz de mi

conciencia. Pero esa luz puede apagarse en un momento de frenesí, y cuando renazca habrá repacido sobre los restos despedazados de mi virtud y de mi honra. No hay más remedio que la separacion inmediata de Antonio; no hay, no puede haber más remedio. Se necesita urgentemente ocurrir á este supremo remedio.

Pero separarse de Antonio para que su ignominia continúe, para que su esclavitud dure y se prolongue, para que el trabajo forzado sea todo su porvenir, para que el cepo aherroje sus piés y el látigo manche sus espaldas; separarse así de Antonio era imposible, completamente imposible á su corazon. Uno de los mayores recreos de su vida habia sido, cuando contemplaba nerviosa ave prisionera, cautiva, chocando con los hierros de su cárcel, procurarle la libertad, á fin de ver su alegría y oír el gorjeo de su garganta y el roce del ala desplegada en el inmenso aire; y no podia dar libertad á un humano, aunque aquella libertad hubiera de ser su desgracia.

Y este sér humano era algo más que su siervo, era el salvador de su hijo. Desde el momento mismo en que consumára aquella accion, habia pasado á formar, no ya parte integrante de la familia, sino parte integrante del alma de una madre redimida, de una madre vuelta á su dicha, que iba á perderse entre el humo del incendio. Era cosa increíble para la pobre



Carolina que fuese tan despadiado é ingrato su marido. ¿Estaría el alma de Jura cerrada á todo sentimiento humano? ¿Vendería, no ya al siervo fiel, sino al salvador heroico de su hijo? Carolina apeló al telégrafo para noticiar á su esposo el horrible caso y la sublime heroicidad de Antonio. Su telegrama se hallaba concebido en los siguientes términos :

« Horrorosa tempestad. Exhalacion caida en el gabinete de nuestro hijo. Incendio. Ricardo á punto de morir asfixiado. Salvóle Antonio con riesgo de su vida, penetrando entre las llamas. Ha estado á punto de morir. Creo que esta accion tan noble bien merece la libertad de Antonio. La pido en nombre de los sentimientos más caros á tu corazon; la pido como madre.—*Carolina.* »

Retirado estaba Jura en su habitacion cuando recibiera este telegrama. El corazon le estalló en ira. No vió el peligro que habia corrido su hijo ni el sacrificio que habia hecho su siervo. No sintió penetrar en sus entrañas de padre la inmensa gratitud que rebosaba del corazon de la madre. Los celos, solamente los celos, exaltados, furiosos, encendieron su sangre y abrasaron sus carnes. El combate con los estragos del rayo y el paso en medio de la llamas no habian sido, en su sentir, más que medios empleados para ganarse el corazon de Carolina y asegurar así más la deshonra del esposo.

Fuera de sí, y al ímpetu de esta idea, dirigió la siguiente respuesta á Carolina : « Celebro la salvacion de mi hijo. Antonio ha cumplido con su deber de siervo. Para eso le teníamos. Ya no oigo más ruegos, ni atiendo á más plazos. Vended en seguida á Antonio. Lo mando con todo imperio. Vuelvo á casa, y no quiero encontrarme en casa con Antonio. Que lo envíen al mercado mañana mismo.—*Jura.*»

Cuando Carolina recibió este parte, lo devoró con la vista, y al ver su contenido, lo estrujó entre las manos, y sólo pronunció estas palabras: «¡Implacable como el destino!»

---

---

---

## CAPÍTULO XXXV.

### LA CAIDA.

Noche misteriosa. Las estrellas brillaban como otras tantas retinas centelleantes de amor. Las brisas del apartado mar, las auras del vecino río suspiraban voluptuosas y embriagadoras. Las flores abrían sus cálices y exhalaban aromas que podían confundirse con el aliento de un pecho enamorado. Sobre las flores, entre el verde follaje, brillaban algunas luciérnagas. Los extraños, los poéticos rumores de la noche concertaban una verdadera sinfonía, animada por mezcla extraña de sensualidad y de misticismo. El rocío que sobre las hojas temblaba, podía tomarse por esas lágrimas de las pasiones, que son la lluvia de las tempestades del alma. El rayo de luz que una estrella mandaba á otra estrella; el aura y la brisa que se confundían como dos oraciones; la esencia que ascendía de las flores y el rocío que bajaba de los aires; el concierto de los ruiseñores, en su insomnio subli-

me, en su celo por los futuros artistas que han de perpetuar sus coros; el quejido del cuclillo y hasta el grito del sapo, toda esta confusion de rumores convidaban al amor, y en el amor á la esperanza.

Carolina estaba inclinada sobre la barandilla de una de las ventanas de su habitacion, mirando extática aquel grandioso espectáculo, oyendo aquellas extrañas armonías. Blanco peinador la cubria, semejante á la túnica de una estatua griega, y sus largos cabellos flotaban sobre las bien torneadas espaldas. Sus manos acariciaban algunas flores marchitas, y sus ojos se embebecian en la contemplacion de las lejanas estrellas. Hubiera querido en aquel momento tener alas para subir de la baja tierra á otros mundos mejores, con su hijo en brazos, huyendo de dos abismos igualmente tristes y pavorosos: del amor que le inspiraba su esclavo y del horror que le inspiraba su esposo.

Cuando más entregada se hallaba á este pensamiento, oye un quejido. ¡ Ah! Era Antonio. De tal manera se temia á sí misma, que dudaba si dirigirse al lecho del enfermo, ó escaparse de allí huyendo, no de su amado, huyendo de sí misma.

En verdad, nunca la varonil hermosura del mulato mostró tanto como en aquel instante su virilidad y su fuerza. La frente espaciosa, realzada por las sortijas del cabello; los ojos negros y encendidos con la

animacion de las pasiones voraces; la nariz aguileña y de un perfecto dibujo, digno de las estatuas griegas; entreabiertos los rojos labios, dejando entrever dientes como el marfil de blancos y bruñidos; el pecho robusto, á la manera de ancha fragua; el cuello modelado con todos los rasgos de la robustez; el mismo bronceado color realzando todas las perfecciones de su fisonomía, dábanle el singular aspecto de un sér excepcional, de un hijo predilecto de la naturaleza.

Carolina se acercó á la cabecera de su lecho, sin echar de ver si Panchita estaba ó no estaba en la estancia. Sin embargo, Panchita se habia ido. Los dos, Antonio y Carolina, se hallaban, pues, solos, entregados á sí mismos, en medio de los embates de sus respectivas pasiones, alentados por la soledad y por los hechizos de la voluptuosa noche.

El combate fué tremendo. Apeló el mulato á todas las seducciones de su elocuencia, á todas los atractivos de su carácter, á todos los recursos de su prodigioso ingenio. Pintó su pasion, su voracísima pasion con los colores más vivos, como algo superior á la naturaleza humana. Junto aquella pasion puso el hielo del anciano egoista, manchado de crímenes, empedernido, incapaz, no ya de misericordia, incapaz de remordimientos. La naturaleza habia hecho á Antonio para Carolina y á Carolina para Antonio quizá



desde la eternidad. Los había lanzado á los mares de la vida para que se buscasen y se encontrasen y se confundiesen, atraídos por el mutuo magnetismo de sus almas. Todos los que se interponían en el camino de aquellas dos almas, todos los que les cerraban el paso, todos los que impedían su confusión en lo infinito del amor, eran reos de una sublevación contra la naturaleza y contra sus leyes. Así, poco á poco, la tentadora serpiente se fué enroscando en torno de la pobre Eva, que llevaba en sí fatal curiosidad por conocer los secretos del amor verdadero. Lo cierto es que ni su virtud, ni su conciencia, ni su castidad, ni el amor á su honra y á su nombre, ni el recuerdo de su hijo, ni la fidelidad hasta entónces inquebrantable á su esposo, ni su repugnancia al vicio, pudieron salvarla de aquella inmensa fascinación que sobre todo su sér ejercía el mulato. Cayó, cayó desplomada sin voluntad y sin conciencia en sus brazos. Le entregó en vertiginoso momento de olvido aquella virtud que había sido hasta entónces inexpugnable á todos los halagos. El ángel fué mujer, y mujer pecadora. El siervo fué señor de aquel cuerpo, como había sido señor del alma. Carolina cayó vencida por su amante, y por sí misma vencida.

Pero en cuanto, el vértigo pasó, en cuanto, consumada la falta, se despertó la conciencia, y con la conciencia el remordimiento, Carolina tuvo horror de sí

misma. La pérdida de su virtud, el recuerdo de los beneficios recibidos de su esposo, el nombre querido de su hijo, la estimación de sí misma, la voz de la conciencia, los instintos de todo su ser se arremolinaron en torno de su alma, y la ciñeron una corona de espinas, que llevó clavada por toda una eternidad.

Fuera de sí, demente, con una exaltación verdaderamente extraordinaria, increpó á Antonio por su atrevimiento al par que se increpaba á sí misma por su debilidad. Y al desceñirse de sus brazos, le juraba que la culpa había levantado entre ellos un abismo insondable, un abismo que no podía salvarse.

Antonio, transfigurado con la satisfacción de todas sus pasiones, con el logro de todos sus deseos, le proponía una fuga al desierto, á las tierras donde el esclavo era libre, y donde podían entregarse libremente á todos los goces del amor que habían comenzado á gustar.

Pero Carolina, herida en su dignidad, en su orgullo de mujer, de blanca, de patricia, lo olvidó todo, se acordó sólo de su deshonor, y le anunció á Antonio, despidiéndose de él con verdadera furia, estas terribles resoluciones: «Esclavo audaz, mañana se cumplirá tu sentencia, mañana serás vendido.»

—Mujer, mujer, le dijo Antonio, ¡mía ya, mía, no te

separes de tí misma al separarte de mí. No te vendas al venderme. Huir es salvarte, es redimirte. Venderme es vengarte. Venderme es perderte. Venderme es faltarme á mí, despues de haber faltado á tu esposo.

Estas palabras acabaron de herir en tales términos el orgullo de Carolina, que cogiendo frenéticamente la pluma, como si cogiera un puñal, trazó con fiebre las siguientes líneas, dirigidas al administrador : « Mañana se cumplirán las órdenes terminantes de mi marido ; mañana estará en el mercado el esclavo Antonio. » Y sin embargo, en aquel instante amaba más que nunca, con más exaltacion que nunca, la pobre Carolina á su impetuoso amante, á su soberbio vencedor.

---

---

## CAPÍTULO XXXVI.

### DESPEDIDA Y LLEGADA.

A la puerta de la quinta se veían todos los aprestos necesarios para trasladar del campo á la ciudad varios esclavos. Los negros, arremolinados en torno del carro, departían sobre el increíble suceso de la venta de Antonio. Ninguno daba crédito á sus ojos. ¿Quién cuidaría de la estufa, donde tantas várias flores brillaban? ¿Quién cultivaría el jardín? ¿Quién clasificaría los pequeños museos del amo? ¿Quién seguiría á todas partes á la señora? ¿Quién acompañaría á Ricardito, le hechizaría con sus consejas, le entretendría en sus juegos, le divertiría y le distraería constantemente?

Miéntas tanto, Antonio entraba en la estancia de Carolina, para darle el adios último y apercibirse á la suprema despedida. Cruzados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, relampagueantes los ojos,

lívidos los labios, trémulo todo el cuerpo, aparecía el mulato como la imágen del dolor.

Ni una palabra, sin embargo, dijo; ni un suspiro exhaló. Miraba á Carolina con la siniestra mirada del tigre, y su respiracion fatigosa se parecia á un rugido.

— ¡Antonio! exclamó Carolina al verlo entrar.

— Señora, murmuró Antonio.

— No hay remedio.

— ¿Lo creéis así?

— No, no lo hay.

— ¿Os lo dice vuestro corazon, señora, ú os lo dice vuestro orgullo?

— Me lo dice mi conciencia.

— Tambien debe deciros que sois de Antonio por la naturaleza, por nuestra verdadera madre, y que abandonais á Antonio por la sociedad, por nuestra verdadera tirana.

Los ojos de Carolina se encendieron, se caldearon sus mejillas, y un escalofrío horrible sacudió todo su cuerpo.

— Me recuerdas mi culpa.

— Vuestra culpa.....

— Sí, la horrible, la espantosa culpa. . . . .

. . . . .

— Que empieza ahora, que ahora es verdaderamente inexpriable.



— ¡Piedad, piedad de mí te pido!

— ¿Y quién la tiene de mí en el cielo y en la tierra?

— ¡Antonio!

— La mujer que he amado como un loco me vende como un perro.

— Calla.

— El premio que he merecido á esta pasion es la venta en público mercado.

— ¡Por Dios!

— Recibid, recibid el oro que os hayan dado por esa venta, y gastadlo en adornos y afeites que realcen vuestra hermosura, miéntras muerde el látigo mis espaldas.

— ¡Pasion terrible!

— Carolina, hablaréis de mi pasion, de esta pasion que ha consumido mi existencia.

— No, no; hablo de la mia.

— ¿De la vuestra?

— Sí, de la mia.

— ¿Creeis sentirla?

— ¡Y tú me lo preguntas!

— La pasion es un deseo exaltado, pero tambien duradero; es una sed hidrópica, que cuanto más bebe, más se exacerba; es un fuego que abrasa y no consume; es un dolor voluptuoso que deseamos prolongar en vida y hasta más allá de la muerte.

— No retrates, no, así las pasiones.

— Y si hubierais sentido por mí una pasión verdadera, conmigo rodaríais hasta el fondo del abismo, en mis brazos viviríais tranquila, y en mi alma se engarzaria vuestra alma, como la estrella en el cielo.

— ¿Y la sociedad, y la familia, y mi esposo, y mi hijo?

— ¿Miraste eso al tropezar y al caer? ¿No lo rompiste todo? ¿No saltaste sobre todo? Si por mí sintieras, Carolina, una pasión, me seguirías. Lo que sientes, no te equivoques, lo que sientes ahora es un capricho satisfecho en la borrachera de una noche.

Carolina, al oír aquellas terribles palabras, cayó de rodillas á los piés de Antonio, se retorció de dolor, se agarró á sus manos con exaltación nerviosa, pidiéndole á gritos que no le asesinase el alma. Pero Antonio continuaba impasible:

— Una pasión es ciega, es absorbente, es única, es inextinguible. El mundo interior y el mundo exterior le parecen sombras; el cielo y la tierra, nubes; la familia y la sociedad, fantasmas frente á frente del objeto amado. Yo te he querido á tí, Carolina, con fiebre, con una fiebre que doblaba mi existencia. En mi cerebro no entraba más imagen que tu imagen. En mi memoria no habia más recuerdo que tu recuerdo. En mi corazón no habia más afecto que tu amor. Yo vivia feliz contemplándote, aunque te contem-

plára ingrata. Yo amaba tu sombra lejana, y velaba tu sueño, aunque durmieras en brazos de mi rival.

— ¡Dios mio!

— La ligera satisfaccion dada á este amor no ha hecho más que aumentarlo, dándole una intensidad, una fuerza, una violencia que ántes no tenía. Yo te amo cada minuto más desde aquel supremo momento.

— Y yo, Antonio, yo te adoro tambien. ¿Por qué ocultarlo? Y te adoro más desde que soy más criminal á mis propios ojos y á los ojos de Dios. Mi conciencia te aborrece; pero mi corazon te idolatra. La mitad de mi sér lucha con la otra mitad. Mas en esta lucha sólo queda viva mi pasion inextinguible por tí, por el único sér que he amado en el mundo.

— Carolina, repíteme esas palabras.

— ¡Oh! Jamas. No me las repetiré ni á mí misma.

— Carolina, vuelve á decir que me amas, y me importa poco, muy poco, la esclavitnd en esta vida, el infierno en la otra. Con el bálsamo de ese pensamiento podrian restañarse todas las heridas del alma, todas, y podria consumirse en beatitud perfecta toda una eternidad.

— Antonio, huye de mí, sepárate de esta mujer desgraciada.

— Sígueme.

— Imposible.

— Nos perderémos en las selvas.

- 
- ¡ Oh! No, no.
- ¿ Me amas? ¡ Y no me sigues!
- Antonio, olvida cuanto te he dicho.
- No puedo olvidarlo.
- Huye. Esquívate al mercado y á la venta.
- Huyo si me sigues.
- No puedo, no debo.
- Pues me importa poco que me vendan ó que me maten.
- No, no.
- Y quedará escrito en mi memoria y en mi vida que tú me has vendido.
- ¡ Yo!.....
- Y esa venta será el premio á mi pasión.
- Piedad de tí, de mí, Antonio.
- Y tendré derecho á aborrecerte.
- ¿ A aborrecerme?
- Sí, á aborrecerte.
- Y yo á tí. ¡ Ah! Yo vivía feliz en mi inocencia. Yo era insensible á esas pasiones, de las cuales sólo conozco ahora el dolor y la amargura. Pero tú, cruel, te has deslizado en mi paraíso y has deshecho y has desvanecido sus encantos. Y desde que te vi, la felicidad se ha acabado en mi existencia; la felicidad, que me hacía ignorar el placer, pero también ignorar el mundo. Y ahora dices que me aborreces. Huye de mi vista, pérfido esclavo. El látigo no te atormentará

como me atormenta á mí el remordimiento. La esclavitud no te deshonrará como me deshonra á mí la culpa cometida en una hora de desvarío y demencia. Tus noches serán ciertamente más tranquilas que mis noches. Tu vida será más serena y apacible que mi vida. Yo, esposa infiel á mi esposo, amante separada de mi amado, madre infeliz, con la punzada eterna del dolor en el corazon, con el rubor de la deshonra en el rostro, con la mordedura del remordimiento en la conciencia, me arrastro por los más hondos abismos y me pierdo en mares de lágrimas. Huye, pues, de mi presencia. Vé donde quieras. Olvídate de mí, que te maldigo. Olvídate de mí, que te aborrezco.

— ¡Carolina!

La pobre y desolada mujer hizo un gesto de tal manera expresivo, un ademán de tal manera imperioso, que Antonio, con todo su valor, retrocedió como espantado.

— Adios para siempre, exclamó Carolina.

— ¿Para siempre?

— Para siempre.

— ¿Me condenas á eternos dolores?

— Te condeno.

— ¿Jamás volveré á tu lado?

— Jamás.

— ¿Si llamo á tu puerta?.....

— No la abriré.



— ¿Si te escribo una carta?.....

— No la leeré.

— ¿Si muero y te pido una última mirada en mi agonía?.....

— Rogaré á Dios por tí; pero no te miraré.

— ¿Me desahucias?

— Te arranco de mi corazon y de mi memoria.

— ¿Me aborreces?

— Sí, te aborrezco, te aborrezco, te aborrezco.

— Carolina, por última vez.

— Te aborrezco por toda una eternidad.

— Compañeros, dijo Antonio, huyendo de la presencia de Carolina, compañeros, llevadme al mercado.

Antonio se metió en el carro, dió un latigazo al caballo y se perdió en las sinuosidades del camino. Cuando Carolina, que estaba como pegada á la ventana, oyó el chasquido del látigo, el crujido de las ruedas, se desmayó bajo la inmensa pesadumbre de sus dolores.

Cuatro ó seis horas le duró aquel desvanecimiento, parecido al sueño de la muerte. Mas al despertarse, encontróse á su lado, inmóvil, triste, á su esposo el caballero Jura.

---

---

---

## CAPÍTULO XXXVII.

### EL MERCADO.

Bajo un techo sembrado con las estrellas de los Estados-Unidos; frente á un muro donde se destacaba pintado al fresco el retrato de Washington, celebrábase la feria de los esclavos. ¡Oh mengua! Una colosal estatua de la República presenciaba impasible aquel espectáculo. Allí estaba Antonio, cruzados los brazos, caída sobre el pecho la cabeza, una argolla al pié, los ojos inmóviles, en ninguna parte fijos, como si mirára hácia adentro entregado á la contemplacion de sus penas. La duda se habia deslizado en su conciencia, y le atormentaba con tormentos infinitos, parecidos á los tormentos del infierno en su intensidad y en su desesperacion.

Dudaba, no de Dios, no del cielo, no de la justicia humana y divina; el asunto de sus dudas era más liviano, pero más atormentador: dudaba de si alguna vez habia sido amado por Carolina. El espectácu-

lo que le rodeaba no podía ser más triste, y no le conmovía, no le impresionaba siquiera. Los negros en monton, y si no en monton, en rebaño; el chasquido del látigo, que ya amenazaba con sus crujidos, ya bebía sangre y rociaba los cuerpos de aquellos infelices; el rumor de las cadenas y de los grillos; el lloro de unos, que sentían hasta la ausencia de sus amos, de sus tiranos; los lamentos de otros, separados por fuerza de las prendas más queridas á sus corazones; aquel hervidero de horrores no penetraba dentro de su corazón, cerrado á todo sentimiento que no fuera el sentimiento exclusivo de su amor.

En otro tiempo, en otra ocasión, ¡cómo se hubiera indignado de aquellas injurias á la naturaleza humana! ¡Cómo hubiera vuelto en palabras y en obras, cuanto dable le fuera, por los derechos de la humanidad ultrajada! ¡Cómo hubiera protestado de alguna manera, dada la riqueza de sus recursos y el brillo de sus ideas, contra los tiranos y los oligarcas de la tierra! Pero en aquel momento, inmóvil, impasible, indiferente á todo, sólo se acordaba de su amor y de sus penas infinitas y profundas como un océano sin fondo y sin riberas.

Le habían casi desnudado para que mostrase toda la robustez de su complexión, toda la fuerza de su temperamento, toda la belleza de sus formas, toda la frescura de sus carnes. Y en lo impasible é inmó-

vil parecia más bien el modelo de una academia de artes que el objeto de un vil é infame comercio.

Los compradores se acercaban ; le veian por todos lados , le examinaban con verdadero detenimiento, le admiraban por su perfeccion plástica y por la inteligencia reverberada en sus ojos ; pero retrocedian espantados al anuncio no más de lo enorme de su precio.

—Pero si es el mejor esclavo de toda la Union americana, decia aquel á quien pudiéramos llamar con exactitud chalan de siervos.

—Pero tambien es el más caro.....

—Justo. Sucede en esto como en todas las cosas.

Antonio ni siquiera pestañeó al oír la palabra cosa.

—Mas no encontrarás quien te dé ese precio.

—Lo tendremos aquí mucho tiempo á la venta. No le corre á su amo prisa el dinero. Le mana de sus innumerables negocios á borbotones.

—Pues ¿por qué le vende ?

—¡Misterios !

—¡Donosa ocurrencia ! ¿Dónde buscará y dónde encontrará otro semejante ?

—Es cubano.

—Y de raza tan fuerte como la raza negra, y tan hermosa como la raza blanca.

—Sabe todas las ciencias, desde la Anatomía hasta la Botánica, y sabe las letras como si hubiera pasado su vida entera en las universidades.

El interlocutor del mercader le alzaba al pobre Antonio la cabeza, le hacia girar á la derecha y á la izquierda, le tendia los brazos y los dejaba por algun tiempo inmóviles y rígidos, le auscultaba el pecho, le golpeaba el vientre, le examinaba costilla por costilla, para reconocer su robustez y su salud. Antonio se dejaba examinar como si en vez de persona fuese maniquí. Ni una palabra, ni un gesto, ni el menor signo de incomodidad ó de impaciencia; diríase que habitaba fuera de él su orgullosa alma.

—Me parece, decia el moscon, el escrupuloso comprador, que está muy triste.

—Es verdad. No he podido sacarle del cuerpo una palabra, añadia el vendedor.

—Pues esos esclavos que salen de una hacienda querida y van á otra, si se entristecen tanto como este bergante, suelen morirse.

Antonio abrió sus grandes ojos al eco de aquellas palabras, y los fijó con agradecimiento en la mirada del comprador, como para darle gracias de aquella consoladora observacion. Mas luégo bajó los ojos y los volvió á fijar en el suelo: tal horror le diera aquella mirada vidriosa é inmóvil como la mirada de un tiburón.

—No tengais miedo de eso.

—¿Que no tenga miedo? Pues ahí tengo yo mis caudales para malbaratarlos por un romántico, al



cual pudiera darle mañana el singularísimo capricho de morirse.

—Está más sano y más bueno..... Tiene una florida juventud en toda la extension de la palabra. No es de temer, no, una desgracia así. ¡Impresionable será, lo es ciertamente! Pero en todos los seres impresionables las emociones pasan pronto.

Antonio asistia á la conversacion como si de un sér ajeno á él se tratase; ni siquiera aparentaba parar mientes en el diálogo.

—¿Pasan pronto las emociones? ¡Cáspita! Yo he visto una negra, por la bicoca de haberla separado de su hijo, cuando hubiera podido tener muchos más en mis algodones, donde hay robustos negros, torcer la cabeza, negarse á todo alimento á pesar de mis latigazos, y morirse muy bonitamente, haciéndome perder una gran cantidad la maldita perra del demonio.

—No es fácil que le entre tan fuerte á ese truhan. Está en camino de sufrir muchas emociones.

—Pero es carísimo.

—No habrá otro en América, y no puede tener otro precio.

—Mas es verdaderamente excesivo.

—No puedo rebajarlo.

—Yo no lo compraré entónces.....

—Yo lo compro.

Dijo un joven, que llegó medio jadeante al mercado.

—¿De véras?

—Lo compro y doy por él más precio aún que el precio de tasacion.

—¡Oh rabia! Y yo, que pude comprarlo y vendérselo á este loco, dijo para sí el mismo á quien parecia subidísimo el precio de Antonio.

—Pues mio es el esclavo por el precio de tasacion publicado en los anuncios.....

—Nadie queria darlo.

—Yo lo doy.

Antonio salió de su indiferencia y miró con curiosidad á su nuevo amo.

—Pagadlo, dijo éste á uno de sus acompañantes, que tenía trazas de ser uno de sus administradores.

Y se quedó un momento fijo, inmóvil, delante de Antonio.

Este miraba á su vez con curiosidad y como que presentia algo de extraño.

—Antonio, ¿no me conoces?

La conversacion que hasta entónces había sostenido el recién llegado con el chalan de esclavos había sido en lengua inglesa; las palabras que dirigia ahora á su esclavo eran en lengua española.

—No os conozco, no.

—Bien pronto me conocerás. Deja que ántes, her-

mano mio, te estreche contra mi corazon, te ahogue entre mis brazos.

—¡Federico, Federico! gritó con fuerza Antonio.

—Sí, Federico, que, heredero de una gran fortuna, viene á buscar á su hermano de leche para que sea su hermano de carácter, su hermano de alma, comparta con él su riqueza, como compartieron el mismo pecho y el mismo regazo.

—Federico, Federico, no me canso de mirarte.

—Ni yo á tí, hermano del alma. Ya, ya eres libre.

Y le quitó los grillos á Antonio, y le volvió á estrechar contra su pecho.

—¿Te acuerdas de mi madre, Federico?

—Santa mujer, á quien jamas he olvidado, á quien quise más que á mi propia madre.

—¿Y soy libre?

—¡Libre! Antonio, ¡libre!

Antonio meneó con aire de escepticismo la cabeza.

—¿Lo dudas, hermano mio? Pues ¿por qué he cruzado yo el mar, por qué he venido á estas playas, sino por tu libertad?

—Y me encuentro más que nunca esclavo, Federico; esclavo de una pasion desgraciada.

Y Antonio dijo esto con tal expresion de dolor, que ambos á dos se echaron á llorar como si ambos sintieran la misma desgracia.

— La mujer que yo he amado ha muerto, dijo Federico.

— ¿Ha muerto? Eres feliz, feliz, feliz. Mira, Federico, la mujer que yo amo con todo el delirio de mi ardiente naturaleza pertenece á otro, es de otro. ¡Oh! ¡Qué infierno!

Y los dos jóvenes continuaron comunicándose mutuamente sus penas.

---

---

---

## CAPÍTULO XXXVIII.

### EL MATRIMONIO.

Pasaban la velada en el salon de Carolina el esposo y la esposa, que parecian realmente hija y padre. El caballero Jura, muy dado á los estudios, hojeaba libros distraidamente y fijaba sus ojos en algunas estampas. Su señora bordaba un capricho en cañamazo para consumir tiempo y distraer ocios.

En Carolina descubriase devoradora inquietud, rayana en la fiebre. Sus grandes ojeras, sus niñas contraidas, la palidez general de su semblante, todo revelaba la angustia interior, profunda, de un corazon despedazado. En el caballero Jura se notaba cierta indiferencia. Vendido Antonio á su llegada, alejado aquel peligro, encontrando á su mujer, aunque triste, buena, y á su hijo, aunque echando de ménos siempre al mulato, alegre y jugueton, sus dudas se habian desvanecido y sus temores calmado. Parecíale su hogar tan sereno y tranquilo como siempre. La



costumbre es una segunda naturaleza, y acostumbrado á tener su hogar por un templo, no veia la serpiente que en aquel templo se habia deslizado, ni la sombra que se proyectaba sobre la mujer que de aquel templo era diosa.

Habian pasado dos meses de la llegada de Jura en el momento á que ahora nos referimos. Y en estos dos meses habia hecho prodigios de valor Carolina para tener el más difícil de todos los imperios, el imperio sobre sí misma. Pero ¿qué carácter, por fuerte, qué voluntad, por firme, ahoga todo sentimiento y toda expansion de sentimiento en lo más recóndito del pecho, sin que asome al exterior ningun destello? Así Carolina lanzó un largo y amarguísimo suspiro, que no pudo en manera alguna reprimir, si bien lo hubiera de grado recogido en el aire y vuelto á encerrar herméticamente dentro del pecho.

—Carolina, ¿estás mala?

—No, no tengo nada.

—¿Qué significan esos suspiros?

—Un poco de agitacion nerviosa.

—¿Luego convienes conmigo en que estás mala?

—No. Yo creo que esto proviene del estado de la atmósfera. Hay mucha electricidad.

—Carolina, dime la verdad, no se la ocultes al corazon de un padre amante.

Carolina se puso encendida como la grana.

—Vamos, ya comprendo tu enfermedad. Un nuevo enviado de Dios viene á esta casa. Lo ansiaba, lo ansiaba con anhelo. Necesitamos una niña, la necesitamos, y la tendremos. El corazon me salta del pecho. Como Ricardo era ya tan crecido, habia desconfiado de tener hijos. Y los necesitaba mi corazon de padre, y hasta los necesitaba mi anhelo de investigador y de curioso, pues yo tengo hechos muchos estudios y muchas experiencias sobre la conservacion y la propagacion de las especies.

—¡Jura! dijo Carolina ruborizada.

—Perdona que tenga estas locuras; no puedo remediarlas. Mas desde que fui á Washington y me liagué en estrecha amistad con un sabio naturalista, sólo embarga mi mente un problema, el problema del atavismo.

—¿Y qué palabra es ésa? preguntó Carolina, deseosa de torcer la conversacion hácia otro lado.

—¿Qué palabra? Pues una palabra de origen latino que expresa la influencia de los padres, de los abuelos, de los bisabuelos, de los ascendientes en sus hijos, en sus nietos, en sus biznietos, y por regla general, en todos sus descendientes; influencia que se conoce en el color de la piel, en la configuracion, en las facciones, en los defectos, en los vicios, hasta en la parte intelectual y moral.

Carolina sentia un sudor frio bañando todo su cuer-

po, sentia una sombra espesa cayendo sobre sus ojos, sentia enflaquecimiento tal de su corazon, que se acercaba al desmayo, á la pérdida de la luz en la vista, del conocimiento en el alma.

—Esta influencia de los ascendientes en los descendientes se ve bien clara en las razas mestizas, en la raza mulata, que algunas veces llegan á la más rara hermosura, y por la mezcla de las cualidades de negros y blancos, á la más extraña originalidad.

Carolina estrujaba entre sus manos convulsas el cañamazo, y no sabía cómo salir de aquella conversacion horrible, que despertaba tantos recuerdos en su memoria y tantos remordimientos en su conciencia.

—Yo á primera vista adivino el sér humano que tiene una gota de sangre negra en sus venas, sangre aborrecible. Las más hermosas de las mulatas, muchas de ellas blancas y rubias como una inglesa aristocrática de Hyde-Park, tienen en su rostro no sé qué sombra siniestra, no sé qué siniestro eclipse.

—Sí, sí..... murmuraba entre dientes Carolina para decir algo, para expresar algo, para hacer algo, para significar algo, para escaparse de aquella conversacion, que materialmente la ahogaba, que caia como lluvia de dolores acerbísimos sobre su corazon.

—Yo estoy orgulloso de mi sangre, pura sangre francesa. La raza latina y la raza gala han puesto algo cada una de ellas en mi figura y en mi carácter.

Pertenezco, sí, como mis padres, al término medio entre la raza latina y la raza germánica, entre las dos razas fundamentales de la humanidad y de la historia. Y tú, amada mía, tú tienes pura, sin mezcla ninguna, la sangre andaluza, la sangre de los conquistadores, sangre latina y árabe á un mismo tiempo, exaltada y vigorizada por el contacto de América, rejuvenecida por la savia bullidora del Nuevo Mundo.

—¡Orgullosos estás de tu raza!

—Orgullosísimo. ¿No lo ves en nuestro hijo? ¿Puede darse una mezcla mas feliz de energía y de dulzura, de solidez y de gracia? ¿Puede verse ningun sér tan bello? ¿No es el encanto y la envidia de estos mismos sajones, tan preciados de su gran superioridad y de su belleza?

—Cierto, dijo Carolina por decir algo.

—Pues si el nuevo sér que llevas en tus entrañas fuera una niña, fio en la naturaleza que habia de ser rarísimo portento de hermosura. Sangre francesa, andaluza sangre, mezclada en sus venas.

. . . . .  
Carolina cogió convulsamente uno de los periódicos que tenía entre sus manos el caballero Jura, para distraer su atencion de aquellas extrañas palabras, y leyó lo siguiente :

«Llama generalmente la atencion pública en Mé-

jico la presencia de un rico mulato, antiguo esclavo en la Luisiana, rescatado por un su hermano de leche, que le quiere con exaltacion; mulato cuya elocuente palabra y cuya rara inteligencia de poeta, de naturalista, de filósofo, son el encanto de todos aquellos que á él se acercan y con él departen.»

La cabeza de Carolina se inclinó sobre el pecho; sus brazos se estiraron sobre el sillón, un movimiento convulsivo atravesó todo su cuerpo, y un gran síncope oscureció su inteligencia.

—Se ha desmayado, dijo Jura. ¡Qué malos embrazos tiene mi pobre mujer!

Y se consagró con celo paternal á socorrerla.

---



---

---

## CAPÍTULO XXXIX.

### IDEAS RELIGIOSAS.

Carolina padecía de un modo horrible. Á cada palpitation que el nuevo sér comunicaba á sus entrañas sentia agudo remordimiento en su conciencia. La maternidad, el mayor y el más puro de los goces femeniles, habíase trocado en el mayor de los tormentos. Era la criatura que llevaba en su seno, hija del amor, sí, pero no era hija de la virtud. Á esta idea, el cielo se oscurecia á sus ojos, y se oscurecia más aún que el cielo, mucho más, la conciencia. No tenía corazon alguno en que depositar su pena, que era un crimen. No tenía esperanza alguna de que el dolor se aliviára, ó tuviera alguna tregua á lo ménos, en aquella soledad de su hogar y de su alma. La única persona á quien habia amado fervientemente, con el amor exaltado que á la juventud comunica la naturaleza, era Antonio, ausente para siempre de su lado, aunque presente siempre, á veces como una luz, y á veces

como una sombra en el seno de su conciencia. Había momentos, muchos momentos en que deseaba huir de aquel hogar, verdadera cárcel; apartarse de su familia, correr en pos de su amado, del único sér que pudiera darle á gustar la felicidad sobre la tierra, aunque fuese en el desierto para ocultar allí su amor y su remordimiento. Pero ¿cómo abandonar la casa de su esposo, que era también la casa de su hijo? ¿Cómo dejar á éste, pedazo de su corazón, abandonado, ni cómo llevárselo para instruirlo y educarlo en el crimen? Sus sentimientos de madre la preservaban del abismo en que la hundían sus sentimientos de mujer. La maternidad era el escudo formidable contra la perdición. Sus hijos, sus hijos, el que la acariciaba de continuo, y el que invisible crecía en sus entrañas, eran como ángeles custodios de su existencia.

El sentimiento religioso venía después en auxilio del sentimiento maternal. La religión podrá ser una poesía en la vida de la mujer, pero es una poesía que engendra segunda alma en el alma. Desde la estrecha cárcel en donde la tiene como encerrada y recluida el límite, se alza en alas de las inspiraciones religiosas á lo infinito. Su sensibilidad exquisita y tierna hace de la religión, de su dogmatismo, de su moral, una fuente inagotable de amor. Ignoro si el hombre será siempre un sér religioso. La civilización positivista

de nuestro tiempo le quita, le borra el esmalte de la religion. Pero sé que la mujer, ¡oh! la mujer será siempre un sér religioso. Así, cuando las religiones se mueren, cuando se extingue su ideal en el cielo y su creencia en el corazon, los hombres se van del templo mordidos por el escepticismo, y las mujeres en el templo se quedan constantes y tenaces en su amor. Cuando el paganismo apénas tenía entre los hombres un creyente, allá para el siglo IV, tiene entre las mujeres una mártir, tiene á la divina Hipatia, que muere, y muere contenta por una religion muerta. Así, despues de las angustias de Jesus en el huerto, despues de los desmayos y caidas en la larga calle de Amargura, cuando el cuerpo inerte en la cruz queda sólo para la tierra en el sepulcro, los hombres se van, sí, se van á refugiarse y á perderse en el ingrato olvido de su escepticismo; pero las mujeres se quedan allí, se quedan más pacientes sobre la losa fria, y con sus lágrimas, con sus oraciones, con sus lamentos, logran asistir al milagro de la resurreccion y tener el primer coloquio con el Cristo enterrado por el escepticismo, y resucitado y divinizado por la fe.

La religion es la filosofía y la moral y la estética de la mujer. Todos esos dogmas, que para el sabio ó para el teólogo tienen un sentido puramente religioso, tienen para la mujer un sentido poético, que despierta y aviva su sensibilidad. El nacimiento de Cris-

to en noche glacial de invierno, entre el rústico cántico de los pastores y el balar y el mugir de los ganados; la estrella misteriosa que conduce del extremo Oriente á los reyes, á los representantes de las antiguas castas, cargados con la mirra y el incienso; la fuga á Egipto en la legendaria borriquilla para esquivar las atrocidades de Heródes; el reposo bajo la palmera, en mitad del desierto, para tomar el frugal alimento de las tribus primitivas y apagar la sed en el agua del pozo bendecido de los profetas; la pérdida del niño extraviado al pródigo amor de su madre para disputar en el templo con los doctores de la ley antigua; la predicacion religiosa, al aire libre, en las encrucijadas, en los caminos, á las orillas del lago de Tiberíades, exaltando á los humildes y maldiciendo á los poderosos; su entrada en Jerusalem, bajo las bendiciones de las muchedumbres, sobre los mantos tendidos á sus plantas, entre los ramos de oliva y las verdes palmas de la victoria; la oracion en el huerto, cuando la pasion próxima se presenta con todos sus horrores á los ojos del jóven Salvador atribulado, sudando en su angustia hasta sangre de aquella frente azotada por el rayo de las tempestades del pensamiento; la prision en que todos huyen y él se resigna con sublime paciencia; el abandono tristísimo de sus discípulos y de sus amigos; el interrogatorio insolente en el tribunal; la afrenta de los azotes públicos;

la negativa de Pedro, que le desconoce en la hora del sacrificio, cuando le habia seguido á todas partes en la hora del apostolado; la ingratitud y veleidad de aquel mismo pueblo, que en pocos dias de distancia le recibe primero con palmas y luégo prefiere á Barabás; los tropiezos y caidas por la larga calle de Amargura, tinta en rojo rastro de sangre; su agonía en la cruz, donde los ojos se oscurecen, los labios se amoratan, el aliento se acorta y el pecho lanza palabras de desesperacion y de amargura, hasta que viene la muerte, sí, la muerte por su idea, la muerte por sus semejantes, la muerte como holocausto á su doctrina, en medio de los estremecimientos de las piedras y de la indiferencia y del escepticismo de los hombres.

Todos estos dolores forman una verdadera religion del sacrificio, del martirio. Todos estos dolores consuelan á los tristes, animan á los tímidos, llevan hasta aceptar con resignacion y con calma las mayores contrariedades de nuestra siempre adversa y trabajosa existencia. Todos estos dolores son aliento, aguijon para la vida; esperanza para la muerte. Todos estos dolores han formado el Evangelio de la desgracia, han sostenido al pobre en su miseria, al desgraciado en su humillacion, al triste en su tristeza. Los dioses habian sido hasta entónces poderosos, afortunados, ricos, vestidos de luz, saludados por las ar-



monías celestes, llenos de salud y de vida. Por vez primera en la historia era Dios, no el rico, sino el miserable; no el poderoso, sino el humilde; no el perseguidor, sino el perseguido; no el afortunado, sino el mártir. Creador aquel Dios del cielo, de los mundos infinitos, y no tenía un asilo en este átomo que se llama tierra. Despertador de la vida universal con su aliento, y se resignaba á la muerte. Las aguas se condensaron á su voz, y tuvo sed. La luz ardió al contacto de su palabra, y tuvo el frio de los cadáveres. Religion sublime de los que lloran, de los que padecen, de los que mueren, y sólo para más allá de la muerte aguardan el goce de la vida.

Mas para el corazon de la mujer hay en la religion cristiana un tipo, un ideal, que será siempre santo, que será siempre fuente y origen de inspiraciones misteriosas. Este ideal es María, sí, María, que reúne la castidad y la inocencia de la vírgen con la madurez y la inquietud de la madre; María, que pare en un establo sobre la paja calentada por el aliento de los bueyes, y sube luégo á los cielos vestida del azul etéreo, calzada por la blanca luna, sobre las misteriosas alas de los ángeles, con las estrellas por diadema, la sonrisa de la felicidad eterna en los labios, y en los ojos el arrobamiento del misticismo que siente y entreve á su Dios.

Y esta mujer divina ha llevado sobre sí todos los

dolores humanos, ha visto al hijo de sus entrañas crecer en la persecucion, pasar la vida en el combate más terrible, en el combate con las supersticiones, morir en la cruz, en el patíbulo del facineroso y del esclavo.

El dolor de esta mujer divina toca el corazon de todas las mujeres, que en ellas ven idealizados sus dolores, transfigurada su naturaleza. La idea pura de Dios deslumbra y calcina la vista de la mujer. Como es más grato mirar la luz del sol en el disco plateado del astro de la noche que en el disco ardentísimo del astro del dia, es más fácil tambien mirar frente á frente la luz de la divinidad reflejada en la frente divina de María. Así Carolina, como buena americana, como descendiente en línea recta de españoles, tenía devocion ardentísima á la Vírgen. No pasaba jamas la hora del crepúsculo vespertino, la hora en que la naturaleza se duerme, y se despierta el alma; la hora en que las aves repliegan su vuelo entre los árboles, y las estrellas abren sus alas de luz en los espacios; la hora en que el oriente se cubre de sombras, y el ocaso de purpurinas franjas y deslumbradores reflejos; la hora en que los objetos se eterizan y se vuelven como misteriosos en este combate del dia y de la noche; no pasaba nunca esta hora sublime sin que Carolina, al oír el tañido de la campana que llamaba á la oracion, dejase de rezar á la redentora de la

mujer, á la madre del Verbo, á la divina Virgen María.

Por eso, cuando los ojos de la mujer, arrasados de lágrimas, se alzan al cielo demandando paz, en sus reflejos y sus arreboles ven brillar, sobre áureas nubes, sobre la celeste esfera, á la cual en vano quiere enroscarse la simbólica serpiente, entre místicos resplandores de increada luz, á María, calzada por la luna, coronada de estrellas, vestida de blanca túnica, envuelta en el cerúleo manto, el cabello ondulando sobre los hombros y la espalda, centelleantes las sienes de esperanza arrobadora, los ojos en el misticismo, latiendo el seno virginal y puro al intenso amor de madre. Hé ahí la verdadera, la eterna, la inextinguible religion de la mujer católica.

Así Carolina se acordaba de sus primeros años, de los campos que la Virgen bendecía, de las fiestas de sus aldeas, de la campana que saludaba la venida del alba, de las letanías repetidas por improvisadores coros en las largas procesiones, del ex-voto colgado por el creyente en las columnas, y en las aras, y en los altares; de la salve rezada por los labios humedecidos en la miel religiosa, del saludo que el navegante enviaba desde su barco al santuario de la Virgen Madre, invocándola como estrella del mar, que fuera su refugio y su esperanza en el combate con el viento y con las olas; recuerdos que le traian á la memoria los

días nunca bastante queridos, nunca bastante llorados, en que su alma vagaba, coronada de ilusiones, por el perdido paraíso de la inocencia.

Entonces sus rodillas flaqueaban, su seno se estremeaba, desvariaba su cabeza, juntábanse casi involuntariamente sus manos, y caía de hinojos á los piés de una imágen de la Vírgen alzada en su gabinete, como último seguro de su desesperacion, como lenitivo único á su remordimiento.

—Vírgen Madre, decia, no soy digna de tí, de tu amor, de tus consuelos. He caido desde mi virtud en la culpa. Soy esposa infiel; soy madre desventurada. El hijo que llevo en mis entrañas revelará bien pronto á los ojos del mundo mi pecado tan claramente como á los ojos de mi propia conciencia. Mátame por piedad. Muramos ambos maldecidos por la cólera de Dios, sin que interceda por nosotros mi dolor y tu misericordia. Hijo del crimen, ¿qué le resta en el mundo al fruto de mis entrañas, sino la maldicion y la deshonor? ¿No vale más, mucho más, la muerte? Que la diestra de tu Hijo nos mate. Si yo no fuese débil, debilísima mujer, y no temiera mi propia debilidad en vida y la justicia de Dios en la muerte, me anticiparia el terrible momento de abandonar un mundo en el cual solamente me esperan el deshonor y la tristeza. ¡Santa Madre Vírgen! Recuerdo el crecimiento de Ricardito en mis entrañas, y el crecimien-

to de este nuevo sér. Entónces todo era bendicion y esperanza; ahora todo es dolor y remordimiento. Madre mia, ¿hay algun consuelo, algun lenitivo á este dolor? No hay más que la muerte, y tras la muerte quizá el infierno. . . . .

Y Carolina se retorcia de dolor, y nubes tempestuosas de lágrimas pasaban por sus ojos henchidos de sangre y de hiel. Pero en esto apareció entre cortinas su marido, que le gritó:

—Carolina, ¡qué embarazo! Hasta te ha dado por el beaterio. Vamos, quiero darte unas lecciones de Historia Natural.

---



---

---

## CAPÍTULO XL.

### LECCIONES DE HISTORIA NATURAL.

Carolina ya no tuvo más remedio que seguir silenciosamente á su marido y encerrarse en el cuarto de estudio, resignada, completamente resignada, á oír sus divagaciones académicas sobre las especies y las razas; divagaciones que le punzaban á un tiempo el alma moralmente, y materialmente el corazón.

—Paso mis días, exclamaba el caballero Jura, viendo y estudiando el árbol misteriosísimo del organismo universal. Nosotros somos el sabroso fruto de este árbol. Las especies extintas que hoy se encuentran petrificadas en las entrañas del planeta representan los borradores, los ensayos hechos por la naturaleza para dibujar en el planeta estas formas, con cuyo secreto sólo tras mucho tiempo y mucho estudio hemos dado. Los seres orgánicos viven sujetos á las condiciones que los rodean, y los terrestres tienen que apropiarse desde los jugos de la tierra por la nutri-

cion hasta el oxígeno de la atmósfera por la respiración. Y después que ya son dueños del medio en que viven, empiezan á luchar los seres en batalla de todos los días con los otros seres que les rodean. Y cada especie siente un acicate que la mueve á enlazarse con las especies superiores y á destruir las especies inferiores ó prescindir de ellas. De esta suerte se comprende que el negro ó el mulato gusten de la blanca, de la hermosa blanca, que les promete subir un grado en la escala de la vida. Pero no se comprende, no se comprendería jamás que una hermosa blanca descendiera á perderse en brazos de un negro ó de un mulato, que deben serle tan repulsivos como los animales de carga consagrados á su servicio.

Carolina, al oír esto, perdía la luz de los ojos y se agarraba convulsamente á su silla para no caer exánime sobre el pavimento, y no denunciar con su dolor su deshonra.

—Sí, la superioridad física, moral, intelectual, toca en el mundo por derecho propio á la perfecta raza á que nosotros pertenecemos. ¡Qué diferencia del latino, del sajón, del germano, grandes héroes y artistas y sabios, dominadores de la naturaleza, reyes de todos los seres, al dios indio, que necesita coligarse con los animales inferiores, y tomar en la naturaleza para su defensa y su servicio, nada ménos que un gran ejército de monos! ¡Qué diferencia de esos hijos de la

noche, que se llaman negros, ó esos hijos del crepúsculo, que se llaman mulatos, á tí, hermosa como la Vénus de Milo, á tí, hija de la luz.

— ¡Por Dios, Jura! murmuró Carolina, buscando cualquier subterfugio para esquivar de alguna manera la penosa conversacion en que la empeñaba su marido.

—Imagínate, añadía Jura, que el rampante reptil quisiera enlazarse con el águila; pues tal sería la audacia de los negros ó de los mulatos que quisieran enlazarse con una de nuestras blancas damas. Esas razas se hallan condenadas indefectiblemente á desaparecer, como han desaparecido los arimaspos ó las Amazonas. El mundo de la inteligencia del arte pertenece á los blancos.

Carolina no sabía cómo contrastar la conversacion de su marido, ni cómo distraerle de aquellas disertaciones sobre las razas, en las cuales, á no estar persuadida de su completa sencillez é inocencia, hubiera visto acaso alguna malignidad, que heria de todos modos su conciencia, y le suscitaba verdaderos remordimientos.

Al fin, ocurriósele decir, por decir algo:

—Hay analogías entre todas las razas.

—Ya se ve, dijo Jura, cada vez más empeñado en las ideas que le embargaban el alma, como hay analogías entre el mono y el hombre. Los monos tienen

sus manos como nosotros. Tocan y cogen con ellas de la misma suerte que los hombres. Sus pulmones y su estómago se parecen á nuestros pulmones y á nuestro estómago. Algunos de ellos se ponen de pié, y miran horizontalmente como el hombre. Muchos naturalistas ya no llaman al mono cuadrumano; al contrario, sostienen que están dotados de piés, y estos piés dotados de talones. Si el mono carece de pantorrillas, tambien carecen muchos negros. Hay menor libertad en el movimiento de los brazos del mono que en el movimiento de nuestros brazos. Pues tambien hay menor libertad en el movimiento del brazo de los negros que en el movimiento del brazo de los europeos. Los monos del antiguo continente tienen, como nosotros, sus treinta y dos dientes completos. Y si examinas el ángulo facial de un negro hotentote y el ángulo facial de un jóven orangutan, casi encontrarás los mismos grados.....

— No comprendo tus teorías, dijo Carolina, interesándose un poco más en los problemas que suscitaba su marido. Despues de haber llevado hasta el extremo la superioridad del blanco sobre las demas razas, ahora confundes todas las razas, sin excluir el blanco, con esa especie de caricatura del género humano que se llama mono. Todas vuestras teorías son así. De un lado exaltais al hombre hasta convertirlo en Dios de sí mismo, y de otro lado lo confundis con

las bestias, y le asegurais que en las escalas zoológicas no tiene un origen más noble ni un fin más alto que el perro ó el buey. Sin embargo, á todas vuestras teorías se oponen los ojos humanos, que centellean la luz impalpable del espíritu; la frente, que está cuajada de ideas como el cielo de astros; la palabra, ese sonido articulado, en el cual empieza un mundo superior á todos los mundos y á todos los soles, los cuales, no obstante su grandeza, se hallan engarzados en el espacio como una piedra preciosa en el anillo, mientras la palabra vuela y vuela incansable, llevando sobre sus alas el peso de lo infinito.

— Permíteme decirte que no has comprendido bien mi pensamiento. Yo de ninguna suerte confundo al macaco ó al orangutan con el hombre, como no confundo ni confundiré al negro con el blanco. Hay cualidades comunes que nos confunden con los demas seres. El hombre es un mamífero como el buey; pero no es, como el buey, un rumiante; el hombre se confunde en algunas cualidades con el mono; pero no se confunde en todas las cualidades, no. Lo que yo he querido decir, lo que yo sostengo todavía, es que, así como las analogías con el mono en ninguna manera dan derecho al mono á creerse nuestro igual, las analogías con el negro ó el mulato no dan derecho ni al mulato ni al negro á creerse tampoco nuestro igual.



— Al fin y al cabo, todos somos hijos de Adan y Eva, negros y blancos.

— ¡Bah! Carolina, déjate de vulgaridades.

— ¿Vulgaridades llamas á la Biblia?

— No á la Biblia ciertamente.

— ¿Pues á qué?

— A tus creencias.

— Basadas en la revelacion.

— No lo dudo, pero henchidas de preocupaciones.

— ¡Preocupacion la igualdad humana!

— Yo no puedo creer que los seres provengan todos de una pareja, de un matrimonio primitivo. Yo creo que, así como en ciertos grados de temperatura se ha forjado el cristal, y en ciertos grados de humedad han brotado los vegetales; yo creo que, así como en el período acuoso del planeta predominaban ciertas especies, despues, cuando la tierra entró en más reposo, cuando tuvo climas mucho más apropiados á nuestra naturaleza, brotó espontáneamente la especie humana, como han brotado ántes las demas especies.

— ¡Cielos, qué teorías!

Y las especies se perpetuaron por el atavismo, por la relacion de los ascendientes con los descendientes. Esta relacion no puede ponerse en duda. Todo se hereda, todo, en la tierra. Como el animal hereda el instinto, hereda el hombre la inteligencia. Y esta ac-

cion de legar en los progenitores y de heredar en los descendientes paréceme el acervo comun de las razas, el feudo del género humano. Se heredan las cualidades fisiológicas. El hijo del negro es negro. El hijo de la blanca y del negro es mulato, el hijo del mulato y de la blanca conserva señales indelebles de sus abuelos negros.

Carolina se llevó la mano á la frente al oír estas palabras, como si quisiera contener ó evitar un verdadero estallido de sus sienes. El caballero Jura continuó tan absorto en la contemplacion interior de su pensamiento, que no echó de ver ni la alteracion de las facciones ni el estremecimiento de los nervios de su esposa. Y disertó largamente, como si en realidad nada extraño ni extraordinario pasára á su alrededor. Sus disertaciones se fijaron en el atavismo, en la herencia.

Mi estudio favorito, decia, es el estudio de la mezcla de las razas en la humanidad, estudio análogo al progreso de las especies en la naturaleza. Ya ha pasado de moda esa teoría absurda de las especies fijas, inmutables, nacidas de una pareja primitiva, y constantes en reproducirse y perpetuarse de una misma suerte. Hoy sabemos que las especies se trasforman. Hoy sabemos más, sabemos que especies inferiores, por la educacion, por el trabajo, por el amor á la perfeccion diseminado en todos los seres, por la ley del

progreso reinante en todas las esferas, pueden llegar á producir especies superiores. Así el estudio por excelencia es hoy el estudio de los caracteres hereditarios en las razas y en las especies. Todo, todo se perpetúa por la herencia. A este mundo democrático, en que desaparecen las dinastías monárquicas, le han salido por doquier interminables series de dinastías naturales. Ya no se hereda la autoridad; pero se hereda la complexion, la sangre, la naturaleza, todo, todo, todo. Un superficial conocimiento de la Historia basta para probarlo. Se heredan las enfermedades. Catalina de Médicis padecía de alucinaciones, imaginaba ver fantasmas, vestiglos; y de alucinaciones padecía también su infame hijo Carlos IX. Se heredan los caracteres nacionales. El arcade de Grecia ama aún el pastoreo como sus padres; el espartano, el combate; el bizantino, las discusiones políticas y científicas como el antiguo ateniense; el español, cuando no tiene tierra extraña donde intentar aventuras, las intenta en su propio suelo, y cuando no tiene con quién pelear, pelea consigo mismo. Se hereda el genio militar. Aníbal era de una familia de generales, y Alejandro de una familia de conquistadores. Se heredan las cualidades de los hombres de Estado; se hereda la voluntad. Carlos V fué nieto de Fernando el Católico, y padre de Felipe II. Se hereda el carácter. Voltaire dijo de los Appios, que aparecieron siem-

---

pre orgullosos, y de los Catones, que siempre aparecieron severos. Se hereda el crimen. Alejandro VI fué un Neron con tiara; su hija Lucrecia una prostituta; su hijo César un bandido y un asesino. Se heredan las antipatías. Toda la familia de Montaigne odiaba la Medicina y los médicos. Se hereda la ciencia. Todo el mundo conoce la familia de los Sénecas, y todo el mundo sabe que el padre de Galileo escribió una teoría de los sonidos y el hijo de Galileo aplicó á los relojes los péndulos, es decir, los descubrimientos de su padre. Se hereda la filosofía. Aristóteles tuvo por padre un naturalista, un médico, y por hijo otro filósofo. En nuestro mismo tiempo el hijo de Fichte ha explicado sábiamente las teorías de su padre. Se hereda el talento músico. Los ascendientes de Beethoven fueron maestros de capilla; la familia de Bellini, familia de músicos; el matrimonio que engendró á Rosini, dos cantores ambulantes de fiestas populares y de ferias. Se hereda el talento pictórico. Los Bassanos pintaban todos, y pintaban todos cuadros del mismo género. Pablo Verones, el pintor de las perspectivas, el mago de los colores, tuvo por padre un escultor, y tuvo también dos hijos pintores. En la familia de Murillo se cuentan cuatro pintores conocidos. Se hereda el genio poético. Esquilo tuvo un hijo, Euforion, que cultivaba el género trágico; y Sófocles otro hijo que fué doce veces coronado en el

teatro, henchido de gloria por el nombre de su padre. Se hereda la memoria. Marco Anneo Séneca repetía dos mil palabras en el orden mismo en que acababa de oirlas, y su hijo Lucio estaba dotado de la misma memoria. Se hereda el olfato. En la Habana el negro cimarrón distingue por el olfato la aproximación de un blanco ó de un negro. Se hereda la vista. En las ciudades hay muchos más míopes que en los campos. Se heredan los instintos. Eternamente buscarán las golondrinas la temperatura de los climas cálidos en invierno, y la temperatura de los climas templados en verano.

—¿Y qué deduces de todo eso? preguntó Carolina por preguntar algo á su marido.

—Mira. Tienen muchas aplicaciones, muchísimas, semejantes estudios. Aquel rey de Prusia que buscaba las más altas mujeres de su reino para unir las con los más gallardos y fornidos granaderos de su guardia conocía mejor la aplicación de las leyes de la Historia Natural que muchos naturalistas. Se puede llegar á saber de esta manera la parte que tienen el padre y la madre así en la vida física como en la vida moral de los hijos. Hay una raza en la cual puede verse esto, no clara, palpablemente: la raza de los mulatos.

—¡Jura, Jura! murmuró Carolina entre dientes.

—¿Qué? ¿Te pones mala?



— Un poco. Algun vahido. Se pasa pronto.

— ¡Maldito embarazo! No te he visto nunca tan enferma como estás ahora.

— No te inquietes. Me siento mejor.

— Pues iba diciendo que la parte de cada uno de los cónyuges en la vida del hijo se conoce especialísimamente en las razas mezcladas, en las razas mestizas. Dicen muchos naturalistas que en el mulato entra por igual, con regularidad matemática, la influencia del padre y de la madre. Pero esta ley no se observa tan rigurosa en la realidad. De la union de una blanca con un negro proviene muchas veces un hijo todo negro ó todo blanco. Y casi siempre, quizá por la pujanza de la raza negra, se ve el predominio del negro sobre el blanco. Yo vi una pobre señorita francesa, que tuvo debilidad por un mulato, parir una hija enteramente negra, con el pelo ensortijado, y tambien los labios gruesos, la frente estrecha y baja, los ojos pequeños y agudos, cual si no tuviera una gota de sangre blanca en las venas.

. . . . .

— Pero, Carolina, ¿te has dormido? ¡Carolina! No responde. Otro desmayo, otro desmayo. ¡Qué funesto, qué horrible embarazo!

---

---

## CAPÍTULO XLI.

### MEMORIAS.

Antonio, á pesar de sus viajes y de sus correrías por América, no olvidaba ni un solo momento á Carolina, su amor, su único amor. La ausencia atizaba en su alma esta pasión, que habia llegado á una verdadera exaltacion. Todos los dias se asentaba á su bufete, cogia una pluma, y trazaba en su libro de memorias algunas páginas consagradas á Carolina. Recojamos fragmentos de estas Memorias, que pintan de una manera tan exacta como original toda la infinita intensidad de su pasión.

DIA \*\*\*

«Yo no vivo sino por el corazón. Cuanto más me empeño en avivar mi pensamiento, más el pensamiento se adormece y se extingue. Mi alma es amor, sólo

amor. Mi universo es ella, sólo ella. Nada me importa el sol, nada las estrellas; lo que me ilumina, lo que me vivifica es su mirada. Para mí no hay más astros que sus ojos. Nada me importa la sociedad. Parécenme las mayores ciudades de la tierra, desiertas de hombres, y los diversos individuos, verdaderos granos de arena que la casualidad arremolina ó dispersa como el pampero las nubes de polvo en la inmensa soledad. Y sin embargo, encerradme con ella en la selva más primitiva é inexplorada, en el rincón más apartado del mundo, y todo se poblará de la verdadera vida, de la ilusión, de la esperanza, de las inspiraciones, de los sentimientos, del amor, del Dios que engendra y conserva, que alienta y mata, que es para la Humanidad como el calor para el Universo del amor. ¿Por qué lo he sentido y no lo he guardado? ¿Por qué lo he un momento entrevisto, si no he podido nunca poseerlo á mi arbitrio? Tormentos y sólo tormentos me han atenaceado el corazón. En mi desgracia descendiste un momento hasta mí, fijaste tus labios en mis labios, para dejar en ellos la sed devoradora, inextinguible, de tu amor, y luego te evaporaste en una nube de lágrimas.»

OTRO DIA \*\*\*

Me he dado al mundo para buscar en el mundo el

olvido. Me he abismado como el buzo en el mar. Pero en seguida he tenido necesidad de respirar, de salir á la superficie, de habitar en la soledad, entregado á mis pensamientos y á mis recuerdos. Creen unos que la vida está en el combate; otros, en las aventuras por tierra ó por mar; éstos, en la ambicion; aquéllos, en la gloria; no: la vida, la verdadera vida, la única vida beata, santa, está en levantar una modesta y apartada casa con un jardin que dé flores, con un huerto que dé frutos; en llevar allí la esposa del alma, la esposa del corazon, bendecida por Dios en la religion, bendecida por la ley en la sociedad; vivir el uno para el otro, el marido para la mujer, la mujer para el marido, ambos para los hijos. Esa es la vida. No hay otra, no puede haber otra. El amor sereno, la existencia tranquila y reposada, las pasiones humildes, la posicion modesta, el trabajo por toda vida, el dia de mañana tan seguro como la salida del sol, el pasado sin sombras y sin remordimientos, el alma llena de luz, el cuerpo lleno de vigor, la esposa al lado, sonriendo siempre y siempre amando, los hijos, benditos continuadores de la existencia. Esta es la vida. Como los astros se buscan en la inmensidad del espacio, las almas se buscan en la inmensidad del tiempo. Carolina y yo éramos el uno para el otro quizá desde la eternidad. Su alma era la mitad de mi alma. ¿Por qué dividieron y separaron estas dos mitades

los intereses mezquinos, livianos, egoístas de los hombres? Yo no habia amado. Mi naturaleza estaba dormida, mi corazon frio. Lo único que amára en vida, lo único, fué la libertad. En cuanto se presentó delante de mí Carolina, la amé con delirio. Mi alma se escapó de mi seno y se confundió en su alma. Es imposible decir los horribles celos que me atenaceaban el corazon, que me mordian con mordeduras venenosas las entrañas cuantas veces se aparecia á mis ojos febriles en brazos de otro la mujer á quien yo habia consagrado toda mi existencia. Los únicos dias tranquilos de mi existencia son los dias en que vivimos solos, completamente solos, y en que ella era como el alma de mi alma y yo su siervo. Ya no volveréis, dias felices. ¡Cómo velaba yo su sueño al traves de las paredes de su palacio! ¡Cómo contemplaba la reja de su alcoba! ¡Con qué anhelo aguardaba á que la ventana se abriese y sonriera su mirada, más pura y más luminosa que el alba! Yo tenía arreglado ya el ramo que iba á depositar á sus plantas. Cada flor era un pensamiento, y todo el haz de flores un poema. No comprendia yo cómo se iban las golondrinas estando Carolina allí. No comprendia cómo todos los ruiseñores de los contornos no se reunian solícitos en su jardin á darle una perpétua serenata y á regalarle el oido con sus gorjeos y sus arpegios de amor. ¡Cuántas veces me quedaba extático, inmóvil,



petrificado ante ella, fijando mis ojos en sus ojos, suspendo de su alma, como el satélite del planeta, como el planeta del sol! No sé lo que hago ni lo que digo. Escribo, escribo por desahogar mi pecho, y cuanto más escribo, más intenso es el dolor que me hiere, que me mata, que me aniquila. ¡Oh furor! Una juventud lozana, un corazón infinito, la sangre hirviente, el amor intenso, el pensamiento vivo, y abrazo una sombra, un imposible, la nada. Plegaré mis manos, doblaré mis rodillas, y pediré á Dios que me mate, ya que me ha hecho tan desgraciado. Si al ménos supiera que mis huesos descansaban cerca de sus huesos; si al ménos supiera que mis cenizas podían mezclarse con sus cenizas en el lecho nupcial de la tumba..... La naturaleza, que repite hasta lo infinito sus tipos, sus criaturas, no ha hecho otra Carolina. Yo veo pasar junto á mí las más hermosas mujeres; las admiro, pero no las amo. Sólo aquellos ojos penetran hasta el fondo de mi alma; sólo aquel aliento tiene la virtud de embriagarme, de enloquecerme. Estoy seguro de que recorrería la tierra entera y subiría de astro en astro, recorrería los soles y los abismos de lo infinito, y no encontraría, no, otra Carolina. Estoy seguro de que se apagarán estos astros, y nacerán otros nuevos, y en ninguno de los futuros mundos, como en ninguno de los pasados, habrá otra Carolina. Y yo, prisionero de mi debilidad, no puedo

volar á su lado, no puedo verla, no puedo hablarla, no puedo decirla: « Ya que no viva, déjame al ménos morir á tu lado, morir recibiendo en mi agonía el rayo benéfico de tu mirada. » ¡Dios mio! ¿será que si la hubiera tenido siempre á mi lado se levantaria algun otro deseo en mi corazon? ¿Será que si mé hubiera amado me faltára algo en la tierra? No, no lo creo. Ella es toda la felicidad de mi vida. Y esa felicidad me la han robado. Dicen que en cada astro repite una humanidad orgullosa nuestros mismos errores y nuestros mismos crímenes. Dicen que en cada existencia el dolor repite sus tormentos y sus desengaños. Dicen que la vida es una ilusion, que parece hermosa cuando no deja entre los dedos los átomos del tenue áureo polvillo que la engalana, como á las brillantes alas de las mariposas. No, Carolina hubiera sido mi dicha. Yo á su lado sólo hubiera querido que la vida se prolongára hasta la eternidad. Carolina, Carolina mia, ¡qué desgraciados hemos sido!

DIA \*\*\*

Ya me es imposible sufrir tanto y por tan largo tiempo. Mi vida no tiene luz ni calor. Correré á su presencia. Tengo derecho á ello, es mia por el sentimiento, mia por la inteligencia, mia por la naturale-

---

za; solamente por el yugo legal, por ese yugo artificiosísimo, es de su marido. Y yo sé que lleva un hijo mio en sus entrañas. Y ese único sér, que puede aliviarme en mis penas, seguirme en mi soledad, me pertenece; de grado ó por fuerza vendrá á mi lado, aunque me cueste acometer como un salteador aquella casa. Te castigo, Carolina, te castigo horribilmente; pero ya que caiste en mis brazos por exceso de amor, no debias haberte separado súbitamente de mis brazos por exceso de orgullo. Tú tienes en el mundo tu esposo, tu pequeñuelo; yo no tengo á nadie y he de llevarme lo que es mio. Algun rasgo de tus facciones habrá en su fisonomía. Algun reflejo de tu mirar habrá en sus ojos. Algun eco de tu voz en su acento. Alguna de las cualidades de tu alma en su alma. Contemplando al nuevo sér te contemplaré á tí tambien; y si me recuerda tu pertinaz desvío y mi cruel desgracia, tambien me recordará tu amor y mi dicha de un momento. No, madre, no cuentes con ese hijo. Iré, saltaré los cercados como un tigre, entraré en tu casa como un raposo, lucharé con los que me cierran el paso como un leon, te robaré tu hijuelo como un bandido, y me lo llevaré, y lo cuidaré, y lo educaré, y lo amaré como un padre. Sí, sí..... soy su padre.

---

---

---

## CAPÍTULO XLII.

### UNA NIÑA.

En la quinta del caballero Jura todo es agitacion y movimiento. El amo de la casa corre en todas direcciones, manda, reconviene, apresta. Pasa indudablemente algo de extraordinario. Los numerosos criados y esclavos andan todos aturdidos. Sólo el amo está sereno, sonriente, rebosando felicidad de su mirar, despidiendo felicidad de todo su sér. Aproxímase la hora bendita y solemne en que un nuevo hijo debe aumentar la familia, robustecer la casa, unir con lazos más estrechos é indisolubles á los dos esposos. Un hijo es un motivo más de orgullo para sus padres; un título más de aprecio á los ojos de la sociedad; un cooperador más traído á las obras de la naturaleza y del mundo. El padre lo aguarda con anhelo mientras la madre lo pare con dolor. Su corazon se estremece de pena al ver los peligros que todo cuanto ama pasa en aquel momento supremo, y se dilata de es-

peranza al presentir la dicha que le trae en sus labios el nuevo sér. Jura tiene una febril impaciencia. Entra en el cuarto de su mujer y sale cien veces. Interroga al médico. Llama sin saber para qué á los criados. Repasa cien veces el envoltorio preparado al recién nacido que se acerca. Se mueve sólo por moverse, presa de una agitacion tan grande como el dolor físico que atenacea á su esposa. El parto es difícil, dolorosísimo, peligroso, largo, muy largo. Carolina está de tal suerte triste y desesperada, que parece ántes tratar de darse á sí misma la muerte, y no la vida á su hijo. El caballero Jura se desespera de la tristeza, del dolor, de la pena de su mujer, y no sabe qué remedio buscarle, aunque interroga la ciencia de los médicos y su propia ciencia. No sabe el infeliz todo el infierno que abrasa á Carolina en aquellos angustiosos y supremos momentos. Pero entreve el buen marido algo que no se explica, y que atribuye absolutamente al dolor físico. Así entra, sale, vuelve, revuelve, preguntá, repregunta, responde él mismo, manda sin saber qué, cita sin saber á quién, tropieza, se aturde, y muestra en todas sus acciones, en todas, sufrir tanto como su propia mujer.

—Panchita..... gritaba Jura, en uno de sus momentos de arrebató.

—Señor.....

—¿Cómo sigue la señora?



—Aletargada.....

—Esos letargos, esos letargos me asustan y me desesperan.

—Empiezan los médicos á inquietarse.

Yo estoy desde los primeros meses de su embarazo en continúa intranquilidad y zozobra.

—Es verdad. Le ha dado por llorar, por desesperarse.....

—¿Y Ricardito?

—Éste bien; juega, pero no con la alegría de ántes.

—¿Tambien triste el niño?

—Tambien.

—¿Qué rareza!

—Desde que se fué Antonio, el niño no ha jugado á gusto.

—Panchita..... balbuceó Jura.

—¿Señor! balbuceó Panchita.

—Mira si se ofrece algo á la señora.

—Señor administrador..... gritó Jura.

—Á las órdenes de V., respondió diligentemente el administrador.

—Le he llamado á V. y no sé para qué.

—Ya lo recordará V.

—Estoy fuera de mí.

—Calma, calma.

—Ese parto.....

- Difícil, trabajoso.
- La va á matar.
- No desespere.
- Y yo moriré con ella.
- Señor.....
- ¿A qué la vida?
- No se entregue V. á esos sombríos sentimientos.
- Estoy pasando las horas más horribles de toda mi existencia.
- Ánimo, animo.
- En fin, ¿está todo preparado?
- Todo.
- ¿Á la usanza española?
- Á la usanza española.
- ¿El niño tiene ricos envoltorios?
- De un príncipe.
- ¿Las cajas de dulces están compradas?
- Por centenares.
- ¿Habeis aparejado dinero para echárselo á los criados?
- Tengo una espuerta de monedillas de oro y plata.
- Así, así.
- Ya ve V. que he cumplido fielmente sus órdenes.
- Un hijo más es un dón de la Providencia.
- Especialmente para quien le recibe con tanta abundancia y le dejará tan cuantiosa herencia.
- Quisiera que fuese niña.

—¿De véras?

—Parece que no tiene uno en su casa felicidad completa si no tiene la infancia bajo sus dos aspectos ante los ojos. El niño tiene desde los primeros años sus vocaciones, el trabajo, el combate, el imperio; la niña tiene sus vocaciones también, el amor, la maternidad, la gracia, el encanto, el hechizo. El niño busca las armas, empuña su fusil de hojalata, su sable; la niña busca su muñeca, en la cual como que ensaya para lo porvenir el santo ministerio de la maternidad.

—Verdad, verdad.

—¡Con qué anhelo aguardo á mi nuevo hijo! ¡Cómo me late el corazón! ¡Cómo se impacienta mi deseo de recibirlo en mis brazos, de acariciarlo con amor, de verlo crecer, jugar, sonreírme, prometerme su apoyo en los últimos días de la vida, ser un nuevo regocijo de esta casa, un nuevo timbre de mi familia y de mi nombre!

—Tiene V. verdadero corazón de padre.

—La casa que no se renueva, la familia que no se perpetúa en sus hijos, es como un árbol que no verdece en primavera, es como un corazón que no siente ninguna esperanza. Mis trabajos, mis luchas en el mundo me obligaron á casarme tarde; y ahora tengo impaciencia, mucha impaciencia por aumentar mi familia.

—Pero V. tiene una familia cariñosísima: esposa que le quiere profundamente, hijo hermoso, robustísimo, inteligente, henchido de esperanzas, que sostendrá su casa y regocijará su vejez.

—Es verdad, pero me atormenta mucho, muchísimo la tristeza de mi esposa, que está en la mayor desesperación, y cuyos dolores no comprendo.....

—Yo creo que V. la ha contrariado.....

—¿En qué? ¿En qué?

—Francamente, no me atrevo á hablar.....

—Hable V., hable V.

—Yo creo que en esta soledad, en este aislamiento la única distracción de la señora, casi su única amistad, era.....

—Me parece que vuelve á quejarse. Panchita, Panchita, gritó Jura.

—¡Señor! ¡Señor!

—La señora se queja.

—No. Parece que está un poco mejor.

—¿Mejor? ¡Cuánto tarda!..... ¿Decía usted.....? añadió dirigiéndose al administrador.

—Decía que yo he notado cierta tristeza en la señora desde el día de la venta de Antonio.

—Señor administrador, injuria V. alevemente á mi señora.

—Perdon; pero ni hay ofensa á V. ni hay ofensa á ella.

—¡ Creer que podia sentir así la ausencia de un esclavo!

—Como se siente muchas veces la ausencia de un animal.

—¡ Creer que podia ni notar siquiera que faltase aquí ese mueble de labranza ó de cocina!

—Pero.....

—No me vuelva V. á hablar de eso.

—Perdon, señor, perdon.

—Retírese V.

El administrador inclinó la cabeza con reverencia y se retiró con precipitacion.

—¿ Será verdad? ¡ Dios mio! ¿ Será verdad? ¿ Ese esclavo podria tener influencia tan grande en esta casa, en mi mujer, en mi hijo mismo? ¿ Se habria atrevido? ¿ Habria osado alguna vez mirarla, mirar á Carolina frente á frente? ¿ Con qué derecho? Vil gusano de la tierra, vil gusano, ¡ te atreverias á pensar en el sol!..... Puede ser, porque estos mulatos son atrevidos, audaces, taimados en sus proyectos y decididos en sus resoluciones. Pero ella, ella, la mujer casta, la esposa fidelísima, la americana de pura sangre andaluza, la patricia de aristocrática república, la católica ferviente, la honradez en persona, jamas hubiera consentido que ni de léjos la mirára. Tanto valdria creer que el aguijon de un reptil podia herir el disco mismo del sol. No, Carolina, tu esposo



no te ofende creyéndote capaz de posar, no ya tu cariño, tu atención, sobre un siervo miserable. Pero ya se ve, esa maldita educación de los pueblos latinos, esa idea de igualdad, que es un verdadero desvarío, le hacía ver como un semejante en la naturaleza, un prójimo en la religión, á su esclavo, á ese esclavo sin derecho, sin personalidad. Tales ideas acabarán por aniquilar la esclavitud para siempre, la esclavitud, esa institución necesaria, sobre todo á la agricultura de las regiones cálidas. Los antiguos fundaban la esclavitud en su religión, en su filosofía como en sus leyes; pero nosotros tenemos una filosofía humanitaria, una religión democrática, y queremos tener esclavos con tales elementos. Y mi propia mujer se interesa por sus esclavos hasta el punto de hacer creer á esos bellacos que podría estar triste por la ausencia de un mulato. Es verdad que era listo, atrevido, inteligente, marrullero, charlatan. Todas esas cualidades extrañan tanto en un esclavo, que alguna vez podían llamar la atención de mi mujer. Mas ¿por qué unir dos personas tan diversas en mi memoria y en mis cavilaciones? Sería como si uniéramos las guijas del abismo con las estrellas del cielo. Carolina es mujer orgullosa, antigua patricia, andaluza de pura sangre, y con estas condiciones no podía, ni en imaginación siquiera, tener afecto, ni de amistad, aunque lo tuviera de compasión, por un esclavo.

---

En esto se oyó un gemido agudísimo, el lloro de una criatura recién nacida, y Jura se lanzó, fuera de sí, al cuarto de su mujer.

---

---

---

## CAPÍTULO XLIII.

### REGOCIJO Y DOLOR.

Oir el lloro, entrar en la habitacion de donde partia, correr hácia su esposa ántes que al recién nacido, abrazarla, cubrirle rostro y manos de besos con efusion y abandono, fué todo tan rápido en la accion como pudiera serlo en el pensamiento.

— Bendita seas, esposa mia, exclamaba; bendita seas. Me has hecho sufrir mucho; más que tú misma has sufrido. Creí en algunos momentos que nuestro nuevo hijo te costaba la vida, esa vida sin la cual yo no quiero para nada ni el mundo ni sus riquezas. Pero tu ánimo te ha sostenido, tu valor te ha salvado y Dios te bendice, por casta esposa, por bienaventurada madre. Traes al mundo un nuevo sér, al hogar una nueva alegría, á mi vida un verdadero encanto, á mi vejez una esperanza. ¡Instante religioso y sublime, que redime todas nuestras culpas, que compensa todos nuestros dolores! Con mayor alegría

recibo aún el segundo hijo que el primero, con mayor alegría, porque ya sé el precio que tiene un hijo. Imagínate, hermosa mia, imagínate qué subido precio tendrán dos, dos, que colman todos nuestros deseos, que mantienen todas nuestras ilusiones. En el parto de una madre feliz se regocijan todos los seres como se regocijaron en el portal de Belen. No solamente se llenan de placer los corazones de sus padres, se llena de nueva vida la naturaleza, de nuevas fuerzas la sociedad, de renovacion, de perpétua juventud hasta el humano espíritu, y una oracion de agradecimiento, como la que yo he dirigido á Dios con la rapidez de la idea, se pierde en el cielo. No estés triste, Carolina mia. No estés triste, esposa y madre bendita. Abraza, abraza al padre de tus hijos.

Carolina abrazó á su marido por fuerza, dejó caer sobre su pecho la cabeza y lanzó un torrente de lágrimas mezclado con desgarradores sollozos. Jura estaba de tal manera afectado con su nueva dicha, que no comprendió toda la amargura del llanto, y lo atribuyó á la dicha que á su vez sentia Carolina por salir victoriosa de aquel nuevo combate y por ser segunda vez afortunada madre.

Pero si hubiera fijado el caballero Jura su atencion vivamente en el grupo que rodeaba al recién nacido, echára de ver que algo extraño pasaba allí, y lo echára de ver en la curiosidad con que miraban á la

criatura, en el estupor creciente á cada una de aquellas miradas, en las palabras entrecortadas, en las sonrisas maliciosas, en las ojeadas que se dirigian unos á otros, médicos, comadron, partera, criadas, criados, todos los circunstantes.

El buen padre estaba ciego de placer y de alegría. Así es que se dirigió á la mesa donde tenian tendido y desnudito al sér recién nacido, y dijo con voz ahogada por la emocion : « ¡Una niña, una niña robusta y hermosa! » La cogió febrilmente entre sus manos, la llevó á sus labios, y le cubrió el cuerpecito, recién lavado y perfumado, de atronadores besos, que resonaban en la estancia con grande estrépito, alzándose sobre el doble lloro de hija y madre.

Pasado aquel momento de efusion, se fijó con mayor reposo en la que creia su hija. Conforme la miraban sus ojos, se descomponian y se alteraban sus facciones. Un estremecimiento parecido al que se siente cuando cae y hiere el rayo sacudió todos sus nervios. La frente se arrugó y se le erizaron los cabellos. Las manos crispadas se hundian en el tierno cuerpecito como si quisieran desgarrarlo y dividirlo. Saltábasele los ojos de las órbitas, amarilla espuma asomaba á sus labios cárdenos, y repicaban unos contra otros sus dientes, como si frio mortal le hubiera asaltado. Quien no supiese que era el caballero Jura, no lo hubiera conocido : tanto se trasformó desde el le-



cho de su esposa á la cuna de su hija. Soltóla con rabia, como quien pasa de una grande esperanza á un mayor desengaño, y su primer impulso fué dirigirse á Carolina. Mas le contuvo el resto de amor que todavía guardaba para aquella mujer; y llevándose ambas manos á la frente volcanizada, como para contener su razon, que se escapaba, corrió á su cuarto, cerró la puerta, y se dejó caer desplomado sobre uno de sus sofás, clavando la mirada en los cielos, como para interrogarlos sobre su increíble desgracia.

—No me lo ha dicho nadie. Yo lo he visto. Ojalá me quedára ántes ciego. ¿Por qué no me habeis quitado, Dios mio, toda la luz de los ojos? Lo he visto, lo he tocado. No es alucinacion, ni ensueño, ni desvarío. Es verdad, es verdad. La que Jura creia su hija, hija de pura sangre latina, es una mulata, es una cuarterona. ¡Ira de Dios, qué vergüenza! En mi ausencia, cuando yo le consagraba todos mis pensamientos y todos mis recuerdos, cuando yo la veia constantemente, así despierto como en sueños, cual un bendito ángel custodio á mi lado, ella se revolcaba, asquerosa cerda, sobre el lecho cónyugal, en brazos de un mulato. Para esto la extraje de la miseria, y la eduqué como un padre, y la quise como un amante, y la adoré como un místico adora á la Virgen. Para esto he pasado nueve meses de insomnios, de tristezas, de congojas, de cuidados incesantes, de

dolores agudísimos, de infinita desesperacion por sus penas, que yo sentí como nunca sentí las propias penas. Y todo el mundo lo ha visto. Médicos, cirujanos, parteras, administradores, siervos. ¡Cómo se reirán de mí! ¡Cómo se burlarán de mi credulidad! ¡Cómo publicarán y divulgarán mi deshonor! ¡Cómo dirán que á la sangre de mi mujer se ha mezclado ¡horror mil veces! la infame, la sucia, la vil, la deshonrosa y deshonrada sangre de los negros! ¿Tendria, por ventura, Carolina algun abuelo mulato? ¡Oh! No. Yo conozco eso bien. Yo conozco el glóbulo de sangre africana hasta la sétima generacion. Ella es tan europea como yo, de raza tan pura como yo, de sangre como la mia, sangre latina, caldeada por el brillante sol de Andalucía, y exaltada por el contacto con el Nuevo-Mundo. No cavilemos más. Aquí ha habido un crimen, un perjurio, un adulterio con el mulato, que no debí vender, que debí descuartizar, como descuartizaré inmediatamente á la proterva adúltera y á su infame hija. ¡Qué desengaño! Y ya le habia entregado mi nombre, mi honor, mi riqueza, mi felicidad, para que todo lo cambiára por el brutal beso de un negro. ¡Ira de Dios! Y aún vive él, y aún vive ella, y aún vive su hija, y aún vivo yo. ¿Dónde está la justicia del cielo, que no cae rápida y abrumadora sobre mi cabeza y no me hunde en los abismos del infierno, á la verdad no tan profundos ni

tan oscuros como mi deshonor? Infierno, gloria, verdad, belleza, justicia, Dios. ¿Habrá alguna verdad en el cielo ó en la tierra, si era mentira su virtud? En aquella frente espaciosísima, en aquellos ojos serenos, en aquella sonrisa divina se dibujaba su pureza. Y todo era mentira, mentira, mentira. Imaginaos el místico que muriera en la fe de Dios, y despertára en la caverna de la nada. Tal me ha sucedido á mí. ¡Oh! Me he alucinado; me he engañado. La niña debe de ser blanca como el ampo de la nieve. Yo me he engañado. Veámoslo otra vez.

Y Jura tiró fuertemente de la campanilla.

—Señor, dijo un negro que apareció súbitamente.

—Con las mayores precauciones para que no se constipe, tráeme la niña.

El negro bajó profundamente la cabeza, y obedeció con celeridad la órden.

En efecto, al poco tiempo trajeron á la niña envuelta en sus mantillas. El caballero Jura cerró la puerta, tendió la recién nacida sobre sus rodillas, y comenzó á desceñirla de sus envolturas.

—¡Oh! Blanca, blanca. Pero hay un viso del color negro en su blancura; pero hay una señal de su origen mulato en los labios; pero ¡oh! su vientrecito la denuncia por completo, y hasta queda vivo el semicírculo azulado de las uñas. ¡Oh! mulata eres, de sangre mulata vienes, á raza mulata perteneces. Todo

tu sér te acusa, á pesar de tu hermosura, semejante á la hermosura de tu madre. Apártate de aquí, hija del crimen; apártate de aquí, sér desgraciado y maldecido, fruto de ingratitud más negra que el color de tus abuelos, monumento vivo de deshonra.

Jura tiró de la campanilla; el negro entró nuevamente, y recibió en sus brazos, mal envuelta en las desceñidas mantillas, á la desgraciada niña.

— Ya no hay duda. Has caído en el profundo abismo, infame mujer. Me has deshonrado, pérfida. En estos momentos angustiosos, en estos trances supremos, sólo queda una solución, la muerte, el gran desenlace en la tragedia de la vida. Morirás, moriremos. La muerte es el único beleño. Yo estoy muerto. Te arrastraré conmigo, te arrastraré á la tumba. Aquél será nuestro hogar. Bendita, bendita sea por siempre la muerte.

---

---

---

## CAPÍTULO XLIV.

### MALDICIONES.

Carolina está acostada, y Jura sentado á la cabecera. La pobre mujer se hallaba presa de grandes desmayos alternados con sacudimientos terribles, y su marido se hallaba abismado en el dolor más profundo. El primer impulso de Jura fué matar á su mujer. Cogió en su armería un afilado puñal, bajó, y al ir á clavárselo en el pecho, retrocedió espantado de su pensamiento y de su obra. Luégo se encerró en sí mismo, meditó y reflexionó un poco, y decidió acabar con su mujer despues que, mejorada de su sobreparto, pudiera hacerle gustar, con grande refinamiento de crueldad, los dolores de la muerte. Carolina, allá en su debilidad, en su abatimiento, tenía el morir por una esperanza, por un refugio. Habia visto á su hija, y desde el primer momento habia visto tambien que revelaba la única irreparable debilidad de su vida. ¡Extraño fenómeno! Esta cualidad de la pobre niña



la hacía más digna de amor á sus ojos. Y si amaba mucho al hijo legítimo de su matrimonio, amaba mucho más á la hija adulterina de su amor. Además de su desgracia, le interesaban en ella los reflejos del rostro de la única persona á quien habia amado en el mundo, los reflejos del rostro de Antonio. El caballero Jura no habia vuelto á ver á la niña desde el momento en que, examinándola por segunda vez, descubrió en ella el rastro indeleble de su origen. Pero su dolor era tan grande, que no podia dejar de atormentarse y atormentar á su esposa. Era el delirio de la desesperacion su terrible estado.

— Carolina, le decia.

La enferma abria sus ojos y los clavaba en el rostro de su esposo con verdadero terror.

— Carolina, ¡qué dia el dia del nacimiento de un nuevo hijo! ¡Qué dia de angustias y de placer! En algunos momentos se cree que la pobre mujer va á morir, y se parte en pedazos el corazon. Despues, pasados aquellos dolores, viene el recién nacido, como enviado por la Providencia, á dilatar nuestra vida. Todo en él es pureza, inocencia, como en el Eden primitivo, sin mancha y sin culpa.

Carolina oia todas aquellas palabras como un extraño rumor, sin comprenderlas distintamente, y continuaba con los ojos fijos en su esposo.

— ¿Te acuerdas del nacimiento de nuestro Ricar-

do? Yo no lo he olvidado, yo no lo olvidaré ni un momento mientras viva. Ese recuerdo me acompañará á todas partes. Era una mañana de Abril. Los ruiseñores cantaban en coro por la enramada, toda reluciente de rocío. La luz del alba me parecía más pura y más alegre aquella mañana. Nuestro hijo lloraba entre mis brazos, y yo le oprimía entre mi corazón. Era mi delicia, mi amor, mi esperanza, todo reducido y compendiado en aquel breve sér. ¡Qué ojos! ¡Qué rizado cabello! ¡Qué hermoso mirar! Su sonrisa me rejuvenecía, me quitaba de encima el peso de los años. Y es porque aquel niño había sido el fruto santo de un amor legítimo, el hijo ante quien se regocijaban sus padres y se aseguraba vida y honra. Nada debe ser en el mundo tan puro como un niño. Si una sombra perversa se extiende sobre su cuna, si una gota de sangre impura discurre por sus venas, esa gran desgracia le persigue, le acosa durante toda la vida, y trasciende hasta más allá de la muerte. Los hombres le señalan con el dedo; las mujeres se apartan de su infancia. Su vida toda es un veneno corrosivo, porque léjos de traerle á la memoria sus padres ejemplos de virtud y de honra, le traen ejemplos de vicios y un gran deshonor.

— Jura, Jura, murmuró Carolina, cuya debilidad apenas podía distinguir más que un vano rumor en aquellas palabras.

—¿Has visto á tu hija? ¿La has mirado bien? ¡Qué extraño sér! ¿Dónde has ido á buscarlo? Mujer, mujer, hasta tu virtud, que yo creí tan excelsa como los cielos, ha subido el ponzoñoso aliento de un esclavo. Mujer, mujer indigna, has destruido mi honor y tu felicidad; has manchado tu alma y el alma de tus hijos; has destruido sobre todos nosotros, y bajo sus escombros nos has tristemente aplastado, el templo casi divino de nuestro hogar. Y yo, que te creí un sér sobrenatural, superior á nuestras pasiones, puro como el pensamiento de un niño, inmaculado como la luz, en cuyos brazos podria encontrar el puerto de mi vida, el seguro de mi honra. Y me has engañado, me has engañado, infame, infame, infame.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con acento tan extraño y voz tan fuerte, que sacaron de su letargo á Carolina. Incorpórose sobre su lecho, llevó ambas manos á las sienes, miró con ojos extraviados á su marido, y le gritó, agarrándole febrilmente las manos en medio de sacudimientos terribles :

—¡Jura, Jura!

—¡Carolina!

—Óyeme.

—Te oigo.

—Yo soy culpada.

—¿Lo confiesas?

—Horriblemente culpada.

- 
- ¿Lo confiesas?
- No merezco piedad.
- No.
- En el mundo no debe haber para mí, para mi falta, misericordia.
- No debe haberla.
- Merezco la muerte.
- Y tendrás pronto lo que mereces.
- Venga, la recibiré como un presente del cielo.
- ¡Carolina!
- Aunque he caído tan bajo, tengo ánimo para preferir la muerte á la deshonra.
- Tu marido te dará ejemplo.
- Tú no has faltado ahora; tú eres inocente, y debes vivir para la sociedad, para el mundo, para tus hijos.
- Sin tí, Carolina, sin tí... la vida... el honor... la dicha... ¡Yo te queria tanto!
- Yo te respetaba.
- ¿Y no me querias?
- Te respetaba.
- Mezquino afecto.
- Nadie es dueño y señor de su corazon.
- Y era tu esposo.
- Ante Dios y los hombres.
- Tu esposo, Carolina.
- Ante Dios y los hombres; pero no ante mi corazon.

— Mujer, ¿qué me dices?

— Que yo he cometido una falta irreparable ; pero que esta falta irreparable se origina de un error irreparable tambien, de un casamiento sin amor, de un casamiento por interes.

Y el cuerpo de Carolina volvió á caer como herido de un rayo sobre el lecho, y el caballero Jura se levantó, salió precipitadamente del cuarto de su mujer y se encerró en su estancia.

---



---

---

## CAPÍTULO XLV.

### LA LOCURA.

El caballero Jura entró despavorido, fuera de sí, en sus apartamentos. Miraba y remiraba á sus espaldas con terror, como si álguien le persiguiera para matarlo. El cabello se le erizaba, los ojos se le extraviaban, escalofríos continuos sacudían todos sus nervios, y un horror que no hubiera podido expresar ningun trágico dominaba por completo en su alma. Andaba dando vueltas á grandes pasos por todas sus estancias; ora se detenía inmóvil cogiéndose la cabeza con las manos como si temiera que se le escapara; ora se lanzaba sobre un libro, lo abría buscando con impaciencia páginas que no encontraba, y lo arrojaba al suelo; ora cogía en su cocina química las cacerolas y demas enseres como si intentase componer alguna mixtura, murmurando de continuo las palabras : « Veneno, veneno, veneno. »

El infeliz no creyó en su desgracia sino despues

de haberla oído en toda su desnudez de labios de la mujer á quien amaba con todo su corazón. No obstante haber mirado y remirado cien veces á la niña; no obstante haber recorrido una por una todas las señales de su extraña raza; no obstante todo esto, aún le quedaba allá en el fondo del alma alguna esperanza de justificación para su mujer, algún medio de engañarse á sí mismo. Mas después de la última conversación ya no había dudas. Carolina jamás le amó y siempre amaría al mulato; Carolina había entregado á su esposo el cuerpo en venta y se había quedado con el alma para consagrarla al amor de su elección. Y tras esta gran traición del alma había venido la entrega también de su honor, y del honor de su esposo, al mulato. A este pensamiento perdía por completo la razón.

— ¿Dónde se ocultará? Aunque haya ido al fin del mundo, yo le buscaré, yo le encontraré, yo me vengaré en él, en su alma de viborezno. Pensar que lo he tenido bajo mi dominio, que he dispuesto de todo su ser, que he sido árbitro de su vida ó de su muerte, que he podido enterrarle en las entrañas del planeta para que no volviera á ver jamás el día; que he podido cogerlo, descuartizarlo, y dar sus entrañas por alimento á mis perros... Hijo de la noche, maldito descendiente de Cam, engendro de todas las brutalidades, vil esclavo sin alma y sin conciencia, bestia

de carga, has subido, llamado por la concupiscencia de una prostituta, hasta mi lecho, y allí has emponzoñado y manchado mi sangre; has comprado mi honor y mi conciencia.

Y el caballero Jura se retorcia los brazos con furor; se golpeaba la frente con rabia; se metia las uñas en la carne y les sacaba sangre; despedia de sus labios amoratados verdinegras espumas de hiel; de sus ojos errantes siniestros relámpagos de demencia.

— ¡Es él, es él! Vienes á burlarte ¡infame! de mí. Vienes á traerme en tu sonrisa el veneno de mi deshonra. ¿De dónde apareces? ¿De dónde vienes? Negro, negro como el infierno que te ha engendrado; vil, vil como la esclavitud que te tocaba por natural castigo. Y te burlas de mí, de un blanco, de un patrio, de un latino, de un senador que se ha sentado en el Capitolio de Washington. Y con tu aliento le robas, hijo vil de los bosques, familia, esposa, felicidad, nombre, hasta el honor. ¿Quién te hizo tan ponderoso? El adulterio de una mujer que yo creí de la pureza y de la castidad de una vírgen, y salió manceba de mis negros. Se rien de mí los esclavos. Me señalan como ente ridículo, engañado por uno de los suyos, y engañado en su honor. ¡Cómo le blanquean los dientes entre los oscuros labios movidos por sardónicas carcajadas! Allá veo mis abuelos, antiguos descubridores y conquistadores, gente de pura sangre francesa,

que traen su armadura sobre sus esqueletos recién desenvueltos del sudario y que vienen á pedirme cuenta de su nombre, pasto vil de un esclavo. Perdon, progenitores míos, perdon. No soy digno de vosotros. Ya hubierais, á estar en mi caso, cogido el corazón de ese infame, lo hubierais aderezado en sangre, lo hubierais frito en aceite hirviente, y se lo hubierais dado á comer á su querida... Carolina. ¿Te acuerdas del día de nuestras bodas? Blanco vestido de gasa plateada como los reflejos de la luna en el río; blanco velo de encaje tan tenue como los vapores del lago; corona de azahar prendida entre los rizos de tus sedosos cabellos; el corazón latiendo de esperanza, los ojos bajos al peso del rubor, dulce sonrisa en los púrpuros labios, y alguna que otra lágrima furtiva como la gota de rocío depositada por el alba en la flor. Tu figura era una aparición de los cielos; tu mirada, un rayo de luz; tu sonrisa, promesa de goces santos; tu corazón, el cielo y la tierra de tu esposo, y de tu seno se veía surgir ya en idea un coro de ángeles más bellos y más luminosos que los ideados por Murillo. La vida era entonces una melodía continua, el bienestar de quien nada teme y nada desea. Y has desceñido tu cuerpo de aquellas vestiduras, tu alma de aquella inocencia, y te has vendido por un momento de goce brutal á las caricias de un mulato.

«¡Oh rabia! ¡Furias del infierno, genios del mal,

especies de la tierra, víboras, tigres, leones, todos los seres, ficticios ó reales, que molestais, que heris, que devorais, venid, unos con vuestros agujones, otros con vuestros dientes, otros con vuestras garras, y repartíos el blanco cuerpo de la proterva y hermosa Carolina.

» Ricardito, Ricardito mio, ¿lloras, lloras? Pues consuélate, consuélate solito, porque no tienes padre; yo no sé quién es tu padre, nadie lo sabe, porque miétras entregaba su cuerpo al esposo, tenía el pensamiento puesto en otro sér, y adulteraba en idea ántes de adulterar realmente. ¿Qué te digo? Yo estoy loco. ¿A qué contarte, pobre niño, estas infamias de tu madre, que debes adorar de rodillas como á Dios, que debes creer tan pura é inmaculada como la Virgen del altar?

» Estoy en el Senado. Mis compañeros, que ántes me saludaban, me esquivan. Las galerías, que ántes miraban con respeto mi riqueza y mi influencia, cuchichean, murmuran, rien, y cien dedos me señalan. Huia de los negros, dicen, cuando los encontraba en la calle, como los romanos huian de un mal augurio, y se ha encontrado un negro en su lecho nupcial, una negrita en la cuna de sus hijos. Y á la sonora, histérica carcajada de aquel público, tan ruidosa como el trueno en la nube, tan fuerte como el estremecimiento del terremoto en el abismo, se desploma la te-



chumbre sobre mi cerebro. Se rien de mí, se burlan de mi infamia. Os mataré á todos, negros, blancos, mulatos, á todos, á todos.»

Y el infeliz habia perdido el juicio. Destrozaba los muebles con furia ó los echaba por la ventana. Cogia sus vestiduras y las rasgaba, corriendo medio desnudo de un lado á otro como si huyera de las carcajadas que promulgaban su deshonra. Cogia niños, mujeres, criados, médicos, cuantos encontraba al paso, y los golpeaba con la furia de la locura. Se precipitaba por las ventanas á riesgo de matarse. Ya cogia un fusil y disparaba un tiro; ya un puñal y lo asestaba al primero que veia. No hubo remedio. Fué necesario atarlo, encerrarlo. Estaba loco. Su inmensa desgracia le habia hecho perder la razon, y á la pérdida de la razon habia sucedido una locura furiosa. ¡ Infeliz ! ¡ Cuánto más le valiera la muerte !

---

---

## CAPÍTULO XLVI.

### EL CASTIGO.

Era una noche de estío. Carolina, mal repuesta de sus enfermedades, bordaba en su estancia al resplandor de una lámpara, en la cual venian á morir de vez en cuando várias mariposas. Estaba sola, enteramente sola, porque siendo las altas horas de la noche, habia mandado á dormir sus siervos y domésticos. Las grandes ventanas de su estancia, que daban al jardin, permanecian abiertas, á pesar de lo avanzado de la hora, á fin de que dejasen alguna entrada al fresco reparador de la noche. Vestida de peinador blanco, recogidos sus cabellos en una red blanca, pálida como la muerte, descoloridos los labios, la vida solamente se concentraba en los lucientes y animados ojos. Si ellos no resplandecieran, pareceria una estatua funeraria. En uno de los rincones de la estancia dormia profundamente Ricardito, y junto á

Carolina estaba la cuna de su hija. El aliento de la noche refrigeraba un poco aquella frente devorada por la fiebre; el blando rumor de la enramada daba alguna música á sus oídos, taladrados por el siniestro rumor de interiores remordimientos, y en algunos momentos consiguiera olvidarse de sí misma y de sus penas, á no resonar estridentemente de vez en cuando la carcajada del pobre loco en su encierro, los gritos semejantes á los aullidos de una fiera. Cada vez que aquella carcajada suena, Carolina se estremece. Lo cuida ella sola; y lo guarda cerca de su habitación, porque quiere tenerlo tan presente á sus ojos como presente está la culpa en su conciencia. Aunque ya hace tiempo que oye aquella carcajada, aquellos gritos, aquellas palabras incoherentes, aquellas frases, en las cuales alguna vez relampaguean recuerdos racionales, Carolina se estremece de horror á los ecos de la voz estridente de su eterno acusador, de su esposo. Así el sueño huía de los párpados de la pobre mujer. Como es incontrastable la naturaleza, despues de largos insomnios, de luchas consigo misma, de torcedores de conciencia; dormíase algunos momentos en su sillón.

En aquella sazón las carcajadas de Jura cesaron; su voz se apagó; la inquietud de Carolina se calmó un poco, y tras aquella calma fugaz vino pesado sueño. La labor se le cayó, pues, de las manos, la cabe-

za se inclinó sobre el pecho, y durmióse profundamente ; que no podia ménos de vencer la naturaleza tras tantos y tan porfiados insomnios.

Apénas se habian cerrado los ojos de Carolina cuando se dibujó en la ventana la sombra de un hombre. Si álguien le hubiera observado, notára en él profunda emocion. Así que descubrió la estancia, cayó en una especie de arrobamiento. Sus ojos no se cansaron de contemplar aquel cuadro. De puntillas entró, se dirigió á la cuna, contempló la faz de la recién nacida, é imprimió en sus labios, en sus mejillas, ardorosos besos. Al rumor de aquellos besos se despertó Carolina, se frotó los ojos y gritó :

— ¿Quién? ¿Quién?

— Yo, yo, Antonio.

Y el mulato se arrojó á los piés de su amada.

— ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has venido á este sitio, del cual debieran arrojarte para siempre mi dolor y tus remordimientos?

— ¡Remordimientos! — Tendré muy encallecida la conciencia ; pero no me reconviene de haberte amado, y no me reconviene, porque jamas fuí dueño de no amarte. Una fuerza superior á mi albedrío arrastraba mi corazon hácia tu corazon, y no hay fuerza que pueda separarnos.

— El deber nos separa, el deber, la mayor fuerza del mundo. Mira lo que ha traído sobre mí el mo-

mentáneo olvido del deber. Mira mi rostro demacrado, mis manos huesosas, mi pecho partido en pedazos, la fiebre en mis ojos, las sombras en mi conciencia, la desesperacion eterna en mi alma. Mira, allí está mi hijo, mi hijo adorado, á quien no podré transmitir un nombre sin mancha. Mira, mi hija está aquí, hija del crimen, denunciando hasta en el color de su rostro la deshonor de su madre. Mira, arriba está mi esposo, el hombre que me sacó de la pobreza, que me entregó su apellido y su honra, que me hizo nadar en la opulencia, que arrojó mares de diamantes sobre mis cabellos y puso ejércitos de esclavos á mis plantas; y ¿qué ha recibido de mí en pago de todo esto? la mancha del deshonor, la enfermedad de la locura. No lo conocieras si lo vieras, escuálido, demacradísimo, errante la vista, incoherente el lenguaje, fija la idea en su desgracia y en mi infamia, asaltado de carcajadas epilépticas, perdido el cerebro en delirios horribles. Todo eso, todo, es obra del momentáneo olvido de mis deberes, que ha desquiciado el mundo entero sobre mis hombros.

— ¡Cálmate, Carolina, cálmate! Tú crees haber sido causa de la desgracia de tu esposo, y si supiéramos ligar los efectos con las causas, aparecerias inocente á tus propios ojos. Era imposible, materialmente imposible que el caballero Jura acabára en paz su existencia. Un hombre que ha pasado su vida



en el comercio de carne humana, debia llegar al término de esa vida en el martirio de la demencia y en el torcedor de su remordimiento. No se pueden separar los hijos de los padres, y los padres de los hijos, los esposos de las esposas, los hermanos de los hermanos, sin que al fin el perpetrador de todos estos crímenes reciba el condigno castigo. Carolina, lo siento por tí; pero no podia ser feliz tu esposo, no podia serlo, no debia serlo.

—Antonio, la accion buena de su vida fué su casamiento, y su casamiento ha sido su desgracia. Comprendo que lo castigáran aquellos á quienes ha dañado; pero es imposible que lo castiguen aquellos á quienes ha favorecido: su mujer, su hijo. Todas las argucias del mundo no bastarán á conjurar mi dolor ni aliviar mi responsabilidad.

—¡ Su casamiento! ¿ Y tú presentas su casamiento como una virtud? Se casa con una niña inocente, sin preguntarle siquiera si le ama, creyendo llenar con eso un corazon que no podria llenarse ni con lo infinito. Y cuando tú estabas destinada por la Providencia y por la naturaleza á ser mia, se interpone en nuestro camino, y el viejo te arrebató á este corazon, que era el centro de gravedad para tu alma.

—No porfies. Tus sofismas no podrán matar mi dolor. Sean cualesquiera las faltas de Jura, no autorizaban mi falta, no disculpaban mi culpa. Yo he

precipitado mi alma del cielo de inmaculada pureza en el cieno de infame adulterio. Yo desde entónces he perdido la propia estimacion. Yo ni vivo, ni duermo, ni veo más en esta vida que mi pecado, ni más en la otra vida que mi castigo.

—Y yo, Carolina, que vengo á recordarte mi amor, que vengo á decirte cuanto ha crecido en la ausencia, que vengo á traerte mi corazon para que lo pisotees si quieres, mas que lo guardes; para que si quieres lo asesines, mas que lo asesines á tus manos; porque prefiero la muerte súbita y violenta recibida de tí, á esta vida sin calor, sin esperanza, sin felicidad, siempre ansiosa de verte enamorada, y siempre temerosa de encontrarte desabrida é ingrata.

—¿A quién diriges esas palabras? ¿No ves que soy un cadáver? Todas esas imágenes de amor que arrojas te parecerán mariposas que brotan del tibio Abril, cuando me parecen á mí moscas que brotan de la ponzoñosa corrupcion.

—Huyamos de aquí. Allá en las selvas se renovará tu sangre y tu alma, como se renuevan las hojas y las flores. El aliento del desierto te rehará una nueva conciencia. El Dios de la libertad verá desde el santuario de los cielos que tu corazon es mio, que mi corazon es tuyo, y nos unirá en el ara bendita de la naturaleza. Y nuestro amor purísimo redimirá todas nuestras culpas.

— Nací para amar, Antonio, y necesito amar. Necesito suspender mi alma de otra alma, encadenar mi pensamiento de otro pensamiento, sentir al lado de mi corazón otro corazón tan amante como el mío; necesito alguna ilusión, alguna esperanza, alguna promesa de que mi vida no ha pasado como una sombra; algún ser que me dé la felicidad, y que de mí reciba la felicidad también.

Y Carolina se iba acercando á Antonio como la pobre avecula á la fascinadora serpiente, como la tenue mariposa á la deslumbrante luz, cuando se oye la histérica y convulsiva carcajada del loco, su voz aguda y estridente, que dice estas fatídicas palabras :

— ¡Adúltera! ¡Adúltera! Has manchado el lecho de tu esposo y el nombre de tus hijos.

— ¿Lo oyes, Antonio, lo oyes? Ésa no es la voz de un loco, ésa es la voz de mi conciencia. Lo que dice es verdad, verdad, eterna verdad, que eternamente me ha de perseguir sobre la tierra y bajo la tierra. Y yo hubiera querido amar y ser amada, pero amar y ser amada santamente para Dios, legítimamente para los hombres.

— Mira, Carolina : todas las leyes que nosotros juzgamos potentes son leyes inanes junto á la ley universal, imperiosa, junto á la ley de la naturaleza.

Ahí, ahí está Dios! No es tu esposo el hombre que la sociedad te designe, el hombre que te designe tu

familia, sino el hombre en cuyos brazos te precipite fuertemente tu propio corazón. Y para tí ese hombre soy yo; luego yo soy tu esposo. Podrás ocultar ese dulce nombre á la murmuración de una sociedad enferma y envidiosa, pero podrás decirlo, deberás decirlo ante las estrellas, en los bosques, al borde de los manantiales, á la sombra de los árboles benditos cargados de flores y de frutos, allí donde gorjean los ruiseñores sus divinas pasiones, donde arrullan las palomas sus castas bodas, donde todo es verdad, y no artificio: en brazos de la madre naturaleza, ante la providencia de Dios.

—Tu palabra me exalta, pero no me persuade. Contra ella tengo un escudo inquebrantable, el escudo de mi propia conciencia. Ciertamente, el esposo verdadero es el esposo elegido del corazón. Pero cuando ya, aunque sea sin amor, aunque sea sin voluntad, una mujer ha elegido esposo, no tiene más remedio que sacrificarlo todo á ese esposo, todo, y ante todo su propio corazón; que para vencer á la naturaleza fuerzas sobradas hay en la voluntad. Y si no tiene otra razón, si no tiene otro motivo, debe tener la razón, el motivo supremo, haber sido, ser, ó llegar á ser madre. Si como el ruiseñor, si como la paloma que invocas, viviéramos sólo en la naturaleza, podíamos entregarnos completamente á la naturaleza; pero somos del género humano, que no pue-

de vivir fuera de la sociedad, y cuando la encuentra en conflicto con la naturaleza, tiene que sacrificar la naturaleza á la sociedad. Yo soy madre. Mi esposo es el loco que allí aulla; á él debo fidelidad y respeto, sólo á él, miétras viva, aunque se encuentre sin razon y casi casi sin alma. Tú eres un intruso, un ladron de mi voluntad, que, sin llamarte, has venido á robarme la felicidad de mi familia, el honor de mis hijos. Vuélvete, vuélvete por donde has venido, y déjame entregada á maldecir la hora en que te conocí y á rescatarme de mis culpas, clavándome todos los dias y todas las noches en carne viva el hierro candente de mis remordimientos.

— He venido de muy léjos, y he venido para llevarte conmigo, para tenerte á mi lado, para no separarme jamas de tí ni siquiera por la muerte : que me enterráran á tu lado, y la enormidad de nuestra culpa será lavada, redimida, por la inmensidad de nuestro amor. No te niegues á esta súplica del sér á quien amas, del sér que no ha conocido en la tierra más amor que tu amor. En vano esquivas los ojos á mi mirada, los oídos á mi palabra; tu pensamiento está fijo en mi pensamiento, y tu alma y mi alma han confluído en el mismo cauce, y juntas correrán hasta desembocar en la muerte.

— Pero yo soy señora y soberana de mí misma. Mi corazon podrá seguirte, pero no te seguirá jamas



mi pié. Mi pensamiento podrá volar caprichoso á tu lado, pero no contrastará la inercia de mi cuerpo, que ha de quedar inmóvil aquí, junto al encierro de mi esposo, junto á la cuna de mi hijo. Sí, Antonio, te he amado con locura, te he amado como ya no se ama en la tierra, te he amado con delirio en el alma y delirio en los sentidos...

— ¡Me engañaba, falaz, me engañaba! gritó desde su aposento con voz siniestra el demente. Y después lanzó sardónica y larga carcajada.

— Es verdad. Le engañaba. Le mentia un amor que no estaba en mi voluntad. Le prodigaba unas caricias que no nacian de mi deseo. Le prodigaba los más dulces nombres cuando sólo sentia la más cruel indiferencia. Hija, el depósito de honra que me entregaron mis padres, lo he malbaratado en una noche. Madre, he sacrificado mi hijo á mis voluptuosidades. Esposa, he mentido y he engañado y perjurado á mi esposo. Mujer, el alma pura que Dios me dió para engarzarla, como una estrella, en los cielos, la he precipitado oscurecida y manchada como una escoria en los infiernos. Y tú vienes á pedirme que te siga en nombre de no sé qué derechos de la naturaleza, mi madrastra, y á fin de gustar no sé qué goces de los sentidos, eterno dolor mio y eterno remordimiento.

— Carolina : me hablas como en aquellos tiempos

en que yo era tu esclavo y tú mi señora. Me hablas con imperio. Pues si tu voluntad está decidida á no seguirme, mi voluntad está decidida á separarte de este sitio. En el conflicto de estas dos voluntades triunfará la más fuerte. Y la más fuerte es la mia. Sígueme : que la mañana va á venir. Sígueme : que todavía nos protegen las sombras. Tráete tus hijos. Vámonos.

— En vano insistes : te he dicho que no, y no te seguiré. Déjame entregada á mi dolor.

— Me seguirás por fuerza, exclamó Antonio, asiéndola fuertemente por el brazo.

— No te empeñes en lo imposible. Estoy resuelta. Plugiera á Dios que lo hubiera estado siempre. Si te empeñas, moriré, pero no te seguiré. Aquí guardo el legado último de mi esposo ; aquí guardo un veneno que hizo para dármelo en las últimas horas de su verdadera vida, en la penumbra entre la razon y la demencia. Si persistes, el veneno que llevo siempre conmigo pasará del pomo al estómago, y en vez de llevarte la mujer que codicias, te llevarás un cadáver.

— Carolina, ten piedad de mí.

— ¡ Cruel, cruel, gritaba el loco, me engañabas!

— ¡ Piedad ! ¿ La tuviste de ese infeliz ? ¿ La has tenido de mí ? ¿ No manchaste por viles apetitos en una hora toda una eternidad ? Huye de mí : que cuando

pienso en el mal que me has hecho y en el bien que he perdido, quisiera aborrecerte, y ya que no puedo aborrecerte, puedo y quiero maldecirte.

— Carolina, Carolina, me matas y te matas.

— Pena mayor que la muerte nos ha de aguardar aún.

— ¡Me engañabas, pérfida, me engañabas! continuaba gritando el loco.

— ¿Eres de piedra, Antonio? ¿no te azota en el corazón, en el hígado, en el cerebro, la funesta palabra de ese loco? ¡Y quieres que te siga cuando yo la llevo resonante siempre en los oídos! Déjame aquí, en la viudez de mi alma, como cineraria estatua sobre roto sepulcro, pidiendo á Dios que prospere tus días y que perdone mis culpas.

— ¡Carolina, por piedad! Una caricia, un beso no más.

— ¡Oh! apártate. Una caricia me quitó mi pureza, como una palabra precipitó á Luzbel. Jamas. Mis labios quedarían de nuevo manchados, cuando los purifica ahora un poco el remordimiento. Huye, huye de mi presencia, porque podrás por fuerza sacarme de aquí, pero me sacarás muerta. Huye de mi presencia.

— No me iré sin llevarme algo que es mio, algo que me recuerde eternamente mi amor; sin llevarme mi hija, la hija de mis entrañas.

— ¿Qué has dicho?

— He dicho una resolucion tan inquebrantable como la tuya.

— Antonio, vuelve en tí.

— Carolina, no te oigo, como tú no me oyes á mí.

— ¡Separarme de una hija!

— Aun te queda un hijo; á mi nada me queda.

— ¡Hija mia! ¡hija mia! exclamó Carolina lanzándose sobre la cuna de la niña. Mi delicia, mi consuelo, mi esperanza, mi amor, mi religion, mi vida, mi alma. Separarte de mí es como separar la flor de su tallo. Separarte de mí es perderte, es matarte. ¿Quién te miraria con los ojos de tu madre? ¿Quién te abrigaria en su regazo? ¿Qué alimento podrian darte tan dulce como la leche de mis pechos? Yo miro tus primeras sonrisas y me embeleso. Yo oigo tu lloro y me parece más grato que la más dulce melodía. Y me contemplo á mí misma, y me renuevo y me duplico en las niñas tranquilas de tus hermosos ojos. Ella no tiene de nada culpa. Hija del crimen, es pura como la luz de la mañana. Nuestra falta no le toca. En nuestro crimen sólo hay una cosa santa, y es la pura niña por la cual quiero salvar las últimas reliquias de mi honor en el naufragio de todas mis virtudes. La niña necesita de mí como del aire. Es parte integrante de mi sér. Más fácil sería arrancarme el corazon que arrancármela á ella, mi ángel

custodio, mi Dios. No, no será. Yo defiende la cuna de mi hija con la furia con que defiende el águila el nido de sus polluelos y la leona la madriguera de sus cachorros. Dios me la ha dado para que la alimente, la crie, la eduque, la dé un alma despues de haberle dado un cuerpo, la preserve de tropezar en el deshonor y de caer en el vicio. ¡ Su padre, su padre! ¿ Qué derecho tiene un padre sobre un hijo recién nacido? Miétras sea tan débil es mia, tan mia como cuando la llevaba encerrada en el seno de mis entrañas. Nadie hubiera podido entónces separarla de mí sin quitarme la vida; nadie puede separarla ahora sin matarme. . . . .

— Carolina, tú no me has oído, tú no has considerado mi dolor y te quedas; yo tampoco te oigo á tí; yo me llevo mi hija y me separo de tí para siempre.

Y Antonio cogió con furia la niña; la estrechó entre sus brazos; saltó por la ventana y se perdió de vista.

Carolina dió un rugido espantoso. Cayó en el suelo desplomada y murmuró estas palabras :

— ¡ Maldito seas! ¡ maldita sea yo!... ¿ Quién bendecirá á mis hijos? Casarse sin quererse; ¡ error irreparable!

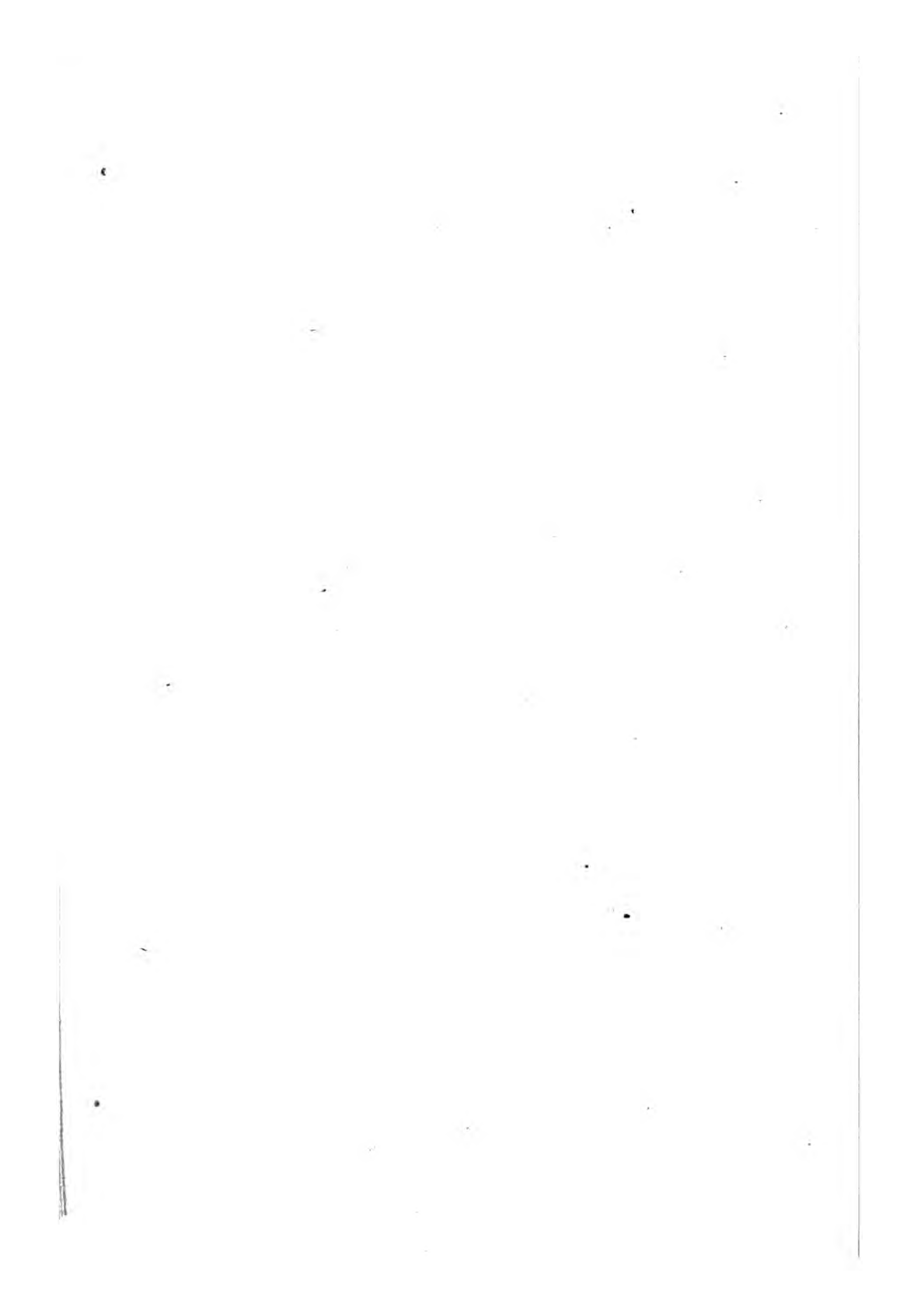
Y quedó sin sentido, rígida como un cadáver, miétras el eco repetía la risa del loco mezclada con estas fatídicas palabras :



— ¡Me engañabas, pérfida, me engañabas! . . .

. . . . .  
La falta irreparable de un casamiento sin amor no cae solamente sobre los cónyuges; trasciende también á los hijos. Y vamos á verlo en la segunda parte de esta narracion, en que trazaremos la historia del corazón de Ricardo.

FIN.



---

---

# ÍNDICE

DE LOS

## CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

CAPÍTULO	I.—Un gran carácter. . . . .	1
—	II.—Poesía en acción. . . . .	5
—	III.—Lágrimas. . . . .	7
—	IV.—Las Tentaciones.. . . .	13
—	V.—Peligros de la soledad. . . . .	18
—	VI.—Desprecios y rencores.. . . .	21
—	VII.—El Mulato.. . . .	26
—	VIII.—Desahogos. . . . .	36
—	IX.—La Embriaguez.. . . .	42
—	X.—La Nueva magia. . . . .	48
—	XI.—Supersticiones. . . . .	62
—	XII.—El Negro y el mulato.. . . .	72
—	XIII.—La Ronda.. . . .	77
—	XIV.—Los Monólogos de Antonio.. . . .	83
—	XV.—Perversion. . . . .	89
—	XVI.—El Ramillete.. . . .	92
—	XVII.—El Terror de Carolina.. . . .	96
—	XVIII.—El Magnetismo.. . . .	111
—	XIX.—La Mayor victoria.. . . .	138
—	XX.—El Despertar.. . . .	141
—	XXI.—La Esposa. . . . .	147
—	XXII.—Reflexiones. . . . .	155

CAPÍTULO XXIII.—Un poco de política. . . . .	158
— XXIV.—El Esposo. . . . .	164
— XXV.—La Carta del esposo. . . . .	169
— XXVI.—Amor ó amistad. . . . .	180
— XXVII.—Otra carta. . . . .	195
— XXVIII.—Conversaciones literarias. . . . .	206
— XXIX.—La Fatalidad. . . . .	237
— XXX.—La Oracion. . . . .	255
— XXXI.—Las Reconvenciones. . . . .	265
— XXXII.—La Ignocencia. . . . .	273
— XXXIII.—La Tempestad. . . . .	289
— XXXIV.—¡ Implacable!. . . . .	298
— XXXV.—La Caida. . . . .	303
— XXXVI.—Despedida y llegada. . . . .	309
— XXXVII.—El Mercado. . . . .	317
— XXXVIII.—El Matrimonio. . . . .	325
— XXXIX.—Ideas religiosas.. . . .	331
— XL.—Lecciones de Historia Natural. . . . .	341
— XLI.—Memorias.. . . .	352
— XLII.—Una Niña.. . . .	359
— XLIII.—Regocijo y dolor. . . . .	368
— XLIV.—Maldiciones. . . . .	375
— XLV.—La Locura. . . . .	381
— XLVI.—El Castigo. . . . .	387

FIN DEL ÍNDICE.





LIBRERÍA DE LEOCADIO LOPEZ, EDITOR.

---

RICARDO,

POR

**Emilio Castelar,**

2.<sup>a</sup> PARTE DE LA

**HISTORIA DE UN CORAZON.**

Dos tomos en 8.<sup>o</sup>. . . . . 24 rs.

---

**DISCURSOS POLÍTICOS**

**DENTRO Y FUERA DEL PARLAMENTO,**

POR

**EMILIO CASTELAR.**

Un tomo en 4.<sup>o</sup>. . . . . 32 rs.

---

**DAMAS GALANTES,**

**HISTORIAS DE AMOR,**

ESCRITAS POR

*MARÍA DEL PILAR SINUÉS.*

Un tomo en 8.<sup>o</sup>. . . . . 12 rs.

---

**LA MANZANA DE ORO,**

POR

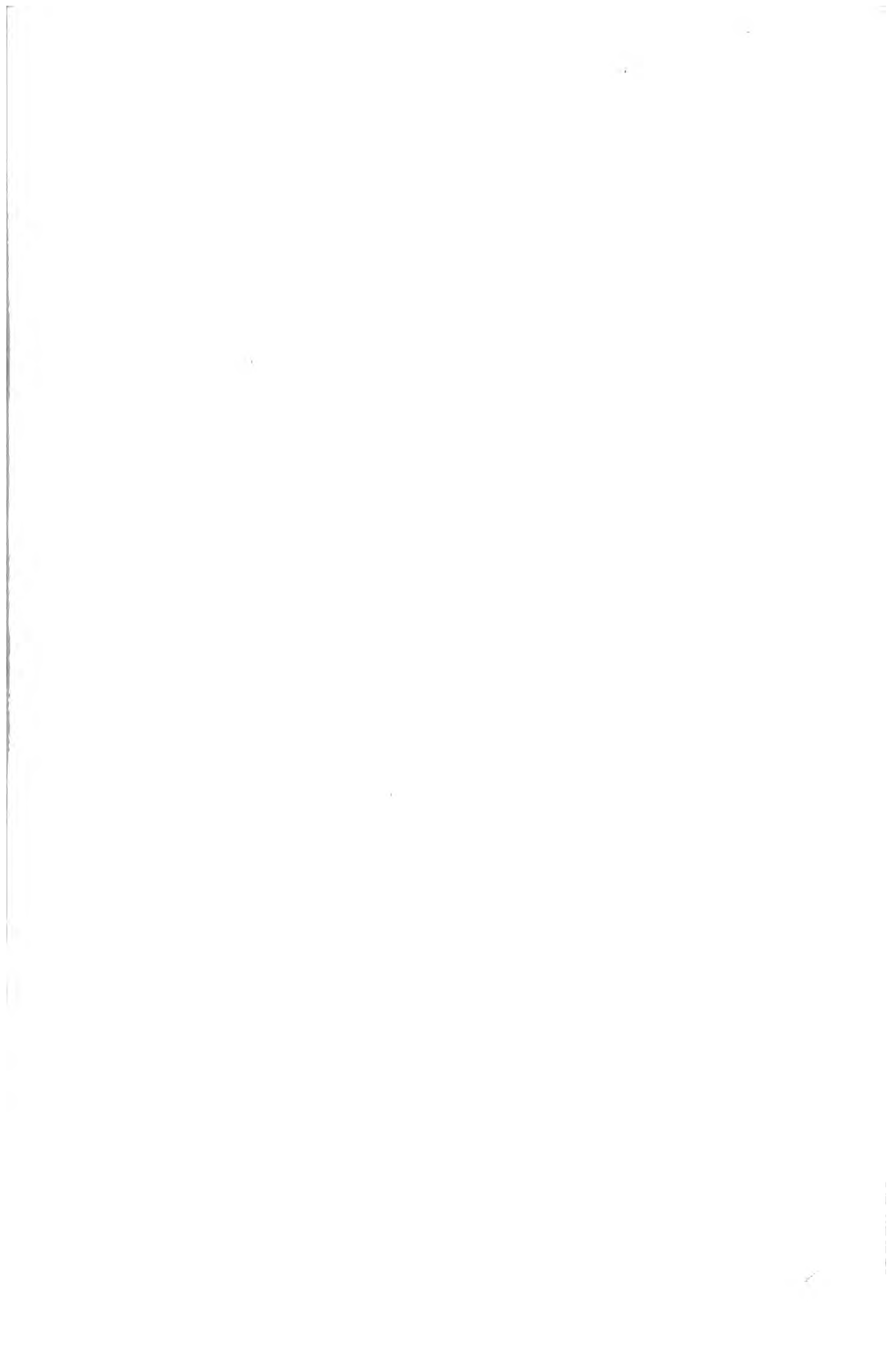
**D. JOSÉ SELGAS.**

CONTENIENDO LOS SEIS SIGUIENTES LIBROS.

- |                                     |                                       |
|-------------------------------------|---------------------------------------|
| 1. <sup>o</sup> Mujer Soñada.       | 4. <sup>o</sup> La Criolla.           |
| 2. <sup>o</sup> Miseria humana.     | 5. <sup>o</sup> Un rayo de esperanza. |
| 3. <sup>o</sup> Venganza y Castigo. | 6. <sup>o</sup> El dedo de Dios.      |

Seis tomos en 8.<sup>o</sup>. . . . . 92 rs.

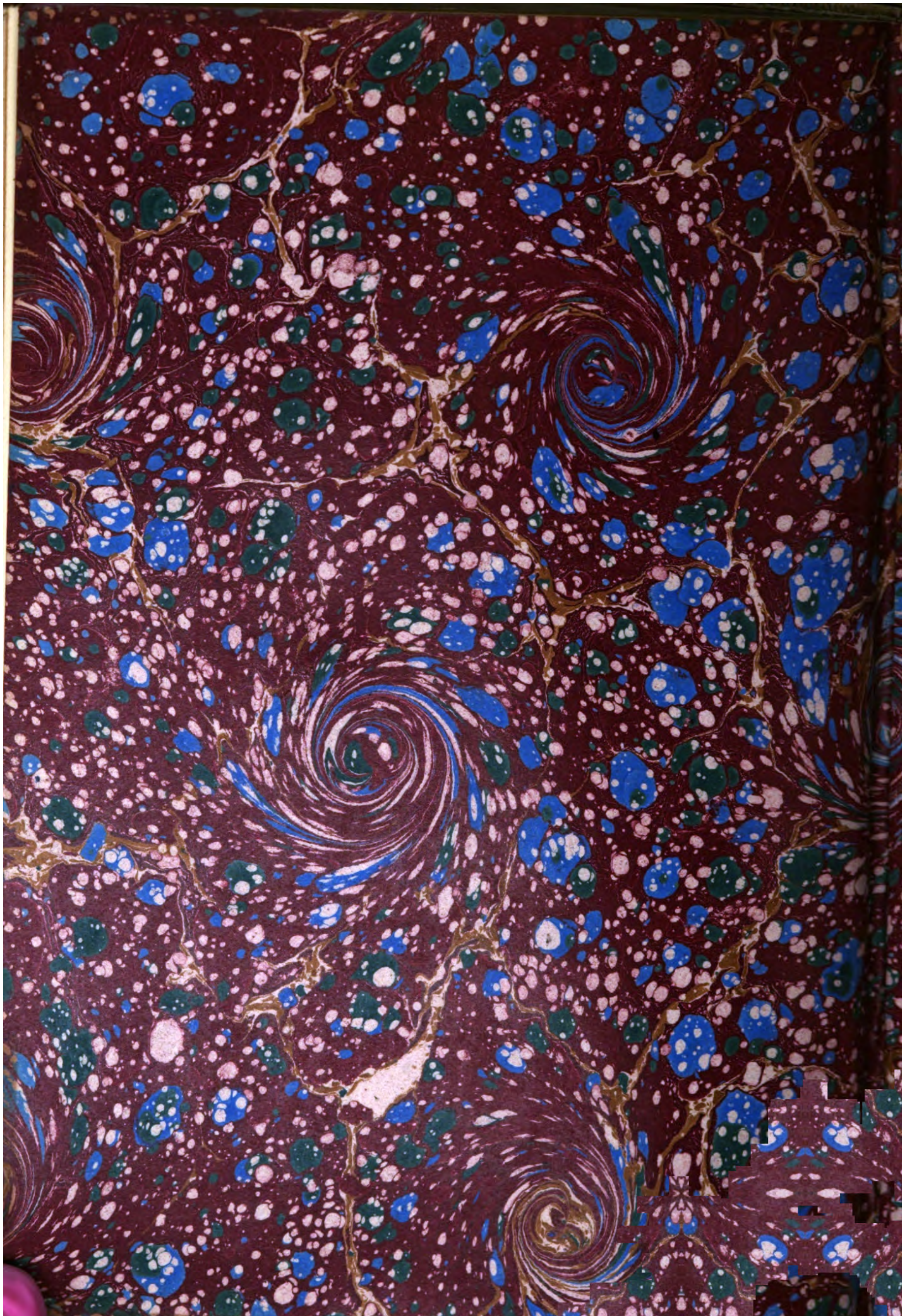
T 350













M.C.



274. d. 20



